

HELENA NIETO

Tiempo de lluvia



Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos autora](#)

[Más Nou editorial](#)

HELENA NIETO

Tiempo de lluvia

EDITORIAL
e nou





HELENA NIETO

**Tiempo
de
lluvia**



.nou.
EDITORIAL

Título: Tiempo de lluvia.

© 2019 Helena Nieto.

© Imagen base de portada: FcsCafeine.

© Diseño de cubierta y diseño gráfico: nouTy.

Colección: IRIS.

Director de colección: JJ Weber.

Primera edición abril 2019.

Derechos exclusivos de la edición.

© nou editorial 2019

ISBN: 978-84-17268-28-2

Edición digital septiembre 2019

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Más información:

noueditorial.com / Web

info@noueditorial.com / Correo

[@noueditorial](https://twitter.com/noueditorial) / Twitter

[noueditorial](https://www.instagram.com/noueditorial) / Instagram

[noueditorial](https://www.facebook.com/noueditorial) / Facebook

«Incluso la noche más oscura dará paso a la salida del sol» —(Victor Hugo)

Eran casi las tres de la mañana de un lluvioso sábado. Laura y Germán regresaban de una cena en casa de unos amigos. Ella le indicó que subiera la ventanilla porque sentía frío y le pidió que aminorara la velocidad. No pudo recordar nada más, cuando despertó solo pudo percibir el sonido de la ambulancia...

1

Las últimas dos semanas no habían sido nada fáciles. La muerte de Germán dejó un desequilibrio en la vida de Laura y en la de su hija Rebeca. Era difícil afrontar la nueva situación. De tres pasaron a ser dos, y todo había cambiado de un día para otro sin imaginarse que algo así pudiera ocurrir.

Rebeca tenía quince años y había perdido a su padre en un accidente, del que milagrosamente su madre había salido ilesa. Aparte de unos rasguños y una fisura de muñeca estaba físicamente bien.

Para Laura regresar de nuevo a su trabajo en la sucursal bancaria y las sesiones de terapia a las que asistía le estaban ayudando a recomponer poco a poco su vida.

Era en casa donde a veces se venía abajo y se derrumbaba de dolor porque sentía tanto vacío y tanto silencio cuando no estaba Rebeca, que le dolía hasta el alma. No era capaz de entrar en el despacho de su marido. Le parecía que iba a abrir la puerta y que lo encontraría allí sentado, centrado en corregir exámenes o preparando alguna charla o clase para su trabajo, y no era así. Germán no estaba ni estaría ya nunca.

A su hija, seguir con el nuevo curso y su rutina, le servía para mitigar poco a poco el dolor y la pena.

A veces le daba la impresión que no iba a poder soportar el vacío tan grande que le había dejado la muerte de su marido, que no le quedaban fuerzas, pero los días pasaban uno tras otro, y seguía en pie. En ocasiones enfadándose contra el destino, otras asumiendo que lo único que le quedaba era seguir hacia adelante. No solo por ella, también por Rebeca.

La terapeuta le había dicho esa misma semana que debía de asumir la frase que tanto costaba pronunciar, pues parecía partirse en dos y le hacía demasiado daño: «Soy viuda». Mirarse al espejo, le había indicado, y decir en voz alta: «Soy viuda, soy viuda...». Tenía que dejar de herirle y aceptarlo como algo inexorable. Esa misma mañana, después de varios intentos, lo había logrado. Con cuarenta años, una hija de quince y era viuda. «¡Qué horrible suena!», se dijo.

Durante los primeros días no dejó de pensar en lo que podría haber sucedido si ella hubiera ido al volante, como le propuso a su marido aquella fatídica noche. Es muy posible que no se hubiera producido ningún accidente, pero él adoraba conducir, y le gustaba correr. Mientras que ella utilizaba el coche por pura necesidad, y no le gustaba nada pisar el acelerador. Eso les hacía reír tanto a su marido como a Rebeca que se burlaban de ella afirmando que iba demasiado lenta. Se atormentó pensando que las cosas habrían sido distintas. Pero según su hermano Mateo, el destino estaba escrito desde el nacimiento y se asumía antes de salir del vientre materno sabiendo que la nueva vida iba a traer tanto alegrías como infelicidad. ¿Cómo puedes firmar ese contrato divino o espiritual asumiendo el sufrimiento o el dolor que pueda causarte lo que vas a vivir? Le preguntaba Laura. «*Lecciones para el alma*», contestaba su hermano. Mateo creía firmemente en la reencarnación, sobre todo después de haber vuelto de un voluntario retiro espiritual en la India

donde se dedicó la meditación y al yoga. Volvió renovado, con un aire distinto, dispuesto ante todo a ser mejor persona y dejar los viejos hábitos de desenfreno como las mujeres, el tabaco y el alcohol, hasta el punto de formar su propio negocio dedicado a toda la temática hindú. Con el tiempo lo había ampliado añadiendo otras actividades como «Pilates» y «Tai chí», entre otras cosas. Por mucho que había intentado que Laura acudiera a sus sesiones, esta aseguraba no tener tiempo.

—Te darán paz espiritual y te aliviarán del estrés, Laura. Te servirán para sobreponerte y seguir adelante —le decía a diario para tratar de convencerla—. [Los pensamientos son la clave para afrontar etapas de tristeza](#), o para superar duelos y sobre todo los duelos emocionales —le aclaró—. Un curso de meditación no te vendría mal.

—Lo probaré, no insistas. Pero no te prometo nada.

Durante unos días asistió, pero lo dejó cuando comprendió que necesitaba más tiempo para dedicarle a su hija. Esa adolescente de cabello castaño claro y ojos color miel, larguirucha con la misma mirada de Germán, y sus mismos gestos, la necesitaba, o ella deseaba que fuera así. A veces le recordaba tanto a él que hasta le dolía mirarla. Quería que al llegar a casa por la tarde, ya que se quedaba a comer en el colegio, la encontrara allí, pues sentía la necesidad de asegurarse de que estaba bien, de que no estaba triste y verla concentrada en los deberes.

No dejó de agradecer al cielo que esa noche no estuviera con ellos. Se había quedado a dormir en casa de los abuelos, y no quiso imaginarse que podría haber sucedido, si como otras veces, hubiera ido en el asiento trasero del auto.

Otra cosa que le atormentaba y que nadie sabía era que había tenido una fuerte discusión con Germán esa misma tarde, antes de ir a la cena con sus amigos. Habían planeado un viaje para la primera semana de diciembre. Iban a celebrar diecisiete años de casados. Germán le dijo en ese momento, mientras se vestían para ir a la cena, que lo había anulado. Le había surgido tener que asistir a un congreso relacionado con su trabajo como profesor de Física en la Universidad. Ella lo miró incrédula.

—Y, ¿me lo dices ahora? ¿Desde cuándo tienes esos planes?

—Desde hace dos semanas. No te lo dije antes porque sabía que te ibas a enfadar. Y es muy importante para mí, Laura —empezó diciendo—, pero tendremos tiempo para viajar más adelante. No importa tanto la fecha, un año u otro. Ya me he comprometido. No puedo decir que no. Es en Madrid.

—Pero lo habíamos planeado hace meses. No puedo creer que me hagas esto. Es nuestro aniversario. Parece que no te importa —dijo aturdida. Germán se acercó a ella e intentó abrazarla.

—¿Qué importa un mes más o menos, Laura! El tiempo es relativo. Lo dejaremos para el próximo verano.

Ella lo miró enfadada. Había tenido que cambiar los días que solía coger de vacaciones en Navidad, para poder ir al viaje y ahora se quedaba sin nada.

—No sé qué te pasa, Germán, últimamente apenas te veo. Estás siempre trabajando, en congresos, en todo tipo de historias, y muy poco en casa. Ni siquiera te preocupas por Rebeca. No sé, estás muy cambiado. ¿Qué te está pasando? —preguntó alterada.

Por un momento, pensó en que podría acompañarlo. Pero cuando se lo dijo, él titubeó al responder.

—Te aburrirías, Laura. ¿Qué vas a hacer todo el día en Madrid, tú sola?

—Hay miles de cosas que podría hacer en Madrid, Germán. Desde ir de compras hasta visitar museos, así que no me busques esa excusa. Dime claramente que no quieres que vaya, y acabamos antes —dijo con rabia mientras buscaba unos zapatos en el armario.

—¿Y qué pasa con Rebeca?

—¡Vamos, como si fuera la primera vez que se fuera a quedar con los abuelos! —exclamó asombrada.

—Bueno, no sé. Creo que ya está todo organizado. Será un lío ponerse a cambiar billetes de avión, las habitaciones del hotel...

Laura tuvo claro que no deseaba su compañía. Hizo una mueca de disgusto y le espetó:

—¿Estás con otra, Germán?

Él abrió los ojos sorprendido y soltó una risotada.

—¡No seas ridícula! ¡Claro qué no! —Se acercó a ella y la abrazó—. Te prometo que iremos a ese viaje, mejor, organizaremos otro con más días a Nueva York. ¿No es lo que querías? Cambiaremos París por la ciudad de los rascacielos. ¿Te parece?

Laura no contestó. Se soltó de sus brazos y salió de la habitación.

Ella siempre había pensado que amaba a Germán más de lo que él la querría nunca. No dudaba que la quisiera. Su matrimonio comparado con el de otros era feliz. Pero en ese momento se sentía terriblemente decepcionada y desdichada.

A ella no le importaba ya tanto el viaje, sino que su marido no aceptara su compañía en el famoso congreso de Física, dónde se abordarían temas según él muy interesantes, aparte de que también él expondría sobre los últimos estudios realizados sobre «Física Cuántica». Temas que a ella le resultaban totalmente abstractos e incomprensibles. Germán siempre comentaba que se había casado con una chica de letras, y que por ello, hacían una pareja muy peculiar.

Estaba segura de que él le ocultaba algo. Estaba mintiendo. No podía creerse que no pudiera arreglar la situación para poder acompañarle al congreso. Simplemente, no quería hacerlo. Una intensa furia se apoderó de ella y no volvió a dirigirle la palabra a pesar de los esfuerzos de Germán que intentaba convencerla de que iban a salir ganando con el cambio.

Durante la cena y rato después, Laura estuvo pendiente de las conversaciones de las mujeres de sus amigos, como su marido lo estuvo de las de los hombres. Solo cuando entró en el coche para volver a casa le sugirió la idea de conducir, ya que no había bebido nada de alcohol. Él se negó. Aseguró que tampoco había bebido gran cosa. Ella aceptó. No volvieron a decirse nada.

No chocaron con ningún coche, simplemente Germán perdió el control del vehículo y se salieron de la carretera. La autopsia determinó que su marido había sufrido un derrame cerebral.

Acababa de hacer la compra en la tienda de Cloti y ya se dirigía a casa cuando observó a Rebeca con sus amigas Tania y Bea que se acercaban hasta ella. No llevaban puesto el uniforme escolar, ya que ese año no era obligatorio, por lo que todos los alumnos habían preferido dejarlo olvidado en el armario. Las tres iban con vaqueros, camisetas y cazadoras. Ropa muy similar que usaban casi todas las chicas de esa edad.

—¿Me dejas ir a casa de Bea? —preguntó su hija.

—Ni siquiera saludas, Rebeca —dijo sonriendo dirigiendo una mirada a las chicas. Estas también sonrieron. No intentó darle un beso a su hija, sabía que le ofendería mucho que hiciera algo así delante de sus amigas.

—¿Puedo ir?—preguntó otra vez mirando a su madre.

—Está bien. No vuelvas tarde.

Se alejaron sin decir adiós a paso apresurado mientras que ella se dirigió al portal. Después de abrir, mientras esperaba el ascensor, recordó que no había comprado naranjas, y muy a pesar suyo

tuvo que dar la vuelta y regresar a la tienda.

Cloti se sorprendió al verla y le preguntó qué había olvidado. Ahora le tocaba hacer cola ya que había varias personas delante esperando para ser atendidas. Mientras esperaba observó a su alrededor. No hacía mucho que se había abierto el comercio, unos meses antes de la muerte de Germán. La dependienta era muy agradable y siempre tenía una sonrisa en los labios. Era delgada, morena, de pelo oscuro. También muy expresiva, habladora y risueña. Había hecho un gran esfuerzo por ser amable, servicial y ganarse la clientela, y parecía que lo había conseguido. Siempre preguntaba cómo estaban ella y su hija, algo que Laura agradecía. Más de una vez Rebeca, por haber olvidado las llaves, había esperado su llegada en la tienda. Avisaba por el móvil y le decía que haría tiempo allí con Cloti. Por ese motivo, cuando no había clientes en el comercio, ambas conversaban alegremente hasta el regreso de Laura. Esta agradecía que se quedara en el local y no estuviera dando vueltas por la calle.

Poco después, ya en casa, vació las bolsas colocándolo todo en su sitio. Se dispuso a hacer un poco de café para luego cambiarse de ropa y ponerse cómoda. Entró en el cuarto de su hija y abrió el armario para guardar una ropa que Lourdes, la chica que iba por las mañanas a hacer las tareas del hogar, había dejado planchada sobre la mesa de la cocina. Para no variar, Rebeca tenía todo revuelto. Seguro que se había probado mil camisetas esa mañana antes de ir a clase y ahora lo tenía todo desordenado.

Suspiró. Se fijó en las fotos que tenía sobre un corcho en la pared. Varias con sus compañeras de clase y otras con Germán y con ella. Una en *Euro Disney*, otra en la bonita ciudad de París con la *Torre Eiffel* de fondo y otra en la playa, hecha ese último verano. Las contempló en silencio unos segundos. Sintió nostalgia. Suspiró. «Cómo había cambiado todo en tan poco tiempo», pensó.

Con total desgana cogió los sobres que estaban sobre la cómoda del hall y que no se había molestada en mirar. Se sentó en el sillón y después de beber un trago de la taza de café que tenía sobre la mesa, se dispuso a abrirlos. Diversas facturas pagadas por el banco y un sobre grande dirigido a Germán con remite de la Universidad. Dentro del sobre había una fotografía de su difunto marido con un grupo de alumnos que observó con atención. Estaba hecha en el aula. Todos aquellos jóvenes que lo rodeaban tenían que esperar una suplencia para seguir cursando la asignatura de Física. Se quedó observándolos. Los había visto en el funeral o en el tanatorio y le mostraron sus conmovedoras. Podía reconocerlos a todos porque eran muy pocos los que habían llegado al último curso. No recordaba a la chica morena que sonreía sentada junto a Germán. Estaba segura de que no la había visto en ninguno de los actos de despedida de su marido, o al menos no la recordaba. Lo que sí estaba segura de que nunca había hablado con ella. Le extrañó, pero no le dio importancia.

Se levantó para sacar de un cajón el libro de condolencias que tampoco se había parado a leer. Repasó una por una las firmas y mensajes sin poder contener alguna que otra lágrima. Le llamó la atención una en especial. Solo aparecían unas iniciales y no tenía ni idea de *quién* pudiera ser.

«Espero que allá donde estés, sigas dando esas lecciones de física tan estupendas y que los ángeles te observen con la admiración que yo tenía hacia ti».

Sonrió. Estaba claro que uno de sus alumnos había querido dejar un bello mensaje. Volvió a guardar el libro cuando sintió el sonido del timbre.

«¿Quién será?» Se preguntó, mientras caminaba hasta el vestíbulo. Eran cerca de las ocho. No podía ser Rebeca, ya que tenía llave, tampoco su hermano, porque a esas horas estaba trabajando, ni sus padres, que se encontraban de viaje. No podía imaginarse quién iba a visitarla. Tal vez se trataba de algún vendedor.

Por un momento estuvo a punto de no abrir, pero al ver que volvían a insistir, cambió de idea. Observó por la mirilla, el hermanastro de Germán, Edward, estaba allí. Ella abrió la puerta.

—Hola, Laura. ¿Llego en mal momento? —preguntó sonriendo.

Él no solía ir de visita casi nunca. Siempre se veían en reuniones familiares y poco más, por eso le causó gran sorpresa verlo en su puerta.

—No, no llegas en mal momento —respondió mientras abría del todo—. Pasa.

Lo condujo al salón después de haber intercambiado dos besos apresurados y tímidos en las mejillas. Hacía tiempo que no sabía nada de él. Era la primera vez que se veían desde el funeral de Germán. Edward había llamado una vez, pero había hablado con Rebeca durante un rato porque en ese momento Laura estaba relajándose en un baño de espuma. Aunque Rebeca le comentó que su tío había llamado, ella no le devolvió la respuesta.

—Me alegro de verte —dijo él.

—Yo también a ti.

Siempre había sido coqueta y no se sentía orgullosa de su aspecto en ese momento. Se había quitado el maquillaje y limpiado la cara, por lo que pensó que no debía de estar nada favorecida con ropa holgada que usaba para estar en casa.

Sabía que Rebeca le echaría en cara que se arreglara tan poco últimamente, y es que desde la muerte de Germán se le habían quitado las ganas de todo. A pesar de la terapeuta, del yoga y todo lo que sus buenos deseos de ser la misma de antes, había días que era incapaz hasta de levantarse por la mañana. Le costaba un esfuerzo enorme salir de la cama y mucho más mirarse en el espejo para maquillarse. Para ir al trabajo no le quedaba otro remedio, pero lo hacía apresurada sin pararse mucho. Trabajar cara al público era lo que tenía, no podía ir de cualquier manera y menos en una oficina donde atendía a diversas personas al día. Su vida no tenía pausa, aunque ella quisiera que fuera de otra forma.

2

Edward Owen era el hermano menor de Germán, oficialmente: hermanastro. La madre de ambos, había abandonado a su primer marido para irse con un inglés, director de una academia de idiomas al que conoció casi por casualidad. Se enamoró perdidamente y un buen día hizo las maletas, se llevó a su hijo con ella y se instaló en el piso de James Owen con el que tuvo otro hijo: Edward, que por caprichos del destino nació en Londres, a los siete meses de embarazo, cuando sus padres se encontraban de vacaciones visitando a la familia de James, mientras que Germán estaba con su padre biológico en ese momento.

Germán ya tenía diez años y si ya no le gustaba su padrastro, mucho menos tener que compartir su cuarto, y a su madre, con un nuevo hermano. Nunca llegaron a estar unidos. Y aunque James lo había tratado siempre bien y lo había acogido como hijo propio, Germán no podía ocultar el resentimiento que sentía hacia él, creyéndole el culpable de la separación de sus padres.

Para colmo, su padre biológico se fue distanciando y abandonó la ciudad para ir a vivir a Tenerife al año siguiente, dejando a su hijo desolado con su marcha. A partir de entonces solo lo veía en las vacaciones de verano. Había puesto un bar del que vivía con poca normalidad de horarios. Su hijo aseguraba pasárselo estupendamente cuando estaba con él y odiaba tener que volver a la vida disciplinada y ordenada que mantenía en la casa de James. Germán padre volvió a casarse, y formó una nueva familia años después cuando obtuvo el divorcio. Con el tiempo fue distanciándose más de su hijo, algo que fue inevitable y Germán no fue capaz de aceptarlo. Era algo que no podía perdonar. Su madre también formalizó su vida en cuanto consiguió el divorcio casándose con James.

Al cumplir los dieciocho años el joven Germán decidió buscarse la vida por su cuenta estudiando y trabajando a la vez. Consiguió una beca y no dejó de luchar hasta conseguir su objetivo de ser catedrático.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está Rebeca? —preguntó Edward nada más sentarse en el sofá.

—Bien. —Asintió con la cabeza tratando de parecer sincera—. Estoy mejor. Rebeca también. Ya sabes, es difícil, pero vamos tirando. Pero, ¿cómo estás tú? ¿Qué tal Flavia?

—Estoy bien. Con mucho trabajo, como siempre. Y sobre Flavia... —La miró con cautela y medio sonrió— ...estamos mal. En realidad, hemos decidido darnos un tiempo. Ha vuelto a su apartamento de soltera. No creo que haya solución. No nos entendemos.

Laura se quedó sorprendida. Apenas llevaban un año de casados. No los veía mucho, pero en las últimas Navidades hubiera jurado que se adoraban. Le había conocido varias parejas, pero por un motivo o por otro, nunca había llegado a la estabilidad necesaria como para dar el paso definitivo de formalizar su vida amorosa. Pensó que con Flavia lo había conseguido, pero parecía ser que tampoco lo lograría con esta.

—No es posible, vamos que no me lo esperaba. Pensé que os iba bien...yo... —Se encogió de hombros, todavía asombrada por lo que acababa de escuchar—. ¿Quieres un café? —preguntó sin saber muy bien qué decir—. Acabo de hacerlo.

Él asintió y ella se dirigió a la cocina, dejándolo solo. Cuando regresó a salón, él estaba observando las fotos que había en el mueble, casi todas de Rebeca y un par de su hermano. Se había quitado la chaqueta y se giró al sentir los pasos de su cuñada. Sonrió. Llevaba una camisa blanca impoluta y bien planchada, como si acabara de estrenarla y un pantalón azul marino también impecable. Era muy distinto a su hermano. A Laura siempre le había agradado. Cuando lo conoció la primera vez que Germán la llevó a casa para presentarla en familia, era un joven desgarrado, muy alto y delgado, profundamente tímido. Ya le pareció que tenía una elegancia y un estilo muy *british* como solía definirlo Rebeca, en realidad era idéntico a su padre, James. Todo un señor. Sus suegros siempre la habían tratado con una amabilidad exquisita y la consideraron como una hija. Él había fallecido hacía siete años. Adela vivía sola desde entonces, aunque pasaba largas temporadas en la casa de su hermana Carmina, en Coruña.

Observando a Edward se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. Claramente ya no tenía veinte años, sino cuarenta; solo se llevaban unos meses de diferencia, ya que a ella, también Germán le llevaba diez años.

Se sentaron en el sofá y Laura sonrió. Sin embargo, él pudo adivinar la tristeza reflejada en su mirada y en esa sonrisa tan forzada.

Sintió el impulso de pasarle el brazo por los hombros con el fin de consolarla, pues le dolía el alma verla así, pero el sonido de la puerta los hizo girar la vista hacia la entrada del salón. Rebeca entró con la cazadora desabrochada y la mochila colgada del hombro.

Sonrió con verdadera alegría al ver a su tío sentado en el sofá, y fue hasta él para darle un abrazo.

Se miraron unos segundos, riendo, mientras que Laura sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos. Con una excusa se levantó y se dirigió a la cocina para que ellos no lo percibieran. Los escuchaba hablar desde allí. Él, experto en informática, le estaba hablando a su sobrina de algún programa del ordenador, y ella le estaba preguntando sobre un juego que estaba buscando desde hacía tiempo. Edward le prometió que se lo conseguiría. Mientras tanto, Laura, abrió la nevera para ver qué alternativas tenía para hacer de cena. Haría unas pechugas de pollo en salsa de mandarina, freiría unas pocas patatas y lo acompañaría de una ensalada. Podría decirle a Edward que se quedara a compartir la mesa con ellas. Seguro que a Rebeca le encantaría. Sin pensarlo dos veces se fue directa al salón preguntándole si deseaba quedarse. Él pareció dudar, pero su sobrina empezó a insistir y al final aceptó la invitación.

Cenaron en la mesa del comedor que estaba al final del salón frente a la ventana, desde donde se podía contemplar la playa. Entre Laura y Rebeca prepararon las cosas.

—¿Os ayudo? —preguntó Edward.

—No te preocupes. Tú siéntate. Está todo controlado —respondió su cuñada sonriente.

Rebeca fue la que más habló, hasta el punto que Laura le advirtió que se le iba a enfriar la cena, mientras que ella y Edward se estaban tratando con una formalidad casi excesiva. Ambos eran conscientes del nerviosismo que les producía estar juntos. Se miraban, a veces sonreían, otras, uno de los dos apartaba la vista. Ninguno de los dos recordaba cuándo había sido la última vez que habían estado juntos sin la presencia de Germán. A ella siempre le había gustado mucho conversar con él, porque entre otras cosas tenían mucho en común, les gustaban los mismos libros, la misma música, y sobre todo tenían un punto de vista muy similar respecto a la vida en general. A veces, en reuniones familiares, habían terminado aislados del resto charlando entre ellos y

siente se habían sentido muy cómodos juntos. Pero ahora era como si se acabaran de conocer y fueran demasiado tímidos para romper el hielo de una primera conversación.

—Está todo delicioso, Laura —dijo él aliviando la tensión.

—Gracias.

Luego le sirvió un café y le puso unas pastas en un plato, pero él aseguró que había cenado bastante, así que solo Rebeca se animó a probarlas.

—Mamá no las come porque no quiere engordar —aclaró Rebeca a su tío—. En realidad, no come nada. ¡Ha sido un milagro que haya cenado tanto! A veces solo cena un poco de fruta y un yogurt. Y luego, se enfada conmigo si dejo algo en el plato —añadió a modo de protesta.

Laura la miró sorprendida.

—Rebeca, vale.

Sintió la mirada de Edward sobre ella. Era cierto que desde el fallecimiento de Germán había perdido el apetito y había adelgazado.

—Está súper delgada... —agregó Rebeca—. ¿No te parece? Hasta la abuela lo dice.

Edward sonrió.

—Yo creo que está muy guapa —comentó. Le había salido del alma, sin pensar si lo que afirmaba era lo más apropiado en ese momento.

Ella que no esperaba semejante afirmación trató de quitarle importancia el comentario.

—Eso es que me miras con buenos ojos. ¿A qué sí, Rebeca? —preguntó mirando a su hija que no parecía prestarle atención ya que estaba con los ojos clavados en la televisión.

—¿Puedo ir a ver la tele? —preguntó al tiempo que se levantaba de la silla para dirigirse al sofá, sin responder a la pregunta de su madre.

Fue Edward quien ayudó a recoger la mesa y llevar los platos a la cocina.

—Ha sido una cena estupenda. Me lo he pasado muy bien —comentó él.

Vio cómo ella sacaba un pañuelo y se secaba los ojos.

—¿Estás llorando? —preguntó acercándose.

—No, perdona. Estoy bien —dijo agitando la mano en el aire. No me hagas caso.

—¿He dicho algo que...?

—No, no. —Agitó la mano—. No sé, me he puesto triste, no sé por qué. Perdona...

Él la abrazó tratando de consolarla. Ella sollozó en silencio. Eran demasiadas emociones y estaba excesivamente sensible. No sabía lo que pasaba por su mente, o sí lo sabía, todo era confuso. El mero hecho de estar junto a Edward, por el que sentía un inmenso cariño y la serenidad que le transmitía sirvió para tranquilizarla. Se soltó de sus brazos y lo miró.

—No me hagas caso —repitió—. Son momentos... pero estoy bien, de verdad. Aunque hay veces que me veo incapaz de superar lo de tu hermano. Pero no te preocupes, estoy bien, estoy bien... —volvió a decir.

Él pareció dudarle. La miró tiernamente con esos ojos azules de mirada profunda y quiso animarla.

—Vamos, sé que eres una mujer fuerte, valiente... podrás seguir adelante. Estoy seguro de que sí —afirmó tratando de animarla.

Se miraron, y ella entendió que comprendía su dolor, su tristeza. Él también había sentido la pérdida de Germán. Después de todo eran hermanastros. Puede que no estuvieran muy unidos, pero siempre había sido por culpa de su marido, no por su cuñado, pensaba Laura.

Se puso nerviosa sin quererlo. La presencia de Edward le hacía sentir demasiadas cosas que no podía entender. ¿Por qué después de tantos años se sentía inquieta ante su presencia? No sabía reconocer lo que le estaba pasando, no sabía si sentir vergüenza por lo feliz que le había hecho

ese abrazo de Edward. Demasiada soledad y demasiadas heridas en muy poco tiempo, pensó. Se sentía vulnerable y ese gesto afectivo de su cuñado era lo que más necesitaba en ese momento. Edward era el mismo de siempre, aunque sí había notado que la miraba intensamente en la cena y la había sonreído con mucha ternura. Seguramente siempre había sido así durante esos veinte años, solo que ahora verlo le conmovía tanto que se encontraba abrumada. Edward era un encanto en todos los sentidos.

—Edward, será mejor que te vayas. No voy a ser una buena compañía esta noche —alegó—. Además, estoy cansada y muerta de sueño. Apenas he dormido. Creo que me iré pronto para la cama. No te parezca mal, pero prefiero estar sola.

—Como quieras —respondió bajando los ojos—, pero si me necesitas, ya sabes dónde estoy. Quiero decir que si puedo ayudaros en algo, a ti y a Rebeca. Y por supuesto que no me parece mal. Lo comprendo.

Se miraron de nuevo fijamente. Ella se encogió levemente de hombros e hizo una mueca intentando que le saliera una sonrisa. Edward reparó en sus ojos, parecían inquietos pero a la vez tristes. Se vio obligado a decir algo.

—Llámame si me necesitas.

—Lo haré, Edward. Y... gracias.

Después fue a despedirse de su sobrina que ya estaba en su cuarto, sentada en el suelo con las piernas cruzadas escuchando música. Se quitó los auriculares al ver a su tío, y se levantó para darle un beso. Después Laura lo acompañó hasta la puerta.

—Gracias por la cena —dijo él mirándola y sonriendo.

—De nada. Puedes volver cuando quieras, ya lo sabes.

—Lo sé. Procura descansar. Se te ve agotada.

A pesar de que para él siempre estaba preciosa, pudo observar su expresión de cansancio y las ojeras que rodeaban sus ojos.

Laura cerró la puerta y suspiró. Pensó que su marido y su cuñado siempre habían sido muy distintos. No tenían nada en común salvo el apellido materno. Por lo demás podría decirse que eran unos perfectos desconocidos. Ni en gustos, ni en la forma de ver la vida. En realidad, en nada. Tal vez por eso nunca se habían entendido entre ellos. Estaba segura de que Edward siempre había querido a su hermano; sentimientos que no podría jurar que fueran recíprocos por parte de Germán, aunque lo cierto era que su marido simpatizaba con poca gente. Soportaba a Teresa por ser la mejor amiga de Laura, pero no le agradaba Simón, su esposo. Aun así, solían salir en parejas de vez en cuando o se invitaban a cenar a una casa u otra. Siempre era amable y respetuoso con ellos porque su educación no le permitía ser de otra forma, pero las veladas que compartían solían acabar por aburrirle.

Si quedaba con Edward al menos podía hablar de Informática, algo que también le gustaba y compartir un buen whisky. Con Mateo nunca quedaban, las teorías de su cuñado le parecían absurdas y tampoco le gustaba especialmente la comida vegetariana. Mateo por su parte no mostraba interés alguno en compartir tiempo con él. Quedaba a veces con Laura para ir a tomar un café, en su caso té, ya que era un apasionado de esta bebida. Su pareja, Iris, una chica menuda con la que vivía en un pequeño apartamento, profesora de infantil, solía acompañarlos alguna vez, pero era poco habladora, al contrario de Mateo que conversaba sin parar.

Germán prefería su círculo de amigos todos relacionados con su trabajo de profesor con los que podía hablar de los temas que le apasionaban y que no podía compartir con los amigos de Laura, porque a Simón lo que más le gustaba en la vida era el fútbol, algo que él no compartía y las mujeres estaban mucho más interesadas en las letras que sus teorías científicas.

De otro modo, le gustaba salir solo con su mujer para ir a cenar, al cine, o a alguna conferencia que pudiera interesarles a los dos, aunque ella se decantaba por temas de literatura, charlas sobre mujeres o Historia y él prefería todo lo referente a las ciencias, su gran pasión.

Antes del accidente Laura ya echaba de menos todas esas salidas, pues habían disminuido considerablemente en el último año. Él alegaba tener mucho trabajo, cuando no era una reunión de profesores, conferencias, congresos... y otras veces decía estar tan cansado que no le apetecía moverse de casa ni para ir a comprar la prensa, algo que le gustaba leer diariamente. Era cuando enviaba a Rebeca al quiosco y la chica aprovechaba para comprar golosinas que escondía para que él no la regañara, ya que era bastante obsesivo con la moda de lo saludable y opinaba que todos esos regalices y chucherías no eran más que puro veneno para el cuerpo.

3

Laura y Germán se conocieron en un bar. Ella estudiaba el penúltimo año de Derecho y unos amigos comunes los presentaron. Aunque era diez años mayor que ella, le gustó desde el primer momento. A Laura no le gustaban los jóvenes de su edad, los preferían mayores, quizás por eso, se sintió atraída por él. Opinaba que la mayoría de sus compañeros solo estaban preocupados en sí mismos y en tener sexo con todas las chicas posibles, pero sin compromisos. No es que ella fuera una puritana ni mucho menos. Había tenido dos novios, uno cuando iba al Instituto con el que había durado poco tiempo y otro más serio, a los dieciocho, con el que experimentó los placeres que podía aportar el sexo en una pareja y de los que disfrutó plenamente.

El local estaba lleno a rebosar porque llovía y todos parecían haberse refugiado del agua en el mismo sitio. Ella, que no solía ser muy atrevida, no dejó de mirarlo. Enseguida pudo percibir que las miradas eran mutuas. Sacó un cigarrillo de la cajetilla y le pidió fuego. No tardaron en separarse del resto y desaparecer tras la puerta, ante el asombro de los demás. Solo fueron a una librería cercana donde conversaron mientras miraban libros y luego a tomar un café, muy al contrario de lo que estaban pensando sus compañeras de estudios en ese momento, aunque ella confesaría más tarde que si él hubiera querido, se habría dejado arrastrar por esa atracción que aumentaba cada minuto a su lado. No sabía en concreto el motivo de que le gustara tanto. No podía negar que era guapo y tenía el típico aire de «genio despistado» perdido en un laboratorio. Entonces llevaba gafas, que luego con el tiempo fue alternando con lentillas. Días después la llamó por teléfono para invitarla a cenar en un restaurante, y después de aquella noche empezaron a verse con regularidad.

Estaba preparando el doctorado y su meta era llegar a dar clases en la Universidad. Cuando él obtuvo una plaza como profesor contratado, decidieron formalizar su noviazgo. Su compromiso había transcurrido con mucha calma: sin apenas discusiones o momentos de crisis. Cuando se enfadaban y él se mostraba ofendido, recurría al silencio que podía durar días, aunque al final siempre era Germán el primero en llamar para pedir perdón aunque hubiera sido culpa de Laura el motivo del distanciamiento. No deseaba perderla por nada del mundo.

Laura a veces había echado en falta un poco de más pasión, pero él estaba tan ensimismado en sus estudios y trabajo hasta el punto de que ella llegó a preguntarse si todas aquellas fórmulas con las que llenaba folios enteros, y con las que disfrutaba enormemente, le producían más placer que sus distanciadas relaciones sexuales. Por otro lado, cuando se lo proponía, podía ser cautivador y romántico y eso le daba una pizca de emoción al noviazgo, aunque a veces Laura pensaba que estaba demasiado ausente. A él le gustaba alternar con gente tranquila, nada alborotadora como lo era Teresa, a la que acusaba de divertirse con trivialidades que no le interesaban nada. En el fondo, Laura sentía gran admiración hacia él.

No tardaron demasiado en casarse, y ya en su vida matrimonial fue mostrándose más pasional de lo que ella se había llegado a imaginar. Laura trabajaba entonces en una sucursal bancaria donde también trabajaba su padre, y donde lo había hecho anteriormente su abuelo. El nacimiento de Rebeca les llenó de felicidad, aunque Germán hubiera preferido un varón. Edward fue el padrino

de su sobrina en el bautizo. Para entonces ya había perdido algo de su timidez y se había convertido en un joven atractivo que gustaba a las mujeres con sus expresivos ojos azules, su hoyuelo en el mentón, su bonita voz y una expresión entre melancólica y resignada, aparte de su metro ochenta y nueve de estatura.

Cuando Teresa lo conoció no pudo evitar comentar después que Edward era un hombre que destilaba masculinidad por cada uno de sus poros.

Laura opinaba lo mismo. Germán también era alto, de pelo castaño claro y ojos color miel como los de Rebeca, pero carecía del estilo y elegancia de su hermano. No le importaba para nada la ropa, ni se preocupaba por ese tipo de cosas que él consideraba muy superfluas. Era ella la que le llevaba casi a la fuerza de compras y le elegía las prendas de vestir. Generalmente él nunca se oponía y se dejaba guiar por su mujer. Incluso muchas veces le consultaba para ver qué vestimenta era la más adecuada para llevar a la Universidad o evento importante al que tuviera que asistir.

—No te pareces nada a tu hermano —dijo más de una vez.

—Ni falta que hace —contestaba malhumorado.

Laura no entendía que no simpatizara con su cuñado. Edward era una buena persona, amable, educado, y siempre había tenido un trato de lo más agradable. Era cariñoso con Rebeca y con ella. Incluso con Germán, a pesar de su a veces seco carácter con los Owen.

—Por culpa de mi madre, perdí a mi padre, Laura. Te lo he explicado muchas veces.

—No seas injusto, Germán. Edward no tiene la culpa de nada.

—A Edward lo he tratado poco, Laura. Ten en cuenta que a los dieciocho años me fui de casa. Él solo tenía ocho. Era un niño. Y mientras convivimos yo no tenía tiempo para perderlo con sus juegos ni para conversar como hermanos.

Laura no podía entender el resentimiento que su marido tenía hacia los Owen. Si su suegra había sido infeliz en su matrimonio y se había enamorado de otra persona, había hecho bien en separarse. No era algo que se le pudiera reprochar porque en ningún momento había abandonado a su hijo. Pero su marido era una persona muy orgullosa y no quería deber nada a James. Laura no había conocido al padre biológico de Germán, solo lo había visto en fotos. No dudaba de que fuera un hombre apuesto, pero no tenía que ver con el atractivo y elegante James Owen.

Germán tuvo celos de Edward cuando nació, ya que la pareja se volcó en el recién nacido, bajo de peso y menudo que tuvo que tener ciertos cuidados por nacer antes de tiempo. Sin embargo creció tan sano como Germán, y a los dieciséis años ya superaba a este en estatura y complexión.

4

Edward no fue consciente hasta mucho después de conocer a Laura, de lo que sentía por ella. Pero lo cierto es que se fue enamorando de su cuñada sin saberlo. Al principio pensó que sería algo pasajero y que no perduraría. Pero muy al contrario de lo que se imaginaba, Laura estaba en todos sus sueños. Si le gustó físicamente nada más conocerla, con el tiempo quedó embaucado por su carácter, y su personalidad: Inteligente, amable. Realmente preciosa alta, delgada, con ojos claros y pelo rubio. Siempre fue discreto respecto a sus sentimientos. Era algo que le dolía porque se sentía culpable de quererla siendo la mujer de su hermanastro. Ni por un momento se propuso acercarse a ella de otro modo que no fuera familiar, y por eso había buscado el amor en otras mujeres que nunca llegaron a cautivarlo plenamente. Laura era distinta. Tenía algo especial. Él odiaba que el destino fuera tan injusto como para enamorarse de la persona que no podía alcanzar. Solo una vez se lo confesó a su madre. Ante su asombro, esta no pareció sorprenderse. Lo conocía demasiado bien y había sido capaz de darse cuenta. La mujer le aconsejó que intentara no codearse mucho con la pareja ya que con el tiempo encontraría a otra mujer de la que seguro se enamoraría y se olvidaría de su cuñada para siempre.

—Es la mujer de tu hermano, nunca lo olvides.

—Por supuesto que no lo olvido, mamá.

Siguiendo los consejos de su progenitora se alejó todo lo que pudo. Solo se reunían en eventos familiares como las fiestas de Navidad, cumpleaños, y poco más. Había interpretado el papel que le correspondía con toda la naturalidad posible.

Por otro lado, estaba Rebeca y no quería perder el cariño de su sobrina, que le demostraba cada vez que se veían lo mucho que lo apreciaba. Ahora Germán ya no estaba, y eso le dolía mucho. Se sentía más culpable aún por amarla, por desearla. La había visto tan triste esa noche que le hubiera gustado abrazarla, llenarla de ternura, decirle al oído que la amaba y la había amado siempre, pero no era el momento. ¿Cómo habría reaccionado ella si se hubiera atrevido a hacerlo? Ella parecía feliz con Germán. Se querían. Eso es lo que siempre habían demostrado. Laura era un amor imposible. Todo lo demás, «eran sueños que nunca iba a lograr», se dijo mientras tomaba una café en el bar de la esquina del edificio donde había vivido con Flavia hasta días atrás.

Mientras tanto, Laura leía en la cama deseando que Morfeo se acordara de ella. La noche era lo peor. A veces se dormía pronto pero despertaba de madrugada y se quedaba con los ojos como platos mirando cada poco la hora del reloj hasta que amanecía. Otras veces no conseguía cerrar los ojos por mucho que lo intentaba y acababa levantándose a ver la televisión con la esperanza de que así acabaría rendida al sueño. Más de una vez, su hija la había encontrado en el sofá al levantarse. Era cuando agotada por el cansancio, sus ojos se cerraban poco antes de que sonara el despertador. Luego, gracias a una buena dosis de café conseguía espabilarse para ponerse en marcha un día más.

A Rebeca le preocupaba verla así. Es cierto que ella también lloraba muchas noches recordando a su padre o pensando en la muerte. Ahora ya no estaría en su graduación, ni en la del colegio ni

cuando terminara sus estudios en la Universidad. Siempre le había dicho que estudiaría Física o Química, incluso Matemáticas, algo que seguro le enorgullecería, pero en realidad le mentía, aunque no se le daban mal las ciencias, prefería mucho más las letras. Le encantaba la Literatura, las artes, pero sobre todo los idiomas. Pero su padre quería que siguiera sus pasos, y ella no quería defraudarlo. De momento había sacado buenas notas. No era la mejor de la clase, pero sus calificaciones no estaban nada mal. Su padre era mucho más exigente con ella que su madre. Reconocía que siempre había sido más comprensiva en todo, que la había mimado y le había ocultado cosas a su padre para que este no se enfadara. Lo echaba de menos, pero seguro que su madre lo extrañaba aún más.

Quiso recordar lo último que habían hecho los dos juntos. No hacía tanto tiempo de ello. Había sido cuando fueron a comprar un regalo de cumpleaños para su madre. Después de ir al centro comercial decidieron tomar un helado. Ella le había hablado de sus clases, de sus compañeros y hasta del chico que le gustaba. Él se rio mucho cuando le hizo prometer que no se lo diría a su madre porque seguro que esta le haría un interrogatorio exhaustivo queriendo saber todo del muchacho. Le aclaró que no eran novios ni nada de eso. Solo amigos. Él también le habló de sus alumnos, de anécdotas divertidas de la Universidad y hasta de cosas que desconocía de la familia. Pasaron una tarde estupenda. Ahora ya no volvería a ir a comprar con él ningún regalo, ni podría contarle lo que pasaba en el colegio, ni cómo iba en los estudios. También recordó como una joven se había acercado a saludarlo. Era una alumna suya de la facultad. Su padre se la había presentado. Incluso la invitó a que se sentara con ellos, pero la chica no aceptó asegurando que tenía mucha prisa. Tuvo la sensación de que miraba a su padre con admiración y no como una alumna normal, pero no le dio mayor importancia. Él, después de todo, era un catedrático muy alabado en la Universidad y con un buen prestigio.

No sabía cómo sería dando sus clases. A ella no le agradaba que le ayudara en los deberes de Matemáticas o Física, porque si le explicaba algo y no lo entendía, solía enfadarse y perder la paciencia, reprochándole que no prestara atención ya que eran cosas demasiado sencillas, como para no saberlas. A ella no le parecía que fuera así y era su madre la que intercedía diciéndole que Rebeca solo iba al colegio, no a la facultad.

Sintió ruido por el pasillo. Se imaginó que de nuevo su madre no podría dormir y se había levantado para ir al salón. Decidió ir a comprobarlo. Tal como pensaba, estaba echada en el sofá tapada con una manta azul de dibujos y con el televisor encendido con muy bajo volumen.

—Mamá...

—Rebeca, ¿qué haces aquí? ¿Tampoco puedes dormir? —preguntó incorporándose para dejarle sitio a su hija que se sentó junto a ella.

—¿No te vas a la cama?

—Enseguida.

—Mamá, ¿echas mucho de menos a papá?

—Sí, mucho.

—Yo también —afirmó mientras enrollaba el cordón de la bata en un dedo.

Su madre la abrazó.

—Piensa que estamos juntas, y que él nos está cuidando desde el cielo —dijo su madre para animarla.

—Él no creía en el cielo. Decía que no hay nada después... —respondió compungida acurrucándose contra su madre y soltando el cordón.

—Bueno, él era un hombre de ciencias. ¿Recuerdas cómo se burlaba de tu tío Mateo, cuando le hablaba de la reencarnación y todas sus teorías sobre el alma?

La chiquilla sonrió.

—¿Ya no vas a las clases de yoga? —preguntó Rebeca mirándola.

—No tengo tiempo. Lo dejaré para las vacaciones.

—Y yo. ¿Podré ir? Me gustaría probar.

—Claro que sí. A tu tío le encantará. Siempre nos está invitando a que vayamos —respondió a la vez que con una mano se echaba el pelo para atrás—. Pero mejor el próximo verano, ahora tienes bastante con las clases.

La niña asintió con la cabeza.

—Mamá, este año. ¿Cómo serán las Navidades? —preguntó de pronto.

Laura suspiró.

—No lo sé, cariño, pero intentaremos pasarlo bien. No te preocupes ahora por eso.

Se quedaron calladas durante unos minutos haciendo como si miraran la tele, cada una pensando en esas Navidades que sin duda llegarían y todo lo que supondría para ambas.

—Venga, vete a la cama. Tienes que dormir, cariño.

La niña obedeció. Laura se quedó pensativa. «¡Qué duro estaba siendo para Rebeca!» Se preguntó cómo serían las fiestas navideñas. Recordó cómo años atrás se repartían entre las dos familias y desde que faltaba su suegro, siempre lo celebraban en casa invitando a todos. Seguro que las próximas irían a casa de los abuelos para evitar nostalgias y recuerdos. Tendría que invitar a Edward y a Adela también. Ahora estaban muy solos. Tanto como ella y su hija.

El sonido del teléfono la despertó. Se levantó aturdida, preguntándose cómo había sido capaz de dormirse en el sofá. Le dolía todo el cuerpo, y se prometió que intentaría volver a la cama aunque no pudiera pegar ojo, ya que por lo menos reposaría y se relajaría.

—¿Sí? —preguntó con desgana.

—Laura, cariño. Ya estamos en casa. ¿Cómo estás tú? —escuchó al otro lado de la línea.

—Ah, mamá, bien. Estoy bien —respondió después de dar un bostezo.

—¿Y Rebeca?

—Estamos bien, mamá. Pensé que llegaríais por la tarde.

—No, no. Acabamos de entrar en casa. He traído unos regalos para Rebeca y para ti. Quiero que vengáis a cenar esta noche.

Laura soltó un suspiro por el auricular.

—¿De verdad qué estás bien? —preguntó con voz preocupada su madre.

—Estoy bien —aseguró—. Y sí, iremos a cenar, no te preocupes.

—Bien. Hasta luego, entonces. Ya hablaremos. Todavía no he abierto las maletas.

—¿Papá cómo está? ¿Lo habéis pasado bien? —preguntó con curiosidad.

—Estupendamente. ¿Qué quieres que haga para la cena? Algo que le guste a Rebeca.

—Lo que quieras, mamá. Ya sabes que nos gusta todo. No hay problema —respondió Laura sentándose en la butaca.

—Haré lasaña. ¿Te parece?

—Mateo y su novia no comen carne, no lo olvides —le recordó.

Su madre soltó un bufido.

—Ya ni me acordaba —refunfuñó—. Les haré ensalada o algo vegetal... —protestó—. No sé si invitarlos siquiera... por no tener que cocinar cosas distintas, la verdad... y si hago la lasaña de berenjenas o espinacas. ¿Qué te parece?

—Lo que te apetezca, mamá. Rebeca y yo, comemos de todo.

—Bien, te dejo, que tengo muchas cosas que hacer, Laura.

—Hasta luego, mamá.

Laura miró el reloj. Apenas eran las nueve de la mañana. Había conseguido dormir unas horas. No toda la noche, pero las suficientes para no sentirse tan agotada como otras veces. Sentía frío, se había quedado helada con la ligera manta del sofá. Volvió a pensar en que tenía que proponerse dormir en la cama como todo el mundo y no levantarse nunca más para ir al salón. Después se dirigió al baño.

Era sábado, no tenía que ir al trabajo y no tenía ningún plan específico para ese día. Desde que no estaba Germán, odiaba los fines de semana y los días de fiesta. Se le hacían eternas las horas y no tener nada planeado como ir a cenar, al cine o simplemente salir, le agobiaba. Se desvistió y se metió en la ducha dejando que el agua corriera por su cuerpo. Cerró los ojos y levantó la cara. El agua estaba demasiado caliente y tuvo que regular el grifo para poder soportar el calor. Al salir de la ducha, el baño estaba lleno de vapor. Limpió una parte del espejo con la mano y empezó a secarse al tiempo que se contemplaba su imagen. Había adelgazado y el color de su piel parecía pálido. No se vio nada favorecida. Decidió ir a vestirse a la habitación envuelta en la toalla porque le angustiaba verse tan desmejorada.

Después entró en el cuarto de Rebeca, que para no variar, estaba hecho un desastre. Ni había levantado la persiana, así que lo hizo ella. Parte de la ropa estaba sobre una silla, pero la camiseta permanecía en el suelo. Murmuró mientras la recogía. Luego fue a la cocina y advirtió a su hija que antes de ir a ningún sitio, ordenara su cuarto e hiciera la cama. Como era de esperar, Rebeca ni se inmutó y siguió desayunando. Es más, subió el volumen de su iPod para no escuchar a su madre que seguía hablando sin darse cuenta de que su hija no se enteraba de nada.

5

Leonor preparó una lasaña de berenjenas para cenar sabiendo que era uno de los platos favoritos de su nieta Rebeca. Mateo fue el primero en llegar junto a su novia Iris. Había hecho también una fuente enorme de ensalada. Le confortó ver a Laura con mejor aspecto que la última vez, al menos se había maquillado y estaba muy favorecida. Besó con cariño a su nieta y la observó, parecía que había crecido. Era alta y desgarbada aunque estaba muy flaca, claro que solo tenía quince años y todavía tendría que cambiar mucho.

La cena transcurrió tranquila, sin sobresaltos. Mateo para no variar fue el que más habló intentando convencer a todos del error que cometía la mayoría de la gente al comer proteína animal como la carne. Era evidente que nadie le hacía caso y que el abuelo Pelayo prefería hablar de fútbol que de las teorías extravagantes de su hijo menor, tan propenso a sacar esos temas en las reuniones familiares. Al menos, a ambos progenitores les agradó comprobar que ya no llevaba melena y se había recortado la barba luciendo una cuidada perilla. Lo mismo que Laura era más bien rubio, pero tenía los ojos marrones como los de Pelayo.

Iris, su pareja, de pelo oscuro, vestía excesivamente informal, y no se maquillaba absolutamente nada. Estaba muy delgada para el gusto de Leonor, pero le gustaba porque era buena chica y hacía feliz a su hijo.

Laura pensó que Mateo debía de tener muchísima hambre porque aparte de tomar un trozo enorme de lasaña y media fuente de ensalada, devoró la tarta de manzana que su madre había hecho para el postre.

Se rio gracias a escuchar a su hermano, mientras que Pelayo lo miraba sin entender nada de que lo decía. A pesar de todo, a Leonor no le pasó inadvertido que Laura se aislaba mentalmente de vez en cuando. Parecía ensimismada, y reflejaba un semblante triste. Seguro que se estaría acordando de Germán aunque no lo expresara. «¡Qué lástima!» Se dijo para sí. ¡Se preocupaba tanto por ella y por Rebeca! ¡Tan joven y viuda! ¡Y esa criatura sin padre! No es que Germán fuera santo de su devoción, pero mientras su hija fuera feliz, lo demás poco importaba. Siempre le había parecido una persona muy maniática y poco cariñosa. Había congeniado estupendamente con los Owen, porque habían sido todos encantadores, amables, agradables y siempre colmaron tanto a su hija como a su nieta de atenciones. Sintió que el destino se hubiera llevado tan pronto a James, al que consideraba todo un caballero. Siempre advirtió que su yerno no era igual a ellos. Y no es que no fuera amable o agradable con ella y Pelayo, pero su intuición le decía que no era el hombre adecuado para Laura. Que no congeniara mucho con su hijo Mateo, no le extrañaba ni le molestaba, ya que pocos comprendían el mundo donde el joven estaba metido.

Rebeca también parecía divertirse con las ocurrencias de su tío, y le encantaba ver la cara de fastidio del abuelo al escuchar a su hijo. Hablar de Dios y del alma a un convencido ateo no era lo más adecuado, pero el hombre tenía una paciencia infinita y se ponía a charlar de fútbol o de política esperando que alguno le siguiera la conversación.

La pareja se fue nada más terminar la cena, mientras que Laura y Rebeca se quedaron un rato más.

—Rebeca, cariño. Vete a ver la tele a la salita pequeña, que seguro que el abuelo estará viendo el partido —dijo la abuela desde la cocina. Laura le estaba ayudando a secar los platos y cubiertos.

—No, abuela, estamos viendo una peli —respondió Rebeca desde el salón.

—Pues qué raro... —murmuró Leonor mirando a su hija.

El hecho de que su marido dejara de ver un partido de fútbol era algo más que increíble, y así se lo comentó a Laura.

—Lo hará por Rebeca, mamá —aseguró su hija mientras abría el cajón de los cubiertos.

—Sí, supongo... o se ha vuelto loco de repente. Ya sabes que no se pierde un partido. En estas vacaciones no pude contar con él cuando había fútbol en la tele, así que me uní a un grupo de mujeres con las que salía cuando los «señores» —dijo con retintín—, se quedaban embobados viendo a esos dar patadas a una pelota.

Laura soltó una risa por el comentario de su madre. Hablaron del viaje y después Leonor le preguntó si sabía algo de Adela.

Laura le explicó entonces la visita de Edward y cómo le había comentado que estaba medio separado de Flavia.

—Parece que han decidido darse un tiempo y está cada uno por su lado. Me quedé muy sorprendida cuando me lo dijo.

Su madre la miró fijamente.

—No me asombra nada. Tu cuñado siempre ha bebido los vientos por ti, Laura.

—¿Cómo?! —exclamó su hija extrañada por tal afirmación—. ¡Eso es ridículo, mamá! ¡No sé de dónde sacas esas ideas!

—Solo hay que observar cómo te mira. No sé cómo no te has dado cuenta.

—Vamos, mamá. Tienes mucha imaginación —afirmó riéndose.

Rebeca entró en la cocina.

—¿De qué te ríes, mamá? —preguntó la chiquilla.

Laura negó con la cabeza. Y la abuela le ofreció un poco de helado que había en la nevera. Rebeca dijo que no, y volvió a salir de la cocina. Leonor siguió con la conversación sobre Edward.

—Por eso no dura con las novias que ha tenido —dijo convencida.

—Mamá, creo que ves demasiadas películas —dijo Laura sin perder la sonrisa.

Su madre cerró el grifo, se secó las manos en un papel de cocina y fue a cerrar la puerta para que nadie pudiera escucharlas. Se acercó a su hija para poder bajar el tono de voz.

—Nunca te dije nada, pero su madre me lo comentó un día —aclaró—. Estaba muy desconcertada con la idea de que sus dos hijos estuvieran enamorados de la misma mujer. Ya sabes que ella adora a Edward, y no iba a mentir en algo como eso, ni se lo iba a inventar. Es la verdad —aseguró—. Si no te dije nada fue porque estando casada con Germán era mejor ignorar el asunto.

—Pero, mamá. ¿Qué dices? Seguro que ella se lo imaginó —respondió nerviosa.

—No, Laura. Parece ser que Edward se lo confesó. También fue un alivio para Adela saber que él nunca se entrometería entre vosotros.

—¿Y cuándo te lo dijo? —preguntó con curiosidad.

—Hace ya bastante tiempo. Cuando Rebeca era pequeña.

Laura se quedó callada, pensativa. ¿Lo sabría Germán? ¿Sería ese el motivo de su poco afecto hacia su hermanastro? No, seguro que no. Adela nunca se lo habría dicho.

—No sé, mamá. Me cuesta mucho creer algo así —dijo tratando de no darle importancia—.

Claro que si Adela lo ha dicho... pero ha tenido unas cuantas novias. Es absurdo. Estaba muy feliz con Flavia. La Navidad pasada yo lo vi muy enamorado.

—No sé, Laura. Yo te digo lo que sé. Todo dicho por Adela.

—Tal vez cuando me conocí. Como éramos de la misma edad, se pudo sentir atraído por mí, pero de eso a que ahora... no —negó con la cabeza—. Imposible —añadió encorvando los hombros.

Rebeca volvió a entrar en la cocina y se callaron.

—Quiero un poco de helado, abuela. ¿De qué sabores tienes? —dijo acercándose a la nevera.

—Hay varios.

—¡Genial! ¿Puedo coger el de fresa y nata? —preguntó después de abrir la parte del congelador.

—Claro, lo que quieras. Pero ten cuidado al cogerlo, que está atrás del todo.

—Descuida —respondió sonriente.

De pronto se fijó en su madre que estaba muy seria. Y ver tanto la abuela como a ella ahí paradas junto a la mesa sin terminar de fregar ni recoger los cubiertos, le sorprendió.

—¿Pasa algo? —preguntó con gesto de preocupación.

—Nada, cariño. Hablábamos... —respondió Laura sonriendo mientras le daba un plato para que se sirviera el helado.

—¿De qué? —replicó Rebeca con curiosidad.

—Nada importante —contestó la abuela volviendo a abrir el grifo para seguir fregando.

—¡Ya...! —exclamó la niña sentándose a la mesa para comer el helado—. Eso es lo que decís siempre cuando no os interesa que me entere —protestó—. Ahora querréis que me vaya para seguir hablando ¿No? —añadió molesta.

Laura se volvió para secar los vasos que quedaban sin decir nada.

—Está claro que no me lo vais a contar... —volvió a replicar su hija.

Las dos mujeres la miraron, pero no dijeron nada y siguieron hablando de cosas sin importancia. La chica entendió que la estaban ignorando y que por supuesto no pensaban explicarle nada.

—¡Jo...! —exclamó enfadada—. ¿Tan grave es? ¿Es un secreto, acaso?

—Termina el helado que tenemos que irnos —advirtió Laura—. Ya se está haciendo tarde —añadió mirando el reloj de la pared.

—¡Jo, qué prisas! —replicó Rebeca.

Su madre la miró con atención y se acercó para apartarle un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Su hija se revolvió en la silla a modo de protesta. Parecía indignada.

—Voy a hacer dieciséis años. ¡Ya no soy ninguna niña! —exclamó enfadada.

—No me gusta ese tono —dijo su madre con tono enérgico—. Y cómete el helado.

—Vamos, vamos... no riñáis —apaciguó la abuela.

Rebeca observó a su abuela y a su madre, buscándoles parecido. Pensó que si se parecían, pero su madre era mucho más delgada. Tenían los mismos ojos claros y la misma sonrisa. La cara de su abuela evidentemente estaba más flácida, de piel blanca, con gafas, el pelo teñido para tapar las canas y de cuerpo, ya no tenía el tipo que había visto en fotos antiguas. Le sobraban unos kilos, sin duda.

Cuando acabaron de recoger la cocina, Rebeca seguía dándole vueltas al helado. Laura pensó que se había echado demasiada cantidad.

—No comas tanto, luego te dolerá la barriga —advirtió—, y date prisa. Se va a hacer tarde. La chiquilla se limpió los labios con la servilleta y protestó.

—¿Se hace tarde? ¿Para qué? No hay ninguna prisa, mamá. Mañana es domingo —alegó sonriente—. No tenemos nada especial ni nada importante. ¿No es así? Nunca tenemos nada que

hacer los domingos. Ya no hacemos las mismas cosas que antes... —murmuró ahora cabizbaja.

Su madre sintió ganas de llorar al escucharla, pero hizo un esfuerzo por sonreír. No, no tenía nada importante que hacer. Fue al salón y se sentó al lado de su padre que ahora ya veía un partido de fútbol.

—¿Qué tal estás, hija? —preguntó Pelayo.

—Bien, papá —contestó sonriendo mientras cogía una revista de la mesa.

La ojeó pero volvió a ponerla en su sitio. Se quedó observando a su padre. Había sido un hombre atractivo en su juventud. Ahora le faltaba bastante pelo, pero todavía conservaba mucho encanto. Era un hombre tranquilo y paciente que no se enfadaba por casi nada. Al contrario de su madre, que por lo mínimo se sentía ofendida o dolida y no perdía ocasión para demostrarlo.

Rebeca terminó el helado y aprovechó para preguntarle a la abuela de qué estaban hablando.

—Nada, Rebeca, no era nada importante, cariño. Anda, que tu madre está esperando por ti —dijo al tiempo que le empujaba suavemente hacia el salón.

La chiquilla no se mostró conforme con la respuesta. Seguro que estaban hablando de su padre y no querían decirselo. Llegó enfurruñada hasta el sofá.

—Cuando quieras, nos vamos —dijo mirando a su madre.

—Sí, vamos. Despidete de los abuelos —sugirió poniéndose en pie.

Laura besó a su madre en la mejilla y susurró:

—Buenas noches, mamá. —Rebeca hizo lo mismo.

Esa noche Laura se acostó en la cama. Seguro que no pararía de moverse de un lado a otro sin dormir y al día siguiente estaría cansada y de mal humor. Sin embargo, muy al contrario de lo que pensaba, no estaba nada desvelada y se durmió enseguida.

Se despertó de madrugada, sin saber exactamente por qué. No recordaba si era una pesadilla lo que le había hecho abrir los ojos de pronto y ni si el sudor que emanaba su piel se debía a un mal sueño. Escuchó ruido que venía del baño del pasillo. Encendió la lámpara de la mesita, y se incorporó mientras miraba al despertador. Eran casi las cinco.

Entró en el baño, Rebeca estaba mojándose la cara. Tenía la cara blanca como el papel y el cuerpo le temblaba.

—¿Qué te pasa, Rebeca? —preguntó preocupada.

—He vomitado —contestó mientras se secaba con la toalla

—¿Quieres que tomar una manzanilla? ¿Te duele algo?

La chiquilla negó con la cabeza.

—No. No me duele nada. ¿Te he despertado, mamá? —preguntó.

—No importa —respondió atrayéndola hacia ella—. Seguro que ha sido el helado que te ha sentado mal. Ya te lo advertí. Era mucha cantidad, Rebeca. Nunca me haces caso.

—¿Puedo acostarme contigo, mamá? —preguntó mimosa.

—Claro —respondió su madre mientras le pasaba la mano por el pelo revuelto—. Anda, ven. ¿Seguro que no quieres tomar nada? —volvió a preguntar.

—No. Estoy bien. Solo tengo sueño.

Rebeca no quiso contarle que en realidad había tenido una terrible pesadilla y que se había despertado gritando y temblando. No recordaba exactamente el sueño pero sintió náuseas y tuvo que salir corriendo hacia el baño para no vomitar en el pasillo o en su habitación. La seguridad de sentir el cuerpo de su madre a su lado, la reconfortó y le dio la serenidad necesaria para dormir profundamente hasta bien entrada la mañana.

6

A la semana siguiente, el sábado por la mañana cuando Laura llegó a casa, después de haber hecho la compra de la semana, se encontró con Edward y Rebeca ante el ordenador probando el juego que había conseguido para su sobrina. Esta estaba entusiasmada ante la idea de saber que sería la primera de la clase que lo tendría, ya que no saldría a la venta hasta Navidad.

—Muchas gracias —dijo Rebeca para luego darle un abrazo de agradecimiento.

—Te aseguro que no me ha sido nada fácil conseguirlo —aclaró él girándose al oír los pasos de Laura que se acercaban a la puerta.

—Hola —saludó ella.

—¡Mira, mamá! —exclamó Rebeca—. ¡Ya lo tengo!

—Ya veo. —Dirigió una mirada a su cuñado—. La mimas demasiado. No tenías que haberte molestado, Edward. Podría haber esperado a Navidad, pero muchas gracias de todos modos. Ven —dijo—. ¿Quieres tomar algo?

—Cerveza, si tienes.

—Creo que tengo —respondió ella sonriente.

La siguió hasta la cocina, donde Laura abrió la nevera para coger una lata. Abrió un armario y sacó una jarra de cristal, donde vertió el contenido del envase para luego dárselo a Edward. Lo miró. Estaba muy guapo con esa ropa informal que llevaba puesta. El polo negro de manga larga y los vaqueros claros.

—¿Tú, no quieres? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero café —afirmó cogiendo la cafetera eléctrica y sirviéndose una taza, a la que agregó un poco de leche fría—. Tu hermano siempre me decía que era adicta al café. Como él no lo tomaba.

—No lo sabía. ¿Desde cuándo? —preguntó él.

—Desde que se obsesionó con que la cafeína le subía la tensión. Yo en cambio, la necesito para todo lo contrario —aclaró sonriendo—. Cuando me levanto por las mañanas hasta que tomo una taza, no soy persona —bromeó—. Puedo estar de un mal humor insoportable cuando madrugo —añadió poniendo una mueca.

Él soltó una risita.

—¿Sabes que aún no he encendido el ordenador de Germán? He entrado mil veces en su estudio, pero no he tocado nada. Todas las carpetas, los libros que hay sobre la mesa. No he sido capaz ni de cambiarlos de sitio. Podría recogerlo y meterlo en los armarios. Ordenarlo un poco, mirar lo que merece la pena conservar... no...

Él la interrumpió.

—Si quieres que lo haga yo, solo tienes que decírmelo.

—Tal vez te llame cualquier día para que me ayudes —respondió tratando de sonreír—. Aunque no creo que esté preparada para deshacerme de todo lo suyo.

—No tienes por qué hacerlo ahora. Ni tampoco hace falta que te deshagas de todo. Pero cuando

antes lo hagas, primero lo superarás.

—Ufff... Estoy mucho mejor, Edward. Mucho mejor, aunque a todos os cueste tanto creerlo. Mi madre está convencida de que no avanzo, de que no paso página, pero en realidad pienso que no quiero pasarla. No puedo borrar a Germán de mi cabeza, ni de mi casa, ni de mi vida. Han sido muchos años —dijo con voz triste.

—Lo entiendo.

—Todo el mundo me aconseja sin saber qué se siente, como si fuera fácil...

—Seguramente intentan ayudarte.

—Lo sé, lo sé... —asintió con la cabeza—. Nadie lo hace con mala intención, todo lo contrario. Pero a veces no me tranquilizan nada. Cuando insisten en que quite la ropa, las cosas de Germán, no se dan cuenta que es tachar una vida que ha formado parte de la mía durante muchísimo tiempo.

—De todos modos estoy aquí para lo que necesites —dijo él extendiendo la mano sobre la mesa y rozar los dedos de Laura, que instintivamente, apartó.

—Y tu madre. ¿Cómo está? ¿Cómo lleva lo de Germán? No he vuelto a verla desde... bueno, sé que está en Coruña en casa de su hermana ¿no?

—Sí, ya sabes que es una persona muy fuerte. Se ha refugiado allí, y creo que se quedará una larga temporada. Si no te ha llamado es porque creo que necesita retirarse de todo... pero el otro día cuando hablé con ella, me preguntó por ti y por Rebeca.

—No, no le reprocho nada. Tiene que ser horrible para ella. Perder un marido no es fácil, pero perder un hijo tiene que ser... —Soltó un suspiro y bajó los ojos ante la mirada triste de Edward—. Perdona, también tú has perdido a un hermano... —añadió compasiva.

—No te preocupes. Siempre he tenido asumido que no me apreciaba demasiado, al menos creo que yo lo quería mucho más que él a mí. Nos llevábamos demasiada diferencia de edad. Se fue de casa cuando yo solo era un niño. Pero aun así, tengo recuerdos de esa época en que él estaba en un equipo de baloncesto y mi padre y yo, íbamos a verlo jugar. A él no le agradaba que fuéramos. Nunca entendí el motivo. Luego cuando empezó en la Facultad decidió empezar a trabajar de camarero por las tardes y vivir a su aire con otros estudiantes. Mi madre lo llevó muy mal, pero Germán era tan orgulloso...

—Demasiado —dijo Laura asintiendo.

—Por eso te aseguro que no me tenía en gran aprecio.

—No, no digas eso... —susurró Laura—. Sabes cómo era... No solía expresar mucho los sentimientos. Era muy particular. Estaba empeñado en que tu madre destrozó su familia cuando abandonó a su padre para irse con el tuyo. Nunca lo superó.

—Sí. Supongo que todo venía de ahí —afirmó él.

Laura suspiró y se quedó en silencio. Su expresión se ensombreció de tristeza.

Edward la miraba con ternura. No quería seguir hablando de su hermano. Eso abatía a Laura, y por nada del mundo quería verla sufrir. Cambió de tema y le preguntó por Mateo, de cómo le iba el negocio y que cualquier día también se animaría a hacer meditación, para dejar el estrés del trabajo. Ella le habló con entusiasmo de su mínima experiencia con la práctica asegurándole que sí, era muy relajante, pero que había que tener mucho tiempo y paciencia, algo de lo que ella carecía. Consiguió hacerle reír. Luego llegó Rebeca que se unió a la conversación. Y los tres pasaron un rato muy agradable.

—¿Qué vais a hacer esta tarde? —preguntó de pronto.

Ella se encogió de hombros mientras que Rebeca le comentó que iría al cumpleaños de una compañera de colegio.

—¿Tú que vas a hacer, Laura? ¿Tienes planes?

—Nada en particular.

No tenía nada previsto. Acercar en el coche a Rebeca hasta el local donde harían la fiesta y volverse para casa, había pensado.

—Te vengo a buscar y nos vamos a dar una vuelta por ahí —dijo él sonriente.

—No sé...

—Vete, mamá. Tienes que salir. Anímate —dijo la chiquilla acercándose a ella.

—Además hace un día espléndido para ser otoño —aseguró Edward—. Te llamaré más tarde y espero un sí por respuesta. ¿Vale? Ahora tengo que irme —dijo mirando el reloj.

Se despidió de las dos y Laura lo acompañó hasta la puerta. Él volvió a repetir que la llamaría más tarde.

Cuando Laura cerró la puerta, se preguntó qué le estaba pasando. ¿Por qué se ponía tan nerviosa ante su presencia? ¿Era desde que sabía lo de su presunto enamoramiento hacia ella? ¿Le había atraído siempre y no se había dado cuenta hasta ahora? ¿Su matrimonio con Germán le había impedido ser consciente de esa atracción? O ¿Es que su pérdida le estaba afectando hasta el punto de necesitar estar al lado de Edward porque le recordaba a él? Tal vez solo era que se estaba volviendo loca con toda esa tormenta de sentimientos, emociones, pensamientos que inundaban su mente. Siempre había sospechado que su cuñado sentía algo especial hacia ella, pero nunca lo comentó con nadie. Es más, lo desterró de su mente y lo dejó arrinconado en un lugar de la memoria, pero ahora con lo dicho por su madre, había vuelto a surgir ese pensamiento. Y no, no quería aceptarlo ni pensar más en ello.

Se sentó sobre la cama y se quedó pensando. Abrió el cajón de la mesita y encontró un pequeño álbum de fotos. Lo abrió. No quería mirar atrás y sentirse triste, prefería quedarse con las alegrías como las que reflejaban las fotos; los viajes, las risas, ver los ojos achinados de su hija protestando porque le daba todo el sol en la cara y no quería hacerse fotos... Esos momentos era los que deseaba conservar y no perder nunca. Las discusiones, las riñas, los enfados, lo que faltaba o sobraba en su matrimonio deseaba dejarlo en olvido.

Cuando Edward la llamó más tarde para poder quedar, ella buscó una excusa. Explicó que iría de compras a un centro comercial situado en las afueras, y le dio a atender que deseaba ir sola. Él no insistió.

—Para otra vez, Edward.

—Claro, claro...

Sin embargo Edward sabía que solo era un pretexto para no quedar con él.

Ella no fue de compras ni salió de casa. Estuvo entretenida leyendo y viendo una película. Era lo único que la evadía y no le hacía pensar en su marido ni en cómo se presentaba su vida ahora sin él.

Lo pasaba muy mal cuando gente conocida se paraba para darle el pésame. Eso la dejaba hundida. Y que su madre la llamara cada poco para preguntarle cómo se encontraba le ponía de los nervios, aunque comprendía que estaba realmente preocupada por ella.

Ya había asumido que tenía que afrontarlo todo sola. Tanto a lo bueno como a lo malo. El destino había sido demasiado cruel. Tenía cuarenta años, una hija de quince y había perdido a su marido en un estúpido accidente de coche. ¿Qué más podría pasarle?

Estuvo un rato escuchando los CDs que Mateo le había dejado para que se relajara y se olvidara un poco de todo. Le serviría para aplacar la ansiedad, los nervios y el estrés, le había dicho su hermano.

La música era tan relajante que se quedó dormida. Cuando despertó tuvo que admitir que se sentía mucho mejor.

Miró el reloj. Hacía años que no dormía una siesta tan larga. Tal vez era eso lo que necesitaba, lo peor es que de noche a la hora de acostarse, no tendría sueño.

Rebeca regresó poco después. No quiso cenar nada pues aseguró que había comido mucho en la fiesta de cumpleaños. La chica se alegró de ver a su madre más alegre y animada. Le preguntó si había salido con Edward y cuando su madre respondió que no le había apetecido. La niña la miró confusa.

—Tenías que haber salido, mamá. Seguro que lo habrías pasado bien. ¿Qué has hecho toda la tarde? ¿No te has aburrido?

—He estado viendo una película.

—¿Eso es mejor que salir, mamá? La película puedes verla cualquier día —protestó su hija—. Perdona, pero es de tontos.

Laura prefirió ignorar el comentario.

—¿Cuéntame cómo fue el cumpleaños! ¿Qué le regalaron?

—De todo, mamá. Un poco más y acaba invitando a todo el colegio. ¡Estábamos casi todos los de la clase! —exclamó—. Es una exagerada, pero claro, a Isabel le encanta llamar la atención y que todo el mundo le haga caso —aseguró dejándose caer en el sofá.

—No deberías criticarla si es tu amiga —advirtió su madre.

Rebeca cerró los ojos y se frotó los parpados. Se sentía cansada.

—No es mi amiga, mamá. Solo compañera de clase. Me ha invitado porque como te dije ha invitado a casi todos, pero no somos amigas. Es más, no me cae muy bien —afirmó.

—¿Por qué aceptaste la invitación, entonces? —preguntó su madre.

—Porque también fue Bea, Tania... y gente con la que me llevo muy bien —aseguró—. ¿Por qué iba a ser? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho.

Su madre movió la cabeza de un lado a otro.

—Pues yo he dormido como un bebé —dijo sonriendo.

Le explicó que había intentado seguir las pautas de relajación del CD que Mateo le había prestado y eso le había hecho dormir tan profundamente que ni siquiera un terremoto la hubiera despertado.

7

Elsa Peláez asistió al funeral de Germán como otros alumnos que fueron a mostrar sus condolencias a la familia. Sin embargo, ella se quedó en el último banco de la iglesia y en ningún momento se acercó a Laura o a su hija, como hicieron otros de sus compañeros. Sentía una profunda tristeza por el fallecimiento de su profesor, pero lejos estaba de demostrarlo. En realidad, se había tomado un tranquilizante horas antes para poder soportar la ceremonia sin derramar lágrima alguna.

Lo había conocido tres años antes cuando asistió a las clases de Física de primer curso. Como alumna aventajada en la materia le consultó sus dudas e incluso trató de corregirle un par de veces en una explicación, ante el total asombro de Germán. Fue de ese modo como comenzaron a tener contacto más cercano, muy diferente al que existía con otros alumnos. Elsa era una brillante estudiante y eso a él, le fascinó. Estudiaba gracias a una beca y trabajaba dando clases particulares, con lo que se sacaba bastante dinero, ya que había cogido fama de ser una estupenda profesora. Germán se encargó de recomendarla en varios colegios, entre ellos, el de su hija. De origen latino, y padres emigrantes no había tenido una situación fácil por las dificultades económicas que había sufrido la familia. Ella era la única que había estudiado, ya que sus otros hermanos habían preferido trabajar. El matrimonio había regresado hacía un año a su país de origen, igual que sus hermanos, mientras que Elsa decidió continuar con su vida en España. No quería perder la oportunidad de estudiar ni perder la beca. Sabía que tenía que esforzarse mucho y eso suponía horas y horas de estudio. Le entusiasmaba la Física y las Matemáticas. Y Germán le aseguraba un futuro prometedor. A él le gustaba debatir con ella temas de Física cuántica, fórmulas abstractas de las que Laura no entendería nada, y que en cambio a Elsa le entusiasmaban. Que ella lo mirara con aquellos ojos radiantes y expresión de admiración, ávida de su sabiduría, no hacía otra cosa que engrandecer el ego de un profesor necesitado de sentirse halagado y reconocido por considerarse así mismo como uno de los mejores. Elsa le recordaba mucho a sí mismo. Estudiante becada y esforzándose al máximo por alcanzar sus metas.

Por su parte, Germán empezó a tener sueños eróticos con su alumna. Era bastante guapa, con una espesa melena de pelo negro y ojos también oscuros, un cuerpo lleno de curvas que bien sabía acentuar. Una piel color canela que lo embrujaba y unos labios carnosos que le daban un toque muy sensual. Era lo suficientemente bella para llamar la atención de cualquier hombre. Nunca antes le había sido infiel a Laura, y no caería en una tentación que le haría perder su prestigio y su reputación como profesor ante sus colegas.

Pero fue algo inevitable. Ella convirtió su admiración en enamoramiento y no dudó en dejárselo ver. Empezaron una relación a la que poco a poco se hizo adicto. Los congresos, las horas extra de trabajo, las reuniones con otros profesores eran la excusa perfecta para justificarse ante Laura. Con Elsa entró en un excitante mundo que lo atrapó. Aunque en un principio, no estaba ni mucho menos enamorado, ella era un torbellino de sensualidad, y si había disfrutado del sexo con su mujer, con Elsa saboreaba el éxtasis. Intentaron ser discretos. La llevaban a hoteles lo suficientemente lejos como para no ser vistos por conocidos. Ella compartía un pequeño

apartamento con otra joven estudiante. Una tarde Elsa corrió el riesgo de telefonarle a casa porque no le respondía por el móvil. Tuvo la suerte de que fue él quién respondió y no su mujer ni su hija.

—¿Puedes venir? ¿Ahora mismo?

Germán dio un profundo suspiro.

—Elsa. Estoy ocupando. Tengo un montón de exámenes que corregir.

Ella respondió con un bufido.

—Por favor, necesito verte.

—No sé si estoy de humor.

—Germán por favor —dijo Elsa empleando ese tono meloso que a él le encantaba—, ven a casa. Te prometo que no te vas a arrepentir. No hago otra cosa que pensar en ti. Llevo tres días sin verte. Es la primera vez que tenemos la casa para nosotros solos, Gabriela está de viaje.

—De acuerdo —accedió—. Ahora voy. Dame treinta minutos.

Como en cualquier adicción, el deseo de seguir con ella era muy superior a la fuerza de voluntad. Fue la primera vez que estuvieron en su apartamento, pero no la última.

Él estaba seguro de que tarde o temprano todos llegarían a enterarse y así se lo hizo saber a Elsa. Le confesó su temor a perder su reputación cara a los demás, y que tal vez sería mejor dejarlo por un tiempo. Ella se puso a llorar al escucharlo. Volvió a repetirle que estaba enamorada y que esperaba que rompiera su matrimonio con Laura para así poder afrontar una relación de pareja, juntos. Él se quedó sin habla y no supo qué decir. Quería a su mujer, a su hija y no deseaba perderlas. En el fondo sabía que estaba comportándose como un miserable. Al mismo tiempo era consciente de que Elsa le atraía cada día más, pero no se veía compartiendo su vida con ella. Pero no rompieron, al contrario, Germán llegó a dudar del amor hacia su mujer. Y cuando quiso darse cuenta, fue consciente de que no podía soltarse de los hilos que su alumna había cosido a su piel. Debería confesarle a su mujer lo que existía entre él y la joven. Decidió que llevaría a la muchacha al congreso de Madrid. Dejó de importarle el qué dirán y sería un modo de presentarla ante sus colegas. A Laura se lo diría cuando regresaran del viaje. Ahora ya estaba dispuesto a romper con todo y divorciarse.

Ella quería a su profesor para ella sola y no deseaba compartirlo con nadie.

Días antes de su muerte, Germán se mostró inquieto, nervioso, perdido. ¿Realmente amaba a Elsa lo suficiente como para romper el matrimonio? ¿Dejar a Laura y a Rebeca? Su tensión subió y empezó a encontrarse mal. Visitó a su médico que le recetó unas pastillas, al tiempo que le sugirió que se tomara la vida con calma, y no anduviera tan estresado.

Intentó mostrarse como siempre ante su mujer y su hija, pero Laura notó que estaba tenso, ensimismado, raro. Veía que se estaba distanciando cada vez más, y que su matrimonio parecía ir a la deriva. Ella estaba algo enfadada porque habían discutido una vez más por culpa de Rebeca. Según él, la estaba educando con demasiados mimos. Laura pensaba que su hija solo era una chica de quince años que vivía su adolescencia, como todas las demás, y eso que no podían quejarse, pues no les daba problemas. Que escuchara música en el iPod sin atender a nada o que estuviera pendiente del móvil en la mesa, era algo normal a su edad, pero su padre no pensaba igual y la obligaba a dejar el teléfono en la habitación. De momento, no replicaba por mucho que le fastidiara las órdenes que le daban. Por otra parte, estudiaba bien. Respetaba los horarios que le imponían y le gustaba pasar tiempo con ellos viendo una película. Tampoco pedía salir de noche, como muchas compañeras suyas hacían. No tenía interés especial en asistir a fiestas nocturnas, ni fumaba, ni bebía ni consumía ningún tipo de sustancias peligrosas. Laura opinaba que tenían suerte de que fuera así. Todo lo demás eran cosas sin importancia, pero Germán deseaba que subiera sus

notas, y fuera más ordenada entre otras muchas cosas que él si consideraba esenciales para su educación.

La última noche antes del accidente, Germán seguía dándole vueltas a su situación con Elsa. Estaba en un duro aprieto y no sabía por dónde tirar. De un modo u otro, con cualquiera de las dos, se comportaría como un canalla. No podría imaginarse que sus horas estaban contadas y que el destino le tenía preparado ya un final.

Por su parte, Elsa cuando se enteró del fallecimiento de Germán, se le vino el mundo encima.

8

Laura entró en la tienda de Cloti para ver si estaba allí su hija. No le había contestado a los wasaps, ni sabía nada desde primeras horas de la tarde, cuando le dijo que se quedaría en el colegio con unas compañeras para hacer un trabajo que tenían que presentar en grupo. Laura le advirtió que estuviera a las seis y media en la esquina del parque, ya que tenían que ir al dentista. Viendo que no aparecía, se le ocurrió pasar por la tienda, ya que a Rebeca le gustaba mucho estar en el comercio para charlar con la dueña.

—Hola, Cloti —saludó—. ¿Ha estado Rebeca por aquí?

—¿Rebeca? No, ya se ha ido.

—¿Se ha ido? No está en casa ni me contesta al móvil. Tampoco ha ido al sitio donde habíamos quedado ¿Cuándo se fue?

—Pues... —Echó una mirada al reloj—. Hará media hora. Estuvo aquí unos cinco minutos y se fue.

—¿No te dijo adónde? —preguntó nerviosa.

—No. Simplemente me dijo que se iba.

—Si pasa por aquí otra vez, dile que vaya para casa.

—No te preocupes. Se lo diré.

Cloti pensó que Laura era una mujer encantadora, igual que su hija. Siempre tenía una sonrisa y un gesto agradable con ella, incluso ahora, después de pasar por la desgracia de quedarse viuda. Ella había ido al tanatorio a presentar sus condolencias. Encontró a Laura bastante serena y sumamente elegante con el vestido negro que llevaba puesto. Esta le agradeció infinitamente que hubiera tenido el detalle de presentarse allí para darle el pésame. Desde que había abierto la tienda, era una clienta asidua. Compraba verdura, pero sobre todo fruta. A Germán lo había tratado muy poco, pues era raro que fuera al establecimiento. A veces algún sábado o que acompañara su mujer en alguna ocasión. También le había parecido agradable y cordial aunque era más serio, o eso le había parecido. Era una lástima lo ocurrido. Siempre le pareció que hacían muy buena pareja.

Laura llamó a casa de sus padres para ver si Rebeca estaba allí.

—Hola, mamá. Rebeca no está ahí, ¿verdad?

—No. ¿Tenía que venir? No lo sabía... ¿Pasa algo? —preguntó la mujer preocupada.

—No. Habíamos quedado a las seis y media, porque teníamos cita con el dentista pero parece que se ha olvidado. Te llamaré más tarde cuando descubra dónde está.

—¿Crees que le ha pasado algo? —preguntó Leonor, alarmada.

—No. No te preocupes. Seguro que se ha liado con la hora. Te llamo luego —dijo con voz cansada.

Volvió a casa con la esperanza de que estuviera allí. Nada más entrar escuchó el sonido del teléfono fijo.

—Hola, mamá —respondió una voz alegre.

—¿Por qué no estás aquí?

El intenso alivio por saber que estaba bien se vaporizó y se cambió por enfado.

—Estoy en casa de Bea. Terminando un trabajo de clase, mamá.

—¿En casa de Bea? Y ¿no teníamos que ir al dentista, Rebeca?

—Lo olvidé.

—¿Entonces para que has ido a la tienda de Cloti? ¿Me quieres volver loca? No entiendo nada de lo que me dices, Rebeca —protestó.

—Teníamos que terminar el trabajo para mañana.

—Ah, no sé si creerte. Me parece todo muy raro. No has querido ir y no mientas.

—Que nooo, mamá. Que es en serio. Me olvidé. No estoy mintiendo.

Laura estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Germán siempre decía que cedía con excesiva facilidad, que era demasiado tolerante. Pensó que era cierto y la estaba malcriando. Y ahora sin él, parecía que mucho más. Tal vez Rebeca abusaba de esa circunstancia.

—De todos modos, ven pronto.

—A las nueve.

—A las ocho y media. Ni un minuto más, ¿me escuchas?

—De acuerdo.

Colgó y luego avisó a la abuela para que estuviera tranquila y no se preocupara más. Se tomó un té y luego decidida, entró en el estudio de Germán. Miró el escritorio. Había unas hojas encima de la mesa que ni siquiera había tocado. Eran un montón de fórmulas y apuntes escritos por su marido. Se sentó en la silla y se quedó mirando al vacío. Ni siquiera le había dicho a Lourdes, la chica que iba por las mañanas, que limpiara el estudio. Tendría que decirle que lo hiciera. Pero antes tendría que ordenar todo aquello. Pensó en Edward, en su ofrecimiento para ayudarla. Decidió llamarlo, pero le salió el contestador. Se aclaró la garganta para dejarle un mensaje:

Edward, soy Laura. Te llamo desde el estudio de Germán. Sí, ya ves que me he decidido a entrar. Quisiera poner todo esto en orden. Si puedes ayudarme... durante el fin de semana... si es que puedes. —Estuvo a punto de colgar pero prosiguió—. *A Rebeca le encantará verte. Me avisas si vienes. Gracias. Adiós.*

Salió del estudio y cerró la puerta. Pensó que ahora tendría que buscar otra nueva cita para el dentista de Rebeca. ¿En qué demonios estaría pensando su hija para olvidarse? De todos modos no le insistiría en que le diera alguna explicación. No se sentía con ánimos de empezar una riña con ella. Solo le advertiría para que no volviera a pasar. Tendría que ponerse seria y tomar medidas antes de que no pudiera dominar la relación con su hija.

—¿Volverías a casarte, mamá? —preguntó la chica mientras cenaban.

Laura siguió comiendo, sorprendida por la pregunta y sin saber qué responder.

—No digo ahora, imagínate que dentro de cinco años conoces a un tío y te enamoras. Eso puede ser. ¿No crees?

—Puede ser —contestó dejando el tenedor suspendido en el aire—. Todo el mundo que pierde a un ser querido, en este caso, una pareja, vuelve a retomar la vida. Sigue viviendo. Pero de momento nada cambiará, cariño. Nadie ocupará el sitio de tu padre —añadió mirándola tratando de esbozar una sonrisa.

Rebeca sonrió a la vez.

—Mientras no te cases con el vecino de arriba.

—¿Con Bruno? ¿Por qué dices eso? —preguntó riéndose—. ¿De qué hablas?

—¿No te has dado cuenta de cómo te mira, mamá? ¡Hasta papá lo decía!

—Bruno es agradable, cordial... es cierto que se acerca mucho cuando me habla, pero no creo que lo haga con mala intención. No seas mal pensada. Además tiene novia, ¿no lo has visto con ella? Viene muchas veces con él.

Dejó los cubiertos sobre el plato, sin apartar la mirada de su hija. ¡La quería tanto! Le encantaba ver cómo se reía.

—Una que es horrible... —respondió divertida—. Parece un cuervo.

—¿Un cuervo? —preguntó su madre riéndose—. Anda, acaba de cenar.

El sonido del teléfono hizo que se levantara para ir a descolgar. Era Edward que se disculpó por no haber podido llamar antes. También le anunciaba que podía contar con él para poner en orden el despacho de Germán.

—Gracias, Edward.

—De nada. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé.

Sonrió a pesar de que su cuñado no pudiera verla.

—Hasta el sábado entonces.

Luego se dirigió a la mesa a recoger los platos. Rebeca la observaba en silencio.

—¿Qué quería el tío Edward?

—Va a venir el sábado para poner en orden el despacho de papá —respondió—. Venga, si has terminado, ayúdame a llevar todo a la cocina.

—¿Puedo comer un poco de helado?—preguntó su hija al tiempo que se levantaba.

—Vale, pero poco. Luego te quejas de que te duele la garganta o la barriga.

—¿Tú quieres? Y vemos un poco la tele. ¿Eh, mamá?

—Sí, pero poco. Tienes que acostarte pronto que mañana hay clase —le advirtió desde la cocina—. Ven y mira a ver qué hay en el congelador.

Su hija se dirigió a la cocina y abrió el congelador dispuesta a buscar el helado.

—Mamá —se quejó Rebeca—, no hay nada.

—¿No? ¡Vaya! Se me ha olvidado comprarlo. Lo haré mañana, no te preocupes.

—Pero no te olvides.

A su hija le encantaba comer helado mientras veía la tele, o alguna golosina. Germán siempre le repetía que el azúcar no era nada bueno. Rebeca buscaba entonces la complicidad de su madre con la que a veces compartía el regaliz u otras chucherías.

Sin embargo, Laura era consciente de que para otras cosas recurría a Germán primero. Comprendió que lo mismo que ella había sido la niña de los ojos de su padre, la historia se había vuelto a repetir una vez más, mientras su madre siempre había sentido una especial predilección por su hermano Mateo.

9

Laura y Edward se encargaron de ordenar el estudio de Germán. Se deshicieron de carpetas y folios que estaban sobre la mesa después de que comprobaran que lo que contenía no parecía importante. La mesa quedó casi desierta, a excepción del ordenador portátil, el bote de los lápices, el pequeño calendario y la foto de Rebeca. No fue un momento fácil para Laura reencontrarse con todas las cosas de su marido. Cuando Edward le preguntó si deseaba mirar el ordenador, ella negó con la cabeza.

—De momento, no, Edward.

—Podrías usarlo tú. Es mucho mejor que el tuyo.

—Lo sé, pero hace siglos que no entro en Internet. Ya sabes, no tengo Facebook, aunque Rebeca está empeñada en que abra una cuenta, ni Twitter ni nada de esas cosas. Para mirar el correo electrónico y poco más, lo hago en el trabajo, y cada vez menos, gracias al WhatsApp. Y lo de subir fotos a la red, tampoco lo hago. Creo que se pierde totalmente la intimidad cuando expones tu vida al público. No tengo los años de Rebeca, y a nadie le interesa cómo va mi vida. En este momento, a la deriva.

—No digas eso. El tiempo irá curándolo todo. Ya verás.

—Tal vez. O eso supongo —respondió—. Mira, —dijo señalando una foto de Germán que estaba en una estantería—, estaba aquí sentado, corrigiendo exámenes de sus alumnos el día anterior al accidente y de repente, todo ha cambiado. Este despacho era su mundo, su amor a su trabajo. Incluso discutíamos porque pasaba demasiado tiempo aquí encerrado... y ahora ya no importa nada. ¡Cómo cambian las cosas!

No se había desecho de la ropa que seguía en los armarios, ni había vaciado el maletín de piel que le había regalado la última Navidad, y que Germán llevaba a diario a la Universidad. Simplemente se limitó a guardarlo en un cajón. No se sentía con fuerzas de seguir. Sintió la extraña sensación de que lo estaba revolviendo todo como si él pudiera observarlo para luego recriminarle que estaba removiendo sus cosas. Algo que le molestaba mucho porque era un maniático del orden y no le gustaba ni que cambiaran un bolígrafo del sitio que lo había dejado.

—Vamos a dejarlo, Edward. No me siento con ánimo. Otro día, seguiremos.

—Como quieras. Pero si prefieres que lo haga yo solo...

—No, no te preocupes —dijo bajando los ojos y mirando al suelo—. Tarde o temprano había que enfrentarse a esto.

Se arrimó a la ventana y levantó las cortinas para observar los cristales. Se asombró de los sucios que estaban.

—Le diré a Lourdes que el lunes limpie los cristales —dijo al tiempo que la cerraba la ventana—. Y lavaré las cortinas. Sabes que a tu hermano le gustaba tenerlo todo tan pulcro que le daría un ataque si lo viera así —añadió.

Se volvió hacia Edward que la miraba sonriendo. Ella no podía discernir qué significaba esa sonrisa, pero le gustaba. Se miraron unos segundos, sonriendo sin más. Él llevaba una camisa azul

y unos pantalones vaqueros oscuros. Estaba realmente favorecido. Sintió una gran atracción hacia su cuñado, tanto que hasta se ruborizó sin quererlo.

—Me estoy agobiando con todo esto. Es mejor que salgamos —dijo apurada.

—Tranquila... —contestó él colocando una mano sobre su hombro.

Ella levantó la vista y se le humedecieron los ojos. Edward, compasivo la abrazó. Quería decirle que no estaba sola, que él estaba allí y haría lo que fuera por ella. Le hubiera gustado expresarle tantas cosas en ese momento. Laura se sintió cómoda entre sus brazos y apoyó la mejilla en su hombro. Pero de pronto, pensó en Germán, y en lo que su madre le había dicho sobre los sentimientos de Edward hacia ella. Tuvo la necesidad de apartarse. Se soltó de sus brazos, nerviosa.

—Estoy bien...estoy bien... —repitió.

—¿Seguro?

Ella afirmó con la cabeza.

—Laura —susurró él.

Alzó la mano poniéndola sobre un hombro, haciendo que ella sintiera el peso leve de su muñeca en la clavícula, a través de la chaqueta y la camiseta.

»Quiero que estés bien. No me gusta verte triste.

Ella lo miró mientras que él le colocaba detrás de la oreja un revoltoso mechón de pelo. No quería que la siguiera tocando, ni rozando, ni mirándola de ese modo tan dulce que hacía brillar sus ojos azules.

—Tomemos un café o una cerveza. Lo que quieras —exclamó pasando por delante de su cuñado para ir a la cocina. Él la siguió.

—¿Qué prefieres? —preguntó abriendo la nevera.

—Me tengo que ir —respondió mirando el reloj—. Voy a aprovechar a hacer unas compras. Dejamos el café para otro día.

—Como quieras.

Lo acompañó hasta la puerta. Se miraron a los ojos, ella sonrió tímidamente.

—Bien, adiós, Laura.

—Adiós.

Edward no tenía que hacer ninguna compra especial que no pudiera dejar para otro día, simplemente se sentía contrariado por la tristeza que le inundaba viendo a Laura tan abatida y desanimada. Odiaba verla así, con esas sonrisas forzadas y las lágrimas siempre al borde de los ojos. En ese momento había preferido alejarse. Hubiera puesto un beso en cada una de sus heridas para aliviarla de su angustia.

Después de cerrar se dirigió al salón. Rebeca no acababa de llegar. Salió a la terraza y se quedó helada de frío mientras intentaba divisarla por algún sitio. Acabó por volver para adentro. Últimamente a su hija le daba por llegar más tarde de la hora establecida. Pero esta vez no se lo iba a pasar.

Se sentó en el sofá y puso la tele para entretenerse. Cambió de canal varias veces sin hallar nada que le atrajera. Miró el sillón donde debería de estar sentado Germán. Y recordó la noche del accidente.

Hacía frío y él llevaba la ventanilla bajada como si estuvieran en pleno verano. Fue cuando le increpó pidiéndole que subiera el cristal. No hablaron nada. Ella estaba todavía enfadada por la discusión de la tarde sobre la anulación del viaje. Luego todo sucedió demasiado rápido, pero pudo sentir pánico al ver cómo el coche se salía de la carretera a bandazos atravesando el arcén hacia una pequeña pendiente sin asfaltar, hasta que se estrellaron contra unos arbustos. Si hubieran

ido en dirección contraria habrían caído por el precipicio y ninguno de los dos se hubiera salvado. Tembló solo con pensarlo. Primero perdió el conocimiento y cuando lo recobró estaba tendida en el suelo.

Dos personas la estaban atendiendo y el sonido de la ambulancia la hizo pensar en Germán.

—¿Cómo está mi marido? —preguntó sin obtener respuesta.

Ese silencio le hizo pensar que él no había sobrevivido al accidente.

10

Rebeca llegó mucho más tarde de la hora permitida. Había asistido a la inauguración de una nueva discoteca para jóvenes de su edad, y se estaba divirtiendo mucho con sus amigos cuando al mirar reloj observó que ya tenía que despedirse de ellos. Pensó que por diez minutos más su madre no se iba a enfadar, pero los diez minutos pasaron a convertirse en hora y media.

Cuando trató de excusarse ante su madre, no sirvió de nada. Laura estaba muy enfadada y acabaron discutiendo. Como castigo le ordenó que se fuera a la cama.

—Estás castigada, por llegar tarde y no avisarme. Así lo pensarás mejor la próxima vez.

La chica salió de la cocina y pocos segundos después Laura escuchó un gran portazo para demostrar, sin duda, su gran enfado y resentimiento. En marzo cumpliría dieciséis años. Sí, se dijo, ahora tendría que llenarse de paciencia. Ya no estaba Germán para advertirle que estaba mimando demasiado a su hija. Ahora ella sola tendría que afrontar lo difícil.

Estuvo viendo la tele hasta que sintió que se dormía. Luego se dejó caer sobre la almohada. Se sentía agotada. Por primera vez en mucho tiempo, consiguió conciliar el sueño enseguida.

Rebeca seguía enfadada al día siguiente. Comieron en casa de la abuela y casi no abrió la boca. Miraba a su madre con rencor, o eso percibió Laura. Le dolió. Comprendió que en el momento en que se imponía con autoridad como madre, su hija no lo aceptaba y estaba claro que se lo estaba haciendo ver con esos gestos de antipatía y sus respuestas monosílabas. Por no hablar ni lo estaba haciendo con los abuelos, que percibieron que algo pasaba entre madre e hija. Su desprecio adolescente, pensó Laura, que ella misma había sentido a su edad, era más que evidente. Solo que su hija lo mostraba claramente mientras que ella había sido incapaz de hacerlo con su madre. ¿Por qué no estaba tan consentida? Tal vez. Nunca habían sido tan indulgentes con ella ni con Mateo cuando eran niños y adolescentes. Había normas y obligaciones a las que no podían rebelarse. Ahora, no sabía si por culpa de los propios padres o porque la sociedad había cambiado, todo era muy diferente.

—¿Cómo anda ese chico que te gusta? —preguntó la abuela con la idea de sacarle unas palabras a su nieta.

—¿Qué chico, abuela? No sé de quién me hablas.

—Lucas se llamaba.

—¿Lucas Llorente? ¡Hace siglos que no lo veo! Ya no va a mi colegio. Y era un amigo de clase. Nunca dije que me gustara —dijo mientras posaba el vaso sobre la mesa.

—Pero bueno, alguno te gustará —sugirió la abuela.

Rebeca lanzó un suspiro. No había cosa que más le molestara que le preguntaran por novios o ligues. Como si fuera una obligación que le gustara alguien.

—No me gusta nadie. ¿Vale? Siempre estáis con lo mismo. ¡Qué pesados!

El abuelo refunfuñó diciendo que la dejaran tranquila.

—¿Cómo te va en el cole?

—Bien, abuela.

—¿Sigue siendo Bea tu mejor amiga?

—Sí. ¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? —protestó.

Su madre la miró muy seria.

—No seas descarada, Rebeca.

—Es que lo parece...

—Tiene razón —dijo el abuelo poniéndose de parte de su nieta—. Dejadla tranquila.

Cambiaron de tema de conversación y Rebeca no volvió a decir nada. Cuando terminaron de comer dijo que deseaba irse a casa para terminar los deberes. Laura aceptó.

—¡Me voy! —anunció desde el hall y agitó la mano despidiéndose.

—¡Coge el autobús! —recomendó su madre, pero Rebeca ya había cerrado la puerta.

Después de unos minutos, en que el abuelo se fue a echar una siesta, Leonor quiso saber qué estaba pasando. Laura le explicó lo sucedido.

—¿Sabes lo que me ha dicho antes en la cocina? —preguntó la abuela.

—No.

—Dice que has cambiado mucho y que te estás convirtiendo en una dictadora.

—Solo quiero que tenga un horario, estudie y no haga tonterías. Y por supuesto que me trate con respeto —dijo después de beber un sorbo de la taza de café.

—Necesitarás mucha suerte, hija. Mira qué edad tiene y qué circunstancias. Sin una autoridad paterna... Piensa que tiene que ser muy difícil para ella.

—¿Crees que para mí es fácil, mamá? —preguntó inclinándose en el sofá para dejar la taza sobre el plato que estaba en la mesa de cristal.

—No, claro que no. Ahora tienes que hacer de padre y madre. Sé que será duro para ti.

—Lo es —respondió sentándose recta y mirando a su madre fijamente.

Se había cortado el pelo y Laura la vio enormemente favorecida. Parecía más joven.

—Las cosas mejorarán, Laura. Ya lo verás. Es cuestión de tiempo.

Su hija soltó un suspiro y medio sonrió.

—Las cosas con Germán no estaban bien, mamá. En los últimos meses había cambiado. No era el mismo, pero no sé qué le ocurría. Solo pensaba en el trabajo, pasaba muchas horas fuera de casa. Nos veíamos poco. Estaba apático. Parecía ausente, se mostraba enfadado y se enfurecía por cualquier cosa. Lo achacaba todo a que estaba estresado, según él. Pero no sé...

—Os quería mucho a las dos.

—Sí, pero durante las últimas semanas me sentía muy sola. Muy dolida por su actitud. Llegué incluso a pensar que tenía otra mujer.

Su madre abrió los ojos con expresión de enorme sorpresa.

—¡Por Dios, Laura! ¿Cómo se te ocurre? ¿Germán?

—Lo sé, es una locura.

—Claro que es una locura. Germán podía ser muchas cosas, pero nunca te sería infiel.

—La última tarde antes de ir a casa de Simón y Teresa, habíamos discutido. Yo estaba muy enfadada y no llegué a reconciliarme con él. Apenas hablamos, ni durante el trayecto de ida ni de vuelta. En casa de Teresa, estuve con ella todo el tiempo y otras amigas, pero evité a Germán. Había anulado nuestro viaje de aniversario sin decirme nada, solo porque iba a ir a un aburrido congreso de Física Cuántica. Me pareció tan mal y me dolió tanto, y que además no quisiera que lo acompañara. Y luego... luego pasó el accidente. No dejo de mortificarme pensándolo, mamá —dijo con ojos llorosos.

—Oh, cariño ¿Por qué no me las has contado hasta ahora? —La abrazó para consolarla y Laura se dejó mimar. Luego se soltó de los brazos de su madre para coger un clínex y limpiarse los ojos. Fue a por el bolso al perchero. Volvió un poco más calmada.

—Cuando lo pienso, siento un escalofrío... Me siento tan culpable... —dijo volviendo a sentarse en el sofá—. Él trataba de reconciliarse, y yo no quise.

—Tú no tienes la culpa de nada, Laura. No te angusties por eso que no tiene remedio. Fue así, no le des más vueltas.

—Le llegué a preguntar si estaba con otra mujer. ¿Te das cuenta de lo tonta que fui? Seguro que le hice daño al preguntarle algo así. Pero yo estaba tan dolida y tan decepcionada... Yo...

—Como te dije antes, os quería mucho —interrumpió su madre—. Recuerdo que cuando nos lo presentaste, me pareció mayor para ti, pero se te veía tan feliz.

Laura trató de sonreír.

—Mamá, tanto tú como papá estabais encantados de que saliera nada menos que con todo un profesor de Universidad —aseguró después de guardar el paquete de clínex en el bolsillo del pantalón—. Ahora no me hagas creer que no os gustaba para mí.

—Era un hombre con carácter. Le gustaba siempre ganar, salirse con la suya. Muy inteligente, no lo dudo, pero bastante difícil para convivir con él. O eso me pareció siempre. Pero nunca te vi infeliz, y eso era lo más importante para tu padre y para mí.

—Tenía muchas manías, pero creo que nos adaptamos bien el uno al otro. Y, sí tenía carácter, mucho.

—Pienso que Rebeca lo ha heredado. Tú eres mucho más sensible.

—No creo, mamá. Lo que le pasa es que está en esa terrible etapa de la adolescencia. Y por mi parte, la vida me ha endurecido. Si no pregúntale a tu nieta, verás lo que te dice —comentó tratando de bromear.

—Has tenido un buen marido y una maravillosa hija. Casi una privilegiada en cierto modo. Consuélate con eso, Laura. Y con el paso del tiempo todo irá bien. Ya verás. Con respecto a Rebeca, ten paciencia. Y por favor, olvídate de esa sensación de culpa. ¿No te ayudó la visita a esa amiga tuya psicóloga?

—Sí, sí. Pero a veces cuando me dejo llevar por la nostalgia o estoy hecha polvo me viene ese recuerdo, y me hace sentir mal.

—Habla con tu hermano. Él te ayudará con todas esas creencias tan raras que tiene, cuando vuelva de su viaje.

—Lo haré, mamá. Descuida.

—Ojalá se casara con esa chica y me diera otro nieto.

—Sí, sería estupendo aumentar la familia —dijo poniéndose de pie—. ¿Te ayudo a recoger esto? —preguntó viendo que no habían limpiado la mesa.

—No te preocupes. Mejor vete para casa y arregla las cosas con tu hija. Ya termino yo.

Laura se despidió dándole un beso en la mejilla. Se puso el abrigo, cogió el bolso y el móvil que tenía sobre la mesa auxiliar y se fue a buscar el coche que tenía aparcado en la calle de atrás.

Le confortó la charla con su madre. Sí, tenía que tener paciencia con Rebeca, pero no era fácil. Seguía arisca, y molesta con ella. Por más que esta intentó suavizar la situación, no respondía. Se dio por vencida, y prefirió dejarla por imposible.

Decidió relajarse practicando alguna de las posiciones de yoga que había aprendido en las sesiones a las que había asistido. Le vendría bien para oxigenarse y estar más tranquila.

Al día siguiente se decidió a retirar parte de la ropa de Germán. Ya había conseguido tirar el cepillo de dientes y algunas otras cosas de aseo, pero abrir el armario y encontrarse con sus

camisas, pantalones, corbatas... le producía mucha angustia. Cogió una de sus chaquetas, la última que habían comprado, poco antes de su fallecimiento. Le daba la impresión de que conservaba su olor. En ese momento Rebeca entró en la habitación.

—Mamá. ¿Qué haces?

Ella se sobresaltó porque no la había visto entrar.

—No, nada...

La chica observó parte de la ropa de su padre sobre la cama.

—¿Qué vas a hacer con esta ropa? —preguntó con voz triste.

—Pues voy a preparar unas bolsas y bajarlas al contenedor de *Cáritas*¹ que hay en la esquina —comentó con voz apagada.

Rebeca no dijo nada se quedó mirando la cama y no pudo evitar que las lágrimas se asomaran a sus ojos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó más tranquila.

—Pues si quieres, me vendría bien que me echaras una mano.

En un silencio contenido, sin decir ni una palabra fueron metiendo todo en bolsas.

—Y ¿esa otra, mamá? —preguntó Rebeca al mirar en el armario.

—Para otra vez...

La chica negó con la cabeza.

—Creo que es peor si la dejas —comentó su hija—. No va a cambiar nada, mamá. Papá no va a volver.

—Lo sé, pero prefiero dejarlo para otro día.

Entre ambas bajaron las bolsas que introdujeron en el contenedor de *Cáritas*. Después decidieron dar un paseo. Rebeca parecía estar de mejor humor. Eso alegró a su madre. Al volver se cruzaron con Bruno, el vecino, en el portal. Como era su costumbre se paró para preguntarle cómo le iba, y Rebeca tuvo que disimular ya que le estaba entrando la risa viendo lo mucho que se acercaba a su madre. Cuando poco después entraron en el ascensor, la muchacha dejó escapar una risita.

—¿Cómo le gustas, mamá! Te come con los ojos. No veas cómo te mira.

—¿Cómo me mira? —preguntó riéndose.

—Como un salido, mamá.

—Es muy buena persona. No seas mala.

—Pero, mamá, un poco más y se te echa encima —dijo soltando una carcajada.

Laura también se rio. Ya en casa, Rebeca imitó al vecino. Pasaron un rato divertido.

—¿Te dije que había sacado un nueve en el examen de Literatura?

—No.

—Pues sí, fue una de las notas mejores de la clase. Solo Paulo me superó con un nueve con cinco.

—De todos modos, es una buena nota.

La chiquilla sonrió orgullosa.

—Ahora estamos con Bécquer². Tenemos que leer *Rimas y Leyendas*³

—¡Me encanta Bécquer!

—Claro, mamá. Tú eres muy romántica —aclaró su hija con cierto sarcasmo.

—¿Tú, no?

La chica negó con la cabeza.

—Es una cursilada. El romanticismo ya no se lleva.

—Ya me lo contarás cuando te enamores.

Rebeca volvió a reírse.

—Sería en tu época, mamá. Ahora es una cursilada.

Su madre le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Y en las demás asignaturas cómo vas?

—Bien —mintió—. Sin problema.

No le comentó que iba mal en Física ni en Matemáticas. No deseaba preocuparla.

—Mamá ¿podemos salir a comer una hamburguesa? —pidió—. Anda, hace mil años que no vamos.

—Mmmm... no sé. No es una comida muy sana.

La chica protestó diciendo que iba a acabar pareciéndose a su tío Mateo.

—Está bien. Por una vez, vale. Y ahora no le gustarán a Mateo, pero me acuerdo que antes le encantaban —dijo sonriendo—. Aunque también fumaba, bebía y a saber... —añadió divertida.

Rebeca se rio con ganas.

—Pues ahora no bebe ni cerveza. Solo ese té verde que está asqueroso —dijo poniendo cara de asco.

Después de los momentos malos de la mañana, pasaron una velada estupenda entre risas, confidencias y bromas.

Rebeca acabó confesando que en realidad le gustaba un chico de la clase: Paulo. Su madre lo recordaba, pero hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Supongo que habrá crecido mucho. Desde Primaria no lo he vuelto a ver.

—Sí, es muy alto. Y es muy inteligente. Creo que el más inteligente de la clase, pero las notas que saca no son de las mejores. Le interesan mucho más los libros y la música. Toca el piano y la guitarra, creo.

Al ver la sonrisa de su madre, aclaró que no eran novios, ni nada, solo compañeros de clase, y ni siquiera sabía si a él le gustaba alguna chica porque no lo demostraba.

—¿Puedo pedir un helado? —preguntó después de acabar la hamburguesa.

—Sí. Pero yo no quiero. Coge uno para ti.

Se levantó y fue al mostrador a pedirlo mientras su madre la observaba. Por un momento pensó que sería estupendo poder parar el tiempo para que no creciera más. No tenía novio, pero lo tendría, iría a la Universidad, y se acabaría alejando de ella. Deseaba que todo le saliera bien, que tuviera suerte en la vida y le fuera lo mejor posible. Ya que había sufrido tanto por la falta de Germán, y seguía sufriendo, se merecía un futuro lleno de alegrías y metas conseguidas. Ella haría lo imposible para que fuera así.

1 - Caritas: es una alianza humanitaria entre estados, financiada y perteneciente a la Iglesia Católica que agrupa 165 organizaciones naciones de asistencia, desarrollo y servicio social.

2 - Bécquer: poeta español, máximo representante de la poesía posromántica, tendencia que tuvo como rasgos distintivos la temática intimista y una aparente sencillez expresiva, alejada de la retórica vehemencia del romanticismo.

3 - Rimas y Leyendas: supone un compendio de los mejores versos del poeta. Tienen como base temas como la exaltación del amor, el desengaño, la angustia existencial o el dolor. Asimismo, la combinación de realismo y fantasía.

11

El olor era el mismo que recordaba, las baldosas negras y blancas como un tablero de ajedrez, tampoco habían sido cambiadas. Estaba muy cansada y le dolía la cabeza. Había estado trabajando toda la mañana y por la tarde tuvo que asistir a un curso sobre finanzas que le ocupaba varias horas y que duraría todo el mes. Ni siquiera iba a casa a comer. Y Rebeca después del colegio, la esperaba en casa de la abuela por donde ella pasaría a recogerla casi a la hora de cenar, por lo que muchas noches cenaban allí. Era un fastidio que la tutora de su hija la hubiera citado precisamente ese día que se sentía mal. Le asaltaron los recuerdos. El mismo colegio donde ella había estudiado hasta pasar al instituto a cursar los dos años previos a su ingreso en la Facultad.

Rebeca había empeorado en varias asignaturas, pero sobre todo en Física y era muy extraño para ella, que solía sacar buenas notas en esa materia. Para eso Germán era muy estricto. Durante el verano la hacía repasar para adelantar y así cuando comenzara el curso en septiembre no estuviera despistada. Eso había hecho ese verano a pesar de las protestas de su hija. Se suponía que debía de haber sacado buenas notas, al menos en ese primer trimestre.

El aula donde la profesora la esperaban, también le era familiar. En uno de esos pupitres había estado en el curso de octavo. Ver la pizarra llena de fórmulas químicas le recordó lo poco que le gustaba la asignatura cuando estudiaba allí.

La profesora la recibió con una amplia sonrisa y avisó a otros profesores para poder hablar sobre lo que le estaba pasando a su hija. Fueron enormemente comprensivos, pues nombraron el fallecimiento de Germán, y alegaron que seguramente eso era una influencia para el bajo rendimiento escolar de la muchacha. Rebeca podría asistir a unas clases particulares para superar las notas, le sugirieron.

—Me resulta muy extraño que haya pasado de un sobresaliente a suspender Física cuando siempre le ha gustado mucho la asignatura —dijo Laura—. Es más, pensaba seguir los pasos de su padre y pretendía estudiar lo mismo que él en la Universidad. No entiendo qué le puede estar sucediendo.

—Hemos hablado con ella intentado averiguar qué le ha pasado y dice que odia las ciencias. Puede ver aquí los resultados —comentaron mostrándole los últimos exámenes.

—No me ha dicho ni una palabra —confesó confundida.

—Es una chica muy inteligente. —Volvió a decir la tutora—. Estoy segura de que si vuelve a poner interés en la asignatura, subirán sus notas. El problema es que no pone gana alguna. Parece que le trae sin cuidado. Ella sí ha admitido que estudia menos que antes —La mujer hizo una pausa para luego proseguir mientras miraba a Laura con expectación—. Ahora asegura que no tiene que demostrar a su padre que es buena en Física porque ya no está.

—¿Cómo? —preguntó Laura aturdida ante tal afirmación.

—Es una reacción lógica. Está dolida por su pérdida.

—Sí —aseguró la otra profesora—. Está enfadada, muy enfadada por lo que ha pasado —dijo

apoyando una mano sobre el hombro de Laura—. Es una rebeldía normal. ¿No lo cree así?

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió asombrada y sin saber qué pensar—. No me esperaba esto.

—No se preocupe. Es normal. Ha pasado muy poco tiempo aún. Irá superándolo. Ya verá cómo recuperará y aprobará todo en el primer trimestre —afirmó la psicóloga del colegio.

A Laura le entraron ganas de llorar al escucharla. Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse. Las mujeres percibieron su malestar y trataron de animarla.

—La ayudaremos para que vuelva a tener las notas de antes. Se le dan bien las ciencias por mucho que diga que no —comentó una de las profesoras, la de la chaqueta verde con gafas al tiempo que ponía una sincera sonrisa—. Además ella ha elegido la optativa de Física.

—Por supuesto. Nadie la obligó, quiero decir que la dejamos elegir a ella. Puede que su padre influyera, pero en principio, ella lo eligió.

—No se preocupe. Ya verá como todo se soluciona.

—Muchas gracias. Estaré pendiente y manténgame informada, por favor.

Le dio una tarjeta con el nombre de una profesora particular, una estudiante de la Universidad que se ganaba un dinero extra dando clases. Una joven recomendada por su marido, algo que a Laura le sorprendió.

—¿Mi marido?

—Así es, nos llamó un día y nos habló de la joven. Al día siguiente, Elsa, se llama, se acercó hasta aquí y nos dejó estas tarjetas para que se las diéramos a alumnos que necesitaran ayuda con la Física y Matemáticas.

—Pues debe de ser muy buena para que él recomendara a una estudiante —comentó atónita.

—Le aseguro que lo es. Los chicos que van con ella han mejorado notablemente.

Laura le dio las gracias, y aseguró que la llamaría.

Aunque siguieron hablando durante un buen rato, Laura seguía sorprendida ante lo que iba escuchando. Rebeca estaba cambiando, se despistaba en clase y perdía el tiempo, comentaba una de las profesoras, aunque luego la disculpó asegurando que era la edad y las circunstancias. Laura no estaba nada contenta con lo que le decían. Demasiado blandos, pensó de ellos. Sin duda, Rebeca estaba abusando de tanta comprensión.

Se despidió con una sonrisa, pero se sentía muy triste. Parecía que todo se desmoronaba a su alrededor. Los estudios de Rebeca nunca le habían causado gran preocupación porque nunca había dado problemas con ellos. Ahora todo se había vuelto del revés.

Cuando más tarde habló con su hija intentó ser comprensiva, le dijo que debería de aplicarse más y que la inscribiría en clases particulares.

—¿En serio? ¿Tengo que ir? —preguntó desganada.

—¿No quieres? Creo que es lo que necesitas para superar esas bajas notas de Física o eso dicen tus profesores, para que salves el trimestre, todavía estás a tiempo.

—Si has hablado con la de Física, me tiene manía —contestó haciendo un gesto despectivo.

—No lo creo, Rebeca. Simplemente has hecho un poco el vago. ¿No te parece? También has bajado en Matemáticas. Y eso de decir que te tiene manía es un cuento muy viejo. Yo también lo utilizaba cuando me interesaba, y por supuesto no colaba. Así que busca otra excusa.

—¡Odio las ciencias! —exclamó de pronto.

Laura la miró y se acercó a ella.

—Vamos a ver, Rebeca. Eso no es cierto. Sabes muy bien que no es verdad. Siempre te han gustado. Y mucho. Tú elegiste Física. Nadie te obligó.

La chiquilla la miró con ojos tristes.

—¿Tú también quieres que haga la misma carrera que quería papá? ¿Qué siga sus pasos? —preguntó con tono de enfado—. ¿Qué me dedique a la Física?

—No, cariño. Claro que no. Quiero que hagas lo que tú quieras. Lo que te guste. Para nada te voy a imponer estudiar algo que no te interese o no te agrade.

—¿En serio? Pero él quería que siguiera sus pasos —afirmó con los ojos llenos de lágrimas—. Él siempre decía que tenía que estudiar ciencias, que las letras no valían para nada. Solo que no te lo dije para que no te ofendieras.

—¿Ofenderme? Si hubiera hecho caso de todo lo que me decía tu padre sobre eso, nos hubiéramos divorciado al mes de casarnos —explicó tratando de bromear para quitar drama al tema.

—Le defraudaré —aseguró Rebeca angustiada.

—No digas eso. Debes estudiar lo que tú quieras. No le defraudarás. Él se sentiría muy orgulloso de ti hicieras lo que hicieras

—¿De verdad lo crees?

—Totalmente, Rebeca. Recuerda lo mucho que te quería. Eras muy importante para él, y antes estabas tú que nada —afirmó intentando sonreír.

—Últimamente estaba muy raro, mamá. Parecía siempre enfadado. ¿Por eso le dio un derrame cerebral?

—No lo sé. No le des más vueltas a ese tema, cariño.

—¿Tú crees que estamos predestinados como dice el tío Mateo?

Laura se encogió de hombros.

—Lo echo tanto de menos.

—Lo sé, cariño, lo sé. Yo también.

Rebeca confesó que odiaba la Física porque le recordaba a él, que ya no estaría allí para explicarle las formulas ni exigirle buenas notas, y que sin él, ya no era lo mismo. También admitió que ir a clase particular le iría bien.

—Mañana hablaremos de eso. Ahora es muy tarde. Tienes cara de estar agotada. Y yo también lo estoy. Llevo todo el día con un insufrible dolor de cabeza. Y también quiero que mejores tu actitud en clase, que parece que estás muy despistada últimamente —advirtió Laura.

—No sé de qué hablas, mamá —respondió su hija desde el pasillo.

—Ya... —murmuró su madre—, seguro...

Rebeca se fue a la habitación, pero poco después entró en la cocina donde Laura se servía un vaso de agua para tomarse una pastilla para la jaqueca.

—Mamá, ¿Puedes hacerme una nota para no ir a clase de Educación Física a primera hora? —preguntó con tono suave.

—¿Y por qué razón no ibas a ir?

—No me apetece y estoy muy cansada —dijo bostezando.

—Pues vete a la cama y descansas. Mañana estarás como nueva —aseguró su madre.

—Nos toca jugar al fútbol, y odio el fútbol. Bea no va a ir, su padre le hizo una nota. A ella tampoco le gusta y va a tener la suerte de poder estar en la biblioteca mientras. Anda, mamá. Por fa...

—Vete a la cama, Rebeca. No te voy a hacer ninguna nota. No insistas. No creo que las clases de Educación Física sean a la carta.

—¡Mamá! ¡Cómo eres!...

Laura hizo como si no la escuchaba y se metió en el baño. Rebeca se fue a la habitación y dio un

sonoro portazo, mientras su madre, mirándose al espejo se preguntó por qué todo se estaba convirtiendo en un caos. Desde la cosa más insignificante como cincuenta minutos dedicada a jugar al fútbol fuera una gran tragedia. Cualquier cosa era motivo de riña o discusión, pensó. La falta de Germán influía en todo, en su vida diaria, en su relación con Rebeca, en su estado de ánimo, en sus pocas ganas... y de pronto la imagen de Edward se cruzó en su mente, pero la desterró enseguida. Se sentía muy sola y triste. «¿Hasta cuándo?» Se preguntó.

Mientras tanto Rebeca conversaba con su amiga por el móvil. Esta le acababa de decir que a Paulo Lobo, el chico más extraño y de los más guapos de la clase, le gustaba y, aunque le había dejado claro que no pretendía ser más que un amigo. Bea había intercambiado unos wasaps con él y al parecer este se lo había confesado. Rebeca sintió tanta emoción al escucharlo que no supo ni qué decir. ¿Era posible que algo bueno le sucediera en ese momento? Se dijo. Después de tantas desgracias, ¿Tendría la dicha de ser correspondida por Paulo?

Era muy apuesto, alto, tenía unos hermosos ojos verdes, de pelo castaño, una sonrisa preciosa. Tocaba el piano y la guitarra. Adoraba la música. También leía libros extraños que hablaban de temas esotéricos. Algunos demasiados intelectuales, comentaban los mismos profesores, para su edad. No le entusiasmaba el deporte ni tenía afición a salir con chicas. Era más bien solitario. Siempre pensando en la música y en los libros. Era un buen estudiante, pero lo que más le gustaba eran las asignaturas de Lengua e Historia, y le agradaban muy poco las ciencias. A ella le gustaba. Puede que simplemente fuera porque era totalmente distinto al resto de la clase. Hacía años que lo conocía, pero un día se dio cuenta de que había dejado de mirarlo del mismo modo que antes, sintiendo una fuerte atracción hacia él. Cuando Paulo la miraba con esa mirada intensa, tan suya, ella notaba como le subían los colores y como el corazón le latía con fuerza.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo se comportaría con ella al día siguiente cuando supuestamente estaba claro que conocía sus sentimientos hacia él, porque Bea se había encargado de decírselo? A pesar de todo, era tímido y ella también ¡Qué nervios! Exclamó. No iba a poder dormir en toda la noche. Ahora ya deseaba que fueran las ocho de la mañana para dirigirse a clase. Le importaba poco que tuviera clase de gimnasia a primera hora ni que tuviera que jugar al fútbol. Buscó su foto en el WhatsApp y estuvo contemplándolo con una sonrisa en la oscuridad de su cuarto. No se atrevió a decirle nada, ni a saludarlo a pesar de que su estado salía conectado. Pensaba en él cuando sintió los pasos de su madre por el pasillo. Escondió rápidamente el móvil bajo las sábanas y se hizo la dormida cuando esta abrió la puerta y entró. Su madre se acercó y la arropó con ternura como había hecho siempre, luego le dio un beso en la frente y salió sigilosamente.

Rebeca volvió a mirar de nuevo el móvil. Se entretuvo echando un vistazo a las fotos que guardaba. Le dolió ver la foto que tenía de su padre junto a ella, sonriente. Pero no quería ponerse triste. Después de pensar que era correspondida por Paulo, nada podía estropearle su alegría, ni siquiera la falta de su padre.

Siguió observando la foto de Paulo. ¡Estaba tan guapo! De pronto el sonido del chat del WhatsApp le sobresaltó. Él la saludaba y le deseaba buenas noches. Pensó que se iba a desmayar de la emoción.

Rebeca: ¿Hola qué tal?

Paulo: Bien y ¿tú?

Rebeca: Muy bien.

Paulo: ¿No puedes dormir?

Rebeca: No.

Paulo: Yo tampoco.

Rebeca: Mañana tenemos fútbol en educación física. Lo odio.

Paulo: Amí no me mola mucho tampoco. Prefiero el baloncesto.

Rebeca: Pero no practicas ningún deporte en el cole.

Paulo: Prefiero ir a nadar el fin de semana.

Rebeca: Yo también.

Paulo: A ver si un día quedamos para ir.

A ella se le iluminó la cara al leerlo. Sonrió en la oscuridad aclarada por la luz de su móvil. Luego siguieron hablando un rato, comentando de las otras clases que tendrían al día siguiente. Ella estaba deseando que le dijera de quedar para ir a la piscina, pero Paulo no mencionó más el tema. Se despidieron. Los dos estaban deseando verse aunque se abstuvieron de comentarlo.

Rebeca se durmió con una sonrisa en los labios pensando en él.

12

Cuando Laura habló por teléfono con Elsa sobre la posibilidad de que su hija fuera a sus clases particulares de Física, ninguna de las dos se podía imaginar que tendrían un hilo en común: Germán.

Avisó a Rebeca de que empezaría al día siguiente. Le asombró que no protestara o quisiera informarse de todo lo relacionado con el tema, simplemente se encogió de hombros y asintió, mientras anotaba la dirección.

—¿Te pasa algo? —preguntó Laura.

—No. ¿Por qué tiene que pasarme algo? Estoy bien y muy animada —aseguró poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te ha ido bien en clase, entonces?

—Muy bien —dijo dejando caer la mochila sobre la butaca.

—¡No dejes eso ahí! —protestó Laura—. ¿Por qué no lo llevas a tu habitación?

Para asombro de Laura, Rebeca no protestó. Obediente cogió la mochila para llevarla a su cuarto.

Rebeca estaba de muy buen humor. No era para menos, Paulo se había pasado el recreo hablando con ella. No es que le dijera nada de salir juntos, pero que le dedicara toda una media hora solo a ella, era para sentirse en una nube.

Nunca le había dicho nada sobre la muerte de su padre, pero esta vez sí lo hizo.

—Siento lo de tu padre —dijo el chico algo incómodo.

Ella puso una sonrisa triste y le dio las gracias. Se quedaron en silencio. Visto así de cerca pudo observarlo con detalle. Tenía una pequeña cicatriz en una ceja, casi no se notaba, alguno que otro grano de acné. Pero aun así, era guapísimo, se dijo.

—Yo no podría vivir sin mi padre —dijo el muchacho con voz triste.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y se le encogió el corazón al escucharlo. Luego él le dedicó una bella sonrisa llena de franqueza y ella sacó fuerzas para responder:

—Todo más o menos sigue igual, puedes pensar que se ha ido de viaje, pero en el fondo sabes que ya no regresará y que nunca volverás a verlo.

Casi nadie de su clase le había dicho algo sobre su pérdida. Al principio la miraban compasivos o cuchicheaban entre ellos cuando la veían llegar. Solo sus dos amigas habían estado junto a ella aquellos días que deseaba olvidar.

Al salir de clase, Paulo por primera vez desde que lo conocía dejó a un lado a sus amigos y se acercó a Rebeca con el único deseo de acompañarla parte del trayecto, ya que su casa estaba en dirección contraria. Ella que caminaba junto a sus amigas se quedó desconcertada y se ruborizó ante las risitas de Bea y Tania, que prudentemente aceleraron el paso para dejarlos atrás a los dos solos.

—¿Te molesta que vaya contigo? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza sin mirarlo.

—Quiero hacerte una sugerencia.

Ahora sí lo miró nerviosa.

—Me gustaría que leyeras un libro. Te vendría bien para superar lo de tu padre.

—¿Qué libro?

—*Muchas vidas, muchos maestros* de Brian Weiss.⁴

—¿De qué va?

—De la reencarnación —dijo mirándola con expresión de lástima.

Se habían parado en medio de la acera

—¿Crees en eso?

—Puedes ser. ¿No te parece? A mí me parece un tema muy interesante.

Ella se encogió de hombros y luego afirmó que seguramente existía algo, una fuerza de luz, un ser, aunque fuera imposible saberlo. Le explicó que su tío Mateo estaba convencido de que existía la reencarnación, aunque le aseguró que su padre no creía en nada.

Al llegar a la esquina se pararon porque él semáforo estaba en rojo.

—Consigue ese libro. Ya verás cómo te gusta. Lo leí hace tiempo. Lo pillé en la biblioteca, pero lo pediré en Navidad. Quiero tenerlo.

—Haré lo mismo. Lo pediré para Reyes —comentó sonriendo.

—Estupendo. Y ahora tengo que irme. Hasta luego, Rebeca.

Paulo se dio media vuelta y se alejó con paso rápido. Ella tuvo que echar una carrera para poder alcanzar a sus amigas. Llegó a su altura fatigada con el rostro rojo por el esfuerzo. Aunque ellas se empezaron a reír y le hicieron preguntas al unísono pensando que Paulo se había declarado se quedaron pasmadas cuando Rebeca les contó lo que había hablado con el chico.

—¿Reencarnación? —preguntó Bea—. La verdad es que Paulo siempre ha sido un poco raro —afirmó sonriendo—. Lee unos libros muy extraños...

—La reencarnación podría existir —contestó Rebeca—. ¡Quién sabe! Mi tío Mateo está convencido. Cree muchísimo en ello.

—Es que tu tío también es muy raro —contestó Bea riéndose—. ¿Vienes a hacer los deberes a mi casa?

—No puedo. Empiezo las clases particulares.

—Uff... ¡Qué rollo!

—Lo sé —afirmó Rebeca mientras abría la mochila para buscar las llaves—. Ya os contaré.

Se despidió de sus amigas y al pasar frente a la tienda de Cloti se asomó para saludarla.

—Adiós, Cloti.

—Adiós, guapa —correspondió sonriendo mientras agitaba la mano en el aire.

Rebeca dejó la mochila sobre la mesa de la cocina. Comprobó que su madre no estaba en casa, así que le envió un wasap para decirle que ya había regresado del colegio. Laura le respondió que estaba en una reunión de trabajo, le ordenó que comiera algo antes de ir a la clase particular y le sugirió que no se retrasara.

—Sí, mamá —exclamó en voz alta como si su madre pudiera escucharla, con tono desganado.

Al mismo tiempo Elsa comprobó su agenda. Empezaba una alumna nueva llamada Rebeca Álvarez Galán. En ese momento se dio cuenta de que tanto el nombre como el primer apellido de la jovencita eran los mismos que los de la hija de Germán. Desconocía cómo se apellidaba Laura, pero el primero y el nombre eran idénticos a los de la hija de su difunto amante, y para más colmo, asistía al colegio donde él la había recomendado. No, no podía ser. Seguro que no era ella.

Después de todo, el nombre era algo común y el primer apellido, mucho más. Se puso nerviosa y se preparó una taza de tila mientras hacía tiempo a que llegara. Iba a ser demasiada casualidad. Cuando dos días antes, habló con la madre de la muchacha y anotó el nombre en su agenda, no percibió el detalle de la coincidencia. En este momento estaba demasiado apurada pues llegaba tarde a una cita que tenía con el médico, y la conversación había sido muy breve y rápida. «¡No puede ser!» Se dijo mientras miraba el reloj para comprobar que faltaban menos de diez minutos para que sonara el timbre.

Una jovencita sonriente con una mochila a la espalda fue lo que Elsa descubrió al abrir la puerta. Alta, delgada, con media melena color castaño claro, unos ojos color miel idénticos a los de Germán. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su nerviosismo.

—¿Rebeca?

La chica asintió.

—Bien. Pasa.

La hizo pasar a una sala donde había una mesa redonda color blanco con varios libros, bolígrafos, lápices y gomas de borrar sobre ella. También con varios cuadernos. Después de que ambas se sentaran, Elsa le preguntó sobre los temas que debía ayudarla, las tareas que tenía que hacer para los días siguientes y que le explicara las cosas que no entendía y las dificultades que le causaban.

Rebeca la observó por un momento detenidamente mientras Elsa cogía una hoja y un lápiz. Juraría que la había visto alguna vez, pues le resultaba una cara conocida.

—Creo que te conozco... —dijo confusa.

Elsa la miró y sonrió.

—No sé, tal vez nos hemos cruzado alguna vez por ahí.

—Sí, puede ser...

—Tu madre me dijo que hasta ahora no habías tenido problema alguno con estas asignaturas.

—Sí... bueno... es que...

Bajó los ojos y luego pasó a relatarle lo sucedido con su padre. Y que desde entonces había perdido la ilusión por la Física.

Si Elsa estaba insegura de que era la hija de Germán, ya no tenía la menor duda. Se puso tan nerviosa al escucharla que tuvo que levantarse para ir a la cocina a tomar un vaso de agua. El parecido de la chica y su padre se apreciaba con mucha claridad: las mismas pestañas largas, el mismo color de ojos. Era alta y esbelta. Además hasta tenía su misma expresión y sus mismos gestos. Tomó aire antes de salir de nuevo al encuentro con la adolescente. Rebeca le preguntó en que curso se encontraba y cuando Elsa contestó, no dudó de que tal vez hubiera conocido a su padre.

Elsa sonrió y respondió que lo había conocido, es más le había dado clases, afirmando que era un gran profesor.

—Pero, mejor dejémonos de hablar, y vayamos a lo que es importante. El tiempo pasa volando. Dime ¿Qué tema estáis estudiando ahora?

Rebeca abrió el libro y le mostró la página mientras confirmaba las dificultades que encontraba en ese apartado.

—Pues empecemos...

La chica dedujo que Elsa era tímida pues no la miraba a los ojos cuando hablaba y eso la ponía

muy nerviosa.

Una hora después, Rebeca se despidió con una sonrisa. Volvería el viernes a la misma hora.

Cuando Elsa cerró la puerta sintió una enorme tristeza y al mismo tiempo rabia. Aquella jovencita risueña y guapa era la hija de Germán. Le pareció un disparate el tener que darle clases. Podría inventar una excusa y hacer que no volviera, pero por otro lado, necesitaba el dinero. Tenía que reconocer que la muchacha era encantadora y le agradó poder recordar a Germán a través de ella. Sonrió. ¡Qué caprichoso es el destino! Murmuró para sí. La hija de Germán siendo su alumna.

Dos horas más tarde, mientras cenaba con su madre, Rebeca habló estupendamente de Elsa, explicando que aparte de guapa, era encantadora.

—Lo importante es que sea buena profesora —comentó Laura mientras metía unas toallas en el armario.

—Sí, mamá. Lo es. Me ha gustado mucho —dijo sonriendo.

—Me alegra saberlo.

—Está en cuarto curso. Le hablé de papá —añadió con voz triste—. Me dijo que era un gran profesor y le daba clase.

—¡Qué bien! Por eso ella lo es también. Como te dije, tu padre la recomendó en el colegio, cosa que nunca hizo con ningún otro alumno que yo sepa.

—Entonces sin duda, mamá. Él no recomendaría a cualquiera. Con lo exigente que debía de ser... —aseguró dirigiéndose a la cocina, seguida de su madre.

—Sí, de eso estoy segura. Y sí, era exigente.

De todos modos a Laura le parecía raro que él se hubiera tomado tantas molestias por una alumna. Seguramente sería una joven que resaltara ante los demás compañeros. Su marido nunca había tenido trato especial hacia ninguno de ellos, aunque a veces había comentado en casa de uno u otro que destacara, pero no recordaba que le hubiera hablado de esa joven. Tampoco era muy dado a comentar sobre su trabajo. Ella ya había vivido la experiencia de saber de alguna alumna medio enamorada de Germán, pero él siempre rehuía de esas situaciones que tanto le avergonzaban y molestaban. Laura nunca se preocupó por ese tema.

¿Quién no se había sentido atraída por un profesor alguna vez? Recordaba en el Instituto al profesor de Matemáticas por las que la mayoría de la clase suspiraba, incluida ella. Nunca había sacado mejores notas en esa asignatura que en ese año que se esforzaba al máximo para agradar al maestro.

Se alegró al saber que Rebeca estaba contenta y esperaba que le ayudara a superar las notas que había tenido en los exámenes. Sería una gran suerte que pudiera aprobar todo el primer trimestre y así se lo hizo saber.

—No te preocupes, mamá. Haré todo lo posible por aprobar.

Laura sonrió al escucharla.

—Me alegro que al menos tengas esa actitud.

Pensó que Rebeca iba superando la muerte de Germán poco a poco, y eso le alivió. Sabía que en el momento que tuviera la mente ocupada con las clases, estudiar, las amigas, todo volvería a la normalidad. Así lo había asegurado la psicóloga. Era cuestión de tiempo.

Antes de acostarse se miró en el espejo. Consideró que sería bueno cambiar de imagen. Ahora tenía el pelo suelto y le llegaba hasta la nuca. Tal vez si se lo cortara podría conseguir un aspecto

más moderno. Parecía que estaba de moda. Hasta Teresa que siempre había llevado una larga melena ondulada había aparecido días antes con un pelo tan corto que estaba irreconocible.

Al día siguiente tal como se había propuesto fue a la peluquería. Se cortó el pelo, aunque no tanto como su amiga. Cuando se vio en el espejo, pensó que había sido un acierto. Se vio mucho mejor y más rejuvenecida.

A Rebeca le encantó ese cambio de *look*.

—Estás guapísima, mamá, y mucho más moderna —dijo soltando una risita.

—Y tú. ¿No piensas cortártelo?

Rebeca negó con la cabeza.

—Deberías ir a cortarte un poco las puntas, Rebeca —sugirió su madre.

—Sí, pero no sé cuándo. No tengo tiempo —exclamó tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Laura la miró incrédula.

—¿No tienes tiempo?

La chiquilla negó con la cabeza.

—El colegio, las clases particulares, las clases de inglés, los deberes... ¡No tengo tiempo para nada! —protestó.

—Tienes los sábados.

—Ya veré, mamá.

Si de algo se sentía orgullosa era de su melena de color castaño claro, lisa, que le llegaba hasta los hombros. Cuando se miraba en el espejo no se sentía especialmente guapa por mucho que le dijeran que lo era. Había chicas en su clase mucho más bonitas que ella, pero también otras eran menos agraciadas. Sin duda se parecía a su padre aunque también tenía algo de su madre. Eso no podía negarlo. Tenía la piel muy blanca, demasiado pálida para su gusto. Su nariz no estaba mal, fina y recta. Los labios un poco gruesos, habían empezado a gustarle, pero durante un tiempo los detestó. Tenía unas cuantas pecas en la nariz. Sus ojos eran de color miel, grandes y expresivos. Y de altura no estaba mal, medía un metro con sesenta y ocho centímetros, dos más que su madre. Todos insistían en que tenía una cara muy dulce y una bonita sonrisa. Apenas había tenido acné, eso era un alivio. No había cosa que más le fastidiara que encontrarse con esos molestos granitos en el rostro.

A los doce años había hablado con su madre de sexo, no mucho, pero le aclaró algunas dudas. Lo peor fue a los catorce, cuando tuvo que escuchar el tema de las citas con los chicos, condones y todo lo demás. Sintió mucho más apuro que hablarlo con sus amigas. Poco le pudo explicar que no supiera. Se preguntó si ella lo habría hablado con la abuela. Gracias que no había vuelto a sacar el tema porque no le apetecía nada hablar de esas cosas con ella.

4 - Brian Weiss es un [médico psiquiatra estadounidense](#) famoso por sus controvertidas creencias en la reencarnación, regresión de vidas pasadas, progresión en vidas futuras, y la supervivencia del alma humana después de la muerte.

13

Hacía tiempo que no sabía de Edward. Él había cogido unos días de vacaciones y se había trasladado a Coruña para estar con su madre donde pasaría las Navidades. Ella las había pasado junto a sus padres, su hermano y la pareja de este. Había hecho un gran esfuerzo por no mostrar tristeza sobre todo por Rebeca. Habló en varias ocasiones con su suegra y su cuñado por teléfono, pero no se habían visto aún.

Rebeca había conseguido salvar el primer trimestre con todas las asignaturas aprobadas, incluso Física. Con un cinco nada más, pero se sentía satisfecha. Tanto ella misma como Laura decidieron que seguiría con Elsa todo el curso.

Rebeca y Elsa fueron cada día hablando un poco más de otros temas aparte de la Física. A cada una de ellas, le agradaba mucho conversar con la otra. La última tarde antes de las vacaciones de Navidad, Elsa le preguntó directamente el motivo de la muerte de su padre.

—Le dio un derrame cerebral —respondió—. Por eso se salió de la carretera —añadió compungida la niña.

—Sin embargo no fumaba, y hacía ejercicio —respondió Elsa.

Rebeca abrió los ojos al oírla y puso gesto de extrañeza.

—¿Cómo sabes eso?

Elsa se sonrojó, y buscó una excusa.

—Estaba pensando en un amigo mío al que le pasó lo mismo... disculpa... —contestó nerviosa—. No fumaba, hacía ejercicio y le dio un derrame cerebral como a tu padre.

Rebeca no pareció muy conforme con la respuesta.

—¿Tienes novio o estás casada? —preguntó Rebeca.

—Tengo pareja... —contestó Elsa azorada.

—Me lo suponía... —contestó Rebeca sonriendo.

Elsa miró el reloj. Dijo que ya se habían pasado de la hora y que tenía cosas que hacer, aclaró para que la jovencita se fuera.

Rebeca se despidió hasta la vuelta de las vacaciones de Navidad.

—Me alegro de que hayas aprobado todo. Feliz Navidad, Rebeca.

—Igualmente. Hasta la vuelta.

El día de Reyes, Laura recibió una llamada de Edward para preguntarle si estarían en casa por la tarde ya que deseaba pasar a llevarle un regalo a su sobrina. Laura le confirmó que sí. Se alegró de que fuera a visitarlas. Rebeca tenía muchas ganas de verlo, y Laura tuvo que reconocer que también deseaba estar con él. La niña se sintió entusiasmada con el regalo de su tío, un móvil de última generación que sería la envidia de sus amigas. Laura le reprochó que se hubiera gastado tanto en un regalo.

—Es mi única sobrina —contestó sonriendo.

También le había traído otro regalo para ella. Laura se sintió abrumada porque no lo esperaba y abochornada porque no tenía nada para él. Hacía años que no se regalaban entre los adultos. Desde el nacimiento de Rebeca, cuando Germán consideró que era una tontería intercambiarse regalos entre los mayores, ya que el día de Reyes era para los niños, no se regalaban nada. Aunque Laura no estaba de acuerdo y siguió obsequiando a su familia, a espaldas de su marido que solo gastaba dinero en ella y Rebeca, pero en nadie más.

Edward sabiendo que Laura no tendría nada de su marido, decidió comprarle un frasco de perfume.

—Muchas gracias, pero no tenías que haberte molestado —dijo ella.

—Solo es un detalle. Si no te gusta, puedes cambiarlo —respondió con timidez.

—Claro que me gusta. Pero... me siento fatal. No tengo nada para ti.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—No importa.

—¡Qué vergüenza! —dijo ella sonrojándose apretando los brazos contra el pecho.

Mientras Rebeca estaba en su habitación hablando con sus amigas. Laura le ofreció un café. Él aceptó y la siguió hasta la cocina. La observó mientras ella echaba el café en la cafetera, y cogía las tazas los platos del armario. También puso sobre la mesa una caja de pastas. Los dos pensaron que había demasiado silencio. Se puso nerviosa viendo que él mantenía la mirada fija sobre ella. Quiso romper la tensión preguntándole cómo habían pasado las fiestas, aunque sin quererlo, le tembló la voz.

—Tranquilas —contestó él—. Y ¿tú?

—Bien, bien...

—Me alegro.

Ella lanzó un suspiró.

—A ti no puedo mentirte, Edward. Han sido tristes. Hice un enorme esfuerzo por mostrar alegría, más que nada por Rebeca, pero en el fondo sentía mucha tristeza y nostalgia.

—Lo siento, Laura —respondió él compasivo—. ¿Sabes me gustaría mucho invitaros a ti y a Rebeca a cenar? ¿Cuánto tiempo hace que no sales por la noche? Podríamos ir a un italiano, sé que a Rebeca le gusta mucho. ¿Qué te parece?

Ella esbozó una sonrisa.

—Pregúntale a tu sobrina, seguro que te dice que sí.

Rebeca entró en la cocina poco después, momento que Edward aprovechó para preguntarle si deseaba ir a cenar el sábado. Ante su asombro, la chica negó con la cabeza.

—Es el cumpleaños de Paulo, mamá. Nos ha invitado al cine y luego a cenar. ¿No te acuerdas que te lo dije? Luego me quedaré a dormir en casa de Bea. Me diste permiso. ¿No lo habrás olvidado? ¡Id vosotros!

—Sí, si... solo que ahora no me acordaba. Pues siendo así... —respondió su madre riéndose. Luego miró a Edward y guiñándole un ojo, afirmó que a Rebeca le gustaba el chico.

—¡Mamá! —protestó.

Edward también soltó una risita.

—¿Ya tienes novio?

—No es mi novio. Solo es un amigo —contestó su sobrina sonrojándose.

—Te quedas a cenar, ¿verdad? —preguntó de pronto sonriendo y mirando a Edward.

—Sí, quédate, anda... —rogó su sobrina.

—Está bien. Me quedaré.

Mientras hervía el agua para cocer los espaguetis, se dispuso a hacer la salsa carbonara.

Edward estaba apoyado en la nevera con la copa de vino que ella le había servido y la observaba en silencio. Rebeca estaba viendo la televisión en el salón y preguntó desde allí si iba poniendo la mesa.

—Como quieras —respondió Laura alzando la voz.

Al girarse vio cómo su cuñado no le quitaba la vista de encima.

—¿Qué miras? —preguntó con voz dulce.

—A ti. De paso estoy aprendiendo a hacer espaguetis —bromeó.

—Sé perfectamente que sabes algo de cocina, no me engañas —afirmó soltando una risita.

—Muy poco, muy poco... —contestó él—, ensaladas y poco más... Tengo el congelador lleno de *tuppers* de mi madre. Entre eso, las ensaladas y comer por ahí, me voy arreglando. No me muero de hambre.

—Además con la espléndida cocinera que es tu madre.

Él no apartó la vista de ella ni un instante. La encontraba guapísima con los *leegins* negros y la camiseta blanca de manga tres cuartos. Ella sonrió y se acercó a coger la copa de vino que había dejado sobre la mesa.

—Gracias por el regalo, Edward —dijo acercándose a él sonriendo.

—No tienes que darme las gracias. Ya te he dicho que es solo un detalle.

Lo miró fijamente a los ojos y se produjo un silencio embarazoso que Rebeca salvó entrando en la estancia para preguntar en qué podía ayudar.

—Pues vete poniendo la mesa —sugirió Laura.

—Bien —dijo volviendo a salir de la cocina.

Los espaguetis fueron un éxito.

—Mmm... están riquísimos, mamá —exclamó Rebeca—. ¿Te gustan? —preguntó mirando a su tío.

—Deliciosos. Tu madre es una gran cocinera —aseguró mirándola.

—¡Gracias! Pero esto no es nada del otro mundo. Son fáciles de hacer —aseguró.

Pasaron una velada estupenda los tres. Hablaron, se rieron y por una noche en mucho tiempo, Laura se sintió feliz.

14

El sábado, tal y como habían planeado, Laura y Edward salieron a cenar. Decidieron ir a un restaurante mexicano. Se sentaron en una mesa del fondo que él había reservado con antelación. Se dejaron recomendar por la camarera. Los mariachis empezaron a cantar justo al lado de su mesa.

—¿Has venido muchas veces? —preguntó ella.

Tuvo que repetir la pregunta porque con la música apenas se podían oír.

—A Flavia le gustaba mucho este restaurante. Vinimos en muchas ocasiones.

—A Germán en cambio, no le gustaba mucho la comida mexicana, pero a mí sí me gusta, sobre todo el guacamole...

—A mí también me gusta mucho —afirmó él.

—¿Cómo van las cosas con Flavia? ¿Posible reconciliación? —preguntó con curiosidad.

Él negó con la cabeza.

—No. Hemos decidido divorciarnos. Es inútil que sigamos juntos.

—Oh. Lo siento, Edward, de verdad.

Él esbozó una sonrisa.

—Mejor así. Pero no quiero hablar de eso. Por cierto, he visto a Rebeca más contenta. ¿Es por ese chico que le gusta?

—No lo sé, pero si es verdad que está mucho más animada.

—Y ¿Tú?

—Por momentos, Edward. Pero no hablemos de cosas tristes. Hoy no, por favor.

—Tienes razón, perdona.

La camarera le sirvió unas margaritas. Los mariachis caminaban entre las mesas. Y a ella le confortó poder disfrutar de las canciones mexicanas.

—Me encanta esta canción —dijo.

«*Me cansé de rogarle, me cansé de decirle que yo sin ella de pena muero...*»⁵

—¿Así que Rebeca está enamorada! —exclamó él divertido.

—Eso parece y apostaría que algo influye en su estado de ánimo —afirmó convencida.

—Uff... yo no volvería a pasar por eso del despertar del amor adolescente, ni loco. Fue horroroso descubrir que la chica de la que estaba enamorado no me hacía ni el más mínimo caso, es más, llegó a darme plantón después de la ilusión que me había hecho quedar con ella. Me sentí estúpido y frustrado. Más luego aguantar las bromas de los amigos. Pero lo peor era aguantar las risitas de ella y sus amiguitas —confesó haciendo una mueca.

Ella soltó una carcajada.

»Al día siguiente tuve que hacer como si no me importara. Se llamaba Rita. No he vuelto a verla nunca. Y lo tuyo ¿Cómo fue?

—Se llamaba Carlos y sí, me hizo caso. Más bien fue él quien andaba detrás de mí. Fue mi primer novio, pero vamos, salimos unos meses y luego rompimos. Una chiquillada.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis. Y el año anterior estaba colada por mi profesor de Matemáticas que por supuesto era un amor totalmente platónico. Después de Carlos estuve saliendo con otro chico llamado Fran. Mi madre pensaba que era algo serio, pero terminé dejándolo. Era demasiado posesivo y celoso. Llegué a sentirme tan agobiada que lo dejé. Estuvo un tiempo detrás pidiéndome que volviéramos. Tampoco lo he vuelto a ver. Luego conocí a Germán... y ya sabes el resto.

Se quedó pensativa mirando a Edward que hábilmente cambió de tema diciendo que deseaba viajar a Nueva York, aunque ya había estado. Era una ciudad que le entusiasmaba. Empezaron a hablar de viajes y se les pasó el tiempo demasiado de prisa. Cuando se dieron cuenta, miraron alrededor, y vieron que quedaban unas ocho personas en el restaurante y que seguramente pronto sería la hora de cerrar.

—Me lo he pasado muy bien. Me alegra mucho haber venido contigo —dijo nada más salir a la calle.

—Sabía que te iría bien salir. Y me alegra que te hayas divertido.

Ella le sonrió con una sonrisa cálida.

—Gracias, Edward. Has sido muy amable.

Él se paró frente a ella y la miró fijamente.

—Laura, has perdido a Germán, pero tienes que recordar que tú estás viva, que puedes divertirte y pasarlo bien. No es bueno que te encierres en casa, eso solo te sirve para deprimirte. Tienes que vivir —afirmó Edward sin apartar la vista de sus ojos. La estaba mirando con tanta ternura y con tanto amor que Laura sintió hasta un ligero temblor al comprender que nunca nadie la había mirado de aquel modo, como si él fuera capaz de adivinar todas sus preocupaciones, sus problemas, sus miedos y estuviera dispuesto a asumirlos como si fueran suyos para liberarla a ella.

Era tal comprensión la que veía en sus ojos que se emocionó. Tampoco quería darle la imagen de ser de estar siempre amargada, así que sonrió levemente para decirle:

—Ya te dije que es por momentos. No estoy todo el tiempo deprimida, Edward.

—Necesitas salir más, no solo por ti, también por Rebeca. No logras nada encerrándote en casa los fines de semana.

—Probablemente tengas razón. Pero es difícil. Mis amigas están casadas o tienen pareja. Cada uno tiene su vida. Yo me siento un poco descolgada... no es fácil, Edward.

—Me tienes a mí. Siempre podremos quedar para cenar o tomar una copa, pasear, ir de compras, lo que te apetezca, Laura.

—Tú también tienes tu vida, Edward —dijo ella sin dejar de mirarlo.

—Ya te lo dije. Puedes llamarme siempre que quieras. Yo ahora también estoy un poco descolgado, no te creas... —dijo para animarla.

Ella sonrió y le dio las gracias por ser tan considerado.

—Vayamos a tomar una copa —exclamó Edward mirando el reloj—. Todavía es temprano. ¡No me digas que tienes prisa!

Ella negó con la cabeza. No tenía ninguna. Sabía que Rebeca ya estaba en casa de Bea, pues le había enviado un wasap para confirmárselo, y se sentía tranquila en ese aspecto.

—Como quieras —respondió.

Durante el resto de la noche se enredaron con el juego de acercarse y alejarse, de unirse y separarse, sin ser conscientes de aquello, tenían la necesidad de estar juntos. Era preciso dejar de fingir que no había atracción alguna entre ellos. Conversaron sin parar, contándose lo que podían, menos que ninguno no era feliz del todo. Luego, llegaron las risas, las bromas, el roce de sus

manos, las sonrisas. En un momento ella le sugirió que fueran a casa a tomar la última y Edward asintió sonriente. Laura quiso pensar que todo se debía a esa copa de más, a la música suave del pub que les invitó a bailar juntando sus cuerpos como la de las parejas que los rodeaban. Pero no, estaba lo suficiente despejada para saber lo que hacía y lo que deseaba. Estar con él, eso quería, un poco de compañía masculina, pero nada más. No pretendía que sucediera nada entre ellos ¿O quizás sí? Debía ser que el alcohol le estaba turbando el pensamiento, pensó mientras subían en el ascensor. Y eso que no había bebido demasiado pero parecía que las margaritas estaban haciéndole efecto.

No llegaron a la habitación aunque ninguno de los dos admitió que estaban en el salón para tomar esa última copa que ni llegaron a servirse. Laura fue consciente que de pronto, las manos de Edward estaban sobre sus brazos y su rostro se acercaba a ella con los labios entreabiertos. Dejó que lo hiciera. En cierto modo tenía que confesar que también deseaba probar sus besos.

Empezaron a besarse con pasión, como si el pasado no existiera y renacieran juntos en ese mismo instante. Apenas pronunciaron palabra alguna. Sus bocas se juntaron ávidas por descubrirse, con besos profundos, tocándose las lenguas. En ese momento Edward pensó en lo mucho que la deseaba. Sin embargo, de repente, Laura se apartó y se soltó de sus brazos. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a temblar, reprimiendo los sollozos y las lágrimas que acudían a sus ojos. Tartamudeando empezó a disculparse mientras él enmudecido, solo la miraba. No sabía qué decirle ni qué hacer, aunque comprendió la angustia que ella debía estar sintiendo, amor y lealtad a Germán, temores, dudas...

Vaciló entre volver a abrazarla o no hacer nada. Se mantuvieron en silencio durante unos segundos que a él le parecieron eternos.

A ella, los besos le habían recordado a Germán y tuvo la sensación de que lo estaba engañando. No estaba loca por buscar un hombre, ni siquiera había buscado a Edward, simplemente estaba ahí, en su vida y ahora tenía que enfrentarse a lo que sentía por él, al recuerdo de Germán. Era demasiado para poder soportarlo.

—Laura... —susurró él—. ¿Estás bien?

Ella vio en sus ojos tanta franqueza que hasta le dolió.

—Lo siento, Edward.

—No te preocupes. ¿Quieres qué hablemos?

Ella negó con la cabeza. La tensión y el nerviosismo se aflojaron un poco. Lo miró a los ojos.

—No quiero que nos hagamos daño, Edward. Esto es una locura. No sé qué hago. No sé qué siento. No sé nada... —dijo acercándose a él—. Por favor, no te sientas mal —añadió viendo el semblante triste de su cuñado.

—No te preocupes. Tienes razón. Esto es una locura.

—Lo es, Edward. No podemos traspasar esa línea. No podemos. Solo serviría para lastimarnos. Y no quiero que eso suceda por nada del mundo.

Él bajó los ojos.

—Sí. Perdona. No sé qué me pasó... yo...

—No, no te disculpes. También he sido yo... No tenía que haber bebido tanta margarita... —afirmó tratando de bromear.

—Sí, sí...mejor me voy, Laura.

—Sí, por favor. Estoy agotada —aseguró como excusa—. Sabes que te aprecio mucho, pero no quiero enredarme en algo de lo que luego me pueda arrepentir.

Él inclinó la cabeza y apoyó su cara en la de ella. Le dio un fugaz beso en la mejilla y luego se apartó con una sonrisa triste.

—No quiero engañarme, Edward. Estoy muerta de miedo porque no sé a dónde va mi vida, por eso no quiero dar más pasos adelante y equivocarme.

—Entiendo... —respondió.

Se quedaron en silencio sin apenas mirarse hasta que él sintió la necesidad de alejarse. No podía estar junto a Laura y renunciar a ella tan fácilmente.

—Me voy... Nos vemos, Laura. Descansa.

Lo acompañó hasta la salida. Lo siguió con la vista hasta que entró en el ascensor. En ningún momento se giró para despedirse de ella aunque sospechaba que estaba pendiente de él porque no había escuchado el ruido de cerrar la puerta.

Cuando ella se quedó sola, notó que le temblaban las rodillas, una ráfaga de culpabilidad nubló su mente. «¿Qué he hecho?», se preguntó.

Demasiado pronto, se dijo. Aún le dolía el recuerdo de Germán. No se había deshecho de las ataduras emocionales de su marido, y decidió que no estaba preparada para estar con otro hombre, y mucho menos con su cuñado. Tenía la impresión de que había traicionado a su esposo. «Él no está —se decía—, no va a estar nunca más aquí ni en mi vida».

Dos horas después repasaba lo sucedido esa noche, ya en la cama, acosada por el insomnio tras el café que se había bebido después de cenar. Laura quería todo al mismo tiempo: ojalá no hubiera ocurrido, pero quizás habría sido estupendo si se hubiera dejado llevar. El pensar en sus besos la turbaba.

¿Habría hecho lo correcto? Después de todo, ¿qué era correcto? ¿Quién la iba a juzgar? En el fondo deseaba honrar la memoria de Germán. Quería también la aprobación de Rebeca, de su madre, de su suegra... era demasiado pronto se dijo así misma. Demasiado.

Por otro lado Edward pensó que por fin se habían besado. Algo que llevaba casi veinte años queriendo hacer. Se preguntó qué iba a suceder a partir de esa noche. La velada había sido estupenda a pesar del amargo final. Cuando la invitó a cenar, había creído que sería una cena tranquila y agradable. Unas margaritas y una estupenda conversación, claro que no había contado con el resto. Nunca pensó que hablarían tanto, después de todo, se conocían desde tanto tiempo atrás. A pesar de creer conocerla, había muchas cosas de ella que no sabía, y a Laura le pasaría lo mismo.

«¿Qué va a ocurrir ahora?», se preguntó angustiado. No se arrepentía de haberla besado, pero tenía que haberlo estropeado todo. Se quedó pensativo sentado en la butaca de su solitario salón hasta que se le cerraron los ojos de sueño. ¿Qué pasará mañana? Habían quedado en comer en casa de su madre, los cuatro juntos. ¿Cómo iban a mirarse a los ojos y fingir que no había pasado nada? Prefería no pensarlo. Temía la reacción de su cuñada, y si su madre notaría que algo se había alterado entre ellos, porque sin duda, algo había cambiado.

Mientras Laura y Edward estaban cenando, Rebeca hablaba con Paulo en un rincón del local donde estaban celebrando el cumpleaños. Habían cumplido los dieciséis aunque no lo aparentaba, según todos, pues tenía cara de niño. Rebeca lo observaba sonriente. Le gustaba como iba vestido, con pantalón negro, camisa blanca y cazadora de cuero también negra. Le hacía parece mayor y eso le gustaba. No tenía nada que ver con los pantalones deshilachados que llevaba otras veces, rotos por las rodillas ni las camisetas negras que se ponía con dibujos de calaveras u otros signos extraños, y con el pelo alborotado entre los auriculares que le tapaban las orejas.

—¿Quieres que vayamos a algún lado, Rebeca?

—¿A dónde?

Él se encogió de hombros.

—No, mejor que no —respondió ella. Eran las once y media y no tenía gana alguna de irse sin sus amigas—. ¿Por qué quieres irte de tu propia fiesta? —añadió sorprendida.

—Es que la música está muy alta —alegó como excusa.

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero seguir aquí.

Él la rodeó con un brazo, y como solía ocurrir en las películas, pensaría ella más tarde, intentó besarla, solo que no acertó en la boca del todo y besó más su mejilla. Ella volvió la cabeza y esta vez sus labios se encontraron. Paulo tenía las manos sobre sus hombros y las bajó rozando sus pechos. Ella era la primera vez que experimentaba algo así. Se besaron usando la lengua. El sabor de sus labios, la suavidad de su piel, el cuerpo delgado del chico, todo era nuevo para ella y le parecía más que emocionante. Pero de repente Rebeca tomó conciencia de lo que estaba pasando y se separó de pronto, casi con brusquedad. Ni siquiera le había pedido salir.

Al ver la expresión de susto de la chica, Paulo decidió disculparse.

—Perdona.

La joven se quedó en blanco, aunque sentía el ardor de sus mejillas. De inmediato dio media vuelta y decidió volver con sus amigas, dejando al muchacho solo, totalmente extrañado por su reacción. Sus amigas no lo habían visto, es más, le preguntaron qué dónde estaba metida. Se excusó diciendo que había ido al baño. Prefería no comentarles nada en ese momento. Después intentó localizar a Paulo con la vista. Lo divisó también junto a sus amigos. Temió que se hubiera ofendido, que estuviera enfadado. Podría acercarse a él, pero igual le daba a entender que estaba dispuesta a seguir con lo empezado.

Se despidió de Paulo una hora más tarde y no dudó en preguntarle si estaba enfadado.

—¡No! —había contestado él después de dar un sorbo a la Coca-Cola.

—¿Seguro?

—Sí.

Parecía sincero, pensó ella observando sus ojos verdes. Sonrió y él de devolvió la sonrisa.

—Tengo que irme.

—Hasta luego —dijo él—. Tal vez te llame mañana para ir al cine ¿Te parece bien?

Ella que estaba agachada atando los cordones de una de sus botas, alzó la cabeza. Su rostro tenía una expresión radiante de felicidad.

—¡Genial! —exclamó.

Sus amigas esperaban ya en el coche del padre de una de ellas.

Cuando se lo contó a estas, más tarde ya en la habitación de Bea donde dormirían las tres, aseguró que había sido alucinante, pero que no estaba dispuesta a dejarse besar por él mientras no le pidiera salir. Llegaron a la conclusión de que Paulo no era diferente a los otros chicos. Todos buscaban lo mismo, besarlas y tocarlas todo lo que ellas estuvieran dispuestas a permitir, pero sin compromiso alguno. Ella dijo que ojalá se le declarara, así sería diferente.

—Pues díselo tú si ves que no te dice nada. Lo que está claro es que le gustas. Me lo confesó por WhatsApp.

Rebeca asintió con la cabeza.

—Tal vez lo haga —dijo antes de quedarse dormida—. Si me llama mañana para ir al cine...

—Si te llama, se declarará, ya verás.

Soltó una risita nerviosa. Ojalá fuera así. Esperaría su llamada ansiosa.

—Pero tú no le llames —sugirió su amiga—. Que sea él quien se mueva.

—Por supuesto —contestó Rebeca sonriente.

Esa noche soñó con Paulo. Se veía caminando por un selvático jardín donde había muchas flores. De repente él aparecía de detrás de un árbol y la miraba sonriente. Iba vestido con los deshilachados vaqueros y su camiseta de calaveras. Se acercaba a ella con una expresión maliciosa y traviesa para besarla suavemente en la boca. Ese beso también le gustó. Sintió cómo le separaba los labios con la lengua y después un inmenso calor que abrasó todo su cuerpo.

Fue un sueño dulce que recordó nítidamente cuando despertó por la mañana. Le hizo sonreír al recordarlo. Seguro que significaba algo bueno. Lo deseaba como a nada en el mundo en ese momento.

5 - Canción compuesta por el cantante y compositor José Alfredo Jiménez en 1966 a los dieciocho años después de una ruptura amorosa. Ha tenido numerosas versiones interpretadas por cantantes como Vicente Fernández, Jorge Negrete, Alejandro Fernández o Julio Iglesias entre muchos otros.

15

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Despierta! ¿Sabes qué hora es?

Laura entreabrió los ojos y pudo contemplar la sonrisa de Rebeca. De pie al lado de la cama señalaba con un dedo el reloj pulsera que llevaba en la muñeca.

—¡Te he enviado cien mil mensajes! Son casi las doce y media. ¿No íbamos a ir a comer a casa de la abuela Adela?

—¡Me he quedado dormida! Se me olvidó poner el despertador, o creo que lo apagué. No he dormido nada esta noche —añadió disculpándose mientras se incorporaba—. No me encuentro nada bien.

Se levantó y fue al baño, seguida de su hija, aunque cerró la puerta antes de que la chiquilla pudiera entrar. Se miró al espejo, tenía unas grandes ojeras, y cara de cansada. Para colmo se había comprometido a comer en casa de Adela, su suegra, que había llegado dos días antes de Coruña y deseaba pasar una velada con ellas. No le apetecía nada. La idea de encontrarse allí con Edward le asustaba. No había asimilado lo ocurrido horas antes como para aparecer ante él como si no hubiera pasado nada. Pondría una excusa y enviaría a Rebeca para que la abuela pudiera verla.

—¿Mamá?

Su madre no respondió y ella entró.

Estaba frente al lavabo, mojándose la cara con agua fría del grifo. Tenía la cara blanca como el papel por eso la chiquilla no dudó de que se encontrara mal de verdad cuando le dijo que no iría a casa de la abuela Adela.

—Así que vete tú. Yo llamaré en unos minutos a la abuela para explicárselo —le dijo ya en la cocina.

—La verdad es que tienes mala cara, mamá.

—Me duele mucho la cabeza —dijo tocándose la frente.

—Tomate una pastilla de esas que tienes para la jaqueca. Siempre te dan resultado —sentenció la joven—. ¿Te traigo una? —preguntó dispuesta a ir a buscarlas al cuarto de baño—. Seguro que mejoras y podrás venir —dijo con voz alegre.

—No, no seas pesada. No me encuentro con ánimo —contestó mientras se servía una taza de café—. Después tomaré una, pero cuando desayune —añadió cruzando los antebrazos sobre la mesa y apoyando en ellos la cabeza con resignación.

—¿Desayunes? ¡Si es casi la hora de comer!

Laura hizo un gesto con la mano como ordenando que se callara.

—¿Estás enfadada? —preguntó la chiquilla.

—No. ¿Por qué iba a estarlo? —respondió con tono de enojo.

—Pues lo parece —respondió su hija sin quitarle la vista de encima.

—Ya te he dicho que no me encuentro bien —respondió más suave intentando sonreír—. ¿Qué tal el cumpleaños? —añadió cambiando de tema.

—Bien —contestó Rebeca desviando la mirada. No quería para nada relatarle lo sucedido con Paulo.

—No pareces muy entusiasmada.

Se encogió de hombros. En realidad, no deseaba contarle que había recibido su primer beso y que había sido más que emocionante. Sonrió para sus adentros y se quedó callada. Su madre le aconsejó que cogiera el autobús porque estaba empezando a llover.

—La abuela pensará que no quieres verla.

—Ya te dije que voy a llamarla ahora. Venga, se te hace tarde. No vaya a ser que estén esperando por ti. ¿Has dejado la ropa sucia en la lavadora? —preguntó cambiando de tema.

—No te va a creer —replicó Rebeca con gesto de enfado—. Y sí, he dejado la ropa en la lavadora —añadió—, pero la abuela no te va a creer digas lo que digas —insistió.

—Por Dios, Rebeca. No digas tonterías. ¡Claro que me creerá! —exclamó.

Cuando su hija cerró la puerta se dirigió al salón para llamar a casa de Adela. La mujer se llevó una desilusión al enterarse de que no iría a la comida. Por supuesto que no dudó ni un segundo de que no fuera verdad lo que su nuera le decía. Se alegró de que al menos Rebeca estuviera a punto de llegar y le deseó a Laura que se mejorara y se cuidara.

—Si necesitas algo no dudes en llamarme —sugirió la mujer.

—No te preocupes, Adela. Y gracias. Nos veremos pronto.

—Sí, ahora pasaré una temporada aquí.

Quedaron en que se verían en cuanto tuvieran ocasión.

Laura se quedó sentada en el sofá durante unos minutos, tratando de poner en orden sus pensamientos. Se levantó despacio algo mareada. Se dirigió al baño y bajo el agua de la ducha fue donde se despejó del todo. Después se vistió con ropa cómoda y entró en la cocina. Vacío el lavavajillas y decidió mirar qué había en la nevera para hacerse algo de comer. Cualquiera cosa, en realidad no sentía apetito alguno.

Sin la presencia de Rebeca la casa parecía desierta y tanto silencio la entristecía, así que decidió poner la radio en una emisora musical.

Después de comer entró en el despacho de Germán. Tuvo la necesidad de hacerlo. Se sentó en su silla y observó cada rincón de la estancia como si fuera la primera vez que entraba allí. El ordenador apagado desde el día del accidente. Se le ocurrió encenderlo y fue viendo las carpetas que tenía con documentos. Sonrió al ver diversas fotos del año anterior, en la playa, en los cumpleaños, la vez que fueron de excursión a la montaña. También estaban Edward y Flavia. Recordó lo mucho que se habían reído y lo bien que lo pasaron. Intentó entrar en su correo, pero la contraseña que ella conocía no la admitía. Eso le intrigó. Él siempre utilizaba la misma y ahora parecía haberla cambiado. ¿Por qué lo habría hecho? Germán nunca se había negado a que ella revisara los mensajes cuando estaba ocupado en otra cosa, y le pedía que mirara por si había algo importante. Claro que de eso hacía mucho tiempo. ¡Qué raro!, se dijo. Después de todo, los *emails* que solía recibir eran de cosas del trabajo, también de amigos comunes de ambos. Seguramente Edward encontraría la manera de abrirlos, pero no, no quería llamarlo después de lo ocurrido el día anterior.

Rebeca disfrutaba de la compañía de su abuela y su tío Edward, que se había sentido contrariado al saber que Laura no acudiría a la comida por encontrarse mal.

—¡Qué hambre! —dijo la chiquilla.

—¿No has desayunado? —preguntó la abuela.

—Sí, pero temprano en casa de Bea. Cuando llegué a casa mamá seguía en la cama durmiendo.

Dijo que no había dormido nada esta noche. La verdad es que tenía mala cara.

—Bueno, si se encontraba mal, se desvelaría —aseguró la abuela.

Edward no dijo nada. Podría llamarla para preguntarle cómo estaba. Tal vez sería lo lógico. Saber si estaba muy afectada por lo ocurrido, muy arrepentida, o se sentía culpable. En tal caso, lo haría desde su móvil cuando estuviera solo en su casa.

Después de la comida, cuando Rebeca besó a su abuela para despedirse, su tío decidió irse con ella y acercarla en coche hasta su casa.

La niña puso en marcha el CD y no pudo reprimir una risa la escuchar la balada romántica que sonaba.

—¡Esa música es horrible! ¡Horrorosa!

Edward también se rio.

—Te gusta lo romántico como a mamá por lo que veo, mejor dicho, oigo —comentó soltando unas risitas—. «*No acierto a ver el camino*⁶...» —Intentó cantar—. «*...que me separe de ti*» —Y luego se empezó a reír—. Esta canción la pone muchas veces.

Su tío se justificó diciendo que Laura y él eran de la misma generación. Por lo tanto era lógico que tuvieran los mismos gustos.

—¿No te parece? —preguntó mientras salía del aparcamiento.

Su sobrina se encogió de hombros.

—De todos modos cuando te enamores te gustarán las canciones que hablan de amor y desamor. Ya verás. Cuando eso ocurra, espero que me lo cuentes —dijo Edward bromeando.

La chica soltó una carcajada.

—No creo que me enamore nunca. Los chicos son todos unos cerdos. ¡Todos!

Edward la miró de reojo.

—Y ese chico que te gustaba... Pablo...

—Uff... Es Paulo, no Pablo. Pablo es su padre. A él le pusieron Paulo, que es mucho más bonito. Tengo que empezar a leer un libro que me recomendó. No he tenido tiempo de abrirlo todavía —afirmó muy seria.

—¿Qué libro?

Le explicó a su tío que el chico le había recomendado una lectura que explicaba lo de la reencarnación, pero que no había tenido tiempo de leerlo.

—Seguro que le gustaría a Mateo —añadió riéndose su tío—, y a Iris... ¿No son fanáticos de estos temas de la reencarnación?

—Sí, eso seguro —respondió su sobrina—. ¿Tú que piensas sobre eso? ¿Crees que papá se habrá reencarnado en otra persona? Es decir, que ahora pueda ser un bebé... de alguien... ¡Qué raro ¿no?

—No lo sé, Rebeca. Nadie lo sabe. Es un gran misterio.

—¿Eres ateo como lo era papá?

—No, pero tampoco sé lo que hay. Solo pienso que la vida no tiene ningún sentido si luego no hay nada detrás —contestó mirándola mientras esperaba que el semáforo cambiara a verde—, pero hablemos de ese chico. ¿Por qué ha pasado de ser el príncipe de tus sueños a ser un cerdo?

—¿Eso te ha dicho mamá? ¿Qué es el chico de mis sueños? —respondió enfadada—. Él no es como otros, creo. ¡Pero no quiero hablar de ese tema! —exclamó molesta.

—Vale, vale. No te enfades. No te pregunto más.

Después de unos minutos acabó por confesarle lo del beso de Paulo.

—Pero no se lo digas a mamá —rogó—, por favor.

—Tal vez es a ella a quién deberías contárselo y no a mí.

—¿Para qué? Lo primero que me diría es que tenga cuidado con lo que hago. Luego me dará otra charla sobre los condones, la primera vez, que debo estar enamorada... y todo eso. ¡Menudo rollo me soltó un día!

Edward no pudo evitar reírse.

—Ya lo sé todo. No, no lo he hecho nunca, pero sé que son los anticonceptivos —afirmó—. No soy tonta, y además en el colegio hemos tenido charlas de educación sexual, hasta repartían preservativos a los alumnos de Bachiller.

—¿En serio? De todos modos, tu madre lo hace con buena intención. No creo que sea una madre anticuada para nada. ¿No crees?

—Mmm... tú siempre la defiendes —dijo mirándolo mientras conducía.

—Solo te digo que confíes en ella.

—Vale. Pero no me sueltes también tú una charla.

Edward siguió atento a la carretera. Rebeca estuvo callada durante el resto del trayecto pendiente de la música. Puede que fuera romántica, pero las letras le gustaban. Cuando llegaron a la esquina del edificio donde vivía su sobrina, Edward aparcó.

—¿Vas a subir? —preguntó Rebeca mirándolo.

—No puedo, tengo muchas cosas que hacer.

La chica se despidió con un beso y él esperó a que entrara en el portal para poner el coche en marcha. Sintió lástima por ella. Tanto Laura como Rebeca se sentían solas, naufragas por la pérdida. Tal vez su sobrina necesitaba más que nunca la figura paterna. Le agradó que tuviera esa confianza con él como para contarle lo sucedido con Paulo. Esperaba también que hablara con su madre del tema. Él había prometido no decírselo y debía de cumplir su palabra. Rebeca estaba en una edad complicada y cualquier cosa le parecería un mundo, sobre todo si faltaba a su promesa. Seguro que lo consideraría como una traición. Así que pasara lo que pasara, permanecería callado como una tumba.

Laura había salido a pasear aprovechando que había dejado de llover. Llegó hasta el estadio de fútbol y siguió caminando por detrás del club deportivo, del cual eran socios, dirigiéndose al sendero del parque fluvial. En realidad había echado a andar a ciegas. Se había levantado el viento, pero siguió caminando mientras observaba a un grupo de niños que jugaban al fútbol, a padres con chiquillos pequeños en los columpios, gente en bicicleta. ¡Cuánto tiempo hacía que no salían a montar en bici! Solían salir los tres y luego comían en el club deportivo, e incluso algunas veces pasaban antes por las piscinas. Permaneció allí sentada en un banco pensando en recuerdos. Contemplando los árboles batidos por el viento sintió una gran tristeza, porque la tristeza era perpetua y no parecía acabar nunca. Cuando empezó a sentir frío decidió volver a casa. Fue caminando por el paseo de la playa hasta llegar a la altura del edificio donde vivía. Un piso que había comprado al nacer Rebeca, ya que al principio de casados vivían de alquiler. Tanto a Germán como a ella les entusiasmaba la idea de despertarse por la mañana y mirar por la ventana para ver el bello paisaje del mar y la arena, y no otro edificio como les ocurría en la otra vivienda. Había sido un piso bastante caro por lo que se habían metido en una hipoteca que aún seguía pagando. Ya le quedaban solo dos años para terminar el pago. Algo que deseaba que llegara, pues le suponía un desembolso mensual bastante elevado.

A Rebeca le extrañó que su madre no estuviera. Mientras esperaba en la habitación se miró en el

espejo del armario. Se lamentó en su interior por tener tan poco pecho. Sus amigas tenían mucho más que ella, y al parecer era lo que le gustaba a los chicos. ¿Por qué sería? Pensó en Paulo. Suponía que la próxima vez que la besara sería diferente. Claro, que era mucho suponer que Paulo quisiera ya intentarlo de nuevo. Estaba ansiosa esperando su llamada. Iba acercándose la hora de ir al cine y no tenía noticias suyas.

Decidió enviarle un wasap. El chico tardó en contestar, y cuando lo hizo le dijo que estaba en el cine con otra compañera de clase.

A Rebeca le sentó fatal su respuesta. Había ido al cine con la creída de Isabel Fernández, que precisamente no congeniaba mucho con ella. Se sintió terriblemente desilusionada. La había dado plantón. Decidió llamar a Bea para contárselo. Su amiga, como era de esperar, empezó a hablar mal del chico, asegurando que era un chulo y un gilipollas. Sus palabras no causaron ningún consuelo en Rebeca. Todo lo contrario. Cogió un enfado monumental pensándolo. Aun así decidió empezar el libro recomendado por el joven. Lo tenía encima de la mesa, pero no lo había ni mirado. Se fue al salón a leerlo.

Cuando Laura llegó, la encontró ensimismada en la lectura.

—Hola, Rebeca. ¿Qué tal, cariño? —preguntó afectuosa.

La chica respondió al saludo sin levantar la vista del libro.

—¿Qué tal en casa de la abuela? —volvió a preguntar al ver que no respondía nada.

—Bien. Me traje el tío Edward en coche. ¿A dónde has ido?

—A pasear. Necesitaba tomar un poco de aire —dijo abriendo el bolso para guardar las gafas de sol en la funda.

—¿Ya no te duele la cabeza? —preguntó Rebeca.

—No, no. Ya no... —contestó volviéndose hacia ella.

La vio tan atenta al libro que tuvo curiosidad por saber qué estaba leyendo.

—¿Qué lees? —preguntó sentándose junto a ella en el sofá.

—El libro que me recomendó Paulo, el de la reencarnación.

—¿Te resulta interesante?

—Mucho más de lo que pensaba —dijo sin mirarla—. Deberías leerlo tú también.

—Puede que lo haga, pero tengo que terminar unos cuantos que tengo atrasados ¿Ya has terminado los deberes?

—Ya te he dicho esta mañana que sí, mamá. ¡Qué pesada eres! —protestó.

—No hace falta enfadarse, Rebeca. Solo te he preguntado.

—¡Yo no estoy enfadada! ¿Vale?

Pero sí, lo estaba y mucho. Lo de Paulo le había sentado fatal. Se levantó del sofá, se fue a su habitación y dio un fuerte portazo dejando a su madre perpleja. No salió hasta la hora de la cena y estuvo todo el tiempo con gesto enfurruñado y contestando con monosílabos a las preguntas de Laura.

—¿Se puede saber qué te pasa, Rebeca?

—A mí, nada —respondió haciendo un gesto de desagrado. Odiaba que le preguntara continuamente si le pasaba algo.

—¡Quién lo diría! Desde que he llegado te has mostrado enfadada. Luego te has encerrado en tu cuarto toda la tarde ignorándome y ni has salido a merendar por mucho que te avisé.

Su hija no se inmutó. La miró pero no abrió la boca.

—Y dime, ¿Va a durar mucho esto? Me gustaría saberlo porque ya me estás cansando ¿Sabes? —preguntó molesta—. ¿Hasta cuándo va a durar?

A Rebeca no le pasó desapercibido el énfasis que su madre había puesto en esa pregunta.

—No lo sé —contestó molesta.

—Si quisieras explicarme qué te ocurre —sugirió más suave.

Rebeca miró para otro lado y trató de mostrar indiferencia.

—¿Te ha pasado algo en casa de la abuela?

—¡No! Claro que no. ¡Qué iba a pasar!

—¿Entonces?

Rebeca le dirigió una mirada de irritación como respuesta. Su madre no preguntó más. No quería discutir. Pensó que ya se le pasaría y que sin duda serían cosas de la complicada adolescencia. Estaba claro que su hija solo pensaba en sí misma. Todos los adolescentes eran iguales.

Por la noche, Laura volvió a abrir el ordenador de Germán, y de nuevo intentó abrir el correo, sin conseguirlo. Revisó carpeta por carpeta en los documentos y no encontró nada fuera de lo normal. Al final se cansó y prefirió irse a dormir sin darle más vueltas al tema. Habría cambiado la contraseña sin más, seguro que por nada especial. Como muchas veces recomendaban que se hicieran cambios para evitar posibles invasiones de *hackers* en los ordenadores, sería ese el motivo, pensó.

Pocos minutos después notó la vibración del móvil. Lo cogió y pudo ver el nombre de Edward reflejado en la pantalla. Estuvo a punto de no responder, pero al final, contestó. Él le preguntó cómo se encontraba.

—Estoy bien. Gracias. Y siento mucho lo de anoche, Edward —dijo apoyándose sobre la mesa de Germán.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó en tono tranquilo.

—Me da mucho miedo, Edward. No estoy preparada. En realidad estoy horrorizada por mi imprudencia. No era mi intención que sucediera.

—Lo entiendo. Y no pienso decírselo a nadie —dijo él tratando de bromear para aliviar la tensión del momento.

—Gracias por llamar. Estoy bien, de verdad. Pero te voy a pedir un favor, olvidemos todo esto. Prométeme que no volveremos a mencionar lo de anoche.

Él asintió y pasó a preguntarle por Rebeca.

—Pues no parece que este de buen humor. Ha estado cabreada toda la tarde y por más que le pregunto, me ignora. Pero ya sabes, está en la edad de ser rebelde y de enfadarse con su madre sin motivo alguno, porque yo no he hecho ni dicho nada que pudiera molestarla, al menos no soy consciente de ello —aseguró.

—Ten paciencia...

—Créeme que la tengo —respondió ella resignada.

Luego se despidieron. Laura se sintió mucho mejor después de la conversación con su cuñado.

Se dispuso a leer el libro que tenía empezado desde hacía tiempo y se sentó en el sofá. A los pocos minutos Rebeca apareció vestida con el pijama y la bata. Se acercó al sofá y se sentó buscando el calor de su madre.

—¿Ya se te ha pasado el enfado? —preguntó cerrando el libro y mirando a su hija.

Asintió con la cabeza.

—No estoy enfadada contigo —aclaró—. Ayer... bueno...

Terminó por contarle lo sucedido con Paulo y el plantón que le había dado con lo de ir al cine.

—Mmm...creo que va demasiado deprisa. Ni siquiera estáis saliendo. Y lo del cine, pues a

saber... tal vez cambió de idea. Y mientras no estéis saliendo, no permitas que te ande manoseando. Lo digo por tu bien. ¿Entendido?

—Ah, mamá... no seas antigua, por favor. Si lo sé no te digo nada —dijo levantándose.

—Solo te digo que procures que Paulo no se pase de listo. Si quiere salir contigo que te lo diga. Si sales con él, no tengo nada en contra. Lo que no me convence nada es eso de los rollitos como decís vosotros. Anda ven, siéntate.

Rebeca volvió a sentarse acurrucándose contra ella. Su madre le pasó el brazo sobre el hombro.

—¡Quién no se ha enamorado a los quince años! —exclamó Laura divertida—. Eso sí, ten cuidado...

—¡No, no empieces a hablarme de condones! —exclamó la chica pensando que iba a darle una charla—. También se lo conté al tío Edward.

Esta vez Laura sí que la miró con cara de extrañeza.

—¿A Edward? ¿Por qué lo has hecho?

Rebeca se encogió de hombros.

—Me da confianza, no sé... tal vez también se lo hubiera contado a papá.

Laura no dijo nada, pero sabía que no lo hubiera hecho. Preguntó sobre la opinión de su tío.

—Me dijo que debería de hablarlo contigo.

Eso le gustó y sonrió.

—¿Cómo puedo saber si estoy enamorada? —preguntó su hija de pronto.

—Pues... cuando no puedes dejar de pensar en una persona, quieres verlo a todas horas, sientes que te falta algo si no estás con él... ¡Son tantas cosas! Te darás cuenta tú misma...

—¿Tú sentías eso con papá?

Ella asintió y no pudo evitar poner una expresión triste.

—¡Eh, mamá! —dijo Rebeca abrazándola—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. No te preocupes.

Rebeca sabía que estaba mintiendo, por eso la abrazó con fuerza. Ambas se sintieron felices pensando que se tenían la una a la otra, al menos por esa noche.

6 - Canción: «Ni te tengo ni te olvido» interpretada por el cantante español Julio Iglesias en su disco: Libra (1985).

16

El martes después del colegio, Paulo y Rebeca decidieron dar un paseo, ya que el muchacho había insistido en querer hablar con ella.

—¿Quieres ir a una cafetería?

—Como quieras.

Pero decidieron pasear por el parque. Luego se sentaron en un banco y él sacó un cigarro. Lo encendió y le ofreció uno a Rebeca, que aceptó por no sentirse como una idiota.

—No sabía que fumabas —comentó ella.

—De vez en cuando. Tampoco sabía que tú fumaras.

—Alguna vez con mis amigas... pero muy pocas veces —confesó.

—¿Qué tal el libro? ¿Te ha gustado?

Ella afirmó con la cabeza, aunque le confesó que le daba un poco de miedo pensarlo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No puedo imaginarme que mi padre sea ahora un bebé. Y eso de que estamos conectados... es decir que tú y yo por ejemplo, que hayamos podido compartir otra vida, siendo hermanos, o madre e hijo... no sé... es rarísimo.

—¿Te refieres a lo que afirma de que todos volvemos a reencontrarnos con las mismas personas en otras vidas?

Ella asintió con la cabeza después de dar una calada al cigarro.

—Pues a mí me parece fascinante. Mola un montón. ¿Te imaginas que hubiéramos sido novios en la época de los romanos? O quizá en la época medieval... Me hubiera encantado. Yo seguro que sería un caballero vestido con armadura y llevando una espada como la de Excálibur.⁷

Ella soltó unas carcajadas.

A Paulo le gustó su risa y se quedó mirándola: el pelo castaño claro que le llegaba por los hombros, la amplia y bonita sonrisa, sus labios que estaba deseando besar. Se sintió fascinado por ella.

—Puede que fueras el rey Arturo —bromeó Rebeca.

Siguieron bromeando imaginándose qué personajes de la historia podrían haber sido eligiendo a los que más les gustaba. Cuando terminaron de fumar, se levantaron. Se miraron fijamente y él sospechó que quería que la besara por la manera que se inclinaba hacia él. Paulo la rodeó con el brazo y la besó. Se besaron tímidamente primero, pero luego usaron la lengua. A Rebeca, el beso le supo a tabaco más que nada por el cigarro que se acababa de fumar, pero le gustó. Después de unos segundos se separaron y quedaron mirándose. Ninguno sabía qué decir. Ella fue la primera en sonreír. Paulo al que conocía desde niño, larguirucho, flaco, tan guapo... le parecía casi un sueño. ¡Pensar que acababa de besarse y que le había encantado! Paulo a veces había fantaseado con ella, imaginándose que eran pareja. Ahora dio por hecho de que lo eran.

—¿Estamos saliendo? —preguntó ella sonrojándose y temiendo que le dijera que no.

El asintió.

—Si tú quieres...

—Claro que quiero. Pensé que no me lo pedirías nunca —confesó poniendo una sonrisita de satisfacción.

Hasta la hora de volver a casa siguieron disfrutando de más y más besos. Dieron un largo paseo y se pararon para comprar unas chucherías en una máquina expendedora. Luego fueron a comprar un helado y se despidieron en la esquina de la calle con un largo beso.

Rebeca llegó flotando en una nube al portal. Esta vez prefirió no comentarle nada a su madre. Una cosa es que se imaginara que salían y otra muy distinta confirmárselo. De momento no pensaba aclarar nada.

A quien si llamó fue a sus amigas que entusiasmadas la felicitaron por la suerte que había tenido.

Aunque en el recreo no estaban juntos todo el tiempo, después de clase él solía acompañarla hasta casa cuando podía y durante el trayecto se paraban a besarse con asiduidad. También iban cogidos de la mano o él le pasaba el brazo por los hombros.

—¿Sabe tu madre que estás saliendo conmigo? —le preguntó Paulo mientras caminaban cogidos de la mano.

—No, pero se lo contaré un día de estos. ¿Por qué?

—Por si nos la encontramos. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Soltarte de la mano, por ejemplo? —preguntó divertido.

Ella sonrió nerviosa.

—Mi madre es muy moderna, no te preocupes. Tampoco me importa lo que piense. Pero te aseguro que no le molestaría —afirmó—. Aunque la verdad, prefiero no encontrarla de momento.

—¿No dices que no te importa lo que piense? —preguntó con soniquete burlón.

—Claro que no. Ya no soy una niña —dijo convencida.

Al llegar frente a la tienda de Cloti, Paulo daba la vuelta después de besarse suavemente a modo de despedida

—No dejaré de pensar en ti —dijo él después del último beso.

A ella le dio una alegría enorme que le dijera eso. Cada día que pasaba se sentía más enamorada.

—Hasta mañana, Paulo.

Pero él volvió a acercarse para volver a besarla.

Fue Cloti quien los vio casi al lado de la puerta de su tienda ¡Vaya morreo! Pensó para sí misma. Desde luego, Rebeca tenía buen gusto, le pareció que el muchacho era muy guapo. Los días siguientes, lejos estuvo de comentarle nada a Laura cuando fue a comprar. Desconocía si esta estaba al corriente de los escauceos amorosos de su hija adolescente. Cuando podía y estaba sola en la tienda, se asomaba para saludar a Rebeca cuando pasaba por delante, después de despedirse del chico.

—Adiós, guapa —decía sonriente.

—Hasta luego, Cloti —respondió con una alegre sonrisa.

Una tarde que entró a comprar pipas después de que Paulo se fuera, Cloti afirmó que tenía un novio muy guapo.

—¿A qué sí? —preguntó Rebeca con una gran sonrisa.

Hablaron unos minutos y la chica le pidió que de momento no comentara nada a su madre.

—No es por nada, pero prefiero decírselo yo.

—Claro, no te preocupes —respondió Cloti.

Casi todas las tardes Paulo iba a buscarla a la clase particular de Elsa y luego la acompañaba

hasta casa. Solían entrar en la tienda para comprar Coca-Cola, pipas, o una bolsa de patatas para luego sentarse en un banco de la plazoleta y pasar un poco de tiempo charlando. Nunca se encontraron con Laura porque a esas horas ya estaba en casa dispuesta a preparar la cena, sin sospechar que su hija y Paulo estaban allí al lado.

Casi todo el vecindario los había visto. Ellos estaban ajenos a los murmullos de la gente. Pasaban a su alrededor, pero la parejita parecía vivir en otra dimensión.

—¿Te gusta esta canción? —preguntó él poniéndole el auricular para que escuchara en el iPod a *Bruce Springsteen*⁸.

Ella escuchó con atención. Y sonrió.

—Le encantaba a mi padre —dijo—, pero no recuerdo el título, ahora.

—*Brilliant disguise*⁹ —confirmó él—. Mola un montón. Ahora ya sé tocarla con la guitarra. ¡Es una pasada!

Estuvieron largo tiempo hablando de música. Ella le dijo que le gustaría mucho oírle tocar y él le prometió que en las fiestas del colegio que sería en dos semanas, llevaría la guitarra y se la dedicaría a ella.

Rebeca le besó entusiasmada.

—¿Por qué no vamos a cenar un hamburguesa? —preguntó él de pronto—. Sacó la cartera del bolsillo del pantalón y la abrió.

—Sí —dijo—. Tengo para invitarte. ¿Vamos?

Ella aceptó, pero primero llamó a su madre para decirle que iría a cenar con unas amigas al Burger.

—Está bien, pero no vengas muy tarde.

Paulo compró una hamburguesa de las grandes, más las patatas, la bebida y un helado. Rebeca escogió una más pequeña con la bebida y el helado.

—Eso tiene una pinta asquerosa —bromeó ella riéndose.

—Mmm... Digas lo que digas, está muy buena. ¡Estaba muerto de hambre! —exclamó él.

—Según mi tío Mateo esto es comida nada saludable, pero claro él es vegetariano.

—Pues peor para él —comentó Paulo—. ¿Tú no comes muy poco?

Ella negó con la cabeza.

—Ya había merendado antes. Además, solo son las ocho y media. Yo suelo cenar más tarde —dijo mirando el reloj.

—Lo de comer sano, está bien —aseguró Paulo—, pero de vez en cuando... Sobre todo si se tiene hambre como yo ahora mismo.

Rebeca se rio. Comentó que en su casa se comía de todo, pero si era verdad que su madre procuraba hacer cosas saludables. Paulo confirmó que la suya también, aunque no iba a probar nunca la coliflor.

—Solo olerla me da asco.

—Si comieras en el cole como yo, te hubieras acostumbrado —aseguró ella.

—Mi madre no trabaja, así que está encantada de que coma en casa todos los días, por eso nunca me he quedado en el comedor —alegó después de tragar el último trozo de la hamburguesa—. Aunque es un rollo lo de volver a las clases extraescolares de inglés. Casi no me da tiempo. Pero antes del comedor, lo prefiero —aseguró haciendo una mueca.

—Esa es la ventaja que yo tengo. Después de comer nos quedamos en el patio hasta que volvéis todos los demás. Y como mis amigas también se quedan, pues aprovechamos para estar juntas. Cuando no viene Mercedes a echarnos la bronca porque molestamos, diciendo que vayamos a estudiar a la biblioteca.

—Mercedes es una petarda. La peor profe que tenemos. ¡No la soporta nadie!

Paulo cambió la voz para imitarla riñendo y Rebeca se moría de la risa.

Pasaron una velada estupenda. Ella lo miraba embelesada. Le parecía tan guapo que se le hacía imposible que se hubiera fijado en ella como para salir.

Él la acompañó hasta casa poco después. Se besaron con entusiasmo, pegados a la puerta del portal, justo cuando una vecina salía a echar la basura. Los miró sonriente, pero no dijo nada. Luego subieron juntas en el ascensor. Con lo cotilla que era esa mujer pensó Rebeca, no tardaría en comentarlo a su madre y al resto del vecindario. Se prometió a sí misma que al día siguiente lo diría en casa, que era novia de Paulo. Sin embargo, no llegó a tiempo. Tal y como pensó la vecina se lo dijo a Laura a primera hora del mañana cuando coincidieron en el portal.

[7](#) - Excálibur es el nombre más aceptado de la [espada legendaria](#) del [Rey Arturo](#), a la que se le han atribuido diferentes propiedades extraordinarias a lo largo de las numerosas versiones del [mito](#) y las historias subsiguientes.

[8](#) - Bruce Springsteen, cantante estadounidense apodado *The Boss* y considerado como uno de los artistas más exitosos de la música rock, con ventas que superan los 64,5 millones de álbumes en los EEUU y más de 120 millones a nivel mundial.

[9](#) - Canción de Bruce Springsteen de su álbum «Tunnel of Love» 1987. Fue lanzado como el primer single del álbum, alcanzando la posición 5 en la lista Billboard Hot 100 y 1 en la tabla Mainstream Rock en los Estados Unidos.

17

Que Roberto Muñiz bebía los vientos por Laura, lo sabían todos. Tanto ella como sus compañeros. El hecho de estar casada fue un impedimento para que se acercara, pues bien sabía que Germán y Laura tenían un buen matrimonio, ya que se les veía felices y en armonía. Así lo habían demostrado siempre tanto en las comidas anuales de Navidad, u otros eventos en los que hubieran coincidido.

Al desaparecer Germán, Roberto vio una posibilidad de aproximación. Él estaba aún soltero y no tenía ataduras de ninguna clase. Esperó un tiempo prudencial para dar el primer paso e invitarla a cenar. La respuesta fue negativa por parte de Laura. Se excusó diciéndole que no se sentía con ganas, ni ánimos. Después de todo, solo hacía unos meses del fallecimiento de su marido. Roberto, lo entendió pero no se dio por rendido. Ella estaba revisando unos papeles cuando levantó la cabeza y lo vio. Roberto sonreía desde la puerta.

—¿Qué tal? ¿Estás muy apurada? —preguntó.

—Bastante —contestó ella.

Él le preguntó si le apetecía ir a cenar el sábado por la noche.

—No sé, Roberto. Ya te diré, ¿vale?

Estuvo el resto de la semana meditando sobre si aceptar o no. Teresa la animó y le dijo que debía salir un poco. Que no era nada malo que fuera a cenar con un compañero de trabajo. Ni iba a pasar nada. Solo buscaba un rato agradable, una conversación y nada más. Solo era una cena. Su amiga la convenció. Por un lado era un modo de no pensar en Edward y por otro, ver que suponía salir con otro hombre que no fuera ni él ni su marido. Roberto entusiasmado reservó una mesa en un elegante restaurante y quedó en pasar a buscarla por su casa.

Cuando Rebeca se enteró abrió los ojos como platos.

—¿Vas a tener una cita? —preguntó sorprendida.

—No es una cita. Solo es una cena con un compañero de trabajo —contestó Laura tranquilamente.

Su hija no respondió nada, pero su madre observó su gesto, parecía que no le gustaba nada lo que acababa de decirle.

—¿Te quedarás en casa de los abuelos?

—En casa de los abuelos no hay internet.

—No creo que sea gran problema. Podéis ver una película.

—¿No puedo invitar a Bea a que venga a dormir aquí? Pediremos una pizza y lo pasaré mucho mejor. Anda, mamá —rogó cambiando el tono de voz—. Por fa...

Laura dudó un momento, pero luego cedió.

—Está bien, Rebeca. Pero formalidad. Nada de voces ni ruidos que molesten a los vecinos. Y pregúntale a sus padres si la dejan venir.

—¡Genial!

El sábado Roberto pasó a buscarla y la esperó en el portal. Ella se había arreglado para la ocasión. No porque quisiera impresionar a nadie, simplemente deseaba sentirse como antes, no pensar en que era una mujer viuda embargada por la tristeza y la soledad. Solo quería ser la Laura de siempre y olvidarse de todo por una noche. Un vestido azul marino de manga larga con escote en pico y cremallera en la parte de la espalda que le quedaba algo flojo, pero es que desde la muerte de Germán había perdido al menos una talla. Se había puesto un abrigo claro, de color beige y unos zapatos de tacón también azules.

La cena fue bien, aunque Roberto miraba a Laura con aquella mirada que solía incomodarla. Demasiado penetrante, como si le estuviera leyendo la mente y lograra adivinar sus pensamientos. No era precisamente guapo, pero no estaba mal del todo. Era alto, con gafas, con pelo canoso muy corto, y bastante agradable. Tuvieron una amena charla. Después decidieron ir a tomar una copa a un local que Laura no conocía. La música no estaba muy alta y había una pista de baile donde había varias parejas bailando. Pidieron un mojito y siguieron hablando de cosas sin importancia. Roberto, muy prudente no quiso hacerle recordar a Germán ni nada de su situación para que estuviera contenta y nada enturbiara la velada.

—¿Quieres bailar? —preguntó al verla por unos momentos ensimismada en la música sin prestar atención a sus palabras—. Pareces muy concentrada con la música —añadió sonriente.

—No. Solo escuchaba. Me gusta este tipo de música, pero te estaba escuchando —respondió.

No era cierto. Estaba prestando atención a la letra de la canción *That's the way it is* de Celine Dion¹⁰, su cantante favorita. Nunca podría dejar de agradecer a sus padres su empeño en que desde niña fuera a clases de inglés con un profesor nativo, y asistir a intercambios y estancias en Irlanda e Inglaterra. Sin embargo, no le gustaba hablarlo con Edward, se sentía intimidada pensando que metería la pata. Rebeca también tenía clases extra en el colegio con una chica irlandesa y a ella si le gustaba practicarle con su tío.

—Te preguntaba si te apetecía bailar —comentó Roberto.

En ese momento a Laura le sonó el móvil. Vio que era Rebeca y atendió la llamada. Tuvo que salir afuera para poder escucharla. Hacía mucho frío y se abrochó el abrigo.

—Mamá...

—Hola, cariño. ¿Pasa algo?

—No, solo quería saber cómo estabas.

—Bien.

—¿A qué hora vas a venir?

—Pronto.

—Pues ya es muy tarde.

Laura miró el reloj. Eran casi la una y media de la mañana.

—No es tan tarde, cariño. Y tú ¿No deberías de estar en la cama? ¿Qué hace Bea?

—Se ha dormido, pero yo no podía dormir.

—Bueno, pues inténtalo. Iré enseguida.

—¿Estás enrollándote con tu jefe?

—No, no estoy enrollándome con nadie —respondió en tono serio—. Déjate de tonterías.

—Ya...

Escuchó a su madre suspirar e imaginó la expresión de fastidio de su rostro.

—¿Sabes? Me estoy helando de frío. Ya hablaremos mañana. Y vete a dormir.

Colgó antes de escuchar la respuesta de su hija. Se quedó desconcertada por unos segundos. ¿Estaba preocupada su hija por que pudiera tener una relación con un hombre? Entró de nuevo en

el local. No quiso bailar. Tomaron otra copa más y después le dijo a Roberto que deseaba irse a casa.

Se despidieron en el portal. Él se acercó demasiado y ella dio un paso atrás.

—¿No vas a invitarme a una copa? —preguntó él.

—¿Perdona?

—Bueno, pensaba... después de varios meses sola... en fin... yo...

—En primer lugar mi hija está en casa y en segundo, salir a cenar con un compañero de trabajo no significa que lo vaya a invitar a mi cama —afirmó molesta.

—Bueno, tampoco soy... quiero decir... Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—No me interesa ningún tipo de relación que no sea amistad, Roberto. Pensé que lo sabías. No ha cambiado nada porque ya no esté Germán. No sé si lo entiendes. Lamento si te he dado pie a pensar otra cosa.

—Entiendo, es demasiado pronto. Espero no haberte ofendido —dijo sonriendo.

Ella lanzó un suspiro. Parecía que Roberto no quería entender que no tenía ningún interés en él, independientemente de que estuviera Germán o no.

—Gracias por la cena —dijo tratando de ser amable.

—De nada. Ha sido un placer. Perdona por mi torpeza, en ningún momento me has dado pie a nada. He sido yo. Lo lamento, pero espero que repitamos.

Ella sonrió. No pensaba repetir, ni loca. Le dio las buenas noches y después de abrir el portal entró. Roberto ya se había girado para ir en busca de su coche. Laura decidió que mantendría la distancia a partir de ese momento con él. No deseaba que se hiciera ilusiones con ella.

Ya en casa envió un wasap a Teresa diciéndole que la cena había sido estupenda, pero que por lo que parecía, él quería más. Pensó que su amiga estaría durmiendo y no respondería nada pero a los pocos segundos sonó el pitido indicador del mensaje.

Teresa: ¿Sexo?

Laura: Supongo.

Teresa: ¿Los hombres no comprenden que se puede salir a cenar sin que haya nada más?

Laura: Pues parece que no. Ya ves. Y ¿qué haces despierta a estas horas?

Teresa: Viendo una peli en el canal de TCM: Solo ante el peligro [11](#) Simón está roncando para no variar.

Laura: Gran película. Yo me voy a dormir. Hasta mañana.

Teresa: Sigo con Gary Cooper [12](#). ¡Chao!

Cuando al día siguiente se levantó. Bea ya se había ido a su casa. Rebeca estaba viendo la televisión todavía en pijama. Su madre le dio los buenos días, pero la chiquilla solo hizo un gesto a modo de saludo y siguió absorta mirando la pantalla.

Cuando estaba desayunando en la cocina, Rebeca entró y dijo que pensaba ir al cementerio con Edward y la abuela Adela. A su madre le sorprendió mucho esa decisión. Sabía que a la joven no le gustaba nada lo de ir visitar la tumba de su padre y le desconcertó la idea. Su hija le aclaró que había hablado con Edward por WhatsApp que habían quedado en ir al mediodía.

—Me voy a duchar y a vestir —dijo—. Tú no querrás venir, supongo.

Después de tomar un sorbo de café, la miró y puso gesto de extrañeza.

—No, no quiero ir. Ya me acercaré otro día. Lo que me parece raro es que seas tú la que vayas cuando nunca has querido venir conmigo.

—Me apetece. Quizás es que soy la única que me acuerdo de él en esta casa —comentó con toda

la intención de herir a su madre.

Laura se sintió lastimada al escucharla.

—No sé qué pretendes con ese comentario. No me ha gustado nada, Rebeca. ¿Tanto te ha molestado lo de anoche? —preguntó irritada.

—Creo que a papá no le gustaría que tuvieras una cita tan pronto.

—No fue una cita. Ya te lo he dicho. No entiendo tu actitud. Es muy egoísta por tu parte. Solo fue una cena con un compañero de trabajo, no una cita. Así que deja ya de decir bobadas. ¿Quieres? Solo fue una cena, algo informal e inofensivo. No sé qué estás pensando, pero por lo que veo estás dando a entender que he salido de ligue y no es así.

—Ese tío no me gusta nada, mamá —afirmó al fin.

—Pero si lo has visto cuatro o cinco veces en toda tu vida, Rebeca. No lo conoces.

—Pues por eso te digo que no me gusta nada.

—De todos modos, te repito que solo fue una cena. Y además, no sé por qué te estoy dando explicaciones —protestó Laura—. ¿No tenías prisa por ir a ducharte y vestirte?

La muchacha la miró con rabia, pero no respondió. Se limitó a salir de la cocina a paso ligero dejando a su madre disgustada.

Ahora solo faltaba que les fuera con el cuento a la abuela Adela y a Edward. Conociéndola sería muy capaz de tergiversar la historia interpretándola como le diera la gana. No creía que a Edward le fuera a importar demasiado, pero sí le preocupaba la opinión de su suegra. Después de todo, habían pasado solo cinco meses desde la muerte de Germán.

Se lo advirtió a Rebeca antes de que se fuera. La chica dio por hecho de que si tanto le importaba que lo supieran era por algo. No prometió nada, ni siquiera sabía si lo comentaría o no. Puede que no estuviera ligando pero de todos modos, a ella no le gustaba nada el asunto.

¹⁰ - Celine Dion: [cantante](#) y empresaria canadiense. Su música ha sido influenciada por géneros tan variados como el [rock](#), [R&B](#), [gospel](#) y el [clasicismo](#), entre otros. Si bien, sus álbumes han recibido críticas mixtas, es muy conocida por poseer una voz hábil y poderosa. Además de francés e inglés, ha cantado en numerosos idiomas como el castellano, italiano, alemán, latín, japonés y chino mandarín. Ha ganado cinco premios [Grammy](#).

¹¹ - Solo ante el peligro: Película estadounidense del género Western (1952) dirigida por Fred Zinneman e interpretada por el actor Gary Cooper. Ganó cuatro Premios Óscar (de siete candidaturas) y cuatro Premios Globos de Oro (de ocho candidaturas).

¹² - Gary Cooper: Actor estadounidense de ascendencia inglesa que se convirtió en una de las más grandes leyendas de la historia del cine (1901-1961). Ganador de tres Oscars, el último como reconocimiento a su carrera.

18

Después de visitar el cementerio y dejar unas flores en la tumba de Germán. Rebeca decidió acompañar a su tío Edward hasta su casa para coger un programa de ordenador en el que estaba interesada. El piso que había compartido con Flavia y donde ahora vivía solo, estaba situado en el centro, en una calle peatonal repleta de comercios y locales de ocio. No era muy grande, pero sí muy luminoso. Él le ofreció un refresco y se dirigió a la cocina a buscarlo mientras su sobrina se quedó en el salón. Las estanterías estaban atiborradas de libros, y tenía varias fotos, una con Flavia, otra de cuando era un estudiante y dos más acompañado de la abuela Adela, y otra de niño con el abuelo James.

Se fijó en la foto en la que estaba con Flavia. Era una mujer muy guapa, pensó ella, con pelo negro, y grades ojos oscuros. En la foto ambos reían. Se extrañó que su tío no la hubiera quitado, ya que se habían divorciado. A ella no le caía especialmente bien. Siempre opinó que era muy presumida y que su tío era más buena persona que ella. Se lo había oído comentar a la abuela Adela en más de una ocasión cuando Flavia no estaba. Tampoco a ella le agradaba mucho. Rebeca le había conocido otra novia que le gustaba mucho más que Flavia, pero rompieron antes de que decidieran ir a vivir juntos. Edward vino con una Coca-Cola.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa.

Después él abrió un cajón y sacó el CD para dárselo. Edward se fijó en el gesto serio de su sobrina. Parecía enfadada y le daba la impresión de que quería decirle algo, pero no se atrevía.

—¿Qué te pasa? ¿Está todo bien? —preguntó con curiosidad.

—Todo bien, menos que anoche mamá tuvo una cita con un compañero de trabajo, uno que papá decía que estaba loco por ella —exclamó con tono de enfado.

Edward no dijo nada. Posó la vista en el vaso del refresco y evitó hacer comentario al respecto.

—Ya sé que no debería de importarme, pero ese tío es un perfecto idiota. Feo y estúpido —prosiguió haciendo una mueca.

—De todos modos, es asunto de tu madre, no nuestro, Rebeca —dijo él con calma—. Que saliera con él no quiere decir nada.

—Según ella no fue para enrollarse. Ella me dijo hace poco que nadie estaría en el lugar de papá —contestó con rabia—. Entiendo que se pueda enamorar dentro de unos años, pero no ahora. Tan pronto. Ha pasado muy poco tiempo. ¿No te parece?

—Bueno, estás sacando las cosas de quicio. Si te dijo que no iba en ese plan, sería verdad.

—¿Por qué la defiendes? —preguntó con rabia.

—No la defiendo. Solo te digo que tu madre no te mentiría.

—Sí, claro. Y tú te lo crees... —dijo bajando los ojos y mirando al suelo.

Su tío se acercó y le levantó la barbilla haciendo que lo mirara.

—¿Crees que por qué haya salido con un hombre, no echa de menos a tu padre?

La chiquilla no respondió nada.

—Ten en cuenta que lo más importante del mundo para ella eres tú.

—Ya... —dijo dudándolo.

—Tú también sales con ese chico, Paulo ¿No?

—No es lo mismo. Ni parecido. No compares una cosa con otra. ¿Qué tiene que ver? Nada de nada. ¡Qué chorrada! —exclamó con chulería—. ¿Crees que quiero menos a mi padre por salir con Paulo?

—Y ella ¿sí?

—Es diferente. Él era su marido. No puede olvidarlo tan pronto.

—Pero tiene derecho a divertirse y distraerse un poco ¿No crees? Nadie ha dicho que lo haya olvidado. Deberías hablar con ella, Rebeca.

—No. ¿Para qué? Dirá que soy una egoísta y que solo pienso en mí.

Por el gesto de Edward, ella supuso que opinaba lo mismo, y se sintió ofendida.

—Tengo que irme —dijo de repente poniéndose en pie y abrochándose el anorak con voz crispada.

Él la acompañó hasta la puerta. Rebeca se giró para mirarlo y cambió el tono de enfado de antes.

—Me ha gustado ir al cementerio, tío Edward. Las veces que ha ido mamá, no he querido acompañarla. Pero hoy me ha gustado, aunque es tan deprimente... Muchas veces pienso cómo sería si no hubiera muerto porque nunca sabrá cómo voy a ser de mayor, ni que voy a estudiar, ni nada. Eso me da mucha tristeza.

—Seguro que estaría muy orgulloso de ti, Rebeca.

—Eso dice mamá. Solo para que me sienta bien, seguro...

—No, lo dice como lo decimos todos, porque sería verdad. Estaría muy orgulloso, no lo dudes ni por un segundo —aclaró él.

Su sobrina trató de sonreír. Le dio un beso en la mejilla y se fue. Edward se quedó pensando en Laura. Viendo la reacción de Rebeca por la salida nocturna de su madre. ¿Sería distinto si la pareja de Laura fuera él, o sería mucho peor? Eso le preocupó. No podía dejar de pensar en ella. Tantas veces en sueños se había visto caminando con ella cogidos de la mano, besándose, saboreando su piel en esas noches vacías y llenas de soledad, imaginando que se escapaban juntos, sintiéndola en cada espacio y en ese amor que le partía en dos el alma: por una parte la lealtad a su hermano Germán y los sentimientos que sentía hacia ella.

Ahora ya no tenía el muro que suponía la presencia de su hermano, pero quizá tendría otro peor: su sobrina.

Laura no sospechaba para nada que su hija hubiera ido con el cuento de su salida nocturna a su tío. Le había disgustado que Rebeca se mostrara tan molesta antes por la mañana. ¿Acaso se creía que estaba de ligue? Por sus palabras, deducía que sí lo pensaba. ¿Era tan terrible? Tenía que convencerla de que Roberto no le interesaba lo más mínimo. No quería que su hija viera fantasmas donde no los había ni se hiciera una idea equivocada sobre ella. Todo era por Germán. La lealtad de Rebeca hacia su padre era insuperable. Y tal vez puede que se sintiera celosa al pensar que pudiera fijarse en otro hombre y así ella dejaría en cierto modo de ser su centro de atención. A saber... se dijo.

Cuando más tarde intentó hablar con ella para aclararle que no había salido en plan de ligue y que su compañero no les gustaba absolutamente nada, su hija se encogió de hombros.

—No me importa —contestó con indiferencia.

—¿Ahora no te importa? —preguntó molesta—. Pues antes no parecía.

Para no variar, Rebeca se puso los auriculares del iPod para no escucharla.

19

El cumpleaños de Rebeca y su madre solían celebrarlo juntas con la familia primero, y luego individualmente porque ambas habían nacido en el mes de marzo con una semana de diferencia entre ambas. Laura el quince y Rebeca el veinticinco. Decidieron celebrarlo el sábado e invitaron a los abuelos, los tíos y también a Teresa y su marido, y a varias amigas más, algunas solas y otras acompañadas de sus parejas. Eran las siete de la tarde cuando los invitados empezaron a llegar. Teresa y Leonor fueron temprano con la idea de ayudar en los preparativos, aunque algunas cosas las encargaron como los canapés y la tarta.

Rebeca decoró el salón con algunos globos y letras de colores en las que se podía leer: «Feliz cumpleaños».

Los demás llegaron sobre las ocho. Laura los recibió con una sonrisa. A pesar de haber pasado una mañana algo abatida pensando que sería el primer cumpleaños sin su marido, se prometió a sí misma que por la tarde se mostraría alegre y feliz. Un par de copas, que se había tomado con Teresa mientras estaban en la cocina preparando las bandejas, también le había levantado el ánimo. Aunque le gustaba mucho ponerse vaqueros, camisetas o jerséis prefirió esmerarse un poco más en su indumentaria.

Estuvo ante el armario preguntándose qué elegir. Al final se decidió por un vestido de algodón de color claro con escote redondo que acentuaba su figura. Se maquilló sin excesos, como siempre solía hacer y Teresa le insistió en que se pintara los labios. Cuando se miró en el espejo se vio favorecida y hasta su hija le dijo que estaba muy guapa.

Deseaban pasárselo bien. Pusieron música y Rebeca se entretuvo en elegir unos cuantos CDs para ir alternado música. Aunque poco había que le gustara, ya que ella como casi todos los de su edad se limitaba al iPod y tenía gustos muy diferentes a los mayores.

¿Dónde estaría Edward? Se preguntó Laura al ver que era el único que faltaba por llegar.

Mateo la rodeo con su brazo por la cintura y le dio un beso cariñoso en la mejilla.

—¿Qué tal, hermanita? Te veo muy guapa. ¡Feliz cumpleaños!

Ella sonrió y le ofreció una copa.

—Sabes que no bebo.

—Vamos, hoy puedes hacer una excepción. Es el cuarenta y uno cumpleaños de tu única hermana y el dieciséis de tu única sobrina —dijo—. Y tú, Iris, también —añadió mirando a la muchacha—. ¡No me dirás que queréis un té verde! —exclamó divertida.

—Tomaremos un refresco. No te preocupes por nosotros —respondió la chica.

—Yo sí que me voy a tomar un whisky —dijo su padre acercándose a la mesa de bebidas—.

¿Cómo estás, hija? —preguntó cariñoso.

—Bien, papá. Estoy bien —afirmó.

Por fin llegó Edward que saludó sonriente.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Laura acercándose—. Ya pensé que no ibas a venir y que me ibas a dejar plantada —añadió soltando una risita.

Él se disculpó diciendo que había tenido un compromiso de trabajo. Le gustó tenerla tan cerca. Observó que estaba preciosa y le encantó el olor de su perfume. Rebeca se acercó a su tío.

—Rebeca, no te había visto —comentó él sonriente—. ¿Cómo llevas lo de cumplir dieciséis años?

—¡Genial! —exclamó la chica—. Ya me queda menos para los dieciocho —añadió al tiempo que se alejaba.

—Debe de creer que va a cambiar mucho su vida con dieciocho —murmuró Laura.

—Bueno, ya podrá hacer muchas cosas...

—¿En serio? ¿Cómo qué? Con la libertad que tienen hoy en día.

—Mmm... votar, por ejemplo.

—Ah... pues sí... tienes razón. No había caído en eso —comentó entrecerrando los ojos y sonriendo—. Aunque no la veo muy interesada en ese tema de momento. Le interesan más los chicos —añadió—. Bueno uno en especial.

Siguieron hablando y riéndose mientras Adela y Leonor observaban a la pareja. Las dos notaron la cercanía de sus hijos y la confianza que parecía haber entre ellos. Ninguna dijo nada, pero tuvieron diferentes pensamientos. A Adela le angustió un poco por acordarse de su difunto hijo Germán y a Leonor le asustó lo que pudiera surgir entre ambos pensando más en las consecuencias que podrían suponer para su nieta, que según le decía, recordaba a su padre a diario y seguía echándolo mucho de menos.

Aun así pasaron una velada divertida, amena, con muchas risas. Las dos cumpleañeras soplaron las velas de la tarta. Y al final se abrieron los regalos. Pero el mejor regalo fue el anuncio de Mateo de que Iris estaba esperando un bebé, algo que hizo mucha ilusión a los presentes, sobre todo a Leonor y a Pelayo. La llegada de otro nieto era algo que deseaban desde hacía mucho tiempo. A Laura le causó una gran alegría saber que por fin tendría un sobrino. Lo mismo que a Rebeca tener un primo.

Rebeca había puesto un CD con la idea de que se pusieran a bailar. Su tío Edward se acercó a ella y bromeó diciendo:

—¿Me permite este baile, señorita?

Su sobrina soltó una risita y dijo:

—Será un placer.

Bailó con su tío mientras se moría de risa, pero se cansó enseguida y lo soltó. Edward bailó también con Iris, con Teresa y alguna amiga más de Laura. Laura con su hermano Mateo, y con Simón. Mientras bailaba vio cómo Rebeca se desternillaba de risa mirándolos. Cada vez que la música paraba, buscaba a Edward y se preguntaba por qué no se acercaba a ella a pedirle un baile.

Teresa y Simón fueron los primeros en irse, después del resto de los amigos junto a Mateo e Iris. Las abuelas insistieron en ayudar a Laura a recoger mientras que Edward hablaba con Pelayo en el salón.

Cuando terminaron, Edward optó por quedarse un poco más. Laura le había susurrado hacia unos instantes en el pasillo que no se fuera aún ya que no deseaba estar sola. Pelayo y Leonor se ofrecieron a llevar a Adela hasta su casa en coche.

Rebeca no tardó en irse a su habitación a probar la Tablet que le había regalado su tío y de paso hablar con Paulo.

Laura y Edward se sentaron en el sofá. Se quedaron callados en un primer instante. Luego él la miró con esa mirada lánguida, tan suya y ese gesto tierno que solía poner, diciéndole que estaba preciosa.

—Gracias.

—Ahora sales con Roberto, creo —dijo él de pronto.

Ella tardó un segundo en reaccionar.

—No es verdad. ¿Quién te ha dicho eso?

—Rebeca.

—No es cierto. Solo fui a cenar con él. No estoy saliendo con él ni con nadie —insistió molesta.

—Bueno, no pasa nada. Solo era curiosidad.

Laura pensó que la mataría en cuanto estuviera a solas con ella. Había querido olvidar esa noche. Roberto actuaba como si no hubieran salido nunca y ella lo mismo.

—No te enfades, ni le digas nada —dijo él—. Me meterás en un lío.

—Está bien. No diré nada —respondió sonriendo—. ¿Sabes? Quería que le invitara a tomar una copa aquí en casa. Debí pensar que era una mujer desesperada que estaba pidiendo sexo como una ninfómana —comentó divertida—. Ahora fingimos que todo eso no ocurrió y nos tenemos un mutuo respeto en el trabajo. Por supuesto no voy a volver a quedar con él ni para un café —aclaró—. Voy a ir cambiarme y ponerme cómoda. Sírvete algo mientras. Hay cerveza en la nevera.

—Bien. ¿Tú quieres?

—Sí, por favor.

—Me hubiera gustado bailar contigo —dijo a modo de reproche mientras se ponía de pie.

—Mmmm... ¿Sabes por qué no lo hice?

—No... ¿Por qué? —preguntó intrigada mirándolo.

—Había demasiados ojos pendientes de nosotros. No sé si te diste cuenta, pero yo sí. Tu madre, la mía, Teresa. No nos quitaban la vista de encima.

—¡Vaya! No sospechaba que fuéramos tan importantes —bromeó.

—Además temía ponerme en evidencia. Se iba a notar demasiado que estoy loco por ti —añadió—. Creo que lo de la otra noche...

Ella le interrumpió.

—Dijimos que íbamos a olvidar ese tema, Edward.

—Bueno, vale. Pero al menos permíteme gozar de tu compañía.

Ella sonrió y repitió que iba a cambiarse. Volvió poco después. Se había dado una ducha rápida y se había puesto los vaqueros claros con una camiseta de manga larga color turquesa. Volvió junto a su cuñado y se quejó de lo mucho que le dolía el cuello.

—¿Quieres que te de un masaje? Soy todo un especialista. Flavia me enseñó. Para algo es fisioterapeuta.

Ella asintió. Él colocó un cojín en el suelo y le indicó que se sentara sobre él con las piernas cruzadas mientras él se puso de rodillas detrás de ella. Deslizó sus dedos hacia los lados del cuello y colocó los pulgares en el nudo de tensión para luego ir desplazándose hacia los hombros por debajo de la camiseta.

Laura acabó por apartarse, porque estaba excitándose por momentos.

—Dejémoslo así. Me he relajado lo suficiente —dijo ella sin mirarlo y poniéndose en pie. Se sentaron de nuevo en el sofá.

Abrió la lata de cerveza que él había puesto sobre la mesa de cristal y bebió un sorbo. Luego lo miró. Él sostuvo la mirada sonriente.

—Dime. ¿Hay algún sitio donde podamos besarnos sin que nadie nos interrumpa? —preguntó él bromeando.

Ella se rio con gana.

—Quizá...pero dime una cosa, Edward. ¿Por qué yo? —preguntó—. Quiero decir, estoy segura

de que conoces a mujeres que estarían dispuestas a irse contigo nada más conocerte. Seguramente no te costaría nada hacerlo.

—Tú eres lo único que tengo en la cabeza, Laura.

Él sonrió y le dijo cosas preciosas que a ella le emocionaron. Aseguró que siempre le había gustado. Desde el primer momento que atravesó la puerta de los Owen en una tarde lluviosa de invierno. Después empezó a amarla sin saber muy bien el motivo, pero que se había implantado en su corazón y por más que lo había intentado, nunca había podido sacarla de allí. También que no solo era admirable, era sincera, amable, cariñosa, valiente, una persona generosa, llena de amor.

—Sigo enamorado de ti, Laura. Eso no ha cambiado nunca. Mírame —rogó al ver que ella había bajado los ojos.

Ella levantó la vista y fijó su mirada en él, pero no dijo nada.

—Daría mi vida por ti —dijo él—. Renunciaría a todo con tal de que me quisieras un poquito, con eso me conformo.

—Necesito tiempo, Edward —se atrevió a decir—. Es demasiado fácil enamorarse de ti, pero temo confundir los sentimientos y no quiero hacerte daño por nada del mundo, ya te lo dije el otro día.

Sintieron los pasos de Rebeca que se acercaba por lo que tuvieron que cambiar de tema de conversación.

—¿Qué veis? —dijo la chica.

—Nada en concreto.

La joven miró la pantalla y luego a ellos. ¡Su madre viendo deportes! ¡Y nada menos que fútbol que no le gustaba nada! Se extrañó, pero no dijo ni una palabra.

—¿Cuándo vas a celebrar tu cumpleaños con tus amigos? —preguntó su tío por decir algo.

—La semana que viene, seguramente. Iremos a merendar al McDonalds y luego al cine.

—Y ¿cómo te va con tu chico? —preguntó con curiosidad.

—Bien —contestó tratándose de mostrarse indiferente.

—Es un muchachito muy guapo —respondió su madre sonriendo—, y espero que todo lo que tiene de guapo, lo tenga de buen chico. Porque ¿sabes? Ya es el cotilleo de todo el vecindario. Me han comentado las vecinas lo guapo que es... —añadió riéndose.

—Mamá, siempre estás con lo mismo —protestó su hija.

Decidieron ver una película, y al terminar, Edward se despidió de ambas. A Laura le había encantado la escena, los tres, como si fueran una pareja y su hija adolescente, juntos viendo la tele. Como cuando estaba Germán, pensó también.

Edward le recordó que al día siguiente partiría para asistir a una feria de informática que se celebraba en Alemania y estaría toda la semana fuera.

—Nos vemos a la vuelta —dijo él al despedirse.

—Adiós, Edward. Cuídate.

—Lo haré.

Laura tenía la sensación de estar enredándose cada vez más en un terreno peligroso. Todo era cada vez más íntimo. La situación se iba acercando a una historia de amor típica de las películas o las novelas. Pero eso era la vida real, no era una damisela enamorada ni él, el héroe que llegaba para rescatarla. Tenía que pensar en sus emociones, sus sentimientos con respecto a su cuñado y sobre todo pensar en cómo afectaría todo eso al resto de la familia. Le daba pánico pensarlo. No sabía qué opinarían su madre, su suegra, pero sobre todo Rebeca. Porque sí, su hija quería mucho a su tío, pero después de cómo se había tomado la salida con Roberto, era de esperar que tampoco le gustara la situación. ¿Le sentaría muy mal? La chica era totalmente fiel a su padre. Y estaba en

esa edad tan complicada. Pensó que estaba en una embarazosa situación. Cuando por fin tuvo la necesidad de contárselo a alguien, fue a Teresa a quien se lo confesó y le relató lo que había sucedido en la noche que salieron a cenar. No se lo había dicho a nadie, y en ese momento tuvo la necesidad de hablar de ello.

—Entonces lo que te advirtió tu madre, era verdad, por lo que se ve. Ha estado coladito toda la vida por ti —afirmó riéndose.

—No sé qué voy a hacer —dijo Laura con desgana.

—Vamos, ni lo pienses. Con semejante tío. ¡Me liaría hasta yo! —exclamó.

—No es para reírse, Teresa. Es algo muy serio. No quiero que nos hagamos daño.

—Perdona. Pero hablar de tu cuñado, me hace perder el sentido —comentó tratando de volver a bromear—. Bueno, a ver, analicemos... ¿Cuáles son los problemas?

Laura la miró incrédula. ¿Todavía se lo preguntaba? Sus padres, su suegra, y sobre todo Rebeca y en que parecía muy reciente el fallecimiento de Germán.

—Se juntan muchas cosas, Teresa. Ni siquiera estoy segura de lo que siento por él —dijo sacudiendo los hombros.

—Pero te gusta, te atrae, te mueres por meterte en la cama con él.

—¡Por supuesto! No soy de piedra. Pero una cosa es el deseo físico y otra muy diferente amarlo. Estoy muy confusa. El caso es que me paso el día pensando en él, y eso me da vértigo —aseguró poniendo un gesto de preocupación.

—Tú misma dijiste que las cosas no iban bien con Germán. Estabas desilusionada.

—Sí, sí...lo sé —afirmó compungida.

—Dale tiempo al tiempo. No aceleréis las cosas. Deja que todo vaya surgiendo.

—¡Es de locos, Teresa! —exclamó cambiando el tono.

—No sé si es de locos, pero tienes que buscar tu felicidad.

—Una parte de mí quiere que lo intente, pero otra me dice que debo renunciar.

Teresa ladeó la cabeza con actitud pensativa.

—¿Puede ser que él si esté enamorado de ti y tú no tengas claros tus sentimientos?

—Sí, también.

—Si no lo intentas no puedes saberlo, Laura. Pero por supuesto, es cosa tuya, yo no quiero entrometerme porque si luego sale mal, no quiero que me eches la culpa —dijo con aire dramático.

—Cuando recuerdo aquella noche en la que salimos a cenar, siento tanta vergüenza, no solo por mí, también por él.

—Tienes derecho a volver a disfrutar de la vida. No tienes que avergonzarte de nada.

—Mi prioridad es Rebeca, solo ella.

—Me encantaría tener un hombre a mi lado que me mire cómo te mira él, Laura. Simón nunca me ha mirado como hace Edward contigo. El día de tu cumpleaños, me fijé. Creo que todos nos dimos cuenta.

Laura la miró asombrada.

—Estás exagerando. Además, mi prioridad es Rebeca te repito.

—Sí, pero ella un día se largará y te quedarás sola. Puede que incluso haga su vida lejos de aquí. Supongo que ni se imagina que Edward esté enamorado de ti.

—No. No tiene ni idea. Pero mejor así.

—Sí. Sin dudar.

Laura se quedó pensativa. Su hija no sospechaba nada y si llegara a saberlo, tenía la impresión de que se lo tomaría muy mal.

En un gesto de confianza y complicidad con su hija le comentó lo que había sucedido con Roberto, que estaba dispuesto a querer algo más con ella que una simple cena. Lo hizo para que la chica entendiera que ella no había salido en ningún plan de ligue y que por supuesto le había parado los pies.

Rebeca no tardó en comentárselo a la abuela esa misma tarde cuando esta fue a visitarlas.

—¿Sabes que el otro día mamá salió con un compañero de trabajo, ese Roberto como se llame?

—No, no lo sabía. No me comentó nada.

Laura hecho una mirada de desaprobación a su hija.

—Sí, fuimos a cenar. Una salida de amigos y compañeros de trabajo. Nada más —acentuó.

—Pero lo que quería realmente era acostarse con ella, abuela —dijo la chica divertida, ahogando una carcajada.

Laura echó la cabeza para atrás y cerró los ojos.

—¿Es en serio? —preguntó la abuela asombrada.

—Más o menos fue lo que intuí por lo que dijo.

—Deberías demandarle por acoso sexual, mamá. Por salido... y con esa cara de gilipollas ¡Ja! —exclamó su hija riéndose—. No sé cómo pudiste salir con él.

—No pienso demandar a nadie —confirmó Laura moviendo la cabeza de un lado a otro—. Después de ese día, el trato en el trabajo ha sido correcto y como siempre.

—Menudo cabrón... —soltó Rebeca.

—¡Eh! —protestó su madre—. Y dejemos ya el tema, Rebeca. ¿No tienes deberes que hacer?

Laura sentada en la silla, apoyó el mentón sobre las manos cruzadas sin quitar la vista de su hija.

—Vete a hacer los deberes, por favor —dijo con voz enérgica.

La chica obedeció y salió de la cocina casi arrastrando los pies y con desgana total.

—¿Rebeca escribe un diario? —preguntó la abuela.

—Algo así.

—Cuando entré antes para saludarla, lo cubrió como si fuera algo secretísimo. Me dio un beso supersónico y poco le faltó para echarme de su cuarto.

—Está pasando una etapa bastante insoportable, mamá. No se lo tengas en cuenta. Ya sabes, es adolescente. No sé si yo me comportaba de ese modo a su edad.

—Me dio mucha más guerra tu hermano que tú. Siempre estaba metido en líos, casi ha sido una bendición que le diera por los temas espirituales. Algo que jamás imaginé en él. Pero ya ves las vueltas que da la vida.

Laura soltó unas risas. Recordaba a su hermano reivindicando todo y unido a todas las causas perdidas. Las ilusiones de Pelayo para que estudiara Económicas o algo relacionado con el tema bancario para conseguir poder trabajar en el banco, se quedaron en nada. No llegó a terminar la carrera. Se fue de casa a malvivir trabajando en lo que podía, trabajos precarios y mal pagados hasta que de un día para otro, con unos pocos de ahorros y mochila a cuestas se fue a la India con Iris, la chica que había conocido dos días antes.

—Al final le ha ido bien, mamá. Mereció la pena. ¿No crees?

—Sí, sí...

Su madre se quedó mirándola muy pensativa. Por su gesto, Laura adivinó que deseaba decirle algo.

—¿Qué pasa, mamá?

Su madre tomó aire y suspiró.

—Bien, te lo voy a decir...

—¿Decirme qué? —preguntó Laura sin imaginar de que iba a hablarle.

—Laura, no te lo tomes a mal, pero el otro día, cuando tu cumpleaños te vi muy embelesada con Edward.

Su hija miró para otro lado y no dijo nada.

—Y a él contigo... todo hay que decirlo —comentó sin apartar la vista de su hija.

—No hay nada, mamá. No hay ninguna relación que no sea la de antes. Ya sabes cómo es Edward: atento, cariñoso, amable... supongo que también tendrá defectos, pero en lo que conozco de él, no los encuentro, la verdad. Pero bueno, no hay nada, mamá. Puedes estar tranquila —aseguró nerviosa.

No deseaba alarmar a su madre y que empezara a preocuparse sin motivo.

—No, si yo no digo nada, Laura. Solo que... pienses en Rebeca.

—Eso hago, mamá. Pensar en Rebeca. No hago otra cosa.

—Me parece demasiado joven para que tenga novio. Debería disfrutar de la vida, no atarse a un chico. Ya tendrá tiempo... —sugirió Leonor cambiando de tema.

—¿Qué quieres que haga? No puedo prohibírselo. Asegura que está muy enamorada, mamá. Es normal. Está en la edad. Él es un buen chico, y eso es lo más importante. No la va a llevar por mal camino si es lo que te preocupa —seguía nerviosa y su madre lo notó claramente.

—Como preocuparme, claro. Es mi única nieta.

—Te aseguro que es un buen chico. Además, Rebeca no se deja llevar por nadie, Ya lo sabes —dijo levantándose de la silla y metiendo las manos en los bolsillos del vaquero. Miró por la ventana hacia el patio interior evitando la vista fija de su madre en ella.

—Pero si está tan loca por él... El amor siempre lleva a hacer locuras y más a su edad. Aunque bueno, mejor dicho a todas las edades.

Laura no respondió nada. No sabía si lo decía a propósito por ella y Edward. Prefirió no decir nada y cambiar de tema.

—¿Quieres más café? —dijo girándose de nuevo hacia ella.

Leonor negó con la cabeza.

—Laura, si quieres hablar. Ya sabes que aquí me tienes. No es bueno tragarse las preocupaciones y problemas. Tú eres muy propensa a hacerlo. Nunca me solías contar nada de lo que te pasaba. Eras excesivamente reservada. Y te ha afectado lo que te he dicho. Te conozco. ¿Pasa algo de lo que tenga que enterarme?

Las posibilidades de que Laura hablara a su madre de Edward eran igual a cero, pero le conmovió su preocupación.

—No te preocupes, mamá. Todo va bien. Y no pasa nada. Puedes estar tranquila.

La mujer pareció dudar. Ella y Adela habían comentado el día anterior lo mismo. Habían notado algo en ellos distinto a otras veces. Adela no pudo confirmar si su hijo seguía enamorado de Laura, porque con ella no hablaba del tema, pero estaba claro que al romper con Flavia y fallecer Germán, tenía el camino libre para acercarse a Laura.

Ambas con miedo de que empezaran una relación porque tenían el presentimiento de que sería un desastre y pondrían en una angustiada situación a toda la familia, sobre todo a Rebeca. Y no querían que su única nieta sufriera. Sabiendo la adoración que seguía teniendo por su padre, lo lógico es que si llegaba a pasar algo entre Laura y Edward, a la chiquilla no le iba agradar.

Ambas rezaban en silencio para que todo siguiera igual. Suponían que con los años Laura se enamoraría, pues aún era muy joven y Edward ojalá fijara los ojos en otra mujer que no fuera ella.

Adela no se había atrevido a preguntar a su hijo qué sentía ahora hacia su nuera. Habían pasado muchos años desde que le confesó su enamoramiento hacia Laura. Se había sentido muy feliz cuando le presentó a Flavia como novia formal con la que pensaba casarse. Fue un alivio para ella verlo enamorado de la chica, que aunque no le gustaba mucho, si él la quería, no tenía nada que objetar. Cuando Edward le comunicó que se separaban se disgustó. No deseaba verlo solo en la vida. Y además todo había coincidido con la desgraciada muerte de Germán. ¡Qué duro había sido y seguía siendo!

Su hijo mayor se había ido antes que ella. Nadie estaba preparado para soportar esa experiencia. Sabía que Germán había sufrido con su separación y que nunca quiso entender que se enamorara de James Owen. Por más que habían intentado explicarle que ya no era feliz con su padre por muchas razones, su hijo nunca aceptó al inglés como lo llamaba cuando se refería a él. Tanto James como ella lo educaron y quisieron del mismo modo que hicieron con Edward aunque él no creyera lo mismo.

Le encantó Laura desde el primer momento que entró en casa. No solo era bonita y encantadora. La aceptaron de buen grado y la trataron como a una hija. Sentía lástima de verla tan sola, sin Germán. Y Rebeca era adorable, iba a ser tan guapa o más que su madre cuando se convirtiera en adulta. ¡Lástima que Germán no estuviera allí para verlo! Ella que sí era creyente le recriminó a Dios que se lo hubiera llevado tan pronto, pero ya lo había asumido y aceptado. Ahora lo que más deseaba era ver feliz a su otro hijo, a su adorado Edward.

20

Edward estaba ordenando unos documentos en el despacho de su casa. Escuchó el timbre y luego, María, la chica que se ocupaba de las tareas del hogar tres días a la semana, le anunció que tenía una visita. Dio permiso para que entrara sin imaginarse que era nada menos que Laura quien entraba por la puerta. No pudo evitar una expresión de alegría al verla. Estaba sentado al borde del escritorio y sonrió. Se miraron a los ojos.

—Hola, Edward. ¿Te sorprende que haya venido por aquí?

—La verdad es que sí, pero estoy encantado de verte. Siéntate.

Ella se sentó y cruzó las piernas con lentitud.

—¿Pasa algo? —preguntó inquieto, mirándola con curiosidad.

—No, no. Pero estoy nerviosa, no sé por qué. Me apetecía verte —confesó—, y además me he encontrado con Flavia esta mañana —añadió mirándolo.

Él se cruzó de brazos y le preguntó si habían hablado.

—Me dijo que te echaba de menos, que nunca ha sabido por qué rompisteis.

—Sí, lo sabe —respondió él.

—Ella afirma que no. Es más, parecía muy arrepentida de haber dicho que sí al divorcio. Creo que volvería contigo si se lo propusieras. O eso me insinuó.

Él hizo una mueca de extrañeza. Era lo último que deseaba escuchar.

—Ni caso, Laura. No tiene ningún interés en volver conmigo.

Laura tenía que reconocer que las confesiones de Flavia le habían inquietado. No deseaba meterse por medio si es que la pareja pensaba darse otra oportunidad. Eso la mantuvo preocupada toda la mañana, y había tenido la necesidad de hablar con Edward en persona. En realidad no había tenido otra cosa en la cabeza. Edward había ocupado su mente todo el día, y mucho más después de la conversación con su ex cuñada.

Ella se levantó. Se quitó la chaqueta de cuero, porque tenía mucho calor, y dejándola sobre el sillón, se quedó de pie junto a él que se acercó.

—No sé qué me pasa.

Él la deseaba tanto que no sabía cómo decírselo.

—Me siento muy sola, Edward —afirmó inquieta.

No quería pensar en lo que iba a hacer, porque en su subconsciente sabía que había ido a casa de Edward a algo más que hablar. ¿Se estaría equivocando? ¿Era todo una locura? ¿Era demasiado pronto? No estaba segura de nada aparte de que deseaba estar con él. De pronto sintió miedo de que la acariciara y al mismo tiempo de que no lo hiciera. Ella no pudo resistirse y alargó la mano para rozar su mejilla porque tenía necesidad de tocarlo, de sentirlo. Él besó cada uno de sus dedos mirándola con un deseo implícito. Ella cerró los ojos y dejó que acercara su boca para besar con ternura la comisura de sus labios. Se besaron suavemente y ambos se estremecieron al contacto de sus cuerpos. Se mantuvieron apretados el uno contra el otro sin dejar de besarse.

Ella fue la primera que se separó aunque no dejó de mirarlo. Lo deseaba tanto que temía acelerarse y cometer una locura, aunque prefería no pensarlo y dar rienda suelta a sus emociones.

Se quedaron callados unos segundos, mirándose, preguntándose si debían de seguir o parar.

En ese momento María se asomó desde la puerta para decirle que ya era la hora de irse.

—Bien, María. Gracias. Hasta el próximo día.

—Adiós. Buenas tardes.

Escucharon el ruido de la puerta de entrada al cerrarse. Él se acercó a ella. Con las manos, le sujetó las mejillas y acercó los labios para volver a besarla en la boca. Ella le correspondió con la misma pasión Y cuando las manos de Laura, se deslizaron por su espalda. Edward adivinó que llegarían tan lejos como ella quisiera, porque él no pensaba interrumpirla.

—Pienso en ti a todas horas —susurró él mientras besaba su cuello.

Sin soltarla la condujo al dormitorio y ella le siguió dócilmente embriagada por la situación. La atrajo hacia sí para besarla de nuevo. Recorrió su boca, sintió su respiración agitada, luego los gemidos, los susurros... Con calma, Edward desabrochó uno por uno los botones de su blusa, para descubrir una piel clara y unos senos pequeños que se adivinaban bajo el sujetador. Posó sus labios sobre ellos cuando quedaron descubiertos, aspirando su fragancia. Le bajó el cierre del pantalón y se fueron desnudando mutuamente sin prisas. Quiso tocar su piel, recorrerla con sus labios, acariciarla con sus manos y su boca. Le dijo que era preciosa. Había soñado tanto e imaginando ese momento que se sintió temblar de amor y deseo. Observó como ella se ruborizaba varias veces, pero se le veía feliz. Estaba totalmente entregada.

Desnudos, mirándose, rozándose la piel, juntando sus lenguas sin prisa alguna se dejaron caer sobre la cama. Entre las sábanas se buscaron excitados, deleitándose en el placer de los sentidos, acariciándose ansiosamente, con las bocas unidas, lamiéndose, soltando suspiros, jadeos. Besándose palmo a palmo, fundiéndose piel con piel.

Laura pensó que ambos estaban destinados a amarse porque se acoplaban a la perfección, con una inmensa confianza, como si lo hubieran hecho toda la vida. Habían vivido cada sensación saboreando la dicha del mutuo placer. También fue como ella esperaba, apasionado, tierno, sin tapujos ni disfraces. Y era real, no una fantasía ni una ensoñación. Ahora al lado de Edward solo podía pensar que no se sentía culpable.

Se quedaron tumbados sobre la cama aún jadeantes, exhaustos... Ella lo miró y lo encontró enormemente favorecido. Despeinado y con una dulce sonrisa la contemplaba en un silencio denso. Recostó su cabeza en su hombro. Después él buscó su boca y volvió a besarla con un interminable beso. La estrechó contra él y renovado el deseo volvieron a hacer el amor, retozando, suspirando, disfrutando sin testigos, a solas, acoplando no solo sus cuerpos, también sus almas.

Poco después ella se vestía mientras él la miraba sonriendo. Le había parecido delicioso haberla visto temblando de excitación, cómo había cerrado los ojos y su cambio de expresión mientras disfrutaba de placer.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto con una mirada llena de inquietud—. Le preocupaba que estuviera arrepentida.

—No lo sé. Quiero decir que no pienso en nada. Debería sentirme culpable, supongo, pero no.

—¿Sabes? Cuando eras algo prohibido para mí soñaba con este momento y deseaba estar para siempre contigo.

—Ahora ya no soy algo prohibido, Edward. Siempre que tú quieras estar conmigo —contestó ella mirándolo con una sonrisa.

—No tienes ni qué dudarlo.

Ella miró el reloj.

—Tengo que irme. ¡Es tardísimo!

Se despidieron en el hall con un apasionado beso y él le dijo que nunca había sido tan feliz.

—Estás preciosa... —le dijo antes de cerrar la puerta.

Laura bajó la escalera con una sensación extraña que no sabía definir. No tenía ni idea de lo que iba a pasar. No sentía remordimientos ni se avergonzaba por lo que habían hecho. ¿Qué iba a suceder ahora? Y si todos se enteraban ¿Qué iban a opinar? Seguro que muchos la acusarían de que no había pasado aún suficiente tiempo. Y, Rebeca ¿Qué pensaría si llegara a descubrirlo? Tampoco le apetecía tener una relación clandestina, tener que ocultarse como si estuviera traicionando a Germán. No, no era infiel. Era una mujer viuda, que sentía la soledad en cada poro de su piel, y que deseaba ser amada y deseada. Solo tenía cuarenta y un años. No, no sentía remordimiento alguno. No tenía que dar explicaciones a nadie. Era lo suficiente adulta para dirigir su vida.

Al llegar a casa se encontró a su hija ensimismada con el móvil. Saludó sonriente con voz alegre, pero la chica ni levantó la vista para mirarla. Preparó la cena con entusiasmo hasta estuvo cantando en voz baja por la cocina. ¡Cuánto tiempo hacía que no cantaba, con lo que le gustaba!

Cenaron en el comedor mientras emitían las noticias. Ahora Rebeca siempre encendía la televisión cuando cenaban. Estaban acostumbradas a comer en el comedor porque Germán lo prefería a la cocina.

—¿Qué tal te ha ido en clase? —preguntó a Rebeca.

—Como siempre —respondió con indiferencia—. Sin novedades importantes. La profe de Lengua está enferma y hoy no ha venido a clase. Nos dejaron estar en el patio. Paulo llevó la guitarra y estuvo cantando. ¡Toca genial! —dijo con entusiasmo.

—Eso es estupendo ¿Qué tal con él?

—¿Qué quieres que te diga, mamá? Nos va bien y no tengo más que contarte sobre nosotros ¿Vale? —La miró fijamente y después volvió la cabeza hacia otro lado.

—Pues sí que estás habladora —comentó su madre sarcásticamente—. ¿Hay algo que te preocupe?

Ella negó con la cabeza, pero mentía. Quería hacerse un tatuaje y sabía que su madre los odiaba. Tenía que pedirle permiso aun sabiendo que diría que no. Se quedó observándola. La encontró muy favorecida esa noche, aun vestida con ropa barata: una camiseta negra y unos pantalones deportivos también negros. Pensó que estaba distinta, tenía una expresión alegre y se mostraba muy sonriente al contrario de otras veces. Decidida se hartó de valor. Lanzó un suspiro y le dijo que quería hacerse un tatuaje. Laura la miró asombrada.

—Ni hablar —respondió.

—¿Por qué no? Es un tatuaje pequeño. Paulo y yo queremos hacernos uno igual. Sería el símbolo del infinito, pero muy pequeño... casi ni se vería —dijo intentando camelarla—, de verdad, mamá. Será un símbolo que nos unirá siempre.

—No insistas. He dicho que no. Y además me parece una tontería ¿Crees que vas a estar con Paulo para siempre? Solo tenéis dieciséis años. La vida da muchas vueltas.

Rebeca la miró enfadada. Por supuesto que seguiría con Paulo toda la vida. Estaban enamorados y se habían confesado que ya no podían vivir el uno sin el otro.

—Pues puede que estemos juntos toda la vida ¿Por qué crees que no?

—Rebeca, puede que sí, pero es realmente difícil que una relación dure tantos años. Iréis a la Universidad. Puede que toméis caminos distintos... no es fácil. Todos tuvimos un primer amor adolescente que con el tiempo se esfumó. Ojalá te salga como quieres, no tengo nada en contra. Pero comprende que es complicado.

—Bueno, pues quiero hacerme el tatuaje igual. No sé por qué no me dejas. ¡Por favor, mamá! —

rogó.

—De ninguna manera. Me parece de lo más horrible y vulgar —continuó su madre—. No me gustan nada los tatuajes, ya lo sabes.

—Mamá, todo el mundo lo hace —protestó alzando la voz.

—¿No me digas? Si todo el mundo se tira por un puente. ¿También lo harías? Mira, cuando vivas por tu cuenta podrás hacer lo que quieras, pero por ahora no. ¿Queda claro?

Rebeca apartó el plato con brusquedad haciendo caer el vaso de agua y se levantó de la silla furiosa.

—¡Rebeca! —exclamó Laura—. ¡Coge una bayeta y limpia ese agua del mantel!

Pero la muchacha no le hizo el menor caso, dio media vuelta y se dirigió a la habitación. Laura soltó un bufido. Solo le faltaba ponerse a reñir con su hija por un dichoso tatuaje.

Después de limpiar ella misma el mantel y también serenarse de su enfado, fue a la habitación para intentar hacer razonar su hija. Estaba sentada en la cama escribiendo por el móvil.

No quería pelearse con ella. No deseaba que le estropeará el día. Así que le habló con calma y serenidad diciéndole de nuevo que cuando fuera mayor de edad podría hacerlo, pero de momento no lo veía apropiado.

—No te entiendo, mamá. Antes no eras así, ahora no me dejas hacer nada.

—Te estoy explicando... —dijo con voz calmada.

—No estás explicando nada. Lo único que haces es prohibírmelo todo.

—No seas injusta, Rebeca.

—Déjame, quiero acostarme. Estoy cansada —dijo como excusa para que su madre la dejara sola—. ¡Déjame sola!

Laura puso un gesto de desagrado, pero salió de la habitación cerrando enérgicamente la puerta. Rebeca le estaba explicando a Paulo que la habían prohibido hacerse el tatuaje. Él se sintió decepcionado, pero no quiso presionarla. Es más, le aseguró que podría ser que su madre llegara a cambiar de opinión. Pero Rebeca lo dudaba mucho. Se despidió del chico y se tumbó boca abajo tapándose la cara con la almohada. Detestó pensar en que su madre se oponía a todos sus deseos. Se había hecho autoritaria y no le pasaba ni una. Cuando su padre vivía no era así. Era él quien protestaba porque su madre le permitía muchas cosas con las que no estaba de acuerdo. Ahora su madre no era ni la mitad de permisiva que antes.

—¡Papá! —dijo en voz baja—. ¿Por qué no estás aquí?

Pensó en que podría hacerse el tatuaje sin su permiso. Solo le pedían el carné para comprobar que tuviera dieciséis años le había dicho Paulo. Además lo harían en un sitio de confianza con todas las medidas de seguridad e higiene exigidas. El chico que hacía los tatuajes era conocido de Paulo, e incluso iba a hacerles descuento por ser ellos.

Pero si se arriesgaba a desobedecer, su madre se pondría como una fiera y la castigaría sin salir con Paulo de por vida. Mejor que no, se dijo. Volvió a pensar en su padre. Lo echaba tanto de menos que sentía hasta dolor físico pensando en su ausencia. Abrió el cajón de la mesita y encontró una piedra rosada que guardaba desde el verano anterior. La había encontrado en la playa, y aseguró convencida de que le iba a dar suerte, por eso la conservaba. Le había dicho a su padre que sería como un amuleto. La apretó en el hueco de la mano y sintió ganas de llorar. No le había dado ninguna suerte, todo lo contrario. La soltó dejándola caer sobre la alfombra. Al día siguiente pensaba tirarla a la basura. No quería volver a verla nunca más.

Su madre recogió los platos de la cena malhumorada. Después se tumbó en el sofá mientras pensaba en su hija. Seguro que Paulo la había convencido porque nunca había dado muestras de

querer hacerse un tatuaje. Es más, siempre había opinado como ella, que eran horribles, sobre todos los que iban tan tatuados que apenas dejaban asomar ni un átomo de piel. Sonrió al pensar en las palabras de Rebeca sobre su enamoramiento del chico de sus sueños, y su idea casi inocente de que pasaría el resto de su vida con Paulo. Una quimera adolescente, se dijo. Conocía a tantas parejas que habían empezado en el instituto y que con el tiempo habían seguido caminos distintos que resultaba un sueño imposible. Si era verdad que alguna que otra había seguido a lo largo de los años, pero podría contarlas con los dedos de una mano. ¿Con quién acabaría Rebeca? A saber, puede que ni llegara a casarse e hiciera una vida independiente. Aunque siempre había afirmado que deseaba tener una familia y muchos hijos, no un hijo único como ella que echaba tanto de menos tener hermanos. Esperaba que fuera lo suficiente inteligente para escoger el hombre adecuado, claro que el amor era caprichoso, y la mayoría de las veces llegaba sin pensar cuando menos se esperaba.

¿Estaba siendo excesivamente complaciente con Rebeca, como siempre había afirmado Germán? Puede, pero por lo del tatuaje no iba a pasar. ¿Qué habría hecho él? Tampoco lo hubiera permitido porque estaba segura de que no le gustaban. No recordaba si había comentado algo al respecto, pero conociéndolo, no podría opinar otra cosa.

Antes de irse a la cama volvió a entrar en la habitación de su hija, pero esta vez, Rebeca dormía profundamente y había dejado la luz de la mesita encendida. La observó en la tenue oscuridad durante unos segundos y luego apagó la lamparilla para salir del cuarto preguntándose qué había cambiado desde la muerte de Germán. Si hubiera podido detener el tiempo en la noche del accidente lo hubiera hecho. Nunca tenía que haber pasado, pensó.

El móvil sonó justo cuando se disponía a leer un poco antes de dormir. Edward le preguntaba cómo estaba y le deseaba unos dulces sueños. Laura no respondió al wasap, prefirió llamarlo. Le apetecía oír su voz y de paso, contarle lo del capricho de su sobrina.

A él tampoco le gustaban los tatuajes y entendía que ella se negara a ceder. Tampoco era cuestión de dejar que Rebeca se saliera siempre con la suya. Al despedirse, él propuso comer juntos al día siguiente. Iría a buscarla a la sucursal a la salida del trabajo. Ella aceptó.

Edward se quedó pensando en Laura. Era una buena madre. Paciente, tranquila sentimental, intuitiva, sensible, pero también podía ser autoritaria siempre que se lo propusiera. Desde el nacimiento de su hija, Laura se había desvivido por ella. Él era muy consciente de que siempre había sido así.

El carácter de su sobrina era más fuerte y además estaba en la edad de la rebeldía total. Piscis y Aries: Agua y Fuego. Una combinación complicada había comentado Iris, en la última cena de Navidad en la que habían estado todos juntos. A la chica le apasionaban los temas esotéricos y se empeñó en leer la línea de la mano a los voluntarios que quisieran. Recordó las risas de todos cuando les pronosticaba su futuro inmediato. Germán no se prestó al juego. Le parecía una tontería, pero Rebeca, la más entusiasmada, aceptó a la primera. Decir que se iba enamorar pronto era algo fácil de deducir, concluyó su padre al escucharlo. Todo lo que dijo a los demás parecía carecer de sentido y no hicieron mucho caso. A él se le quedó grabado cuando le comentó en voz baja, que todavía no había encontrado el amor de su vida, aunque lo tenía muy cerca, pero no le pertenecía.

Como los demás ya no estaban atendiendo a la chica, porque estaban pendientes de que empezaran las campanadas, nadie se enteró. Recordaba cómo Iris había fijado la mirada en Laura al decirlo. Él prefirió no darse por enterado. Sonrió y gastó una broma a la joven diciendo que los amores iban y venían sin más. Ahora al recordarlo, sonrió. Parecía haberle leído el pensamiento. El amor de su vida era Laura, no podía ser otra. Los dos formaban una combinación más que

perfecta. Se durmió pensando en ella. Aún podía recordar sus suspiros, el sabor de su piel y de sus labios, su risa contagiosa... Ella era su felicidad y no estaba dispuesto a dejarla marchar.

Laura en cambio tardó en dormirse reflexionando sobre la nueva vida que se abría ante sí al lado de su cuñado. Prefirió pensar en la parte positiva que en los posibles problemas que podría acarrearle. Con Edward había vuelto a sentir cosas que ni recordaba y de lo único de lo que estaba segura era de que aunque había querido mucho a Germán y nunca podría olvidarlo, deseaba mirar al futuro despojándose del pasado. No iba a ser fácil, pero solo dependía de ella tener la libertad para escoger su vida.

Se quedó dándole vueltas a lo sucedido. Estaba segura de que la conversación con Flavia había sido el detonante que la había llevado a la necesidad de ver a Edward ese mismo día. El hecho de que la mujer dijera con tanto énfasis que en el fondo deseaba volver con él, la descolocó, quizá porque no se lo imaginaba y por otro lado temió que si eso sucedía, lo perdería para siempre. Y sí, tenía que ser consciente de que lo que significaría para ella no tenerlo cerca. Meditó mucho sobre si ir a verlo y al final se decidió porque quería y necesitaba estar con él. Y sí, tal vez se dejaría besar si él lo intentaba. Necesitaba volver a sentir, volver a saborear unos besos, una piel... Fue fácil dejarse llevar y ceder a los encantos de Edward. Más de una vez había despertado sofocada, excitada después de haber soñado con él, porque su cuerpo le reclamaba esa parte de la existencia que había dejado aparcada desde la muerte de Germán, quizás mucho antes, ya que ni era capaz de recordar cuando habían tenido sexo por última vez. Deseaba a Edward más de lo que podía pensar, por eso al verlo en su despacho, recibéndola con aquella sonrisa y aquel gesto de alegría, solo pudo pensar en lo mucho que deseaba tocarlo, besar sus labios y dejarse llevar por lo que sentía. En ese momento no le importó otra cosa, se olvidó de Rebeca, de la familia, de todos los obstáculos que se interponían en su relación. En ese momento solo estaba Edward, y nadie más.

21

La relación con Edward era un secreto que nadie conocía, excepto Teresa, que ya había sospechado algo. Él la fue a buscar a la hora de salida del trabajo para ir a comer con ella, y todos sus compañeros los habían visto. Después del primer encuentro, tardó unos días en confesárselo a su amiga. La tarde que salieron de compras, Teresa le preguntó directamente y ella no quiso mentirle. Le contó todo lo sucedido dejando a su amiga boquiabierta.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? —protestó bromeando.

—Sinceramente, me daba vergüenza.

Teresa soltó una carcajada.

—No seas tonta, Laura. ¿Vergüenza por qué? Eres una mujer de cuarenta y un años, no tienes dieciséis como tu hija. ¡Qué envidia me das! —exclamó bromeando—. Por cierto, ¿Has visto que vestido más mono? —preguntó mirando el maniquí de la tienda.

—Tan bien el precio es monísimo. Es prohibitivo —aclaró Laura señalando el precio que indicaba en el etiqueta.

—¡Pues sí, prohibitivo! ¿Cuándo vas a volver a verlo? —preguntó su amiga con curiosidad—. A Edward, quiero decir.

—Supongo que el fin de semana. Pero es el cumpleaños de Adela e iremos a cenar fuera para celebrarlo. Estará también Rebeca, así que solo nos limitaremos a ser unos cuñados que se llevan bien.

—Y ¿Cómo puedes soportarlo? Tenerlo al lado y tener que reprimir las ganas de besarlo... uff... yo no podría...

Laura soltó una risita.

—Claro que podrías. Solo con ver a mi hija delante se me quitan las ganas, y mucho más ver a mi suegra. También han invitado a mis padres. Menos Mateo e Iris, estaremos todos reunidos —dijo mientras se paraba a ver unos pendientes—. Mmmm... ¡Me encantan! Y no están mal de precio.

Teresa se acercó a mirarlos. Laura decidió probárselos. Eran unos aros de plata con circonitas. Le encantaron. Se vio favorecida.

—Estás arrebatadora —dijo su amiga observándola.

—No se hable más. Me los llevó —dijo sonriendo.

—Me gusta verte así, Laura —comentó Teresa.

—¿Así cómo? —preguntó mientras sacaba la cartera para pagar la compra.

—Vuelves a ser tú. Vuelves a ser Laura Galán. ¡Ya era hora!

Los pendientes fueron un éxito, a Rebeca y a su madre le parecieron una preciosidad. También el vestido que estrenaba esa noche gustó, sobre todo a Edward que tuvo que hacer un gran esfuerzo para que los ojos no se fueran a su escote.

Lo pasaron bien. Rebeca se divirtió y Laura se alegró de ver que no había mencionado más lo del tatuaje. Cenaron en un restaurante italiano porque Adela quiso darle el gusto a su nieta permitiendo que la jovencita eligiera el sitio.

La chica observó a sus dos abuelas. Podrían pasar por hermanas porque juraría que hasta tenían algo de parecido, aunque Adela era varios años más mayor que Leonor. Ambas llevaba el pelo teñido, pero mientras los ojos de Adela eran castaños, los de su abuela materna eran claros. Miró a Edward. Siempre había oído desde niña que era un hombre muy guapo, ella consideraba que su padre lo era mucho más. Solo que su tío era muy alto y tenía los ojos azules. Leonor hablaba tanto que luego siempre se preguntaba por qué Laura era tan callada a su lado. Le hizo gracia la respuesta del abuelo, cuando por millonésima la mujer lo comentó.

—Leonor ¿Cómo quieres que hable tu hija si tú no dejas hablar a nadie?

Todos se rieron con gana menos la abuela, a la que no le gustó nada el comentario de su marido.

—Y tú, Pelayo. Todo lo sabes... —contestó molesta.

Los encuentros entre Laura y Edward aparte de culinarios eran también sexuales. Cuando disponían de tiempo, se encerraban en el apartamento de Edward. Hacer el amor con él era muy distinto. La seguridad de que nadie iba a interrumpirles o escucharles les daba mucha confianza para tomarse el tiempo que fuera necesario. Los jugueteos, los roces, los besos apasionados, el coqueteo, la picardía, las palabras, eran el preámbulo para despertar los sentidos de ambos hasta extremos que ni ellos conocían. A ella le encantaba quitarle la camisa despacio, mirándolo a los ojos, rozándolo, tocándolo, haciendo que él la deseara con ansia desde el segundo que desabrochaba el primero de los botones.

—Me encantas —decía ella entre risitas nerviosas susurrándole al oído que no dejara de besarla. Algo que él complacía enseguida.

No recordaba los besos de Germán; con el paso de los años, él había dejado de besarla con esa pasión del principio y ella había echado de menos esos detalles tan sensuales con las que Edward la obsequiaban. Lo cierto que prefería no compararlos. Después de tantos años con su marido, las relaciones sexuales no eran ni parecidas al principio, aparte de que en los últimos tiempos habían sido tan espaciadas que ni estaba segura de que las hubiera habido. Durante esa etapa en la que su matrimonio parecía tambalearse, tuvo la sensación de que Germán parecía sentirse obligado a acostarse con ella por cumplir de vez en cuando, pero era consciente de que no la deseaba de la misma forma que tiempo atrás.

Ahora prefería no pensar en ello. Solo tenía la imagen de Edward en su mente. Lo veía cuando cerraba los ojos y recordaba esos momentos de entrega absoluta entre ambos. Aquello era sexo de verdad. No importaba lo que fuera a ocurrir ni cómo acabase su idilio, pero eso ya nadie podría quitárselo.

22

El tercer sábado de abril, Rebeca tuvo una excursión con el colegio y estaría todo casi todo el día fuera de casa. Laura no dudó en llamar a Edward para invitarlo a cenar en casa los dos solos, pues sabía que su hija no llegaría hasta las doce de la noche o más, según había planeado el colegio. Ella pensaba en ir a recogerla al autobús cuando esta le avisara poco antes de la hora justa de su llegada.

Por la mañana pensó que disfrutaría de su soledad, saldría a pasear, se haría algo ligero para comer, vería las noticias, y leería con calma el periódico. Y aunque Leonor insistió varias veces en que fuera a comer con ella y su padre, Laura se negó, alegando que tenía multitud de cosas que hacer.

—Está bien. Pero ¿no puedes dejarlo para otro día y venir a pasar un par de horas con tu padre y conmigo? No te vamos a quitar mucho tiempo.

—No, mamá. No insistas. Otro día —dijo mientras se quitaba un pendiente.

—Bueno, pues haz lo que quieras. Últimamente te vemos muy poco, Laura.

—Estoy muy ocupada. Tengo mucho trabajo... —se excusó—. Además quiero hacer cambios en casa. Estoy mirando muebles y tiendas de decoración.

—Y mañana ¿tampoco vas a venir?

—No sé, mamá. Ya te llamaré, depende de Rebeca. Supongo que tendrá que estudiar. Está con exámenes. ¿Cómo va papá con la gripe?

—Mucho mejor, pero es preferible que no salga aún.

—Sí, no vaya a ser que recaiga.

—Está bien. Avísame si vienes o no.

—Sí, no te preocupes —contestó recostándose sobre la mesa de la cocina.

Salió a tomar un aperitivo con Teresa y le contó los planes que tenía con Edward.

—Espero que lo seduzcas antes de cenar. Ponte algo que sea fácil de quitar.

Laura se rio.

—En principio es solo una cena.

—Tú lo has dicho, en principio... ya sabes el postre es equivalente a sexo. Espero que el lunes me lo cuentes.

Laura movió la cabeza de un lado a otro.

—Siempre estás igual, Teresa.

—Ya sabes cómo son los hombres. No se resistirá a la cena, pero tampoco a tus encantos —afirmó convencida.

Después de volver del paseo y de tomar el aperitivo, en un día despejado y algo caluroso con temperaturas no propias del mes de abril, entró a comprar algo de fruta en la tienda de Cloti.

Esta la notó más alegre que de costumbre, incluso más habladora ya que en ese momento estaban las dos solas, y aparte de hablar del tiempo, comentaron recetas de cocina. Cloti le dijo que había visto pasar a Rebeca muy temprano. Laura le aclaró que iba de excursión con el colegio.

—Pues disfruta del día —dijo Cloti cuando Laura salía por la puerta.

—Igualmente. Buen fin de semana —contestó con una sonrisa.

Sobre las seis de la tarde se sirvió una copa de vino que dejó en el borde de la bañera mientras se bañaba. Había estado cocinando ya que pensaba sorprender a Edward con una excelente cena. Le llegaron a la memoria imágenes de su cuñado y ella en plena placidez sexual y sonrió. Se relajó y estuvo bastante tiempo en el agua hasta que empezó a sentir frío. Luego se puso una blusa blanca y unos vaqueros claros.

Edward llegó poco después. La encontró preciosa, y le encantó que lo recibiera con esa sonrisa tan fascinadora y esa mirada tan sugerente. Se besaron con el cariño y la dulzura de siempre. Había momentos en que se sentían increíblemente cerca el uno del otro, y ese era uno de ellos. En principio su cita era para una cena, no para un encuentro sexual, aunque no dudaban de que una cosa llevara a la otra.

—Me muero por besarte —dijo él.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello. Él le acarició con un dedo el escote de la blusa. La besó jugueteando con la lengua dentro de su boca, haciéndola gemir. Sus besos fueron intensos. Tembló cuando él la atrajo hacia así haciéndole sentir su excitación. Una sensación deliciosa recorrió el cuerpo de Laura. Sus lenguas se juntaron una vez más. Ella empezó por desabrocharle los botones de la camisa para luego deslizarla por los hombros.

Hicieron el amor con calma. Después quedó tendida con la cabeza en el pecho de Edward, mientras él acariciaba su cabello. El silencio era casi espeso, sin palabras.

—Siempre te he amado, Laura —dijo él de pronto—. Luché contra mis sentimientos y te busqué en cada mujer de la que creí enamorarme. Por eso nunca funcionaron mis relaciones. Y ahora, no puedo imaginar mi vida sin ti.

Le respondió con una sonrisita.

»Me gustaría saber qué piensas de nosotros.

—Te confieso que no puede dejar de pensar en ti. No sé explicártelo, yo amaba a tu hermano, pero ahora es como si el formara parte de un pasado muy lejano... Tú has entrado en mi vida de pronto y has derrumbado todos los cimientos. No sé si esto es una locura ni qué va a salir de esta relación. Pero me siento feliz contigo.

Él se sintió halagado con sus palabras. Se inclinó sobre ella haciéndola girar y mordisqueó su oreja para luego besar suavemente su cuello. Ella soltó un suspiro, cuando sintió la lengua de Edward recorriendo de nuevo su piel.

Hablaban entre susurros y risas. Laura se levantó y salió desnuda para buscar un albornoz que había dejado en el baño del pasillo. Sintió el ruido de una puerta al cerrarse y unas pisadas que iban hacia ella. Se giró para volver a entrar en la habitación, pero se encontró cara a cara con su hija que la miró sorprendida.

—¿Mamá?

Laura entró en el cuarto a toda prisa, y sujetó el manillar de la puerta para impedir que su hija abriera.

—Ahora salgo, no entres, por favor.

—¿Por qué, mamá? ¿Qué pasa?

Edward consciente de que habían sido descubiertos por su sobrina, se metió con sigilo en el baño del dormitorio con la ropa en la mano para vestirse y le pasó a ella el pantalón y la camiseta. Laura se vistió apresurada tras la puerta, ni siquiera se puso la ropa interior. No sabía cómo iba a afrontar la situación. Estaba nerviosísima pensando en que su hija estaba al otro lado esperando una respuesta. Por fin, se llenó de valor y abrió.

Rebeca estaba con la cara desencajada y aturdida. Su mirada reflejaba inquietud. Su madre

habló primero.

—¿Te encuentras mal? ¿Cómo habéis llegado tan pronto? —dijo mirándose la muñeca para ver la hora, sin darse cuenta de que no llevaba puesto el reloj. Le temblaba la voz. Su hija percibió su nerviosismo.

—Estaba lloviendo a mares y decidieron volver... —respondió Rebeca mirándola de arriba abajo con gesto huraño—. Nos estábamos empapando y para estar metidos en un bar, los profes decidieron que era mejor dar la vuelta.

—Ven, vayamos al salón —dijo Laura tendiéndole la mano que la chiquilla esquivó con furia.

—¿Con quién estas? —preguntó casi sin voz, mirándola fijamente sin pestañear.

No le salían las palabras. La realidad es que no podía mentir ni buscar excusas. Edward no iba a desaparecer por arte de magia, ni habría otra puerta por la que pudiera escabullirse. No era una película para que pudiera salir por la ventana de un séptimo piso.

—¿Es ese tío del banco? —volvió a preguntar Rebeca inquieta.

Tomó aire antes de responder y tragó saliva.

—Es Edward.

La chica dio pasos hacia atrás con expresión de verdadero asombro y la boca abierta. Salió corriendo por el pasillo y su madre la siguió. Se metió en la habitación y le cerró la puerta en la cara. Esta vez fue su hija la que gritó varias veces que no entrara y aunque Laura intentó abrir. Adivinó que Rebeca estaba detrás haciendo fuerza para impedirselo.

Volvió a su habitación con el rostro desencajado y le pidió a Edward que se fuera.

—¿Quieres que hable con ella? —preguntó en un susurro.

Ella negó con la cabeza.

—Es mejor que sea yo quien le explique lo que pasa, Edward.

No sabía cómo iba a solucionarlo. Se le había quedado grabada la expresión de su hija al confesar que era su tío quien estaba en la habitación. El insistió, pero ella negó con la cabeza.

—Vete, Edward. Yo soy quien tiene que solucionarlo.

Espero unos minutos para serenarse y decidida fue hasta la habitación. La encontró sentada en el suelo, acurrucada con las rodillas dobladas abrazándolas. Ni siquiera se había quitado la cazadora, ni las botas. Se puso de pie en cuanto la vio.

—¿Cuánto tiempo hace que estás con él? —preguntó con tono seco.

—Pensaba contártelo, Rebeca. Siento que lo hayas descubierto de esta manera. Quería decírtelo, decírselo a todos, pero todavía no...

Su hija la interrumpió.

—¿Te acostabas con él cuando estaba papá?

—No, claro que no. ¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes pensar eso? Yo quería a tu padre. Nunca le engañé ni con Edward ni con nadie.

—¡Ja!.. ¿Y quieres que me lo crea?

—Escúchame, cariño. Te lo puedo explicar. Edward me ha querido toda la vida. Estaba enamorado de mí desde hace muchos años, pero nunca se interpuso entre tu padre y yo. Jamás. Yo no lo sabía... de verdad. Todo ha surgido después...

—¡Por eso estás feliz de que papá se haya muerto! —exclamó temblando de ira.

—¡No, por Dios! No digas eso. Sabes que no es verdad —dijo suplicante.

—¡No sabes cómo te odio! —gritó Rebeca con todas sus fuerzas.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su expresión mostraba más que rencor. Se sentía asqueada mirando a su madre que seguía temblando y alargaba su mano para intentar tocarla mientras ella la esquivaba una y otra vez. Atravesó la habitación saltando por encima de la cama y salió disparada

por el pasillo hasta la puerta de salida que cerró con brusquedad.

No pudo alcanzarla. Escuchó sus pasos bajando la escalera. Tampoco quería llamarla a gritos para que todos los vecinos salieran a ver qué pasaba.

Corrió hacia la terraza para ver hacia dónde se dirigía. Llovía bastante y aunque oscurecía más tarde que en el invierno, no consiguió verla. Volvió para adentro y miró la hora en el reloj del salón. Eran casi las nueve.

Fue a la habitación. Vio la cama revuelta y se cubrió el rostro con las manos sollozando. ¿Cómo había podido suceder? Estaba tan segura de que Rebeca no volvería hasta tres horas más tarde, en ningún momento se imaginó que iba a regresar tan pronto.

Deambuló por la casa nerviosa. No era capaz de serenarse y estarse quieta. ¿A dónde habría ido Rebeca? ¿A casa de una amiga? ¿A la de los abuelos? ¿A la de Paulo? Esperaba que no tardara mucho. Seguro que recapacitaría y volvería más sosegada y tranquila. Intentó llamarla al móvil y le envió varios wasaps. Pudo comprobar que ni se molestó en leerlos y por supuesto no descolgó en ningún momento. Decidió tranquilizarse y esperar.

Edward no tardó en llamar al teléfono fijo. Ella le explicó lo sucedido entre sollozos.

—Debería estar ahí contigo y afrontar juntos esta situación.

—No, no... es mejor que cuando vuelva no te encuentre aquí. Sería mucho peor.

—De todos modos si me necesitas... Y no te preocupes, lo más seguro es que haya ido a casa de alguna amiga o a la de su novio.

—Sí, sí... supongo que será así.

Después de que colgara, Laura se sintió culpable. Podrían haberse visto en el apartamento de Edward como otras veces. No llevaban ni un mes viéndose, y ya había surgido el primer problema. Solo iba a ser una cena...

Y no, no se trataba solo de sexo. Habían comido juntos casi todos los días, habían disfrutado de charlas y conversaciones. Durante los pocos fines de semana habían salido a tomar una copa, a cenar. Rebeca en ningún momento sospechó nada ya que delante de ella se mostraban como siempre, como dos cuñados que se llevaban bien. No sabía que tenía Edward pero se sentía muy bien con él. Era como si Edward siempre hubiera estado ahí para ella. Como si el destino hubiera querido unirles desde el principio. Hasta se preguntó si alguna vez habría sentido algo por su cuñado, incluso durante su matrimonio con Germán. Reconocía que le encantaba verlo, que físicamente estaba estupendo y que era encantador, pero si sintió atracción hacia él en algún momento, el subconsciente había sabido disfrazar ese sentimiento por amor familiar, pero ahora todo había cambiado. ¿Hasta qué punto no habría sido la soledad o la tristeza la que le había lanzado a sus brazos? Había sido muy vulnerable por las circunstancias, eso tenía que reconocerlo, pero era muy fácil enamorarse de Edward. Quizás demasiado.

Lo que más amaba en el mundo era a su hija. Por encima de todo, estaba Rebeca y no iba a permitir que nada las separara. Como le decía su amiga Teresa, su hija haría su vida sin contar con ella, pero hasta que ese día llegara no deseaba que su relación de madre e hija se deteriora por nada. Solo la idea de perderla le desesperaba.

Miraba el reloj cada cinco minutos y empezó a angustiarse al ver que el tiempo pasaba y que la chiquilla no volvía. Insistió con el móvil pero no hubo manera. No respondió a las llamadas. Tuvo la intuición de que iba a ser una noche larga y que las cosas no se iban a solucionar fácilmente. Se dejó caer en el sofá con desesperación y empezó a llorar. Solo deseaba tener a su hija en casa. No anhelaba otra cosa que tenerla a su lado. ¿Dónde estaría? Poco después se acercó a la ventana abatida. Contempló la calle desierta, la lluvia incesante, la luz de las farolas. Quería despertar de esa pesadilla, pensar que no era de verdad y que todo se lo estaba imaginando.

Su nerviosismo fue aumentando mientras recorría el pasillo de un lado a otro. El miedo por su hija y al mismo tiempo el enfado que sentía hacia ella misma, la recorría por dentro en cada paso que daba.

Finalmente entró en la cocina dispuesta a hacerse una tila para calmarse un poco. Luego se sentó en una silla para tomarse la infusión. Se inclinó sobre la mesa sollozando y tuvo que apartar el pelo de los ojos. Ni siquiera había cenado, pero no tenía apetito alguno. Toda la cena estaba intacta. Decidió meter todo en la nevera. Otra vez mirando el reloj, otra vez marcando en el móvil. Nada. ¡Cuánto daño había causado a su hija para que se fuera de ese modo!

23

Rebeca caminó sin rumbo sin saber muy bien a dónde dirigirse. Pensar en lo sucedido le daba asco. Recordó a su padre junto a Edward en las últimas Navidades, junto a su madre y Flavia. ¡Cómo se reían y charlaban juntos! Y su madre con Edward había traicionado a su padre. ¡No eran capaces de honrar su memoria! ¡A saber desde cuando estaban acostándose. Seguro que todos lo sabían menos ella.

Se decidió a ir a casa de Paulo. La madre del chico abrió la puerta. Ella preguntó por él, que salió enseguida a recibirla. Estaba empapada.

—¿Pue... Puedes salir a dar una vuelta?

La madre de Paulo la invitó a pasar y le aseguró que iba a coger una pulmonía así como iba. Rebeca no la recordaba, aunque sí habían coincidido en festivales del colegio cuando estaban en primaria. Era más o menos de la edad de su madre. Y Paulo, como ella, hijo único.

—Te daré una toalla para que te seques.

Rebeca la observó, no se parecía nada a Paulo. Tenía la cara redonda y estaba muy seria. Alta y de oronda figura con pechos grandes. El pelo corto rojizo, con mechas y ojos claros escondidos tras unas gafas doradas.

—No se preocupe, estoy bien.

Pero la mujer insistió. Paulo la miraba intrigado y la llevó a su habitación donde se secó como pudo el pelo y se quitó la cazadora que colocó en una silla.

—¿Qué pasa? —preguntó Paulo después de su madre cerrara la puerta y los dejara solos. Le había ofrecido un café caliente, leche con cacao. Rebeca le dio las gracias pero aseguró que no deseaba tomar nada.

—Volvimos demasiado pronto de la excursión...

Él la miraba sin entender nada.

—Pensé que no había nadie. Que mi madre había salido. Pero no... —se calló avergonzada por lo que quería decirle.

Lo miró unos segundos que a él se le hicieron eternos.

—¿No, qué...? No te entiendo. ¿Qué pasa?

—Cuando llegue a casa...

Le explicó lo que había ocurrido dejando al chico sin palabras.

—Joder, ¡Vaya palo!

—Gracioso ¿verdad? —Le entraron ganas de llorar pero hizo un esfuerzo por contenerse—. Pues parece ser que mi tío la ha querido siempre, incluso cuando vivía mi padre.

—¿En serio? ¿Estaban juntos cuando vivía tu padre? —preguntó Paulo atónito.

—Ella dice que no, pero yo ya no me creo nada.

Él chico se quedó pensativo mirándola.

—¿Y él qué te dijo?

Ella negó con la cabeza.

—No llegué a verlo. Se fue antes que yo.

—¡Qué putada! —exclamó el muchacho—. Es horrible. Con tu tío...

—¡Cómo han podido hacer algo así! —exclamó Rebeca.

Paulo la abrazó con cariño tratando de consolarla.

—Debes de sentirte fatal —dijo él.

Ella parpadeó y lo miró.

—Seguro que si hubiera sido al revés, mi padre no se hubiera liado con otra mujer en tan poco tiempo, y menos con la hermana de mi madre, si la tuviera... ¿Sabes?, yo confiaba en mi tío. Lo quería mucho, pero ahora... —aseguró con decepción—. Es que no quiero ni verla. ¡Me da asco! —exclamó compungida—. Solo puedo pensar en mi padre.

Él la mantuvo abrazada un largo rato hasta que ella se calmó.

—¿Quieres quedarte aquí? Hay otra habitación libre.

—Debería volver a casa pero... No me apetece vera mi madre ahora, Paulo.

—Pues quédate.

—¿Tu madre no dirá nada?

—Descuida. Ya se lo digo yo. Inventaremos algo, pero no que te has ido de casa.

La madre de Paulo cedió aunque no estaba muy convencida de la situación. Su hijo le explicó que Laura había ido a pasar la noche al hospital a cuidar a su padre y que Rebeca no deseaba quedarse sola porque tenía miedo.

—¿Y no tiene nadie con quién ir? —preguntó extrañada—. ¿Y tu madre sabe que estás aquí? —añadió mirando a la chica.

—Sí, claro, mamá. Deja que se quede, por favor. Solo esta noche.

El padre de Paulo que era piloto, estaba de viaje y no volvería hasta días después. Era un alivio, porque seguro que habría puesto más inconvenientes a que Rebeca pasara la noche en su casa. Sofía no estaba convencida de que le estuvieran diciendo la verdad, pero cedió ante los deseos de los chicos.

—¿Has cenado? —preguntó la mujer.

Ella negó con la cabeza. En realidad estaba muerta de hambre. Cenaron croquetas, filete y patatas fritas. Luego de postre un yogur de chocolate. Se sintió más tranquila y no quiso pensar en nada. Había desconectado el teléfono con el fin de que si su madre la llamaba, no pudiera responder.

Estuvo en la habitación de Paulo viendo una película en el ordenador hasta la una de la madrugada. No pasaron de besarse de vez en cuando porque ella no tenía ánimos para otra cosa. No se habían acostado aún. Se limitaban acariciarse, besarse, y poco más. No sentían la necesidad de momento de continuar. Los dos eran vírgenes y en cierto modo, les daba miedo avanzar demasiado. No porque no se desearan, pero ambos eran conscientes de que no había ninguna prisa y de que ese tipo de cosas no se debían de forzar, simplemente surgirían en el momento adecuado.

Se fue a dormir agotada porque hasta le dolía la cabeza. Paulo aseguró que sería por la tensión vivida horas antes. Y aunque soñó con su madre y despertó varias veces durante la noche, se le revolvía el estómago solo de pensarlo: Su madre haciendo el amor con Edward. No quería imaginárselo. Los dos desnudos sobre la cama donde su madre había dormido durante tantos años con su padre. ¿Cómo podía? Se sentía traicionada por dos motivos, por su padre y porque su madre se lo hubiera ocultado.

Pensó también que si su madre estaba sufriendo por ella, pero no le importó, se lo merecía. Deshecha por el rencor solo deseaba herirla. Se acordó con lágrimas en los ojos, de su padre, de sus risas de tantas cosas que ya nunca volvería a sentir. Era una tracción. Confiaba en ellos, cómo

podían haberse comportado así. Su tío Edward al que quería tanto porque siempre había estado muy unida a él, mucho más que a Mateo, y su madre que le había mentido al decirle que nadie ocuparía el lugar de su padre.

Si hubiera tenido el valor de decírselo al menos, o preguntarle qué opinaba de una posible relación con Edward. ¿Cómo podía decir que él la amaba desde hace años? ¡Era ridículo! Seguro que era una excusa para justificarse. Eran unos falsos y unos mentirosos. ¿Qué pensaría su padre si los pudiera ver? Seguro que no lo aprobaba, que se sentiría tan traicionado como ella. Por su propio hermano... ¡Qué asco sentía! Ojalá no hubiera llovido tanto esa tarde. Maldita excursión, si no hubiera ido no los habría descubierto. Pero por otro lado, mejor así. Ya sabía lo que había entre ellos, un rollo de cama y estarían juntos a saber desde cuándo. Seguro que antes de que su padre falleciera ya tenían un lío y le habría puesto los cuernos. Ahora buscaría pretextos para tratar de convencerla, lo sabía, pero no pensaba escucharla ni creerla, ya no podía confiar en ella porque era una mentirosa, igual que Edward. En ese momento, los odiaba.

24

Mientras tanto, Laura estaba casi histérica viendo que pasaban las horas y no había ni rastro de Rebeca. No había sido capaz de cenar nada porque la intranquilidad le daba náuseas. Edward llamó varias veces. Se quedó preocupado y se ofreció a ir a hacer compañía hasta que regresara. Laura repitió que era mejor que no se encontrara allí cuando la chiquilla volviera.

—Está bien. No dejes de avisarme cuando vuelva.

—Lo haré.

A quien si llamó fue a su madre con la esperanza de que Rebeca se hubiera refugiado en casa de los abuelos. Como era de suponer la abuela se inquietó mucho al escuchar la voz angustiada de su hija.

—¿Qué pasa, Laura? ¿No estaba de excursión? ¿No ha llegado todavía?

—Ha pasado algo, mamá. Discutimos y se fue. No ha vuelto aún. Estoy muy preocupada —dijo mientras sus dedos temblaban, lo mismo que su voz.

—¿Has llamado a sus amigas?—preguntó nerviosa.

—De las que tengo el teléfono, sí. Pero no saben nada de ella.

—¿Quieres que vaya?

—Estoy deshecha, mamá. Muy disgustada. Aunque espero que aparezca en cualquier momento... —dijo dudándolo.

—¿El chico ese con el que sale? ¡Seguro que está con él! —exclamó.

—No tengo su número ni se dónde vive. He estado buscando por su habitación a ver si lo tenía anotado en algún sitio, pero nada. Y ha apagado el móvil. No atiende a mis llamadas.

—Voy para allá. Tu padre está dormido. Los medicamentos de la gripe le hacen que coja el sueño enseguida. No quiero alarmarle. Le diré que te encuentras mal, y que voy a pasar la noche allí.

—Como quieras, mamá —dijo con desgana.

No sabía si deseaba que Leonor la acompañara en su angustia, por una parte sí, pero por otra no le apetecía darle explicaciones sobre lo ocurrido. Sin duda le preguntaría el motivo de la discusión y no podría inventar nada porque tarde o temprano todo saldría a la luz. La misma Rebeca se lo diría a su abuela, seguro que con odio y resentimiento hacia ella y Edward. Tendría que afrontarlo y decir la verdad. No había otro remedio.

No dejó de dar vueltas de un lado a otro de la casa esperando que la puerta se abriera. Hasta se acordó de Dios y pidió con toda su alma que estuviera bien, que llegara cuanto antes. Por favor, Dios mío, por favor. ¿Por qué no viene? ¿Dónde está? Tenía la intuición de que estaba con Paulo, pero deseaba que alguien confirmara su sospecha.

Se tomó otra tila para tranquilizarse. Miraba el reloj cada poco. Cuando sintió el timbre de la puerta fue corriendo esperanzada de que fuera su hija pero no, era su madre que había llegado en taxi. Laura movió la cabeza de un lado a otro para indicarle que aún no había vuelto. Tenía el pelo húmedo porque se había dado una ducha para intentar relajarse un poco ya que se sentía muy tensa.

—¿Qué ha pasado, Laura? Rebeca no habría hecho esto porque sí. ¿Por qué habéis discutido? ¿Has sido por el tatuaje? —preguntó al tiempo que se quitaba la gabardina.

—No, no...

Leonor se dirigió al cuarto de su nieta como para cerciorarse de que no estaba allí. Laura la siguió pasmada. ¿Acaso no la creía?

—Esta habitación está hecha un desastre. ¡Qué desorden! —protestó.

Era cierto, cuando Rebeca había entrado en el cuarto después de saber que era Edward el que estaba con su madre, de pura rabia tiró todo lo que había en la mesa al suelo, y se había desperdigado por la alfombra el bote de lápices y bolígrafos, las libretas, los libros y hasta los CDs del ordenador. Lo único que había dejado a salvo era el portátil. Laura había recogido parte, pero fue cuando llamó Edward y no volvió a entrar para seguir ordenando las cosas.

—¿Qué importa eso ahora, mamá? ¿Crees que me importa? —preguntó alterada.

—Estoy segura de que Rebeca está en casa de ese novio suyo. Y eso me tranquiliza. Me daría miedo que estuviera por la calle, pero no es el caso. La verdad es que sigo pensando que es muy joven para tener novio, ya te lo dije.

—Vamos, mamá. ¿A qué viene eso ahora? Lo que quiero saber es dónde está. No preocuparme de si sale o no con un chico. No me quieras poner más nerviosa de lo que estoy. Por favor, ¡Si has venido a hacerme reproches, no es el momento! —gritó enfadada cerrando los ojos con fuerza.

Le ofreció una tila ya que Leonor también estaba nerviosa

—Prefiero café, si tienes.

—Lo hago en un momento, no te preocupes.

—Tengo la seguridad de que está con ese muchacho —aseguró la abuela ignorando lo que su hija acababa de decir—. Solo tienes que averiguar dónde vive e ir a buscarla.

—Llamaré a Bea a ver si puede informarme, porque otra cosa no puedo hacer.

Llamó a casa de los padres de Bea. Se disculpó por la hora, pero explicó angustiada que no sabía nada de Rebeca. Bea se puso al teléfono y le dio el número de Paulo, pero le aclaró que no sabía dónde vivía exactamente. Solo que era en la zona residencial del parque Fluvial, cerca del club deportivo.

—Gracias, Bea. Si te llama, o sabes algo de ella, me avisas, por favor.

Nerviosa marcó el número del chico, pero fue inútil porque lo tenía apagado aunque le salió el contestador automático y se decidió a dejar un mensaje.

«Hola, Paulo. Soy la madre de Rebeca. No ha vuelto a casa. No sé dónde está. Si está contigo o sabes algo de ella, por favor llámame. Estoy muy preocupada».

Le había dejado el número de su móvil, el de casa y hasta el de la abuela.

Ya sentadas en el salón con una taza de café, Leonor le pidió que le dijera exactamente lo que había ocurrido.

—¿Quieres explicarme por qué has discutido con tu hija? ¿Tan grave ha sido? —preguntó inquieta.

Explicárselo no le resultaba nada fácil. No sabía ni cómo decírselo.

—Vamos, ¿qué ha pasado? ¿Por qué habéis reñido? —preguntó mientras se quitaba las gafas para luego limpiar los cristales con un clínex que había sacado del bolsillo de la chaqueta.

—Discutimos por Edward —dijo mirando al suelo mientras se dejaba caer en el sillón frente a su madre que volvía a ponerse los lentes.

Leonor observó cómo se había puesto pálida de repente y que desviaba la mirada. Parecía estar asustada.

—¿Edward? ¿Qué tiene que ver él con todo esto? —preguntó extrañada.

Laura titubeó y notó que le temblaba hasta la voz.

—No... fue...es que...yo...

—¿Quieres hablar de una vez? ¿A qué viene tanto misterio? —protestó su madre.

—Rebeca llegó mucho más temprano de la excursión porque llovía demasiado y decidieron dar la vuelta. Edward estaba conmigo en la habitación.

Leonor abrió los ojos sorprendida. Se quedó con la taza a media altura entre el plato y los labios. Evidentemente sospechó lo que su hija quería decirle. Laura explicó que no había visto nada. Simplemente pudo adivinar que había alguien en el cuarto y no podía ocultárselo ni mentirle.

—¡Estarás contenta! —exclamó su madre irritada.

—Mamá, lo que menos necesito ahora es que me eches un sermón. Tengo cuarenta y un años. No soy ninguna niña —dijo nerviosa—. Rebeca me acusó de cosas terribles. Aseguró que le había sido infiel a Germán con su propio hermano. Lo negué. Le quise hacer entender que Edward me ha querido siempre, pero que nunca se había entrometido entre nosotros. Creo que estaba tan enfadada que no quiso escucharme, es más, me dijo que yo estaba muy feliz por la muerte de Germán —explicó con los ojos llenos de lágrimas. Se levantó del sillón y se sentó al otro extremo del sofá, cruzando las piernas.

Leonor permaneció callada unos segundos.

—¿Tienes un lío con Edward? ¿Desde cuándo? —preguntó de pronto.

—No es un lío, mamá. Es una relación. Llevamos muy poco tiempo. Apenas unas tres semanas.

—¿Por qué no lo habéis dicho a la familia?

Laura aseguró que iban a hacerlo pero que tenían miedo de la reacción de Rebeca. No estaban seguros de que se lo tomara bien.

—Teníamos que estar seguros de la aprobación de todos. De Adela, de papá, de ti, y sobre todo de Rebeca —respondió al tiempo que descruzaba las piernas.

—¡Pues sí que lo has hecho bien! —exclamó indignada—. Me estaba temiendo que algo de esto iba a pasar. El día del cumpleaños os vi muy embelesados, ya te lo había dicho. No sé por qué tuve que contarte lo de Edward, hubiera sido mejor que no supieras nada. ¿Te has enamorado de tu cuñado?

—No lo sé, mamá. Quiero decir... estoy muy bien con él.

—Él siempre lo estuvo de ti. Y claro ahora vio la oportunidad de acercarse. ¿No? Ha sabido embaucarte, claro. Ya veo que no ha perdido el tiempo en ir a por ti.

—No es eso —afirmó tajante—. Simplemente, surgió.

—Ya, claro... —murmuró Leonor mirándola con severidad—. Sabía que iba a pasar y que traería consecuencias... negativas, por supuesto. Sois unos insensatos. Los dos. Tanto tú como él. ¿No se os ha ocurrido pensar en Rebeca?

—Vale, mamá. Por favor. No quiero sermones —advirtió mientras escribía en el móvil. Estaba enviando un wasap a Edward para informarle de la situación.

La mujer se calló, pero no dejó de observarla con gesto de enfado. Parecía hasta que hubiera adelgazado en esa semana, con la camisa y pantalón de color negro, lo parecía. Siempre había sido delgada. En eso se parecía a la familia de Pelayo, no a la de ella que era más propensa a tener alguno que otro kilo de más.

—¡Estás delgadísima, Laura! —exclamó—. ¿Es que no comes?

Laura soltó un bufido.

—Mamá, por favor...déjame. Bastante angustiada estoy con lo de Rebeca para que vengas a hablarme de tonterías —protestó.

Leonor se calló mientras que su hija volvió a mirar el reloj.

Después de cinco minutos que se mantuvieron en total silencio, el teléfono sonó. Laura se apresuró a descolgar.

—¿Sí? —preguntó más que nerviosa.

Era Paulo. El chico había escuchado el mensaje y le confirmó que Rebeca estaba bien y en su casa. Aseguró que estaba dormida y que al día siguiente haría todo lo posible para que volviera a casa, pero que estuviera tranquila.

Laura respiró aliviada.

—Gracias por llamar, Paulo. No sabes cuánto te lo agradezco, de verdad.

Cuando colgó tenía al lado a su madre mirándola expectante. Laura se volvió hacia ella y la abrazó. Luego le explicó lo que le había dicho el chico.

—Te dije que estaría con él. No comprendo cómo sus padres han permitido que se quedara allí —protestó—. ¿Qué clase de padres tiene ese joven?

—A saber qué excusa han puesto, mamá. Ya sabes cómo son, inventan lo que quieren —dijo algo más aliviada.

—Deberías ir a buscarla. ¿No estará durmiendo con él? —preguntó alarmada.

—No lo sé, supongo que no. Y no son horas de presentarme en casa de los padres de Paulo, mamá. No quiero formar ningún escándalo. Sé que está bien. Mañana vendrá y en último caso iré a buscarla, pero mañana.

Se imaginaba la escena, su hija se pondría como una fiera porque no querría volver, tendría que enfrentarse a ella, y no quería causarle problema alguno al chico con sus padres ni a estos tampoco. Imaginaba por lo que Paulo había dicho que estaba durmiendo en otra habitación.

—Tú no has hecho bien, pero ella tampoco. Espero que esta vez la castigues como se merece. ¡Hacernos pasar por este susto! —dijo la abuela alterada.

En ese momento sonó el timbre y las dos se miraron con inquietud. Laura fue a abrir. Era Edward.

—¿Has sabido algo? —preguntó nervioso después de darle un beso en la mejilla.

—Está en casa de Paulo. Me acaba de llamar. Ella está dormida y él ha tenido la sensatez de avisarme para que me quedara tranquila.

—¡Menos mal!

La presencia de Leonor impidió que Edward tomara a Laura entre sus brazos y la dejara llorar, como comprendió que estaba a punto de hacer, pues tenía los ojos llenos de lágrimas. Seguro que por la tensión que había pasado durante tantas horas. No solo quería consolarla, deseaba volver a sentir su tacto, su olor. Saludó a Leonor, pero la mujer se mostró seca con él. Edward percibió que sabía todo lo sucedido y sin duda por la manera de mirarlo estaría culpándolo de todo lo sucedido.

—¿Quieres un café? —dijo Laura para aliviar la tirantez del momento.

—No. Es muy tarde. Me voy. Es mejor que descanséis —dijo Edward fijándose en la mala cara que tenía.

Volvió a abrazarla y la besó en la mejilla antes de irse.

Laura y su madre se acostaron en la misma cama. Estaba demasiado cansada para ponerse a preparar la otra habitación.

—A ver qué vas a hacer ahora... —dijo su madre.

—Hablar con ella e intentar que razone —dijo.

—Lo tienes difícil, Laura. Para ella ha sido una traición. Sabes que adoraba a su padre y por mucho que quiera a Edward...

Su madre se durmió en seguida, pero ella no podía parar de preguntarse si estaba fracasando

como madre. La muerte de Germán había roto todos los esquemas de su hija, quizás lo más precioso de su existencia: la seguridad que le daba su padre con una vida fácil y cómoda porque siempre pensó que él estaría ahí hasta que fuera adulta y siguiera su propio camino. Pero no había sido así, todo se había evaporado, y ahora las personas en las que confiaba también la habían traicionado. No quería ni pensar en cómo se sentía su hija. Maldijo al destino una vez más.

Su madre la había acusado de ser una irresponsable, pero si estar con Edward le hacía feliz y la llenaba de entusiasmo ¿Qué mal hacía al mundo? Solía pasar tiempo en su casa cuando Rebeca estaba en las clases por la tarde y siempre volvía antes de que su hija regresara. Se sintió abatida pensando que nunca lograría que la entendieran.

Tenía los ojos abiertos en la oscuridad, atenta a los ruidos de la calle, tratando de aclarar que sentía. ¿Remordimiento? ¿Enfado? Las dos cosas, pero sobre todo cansancio, cansancio mental y físico. Demasiado para distinguir lo que estaba bien o mal. Ya no importaba. El daño estaba hecho. Acabó quedándose dormida sin darse ni cuenta.

25

Rebeca no pudo ocultar su expresión de fastidio cuando a la mañana siguiente Paulo le confesó que había avisado a su madre de que estaba con él.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó mientras desayunaban.

—Me impresionó su mensaje. Quiero decir, su voz. Se le notaba realmente angustiada, Rebeca. Estaba temblando. No sé qué me dio... —confesó el joven.

La chica bajó los ojos y no dijo nada. Paulo era demasiado sensible, pensó, se dejaba conmover por cualquier cosa.

—Le dije que te acompañaría a casa. Así que cuando quieras, vamos.

Rebeca negó con la cabeza.

—Eres demasiado sentimental, Paulo. Después de lo que hizo... —dijo enfadada—. Ahora no pienso ir todavía —añadió mirando el reloj—. Iré más tarde.

—Pues llama. Estará deseando que la llames. Así se quedará más tranquila.

—No, no pienso hacerlo, Paulo. No tengo ganas de hablar con ella.

La madre del chico entró en la cocina y esto hizo que se callaran.

Laura volvió a marcar el número del móvil de su hija, pero nada. Seguía con el móvil apagado. Probó con el de Paulo, y lo mismo. Lo hacían a propósito y eso la enfureció. Ya se había encargado de averiguar la dirección de Paulo. Fue fácil. Su nombre exacto era Paulo Lobo. Buscar el apellido en la guía telefónica fue más que sencillo. Había muy poca gente con ese apellido, comprobando las calles, dio con él. Solo un tal Pablo Lobo vivía en la zona residencial del Parque Fluvial.

Como a los doce y media, Rebeca no había aparecido, no lo dudó. Iría en su busca.

Tuvo que aparcar bastante lejos y el resto fue caminando. Entonces la vio, se dirigía hacia ella, pero iba mirando el móvil. Laura se paró en la acera y dejó que se acercara paso a paso hasta casi chocar. La cara sorprendida de su hija se transformó en una mueca indiferente. Como si no se alegrara nada de verla.

—¿Ibas para casa? —preguntó con tono enfadado.

Rebeca no respondió, se quedó mirándola desafiante.

—Venga, vamos —ordenó su madre, que giró para volver el camino andado en busca del coche. El enfado de Laura era tan evidente que su hija no fue capaz de decir una palabra. Estaba furiosa y al mismo tiempo aliviada. De buena gana la hubiera abofeteado, pero se temía que eso solo empeoraría la situación. Rebeca se sentó en el asiento del copiloto a su lado. Se puso a mirar al frente ignorando a su madre que en cambio no le quitaba la vista de encima.

—¿Crees que has ganado algo montando este número de la escapada? ¿De qué te ha servido? ¿Puedes explicármelo? Sí, estabas tan furiosa que decidiste que yo tenía que pagar por lo que había hecho ¿No es así? Pues si has querido fastidiarme, lo has conseguido ¿Estás contenta? ¿Te sientes mejor ahora? —preguntó alterada.

La chiquilla no respondió nada. La miró fijamente por unos segundos.

—¿Por qué has ido a casa de Paulo?

—No pienso contestar a ninguna de tus preguntas —respondió con un tono lleno de hostilidad. Laura resopló y tomó aire antes de continuar hablando.

—Lamento mucho lo que ha pasado —dijo—. No quería que te enteraras de esa forma. Sé que te ha dolido porque has pensado en tu padre, lo entiendo. Comprendo cómo te sientes, Rebeca. ¡Y mírame por favor, te estoy hablando! —exclamó irritada.

La chica se giró hacia ella.

—Ja, no tienes ni idea. ¡Ni idea!

—Te creía más madura. Las cosas pasan... a veces sin querer.

—Claro... —respondió dudándolo—. ¿Por qué no te casaste con Edward en vez de con papá? —preguntó sarcástica—. Yo no hubiera nacido y tendrías otros hijos.

—Hablaremos en casa. No quiero que esto vuelva a suceder nunca más. ¿Está claro? Y estoy furiosa contigo, Rebeca. Me has hecho pasar lo indecible esta noche.

Rebeca no respondió. Se quedó callada y ni pestañeó. Le traía sin cuidado lo que su madre pudiera decir. En ese momento, seguir pensando en su tío y ella, le asqueaba.

Laura encendió el motor y aceleró. Prefería ignorar las palabras de su hija porque le habían indignado y no quería que la situación se le fuera de las manos. Pero no pensaba dejar las cosas así, seguirían hablando más tarde. Nada más llegar Rebeca se fue a su habitación. Laura entró poco después. Estaba sentada encima de la cama, se había quitado las botas y tenía las piernas estiradas sobre el edredón. Laura se acercó y se sentó de lado, mirándola. Suspiró hondo.

—Quisiera que entendieras lo que ha pasado, Rebeca.

—No hay nada que entender. Te has enrollado con Edward y estás muy feliz, pues genial, mamá —dijo irónica.

Seguía con gesto de enfado.

—Crees que he traicionado a tu padre y por eso estás tan dolida ¿No es así? Sobre lo que me dijiste antes nunca me hubiera casado con Edward, Rebeca. ¿Crees que no he querido a tu padre o que alguna vez le fui infiel con tu tío? No, Rebeca, jamás. Yo amé a tu padre con locura y nunca le fui infiel. ¿Por qué no quieres creerlo?

La chiquilla la miraba sin decir nada.

Laura alargó el brazo y le hizo una caricia en la mejilla. También le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tarde o temprano lo ibas a saber. Era cuestión de tiempo.

Rebeca miró hacia otro lado con gesto disgustado.

—Rebeca, quiero que sepas que lo más importante de mi vida eres tú. Por encima de Edward, de tu padre, de todo el mundo. Tú eres mi vida...

Si Laura esperaba un gesto tierno o dulce de su hija, fue en vano. La muchacha ni se inmutó con las palabras de su madre.

—¿Por qué lo teníais en secreto? —preguntó de pronto.

—Teníamos miedo de decirlo a la familia, no sabíamos cómo ibais a reaccionar, especialmente tú. Hace muy poco que estamos juntos, muy poco.

—¿En serio no estabas enrollada con él cuando vivía papá?

—¡Claro que no! ¡¿Cómo puedes pensar eso?! —exclamó Laura alterada.

La chiquilla la miró y se quedó en silencio sin decir nada.

—De verdad, Rebeca, te lo juro. Yo no sabía qué sentía Edward hacia mí. No tenía ni idea.

—¿Papá si lo sabía?

—No. O al menos nunca me dijo ni una palabra ni me insinuó nada. Y sí, te lo dije ayer es porque es verdad. Edward me ha querido siempre. Pero yo no lo sabía, Rebeca. Tienes que

creerme. Nunca me dijo una palabra al respecto. Y te repito, que si tu padre lo sabía, yo no. Realmente no lo creo. No se hubiera callado, estoy segura.

—Quizá por eso le dio ese infarto cerebral.

Laura la miró incrédula.

—No, Rebeca. No digas eso. Estoy segura de que no fue ese el motivo. Esas cosas pasan así sin más...

—¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasarle a él? —gritó.

Su madre intentó abrazarla, pero Rebeca se lo impidió apartándola con las manos.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡Vete! ¡No quiero que estés aquí!

Laura se puso en pie. Avanzó hacia la puerta. Al llegar escuchó que su hija decía algo y se volvió. Miró hacia la cama.

—¿Qué? —dijo Laura.

Esperó, pero Rebeca no decía nada. Se acercó hasta la cama de nuevo, pero por miedo al rechazo no intentó tocarla ni abrazarla.

—Rebeca... No sé qué has dicho.

—Papá no tenía que haberse muerto. Solo tenía cincuenta años. No tenía que haber pasado. No es justo.

—Oh, Rebeca, cariño.

Esta vez puso sus manos sobre los hombros de su hija. Ya no había rastro de enfado en su expresión, solo dolor y tristeza. Demasiada. La estrechó entre sus brazos y lloraron juntas, cada una con la cabeza apoyada en el hombro de la otra y se mantuvieron largo tiempo en silencio.

Luego Laura volvió a recalcarle que ella era lo mejor que le había pasado en la vida y que la quería más que a nadie en el mundo. Le acarició el pelo y le dijo que le había hecho sufrir lo indecible por la escapada. El no saber dónde estaba y ver que pasaban las horas sin saber nada le había llegado a desesperar.

—Tenía la esperanza de que estuvieras en casa de Paulo. Gracias al cielo, que tuvo la cortesía de avisarme.

—No me consultó. No me enteré hasta esta mañana de que había hablado contigo.

—Eso demuestra que es un gran chico. Al escuchar mi mensaje se dio cuenta de lo angustiada que estaba y decidió avisarme para que me quedara tranquila. No sabes lo mucho que lo agradecí. Estábamos muy preocupados por ti, tu abuela, Edward...

Puso un gesto despectivo al escuchar el nombre de su tío. Algo que su madre percibió.

Rebeca se levantó de la cama y dijo que deseaba darse una ducha para cambiarse de ropa.

—Está bien. ¿Tienes hambre? —preguntó Laura más tranquila.

—Sí. Aunque cené en casa de Paulo y desayuné esta mañana...su madre fue muy amable conmigo —afirmó con tímida voz.

—Me alegro, pero no tenía que haber consentido que te quedaras en su casa.

Rebeca no respondió. Salió en dirección al baño sin decir ni una palabra.

Laura asumió que por el momento habían terminado de hablar. Pero solo de momento.

El resto de día se hizo demasiado largo para ambas. Rebeca no salía de su habitación y volvía a mostrarse esquiva con su madre. Laura por su parte, trataba de asimilar poco a poco todo lo ocurrido. Habló con Edward por teléfono. Mientras estaban hablando, su hija entró en la cocina, abrió la nevera y cogió una lata de refresco. Al ver a su madre con el móvil, sospechó que estaba hablando con su tío. Le dio tanta rabia que al salir cerró la puerta con tal brusquedad que asustó a su madre.

—¡Rebeca! —exclamó Laura.

Edward que había escuchado todo le aconsejó que no saliera tras ella, algo que su cuñada estaba dispuesta a hacer.

—No vayas. Ahora solo conseguirás empeorar las cosas. Mejor habla con ella mañana, cuando se le vaya pasando.

Se volvió a sentar y suspiró. Edward tenía razón. Sabía que no lograría hablar con la chica y que le daría con la puerta en las narices, pero aun así cuando colgó, salió apresurada y se dirigió al pasillo. Iba a entrar en la habitación de Rebeca, pero lo pensó mejor. No quería otra discusión. Esperaba que al día siguiente las cosas fueran mejor. Cenaron en un profundo silencio. Su hija miraba la televisión que había encendido antes de que su madre le pusiera el plato en la mesa para no tener que hablar con ella. Era una manera de evitar enfrentamientos innecesarios entre ambas. Después de cenar, la chica volvió a encerrarse en la habitación y ella se quedó sola en el salón preguntándose cómo había podido ser tan inconsciente de acostarse con Edward en su propia casa porque aun sabiendo que Rebeca no iba a estar, no tenía que haberlo hecho. Se sintió terriblemente culpable. Sentía dolor por todo. Pensó en Germán, en lo injusto del destino. Se lo imaginó reprochándole: «Eso te pasa porque eres demasiado condescendiente con ella». Tal vez tenía razón.

Se acercó a la ventana. Comenzaba a caer una lluvia espesa. Apoyó la cabeza contra el cristal y estuvo así durante un largo tiempo. Le gustaba la lluvia, la noche parecía en calma y apenas se veía gente por la calle.

Después de recoger la mesa y poner el lavavajillas en marcha se sentó ante la mesa de la cocina. Se sintió agotada. Vio cómo vibraba el móvil sobre la mesa. Era Edward de nuevo. No se sintió con ganas de responder así que ni lo cogió. Seguramente él pensaría que no lo había oído. Cerró los ojos. No quería que Rebeca se alejara de ella. Ese era uno de sus temores. Haría todo lo posible para que eso no sucediera nunca. Rebeca era su vida, sin ella, nada tendría sentido, se dijo.

Apagó el móvil que había cesado de vibrar y se alegró de ver que no había sonado el teléfono fijo. Seguramente su cuñado estaría pensando que ya estaba dormida.

26

Durante los días siguientes Laura decidió no ver a Edward ni citarse con él. Hablaron por teléfono y él pareció entenderlo. Valía más que las aguas volvieran a su cauce y que Rebeca asimilara su relación sin rencores ni malas caras.

No le gustó que su madre le prohibiera usar el ordenador y le confiscara el móvil en las horas que estaba en casa como castigo. Se consolaba viendo a Paulo en el colegio todos los días y que luego como siempre, la acompañara después de ir a buscarla a la salida de clase particular. Seguían entrando en la tienda de Cloti a comprar pipas y se las comían sentados en un banco de la pequeña plazoleta hasta que se despedían.

Después de una semana Laura entró en el cuarto de su hija. Cuando Rebeca la vio supuso que quería hablar con ella. Pero no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Así que su primera reacción fue ignorarla.

—Me gustaría saber qué piensas hacer con respecto a tu tío Edward.

Le contestó que no tenía que hacer nada. Su madre le propuso que hablara con él, ya que siempre se habían llevado muy bien y sabía el gran cariño que se profesaban.

La chica no dijo nada en principio, pero asintió con la cabeza. Laura sonrió. Cuando se dispuso a salir escuchó la voz de su hija:

—No me importa. No me importa nada.

—¿Estás segura?

—¿Para cuándo es la boda? Espero que me avises con tiempo —dijo con soniquete burlón.

—No digas tonterías, Rebeca.

—Ya te digo que no me importa para nada lo que hagas con Edward. Por mí como si te casas mañana. Pero no cuentes conmigo para ser tu dama de honor —respondió mordaz.

Su madre prefirió no decir nada. Cerró la puerta, Rebeca puso gesto de fastidio. No le agradaba nada la idea, no sabía lo que sentía al respecto de la relación amorosa de su madre y Edward. Estaba segura de que seguirían viéndose mientras estaba en el colegio, y seguro que tenían sexo, puede que hasta telefónico porque sabía que hablaban durante largo tiempo por la noche. Decidió que sería amable con Edward, ya que no quería seguir castigada de por vida. Mantendría la calma y actuaría como si no pasara nada.

El sábado por la mañana su tío la llamó con la idea de dar un paseo juntos y hablar. Ella aceptó.

Cuando bajó al portal, lo vio. Se dirigió hacia él con expresión seria. Aunque él le sonrió, ella no correspondió a la sonrisa. Aceptó un beso en la mejilla y luego empezaron a caminar por el paseo marítimo.

Edward percibió la frialdad de su sobrina, tanto, que le dolió. Se sentaron en un banco frente al mar, las olas chocaban energicas contra las rocas. Hacía un día espléndido. Ninguno de los dos sabía cómo empezar a hablar. Al fin, Edward dijo:

—Si quieres que no siga con tu madre, dímelo y os dejaré en paz.

La chiquilla lo miró incrédula. Era lo único que no esperaba oír.

—Haré lo que tú quieras. Si me presencia te va a hacer infeliz, solo tienes que decírmelo — volvió a repetir.

Rebeca se quedó de piedra. ¿Lo estaba diciendo en serio o solo quería ponerla a prueba?

—Vamos, dime algo. Si deseas que deje a tu madre, lo haré.

—No hablas en serio.

—No quiero ser el causante de vuestros problemas. Sé que os pasáis el día discutiendo y que has dicho que nos odias. Como comprenderás, no me agrada para nada la situación. Ni ella se lo merece, ni yo tampoco. Creo que ya ha sufrido bastante con la muerte de tu padre, y se merece un poco de sosiego ¿No te parece?

Rebeca prefirió no responder. ¿Acaso no había sufrido ella también? Su madre le había dicho que nadie ocuparía el lugar de su padre, al menos tan pronto. Eso es lo que le dolía que lo hubiera olvidado. Que ya no pensara en él y sí en Edward. Podría entenderlo si hubieran pasado varios años y mejor que fuera con un desconocido, no con el propio hermano de su difunto marido. Eso la descolocaba.

—Me vas a venir con el rollo de que soy una egoísta y desconsiderada.

—Creo que un poco sí.

La chiquilla lo miró fijamente sin pestañear.

—Tú nunca podrás sustituir a mi padre.

—Lo sé, ni lo pretendo.

—Ya... —contestó dudando.

—Quiero a tu madre. Siempre la he querido. Nunca pensé que tendríamos un futuro juntos y jamás me interpuso entre tu padre y ella. No me importa si tengo que esperar a que me aceptes, esperaré el tiempo que haga falta.

Su sobrina no respondió nada.

—Imagínate por un momento que hubiera sido al revés. ¿Crees que tu padre no podría enamorarse de otra mujer si hubiera sido tu madre la que no estuviera?

—Tan pronto, no. Él no era así —dijo convencida.

—¿Por qué lo crees?

Se encogió de hombros. Le molestó que le preguntara algo como eso.

—Ya te dije que él no era así —respondió enfadada.

Se levantó del banco y dijo que deseaba irse. No quería seguir con la conversación y mucho menos que su tío le dejara la responsabilidad de elegir sobre lo que su madre y él debían de hacer. Y así se lo hizo saber.

—Es asunto vuestro —dijo al fin—. No mío...

Edward se levantó dispuesto a ir con ella, pero la chiquilla le dijo que prefería estar sola. Él accedió.

Cuando Rebeca llegó a casa, optó no decir nada. Su madre la miraba expectante esperando que le contara algo de lo que habían hablado.

—Y ¿bien? —preguntó mirándola.

—Pregúntaselo a él —acabó diciendo—. En realidad, no me importa nada lo que hagáis.

Laura suspiró: «¡Estupendo!»! Se dijo. «Seguimos igual».

Las cosas no iban nada bien. La hostilidad de Rebeca hacia su madre iba en aumento. La relación con Edward tampoco gustó al resto de la familia. Nadie daba explicación alguna, pero el ambiente era tenso entre todos. Adela por su parte pensaba en Germán, creía que era demasiado pronto para que su nuera se olvidara de su hijo mayor así tan fácil y llegó a reprocharle a Edward que hubiera salido corriendo detrás de Laura nada más morir su hermano. Aunque él quiso hacerle entender que en ningún modo había sido de ese modo. Adela no aceptó su comportamiento ni su relación.

—Tenía que haber dejado que pasara el tiempo, Edward. Es una gran insensatez por parte de los dos. Mira el daño que le habéis causado a esa criatura —dijo pensando en su nieta.

Como era evidente toda la familia sabía lo sucedido. Los únicos que no decían nada eran Mateo e Iris. Todos los demás los habían acusado de insensatos, asegurando que esa relación era una locura. Además, la niña era lo primero, y creían que la muchacha estaba sufriendo sin necesidad cuando podían haber esperado a que fuera lo suficiente adulta para aceptarlo.

La chiquilla se mostraba arisca y se veía a la legua que no estaba nada contenta con los acontecimientos.

Laura a su suegra ya ni la veía. Después de que Edward le confesara que su madre estaba enormemente disgustada y enfadada con él, Laura no supo qué hacer. Aunque en un principio pensó en ir a visitarla, al final desistió, ya que Adela no había hecho nada tampoco por llamarla ni hablar con ella. Tanto Edward como Laura se sintieron muy solos y muy incomprendidos aquellos días.

Salían poco, mucho menos de lo que hubieran querido, pero no deseaban causar más problemas. Fueron a cenar un par de noches en el fin de semana. Rebeca aprovechaba para invitar a Bea a su casa pues lo prefería a ir a casa de los abuelos.

—Mientras no invite a Paulo, bromeaba Edward...

—Espero que no. Solo es una cría...

No quería pensar a cuánta intimidad había llegado con el chico. Había intentado hablarlo con ella, pero Rebeca se escabullía en cuanto sacaba el tema. Aparte de que con la actitud tan hostil que mantenía era muy difícil tener una conversación últimamente. Eso a Laura le desesperaba. Cuando hablaba, su hija callaba. Era como dirigirse a la pared. La relación se había deteriorado tanto que le dolía hasta las lágrimas. Cuando más se empeñaba en aclararle su situación con Edward, más le sonaba a mentira a su hija. Rebeca parecía odiar a su tío cuando antes le encantaba verlo y charlar con él. Tanto ella como Edward habían llegado a pensar que sería algo pasajero y que no tardaría en desaparecer, pero no, más bien era lo contrario.

Rebeca se esforzaba por mantener esa situación tan fría y desagradable hasta el punto de alejarse tanto de ella, que la confianza y complicidad se habían roto. Ya no le contaba nada de lo que hacía o dejaba de hacer, tampoco le hablaba de Paulo o de sus amigas. Incluso eludía sus órdenes con una total indiferencia. Se había encerrado en su propio mundo y se mantenía distante.

—¿Cómo van tus clases con Elsa? —preguntó Laura el viernes, intentado tener una conversación

entre ambas antes de cenar.

—Bien —dijo—. Explica mucho mejor que Rosa, la del colegio. Sabrá mucho de Física, pero no tiene ni idea de explicar en comparación con Elsa. Claro que Elsa tenía a papá de profesor, y ella dice que papá era un gran maestro y un gran físico.

—Ten en cuenta que no es lo mismo dar clase a una persona sola, que a treinta alumnos. Y tu padre era profesor de universidad, no de un colegio. Por lo tanto el nivel que tenía tu padre era muy superior, sin duda.

—Por supuesto papá era el mejor. Elsa habla maravillas de él. A veces me cuenta cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Laura intrigada.

—No sé, de sus clases... —dijo encogiéndose de hombros—. De los alumnos... —Aclaró mientras abría la nevera para sacar una lata de Coca-Cola que abrió y dejó sobre la mesa—. Ah, se me olvidaba —añadió buscando la agenda en la mochila—. Tienes que firmar esto —aclaró abriéndola y buscando la última hoja escrita.

Laura leyó las palabras manuscritas de su tutora. La habían echado de clase de Educación Física por hablar, y tenía que llevarlo firmado el lunes.

—Pero, Rebeca... ¡Otra vez! Vas a acabar suspendiendo como sigas así.

Su hija reconoció el tono dramático, clásico en todas las madres, según ella y pensó que lo mejor era quedarse en silencio y dejar que se desahogara sola.

—¿No tienes nada qué decir?

Se encogió de hombros.

—Bueno, sí, que, por favor, no me hables más de tu rollo con Edward. Me importáis una mierda tanto tú como él.

Laura la cogió por los hombros y la zarandeó con fuerza.

—Me debes un respeto —gritó alterada—. No vuelvas a hablarme nunca más así —dijo con firmeza—. ¿Me has entendido?

Rebeca estaba roja. Toda ella temblaba de furia. Abrió la boca para responder, pero su madre siguió hablando.

—Haces lo que te da la gana. Te burlas de mí. Me das un susto de muerte escapándote de casa y luego tienes el descaro de faltarme al respeto. Ya está bien. ¿Cómo te atreves? —preguntó soltándola—. Si yo le hubiera hablado así a tu abuela me habría abofeteado sin más.

—Eso es lo que quieres. ¿Pegarme?

—No me faltan ganas. No quiero ni verte delante. ¡Sal de aquí! —gritó por temor a no poder contenerse.

Rebeca dio media vuelta y salió de la cocina a toda prisa para encerrarse en su habitación.

Laura se derrumbó sentándose en una de las sillas. Ahora sí que lo había estropeado del todo. «Dios, No creo que pueda arreglar esto», dijo en voz alta como si alguien la pudiera escuchar. ¿Podría suceder que no volvieran a estar nunca unidas y en armonía como antes de la muerte de Germán? ¿Por qué todo había cambiado tanto? La lata de Coca-Cola seguía sobre la mesa, le dio un manotazo haciendo que cayera al suelo.

Mientras tanto Rebeca, dolida por la reacción de su madre, se desahogó llamando a Paulo. El chico no sabía qué decirle.

—Daría algo por estar ahí contigo —confesó ella.

—Y yo contigo. Pero no te dejarán venir, y a mí no creo que tu madre tenga gana de verme. Y no se te ocurra escaparte como la otra vez —bromeó el chico.

—No, pero no por falta de ganas.

No salió a cenar cuando su madre la llamó poco después. Alegó estar muy cansada y que prefería dormir. Laura no insistió, mejor era no atosigarla, pero se pasó horas dándole vueltas a todo lo que había supuesto tener una relación con Edward. Rebeca parecía aborrecer a Edward .Y lo peor, parecía que también la odiaba a ella.

Laura estaba convencida de que se había roto el hilo que las unía y eso le partía el alma. Recordó cómo se acurrucaba en sus brazos buscando sus mimos cuando era más pequeña, los cuentos que le leía antes de dormirse... ¡Tantas cosas que le parecía imposible que aquella niña dócil y encantadora fuera la misma de ahora.

28

El camposanto estaba situado dentro del núcleo urbano de la ciudad. Era muy antiguo, y cuando se inauguró en 1876, se consideraba que estaba a las afueras.

Paulo y Rebeca fueron juntos, porque al día siguiente era el cumpleaños de Germán, y aunque Laura le había propuesto ir las dos a llevar unas flores, ella se negó. Para nada quería ir con su madre. Le parecía de lo más cruel que mientras ella estaba con otro hombre, él estuviera enterrado allí.

—Creo que tenías que venir mañana con tu madre, y no conmigo —dijo el chico cuando estaban en la entrada del cementerio.

Ella no respondió. Caminaron hasta la tumba y ya allí, ella le pidió que la dejara sola unos minutos.

—Te espero en la entrada. Donde la verja.

La chiquilla colocó las flores que había comprado y estuvo en silencio contemplando el nombre de su padre sobre la lápida. Cerró los ojos y rezó. No porque fuera muy creyente, ya que cada día estaba más convencida de las teorías de Paulo sobre la reencarnación, pero sintió ganas de hacerlo. ¿La estaría viendo? ¿La podría escuchar? ¿Qué pensaría de su madre y de Edward! Estaba segura de que no lo aprobaba. Sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Le parecía imposible pensar que no volvería a verlo nunca. Aunque puede que existiera el cielo como decía el profesor de religión y volvieran a encontrarse algún día.

Después de secarse las lágrimas y serenarse fue al encuentro de Paulo, que la esperaba en la entrada. Bajaron despacio cogidos de la mano.

—¿Cuántos años cumpliría tu padre, mañana? —preguntó Paulo.

—Cincuenta y uno.

Como el cementerio estaba rodeado por un extenso parque y hacía un día de sol espléndido decidieron sentarse sobre la hierba. Paulo notó que ella estaba triste.

—No estés triste, Rebeca. Piensa que dentro de nada se acaba el cole.

—Uff... ¡Qué ganas!... ¿Vas a suspender Matemáticas?

—Espero que no. Me has ayudado mucho. Desde que vas a clase con esa chica has conseguido subir a notable y yo he logrado llegar al cinco.

—No sé por qué no has querido ir tú también con Elsa. Es estupenda.

—Prefiero que seas tú mi profe particular —dijo bromeando.

Los sábados se reunían en casa del chico y ella le ayudaba explicándole lo que no entendía.

—Has ido aprobando, solo con cincos, eso sí —comentó burlándose.

—Ya sabes que no me gustan. No pienso perder el tiempo con algo que no me gusta. Con aprobar es suficiente.

Él la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza en su hombro. Rebeca se giró y se besaron varias veces. Eso hizo que se animara. Estaban labio con labio cuando sintieron que alguien se ponía a su lado. Se separaron y levantaron la vista.

—¡Mamá!

Laura había decidido adelantar la visita al cementerio, pero no esperaba para nada encontrarse a Rebeca, y mucho menos con Paulo. Aunque conocía al chico hacía mucho tiempo que no coincidían. Pudo comprobar que había crecido mucho. El muchacho se había sonrojado y parecía nervioso. Rebeca se fijó en el ramo de flores que su madre tenía en la mano. Le dijo que ella ya había puesto uno, comprado con su dinero. Laura comentó que había decidido adelantar la visita pues al día siguiente, lunes, tenía trabajo y una reunión por la tarde. También les propuso que esperaran y así los bajaría en el coche.

—No. Iremos andando. Además, tenemos prisa —afirmó Rebeca.

Paulo asintió sonriendo.

—Adiós, mamá.

—No llegues tarde —advirtió su madre.

Ante la tumba de su difunto marido se derrumbó y comenzó a llorar. No era fácil superar una pérdida. Era un recorrido muy complicado. A pesar de Edward, a pesar de sentir que le iba a mejor, ver el nombre de Germán la conmovió. «Qué difícil es todo, Germán», dijo para sí misma. «¿Por qué nos ha tenido que pasar esto?»

No rezó cómo había hecho su hija. No porque no supiera, simplemente no le salía. Le dolía el alma, no solo por él, por Rebeca, por todo lo que había perdido. Le habían arrebatado sus sueños, su futuro, todo lo que alguna vez pensó tener. Lo único que podía agradecer en ese momento a Dios o al destino era que Edward era su refugio, su consuelo, su apoyo emocional, pero no por eso había dejado de amar a Germán, su compañero durante tantos años, y el padre de su hija. Se secó las lágrimas, colocó las flores y miró a su alrededor. Apenas había nadie, cuatro o cinco personas honrando a sus muertos en un silencio sepulcral. Dio media vuelta y se fue en busca del coche. Cuando llegó al aparcamiento, todavía tenía los ojos llorosos.

29

Leonor quedó con su nieta para ir de tiendas. Rebeca quería comprarse una cazadora vaquera de marca que costaba un dineral, según Laura, y no estaba dispuesta a gastar tanto dinero en una prenda de ese tipo.

—Me parece una barbaridad gastarse más de cien euros en una cazadora vaquera, Rebeca. Si fuera otro tipo de ropa más de vestir... ¿No tienes dinero ahorrado?

—Sí, pero lo quiero para otra cosa.

Laura se encogió de hombros.

—Es mucho dinero. Luego a los dos días la dejarás en el armario y ahí se quedará como has hecho con mucha otra ropa.

—No es cierto.

Laura no respondió. Rebeca pensó que recurriría a la abuela. Ella no se iba a negar.

Salieron de compras por la tarde, después de las clases, las dos solas. Compraron la cazadora y decidieron entrar en una cafetería. Rebeca pidió una copa de helado y su abuela un café. La abuela se quitó las gafas de montura azul y limpió los cristales con un clínex, luego se abanicó la cara con la mano.

—Uff... ¡Qué calor hace aquí!

—Deberías pedir un helado, no un café —sugirió su nieta.

La mujer sonrió. ¡Qué guapa estaba Rebeca! Pensó observándola. Se estaba convirtiendo en una mujercita muy bella. Es cierto que tenía mucho más de Germán que de Laura, pero siempre había considerado a su yerno como un hombre atractivo, no tanto como Edward, eso sí. Decidió preguntarle a la chica por él.

—¿Cómo estás, Rebeca? Me refiero si estás bien con tu madre y Edward. Me ha dicho que de vez en cuando cena con vosotras en casa.

—¿De vez en cuando? Yo diría que casi todos los días. Y supongo que ella va mucho a su casa porque cuando vuelvo del colegio o de clase particular nunca está —aclaró.

La mujer suspiró y movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé en qué va acabar todo esto —afirmó.

—¿Crees que se casarán?

—No lo sé, cariño.

—De todos modos Edward nunca será como papá.

—¿Te dice algo tu madre sobre los planes que tienen?

—Nada, abuela. No dice nada. Andan siempre con secretitos, hablando en voz baja para que yo no me entere —dijo la chica con rabia.

—No sé, Rebeca, pero tienes que intentar llevarte bien con ellos. Tu madre se queja de que estás muy esquiva. Y le duele mucho tu actitud.

La chiquilla no dijo nada.

—Paulo y yo vamos a hacernos un tatuaje —dijo de pronto cambiando de tema—. Ya sé que a mamá no le gusta, pero a mí tampoco me gustan muchas cosas que ella hace.

—Mmm... —murmuró la abuela.

—¿Qué? —preguntó su nieta mirándola fijamente.

—No es una buena idea, Rebeca. No deberías hacerlo sin permiso de tu madre.

—Ya está decidido. Le gusté o no, Paulo y yo, lo haremos. Es algo que nos unirá para siempre, abuela. Tú no lo entiendes como no lo entiende mamá.

—Tú verás. Yo no quiero saber nada. Y por supuesto, a mí no me has dicho semejante cosa —dijo después de limpiarse con la servilleta.

—Claro que no —afirmó riéndose.

Como era de esperar Laura se enfadó cuando vio la cazadora y reprochó tanto a su madre como a su hija que hubieran ido de compras a sus espaldas. Rebeca se puso furiosa y el desaire que mostró hacia su madre en los días siguientes no hizo más que abrir otra brecha más. Laura se sentía especialmente dolida porque era capaz de percibir el resentimiento que su hija le mostraba. Comprendía que para Rebeca, ella era el blanco donde descargaba todas sus frustraciones, sus malos humores, su apatía... todo lo negativo de su existencia. Parecía que ella era la única culpable de la circunstancias, culpable de la muerte de Germán o de su relación con Edward, que tanto le afectaba. A veces le apetecía romper con todo e irse lejos, lo más lejos posible para empezar de cero. Por supuesto nunca lo haría, nunca abandonaría a su hija por nada del mundo. Edward intentaba animarla, hacerle creer que solo necesitaban tiempo.

Rebeca recurría a su abuela Leonor cuando se enfadaba con su madre. Ella percibía que la mujer estaba de su lado. ¿Ha vuelto ya tu madre? Preguntaba más de una vez cuando hablaba por teléfono. Y cuando su nieta le decía que no, suspiraba. Sabía que estaba con Edward. A veces volvía sola a la hora de cenar y otras veces aparecían los dos.

Una de esas noches en que cenaron los tres juntos, tanto Laura como Edward notaron que Rebeca no estaba de buen humor. Aunque Laura le había preguntado si le había pasado algo en el colegio, ella dijo que no, y por más que quiso indagar no pudo sacarle ni una palabra.

Edward estuvo especialmente hablador y sonriente, algo que irritó a su sobrina. Incluso contó un par de chistes que hicieron reír a Laura.

—A papá no le gustaba que nos riéramos tanto en la mesa —dijo con el único fin de molestar. Tanto su madre como su tío la miraron sorprendidos.

—Decía que solo los tontos contaban chistes en la mesa para llamar la atención de los demás.

—¡Vale ya, Rebeca! —exclamó su madre enfadada.

La chiquilla se levantó de la mesa y se fue sin terminar de cenar. Se metió en su habitación y cerró con un fuerte portazo.

—¡No puedo más! —se lamentó Laura dejando caer el tenedor sobre el plato.

Edward estaba atónito. Nunca se hubiera esperado algo así. Le habían herido muchas las palabras de su sobrina.

Laura apartó el plato. Se le había quitado el apetito. Edward hizo lo mismo. Tampoco tenía ganas de seguir comiendo.

—Me estaba engañando a mí misma pensando que poco a poco iba aceptar lo nuestro, Edward. Pero veo que no, cada vez va a peor. No puedo seguir.

—¿Qué quieres decir?

—Démonos un tiempo.

Edward la miró pasmado.

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo seguir con esta tensión diaria con mi hija. Riñendo a todas horas por la cosa más

insignificante. Se me escapa, Edward. Cada vez estamos más lejos una de la otra. Y ella es lo más importante del mundo para mí. Ha sido todo muy precipitado. Deberíamos haber esperado. Creo que he cometido un gran error.

—¿No quieres pensar y meditarlo con calma, Laura? Ahora estás afectada por lo ocurrido...

Ella negó con la cabeza. Él se levantó de la silla nervioso. Dio un par de vueltas por el salón mientras ella lo observaba en silencio.

—¿Qué sientes por mí? ¿Me quieres? —preguntó acercándose de nuevo al tiempo que envolvía sus manos en las de Laura.

Laura se quedó en silencio. Sí, lo quería, pero tal vez no del modo que debía amarlo. Estaba muy confusa.

—No lo sé, Edward. Tal vez estaba demasiado sola y me refugié en ti. Si te soy sincera, no sé lo que siento.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó soltándola.

Ella afirmó y lo miró.

—Necesitamos que pase más tiempo, Edward. Lo necesitamos todos.

Se quedaron en silencio durante unos minutos. Él quería convencerla de que dejarlo no era la solución. No podían permitir que las rabietas de Rebeca o la oposición de la familia interfirieran hasta ese punto en su relación de pareja. Intentó hacerle ver que era una equivocación. Tanto insistió que Laura repitió que tal vez no lo quería del mismo modo que él a ella.

—Lo siento, Edward. Estoy muy confundida. A todos nos gusta sentirnos amados, queridos, mimados... yo necesitaba a alguien y tú apareciste en el momento justo. No sé si estoy enamorada de ti o solo es cariño lo que siento. Nos conocemos desde hace tanto tiempo que...

—Que me quieres como a un cuñado... quieres decir.

—No lo sé —confesó—. Tal vez he confundido mis sentimientos.

Estaba dolido. Se percibía el dolor en su mirada azul, tan triste que a ella se le rompió el alma, pero era la mejor decisión.

—Nunca he querido herirte, Edward.

Él sonrió forzosamente.

—Parece que ya hay demasiados heridos en esta guerra —afirmó—. Tu hija, mi madre, los tuyos...

—Sí, demasiados...

—Laura, tú sabes lo mucho que te quiero, pero ante todo deseo verte feliz.

Ella asintió con la cabeza.

—No quiero que sufras por Rebeca. Tal vez tengas razón y primero es preferible que arregles la situación con ella, pero sabes que me duele hasta el alma tu decisión.

—Lo sé, Edward. Nunca he pretendido hacerte daño.

—Lo sé.

—Piensa que estas semanas han sido un regalo especial para los dos, pero que no... no podemos seguir —se atrevió a decir ella.

—Han sido las semanas más felices de mi vida. Y si he esperado veinte años, tal vez pueda esperar un poco más...

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Él la besó en los labios como despedida.

Ella esa noche lloró sin consuelo, y por primera vez en mucho tiempo, no lo hizo por Germán, fue por Edward. Se sentía destrozada por todo. Una vez más, su felicidad se iba a pique. Todos se quedarían contentos al saber de su ruptura. Volvería la paz a la familia de ambos. ¿Qué más se podía pedir? Pensó sarcástica. Paz y armonía y todos felices, se dijo.

Por la mañana abrió la puerta de la cocina y ahí estaba Rebeca sentada con los codos apoyados en la mesa. Todavía llevaba puesto el pijama y aún no se había duchado ni peinado. Sostenía la taza entre las manos.

Se sobresaltó al ver a su madre y por unos segundos deseó largarse de la estancia, pero recuperó la compostura y le dedicó ese gesto altivo que tanto desesperaba a Laura.

—¿Cómo te has levantado tan pronto? —preguntó su madre—. Solo son las ocho y media. Es raro para ti que un sábado madrugues tanto.

—Me desperté y ya no conseguí dormirme.

Laura sacó una taza del armario, se sirvió café y se sentó enfrente de su hija

—Ayer nos diste la cena. ¿Por qué te comportas así, Rebeca?

Como era su costumbre, no respondió nada. Tomó un largo sorbo de cacao.

—Siempre pensé que querías mucho a tu tío. Deberías saber que no hace más que defenderte a todas horas, cuando le comenté cómo te estabas comportando conmigo, él te defendió. Me pedía que no te atosigara, que te dejara tranquila. Te ha querido mucho siempre y sigue haciéndolo. ¿Por qué fuiste tan desagradable anoche? A mí me dolió tu actitud, pero a él también, Rebeca. Deberías de pensarlo un poco ¿No crees? Y llamarlo y pedirle perdón. ¿No te parece que sería lo correcto?

Rebeca volvió a encogerse de hombros. Laura no pudo ver ninguna reacción en su rostro.

Su madre no quería empezar la mañana riñendo, así que le habló con voz amable y hasta hizo un esfuerzo por sonreír, y alzó la mano para acariciar al rostro de Rebeca, que dio un respingo en la silla y se apartó rápidamente.

—¿Cómo te va con Paulo? —preguntó Laura—. Últimamente no me cuentas nada, ni de Paulo, ni de tus amigas, ni de las clases...

—Es cosa mía.

—Vale, si esa es tu actitud... Todavía eres menor de edad y te guste o no, tengo algo que ver en tu educación y en tu vida.

La chiquilla miró hacia otro lado. Su madre la observaba con tristeza.

—Todo va bien. No tienes que preocuparte por nada —respondió al fin—. He quedado con Bea y Paulo para ir a la piscina. Supongo que me dejas ir... volveré a la hora de comer.

—Haz lo que quieras... —respondió sin ganas dándose por vencida.

—Gracias —dijo desde la puerta.

Laura se sirvió otra taza de café y lanzó un resoplido. Solo había que dejar que pasara el tiempo. No podía imaginar ponerse en la piel de Rebeca a su edad. Sintió verdadera lástima por ella, por lo que estaría sufriendo no solo por eso, también por su causa. Algún día volverían a tener la buena relación de antes. Estaba segura. Estaría siempre ahí, para afrontar los errores o las culpas, también para perdonar y para lo que su hija necesitara. ¡Cuánto la quería!

Rebeca iba pensando en Paulo, era la única persona del mundo que la entendía. Nunca podría amar a nadie como lo quería a él. A ella le parecía que tenía un talento artístico fuera de lo común. Escucharlo tocar la guitarra o el piano le entusiasmaba. Todos los sábados pasaba por su casa y se pasaba horas junto a él. La madre de Paulo siempre la recibía con una sonrisa. Solía llevarles galletas y chocolate a la habitación mientras ambos estudiaban.

Cuando alguna vez se quedaban solos, aprovechaban para tumbarse en la cama. Se besaban y acariciaban, solo para poder sentirse. A Paulo le encantaba su olor a la colonia de jazmín que ella solía usar y el suave tacto de su piel.

Al menor ruido se levantaban corriendo y volvían a la mesa por si alguno de los padres de Paulo

entraban de repente y los pillaban en pleno escarceo sexual. Y aunque de momento no habían llegado a todo, disfrutaban de esa intimidad, porque como solía decir Edward, a esa edad adolescente se ama con pasión, y se experimentan las mayores alegrías o tristezas, con sentimientos encontrados, como el odio a los padres o el amor enloquecedor a sus amistades o a sus parejas.

30

Edward solo tenía la imagen de Laura en su mente y la extrañaba. El amor hacia ella seguía presente y no podía admitir el olvido como si no hubiera pasado nada entre ellos. Sí, había sido muy poco tiempo, tan poco que no habían podido saborearlo lo suficiente. Era como un espejismo que había durado una milésima de segundo. Demasiado doloroso asumirlo. Decidió que haría todo lo posible por no verse con ella. Había llegado a creer que sentía tanto amor como él podía darle, pero se había equivocado. Se sentía desolado. ¿Por qué Rebeca era tan sumamente egoísta y hacía sufrir a su madre de esa manera? Se sentía terriblemente herido, pero si era sincero consigo mismo, lo que deseaba era verla feliz, tanto a ella como a su sobrina. Tendría que conformarse con eso, no podía hacer otra cosa. Lo mejor que podía hacer era tomarse unas vacaciones y alejarse una temporada. No la vería, ni la llamaría. Seguro que el resto de la familia se sentiría encantada y más feliz, sobre todo Rebeca. Nunca se imaginó que su sobrina, que tanto cariño le mostraba, pudiera reaccionar de esa manera. Tal vez como su madre le había dicho una vez, se había enamorado de la persona equivocada.

—Saldrás adelante, Edward —le dijo cuando le comentó la ruptura a su madre—. Hay más mujeres, hijo.

—Lo sé, pero lo peor es que ya la echo de menos.

—Lo superarás —aseguró su madre—. La vida nos hace luchar por lo que deseamos, pero muchas veces hay que perder.

Edward negó con la cabeza y apartó la mirada. Ella estaba aconsejándole como una madre, sin entender todo el sufrimiento que se agitaba en su interior.

—Todo pasa, hijo. Ya verás.

Él no respondió nada, solo suspiró.

31

Laura estaba mirando la pantalla del ordenador al tiempo que revisaba unos documentos en la mesa de su despacho. Solo habían pasado diez días de su ruptura con Edward, cuando Teresa le comunicó que tenía una visita.

—¿Quién es?

—Es una chica que quiere verte.

—Vale, que pase.

Una joven entró y cerró la puerta. Laura la recibió con una sonrisa, y le preguntó en qué podía ayudarla.

—Soy Elsa. Elsa Patricia Peláez —afirmó.

En un primer momento no supo discernir quién era, y puso cara de extrañeza, pero a los pocos segundos se dio cuenta.

—Ah, perdone. La profesora de Rebeca. Disculpe. Como solo hablamos por teléfono y no la conocía en persona...

Elsa sonrió, aunque Laura percibió que estaba nerviosa, e incluso le pidió si podría cerrar la puerta. Laura se levantó y accedió al deseo de la joven mientras se preguntaba para qué tanto secretismo.

—Dígame, ¿En qué puedo ayudarla? ¿Es algo de mi hija? —preguntó alarmada.

—No, no... —respondió la joven.

Por supuesto pensó que si estaba allí era por una cuestión bancaria. Tal vez abrir una cuenta, consultar un crédito... En realidad no tenía constancia de que fuera cliente de la entidad, ya que era una sucursal pequeña y conocía a todos los que trabajaban con ellos.

La joven empezó a relatarle sin ningún reparo lo que para Laura se convertiría en una auténtica pesadilla. La miraba estupefacta mientras Elsa nerviosa, hablando en voz baja, pero sin perder el aliento, le contaba de Germán, su difunto marido, y de su relación con él. Laura se quedó sin habla y se preguntó por qué no la había interrumpido, no que escuchó todo aquel aluvión de palabras con las que la joven la había bombardeado sobre su supuesta relación con su marido. La mujer había hablado a toda prisa, tanto, que no solo la dejó aturdida, también tuvo que asimilar lo que Elsa estaba diciendo, palabra por palabra.

Primero se quedó muda y luego la miró con expresión horrorizada.

—¿Cómo dice? —jadeó—. Eso es totalmente ridículo. Mi marido falleció hace casi ocho meses —dijo tratando de no alterarse—. ¿Cómo se atreve a venir aquí con esa ridícula historia? —agregó volviendo a tratarla de usted.

—¿Crees que me lo estoy inventando?

—En primer lugar, estoy en mi trabajo y no es el lugar apropiado para hablar de algo así, que por cierto, no puedo creerme —dijo nerviosa—. Le pido que se vaya —rogó algo aturdida—. No es el momento ni el lugar y se lo estoy pidiendo con mucha educación —pidió sin levantar casi la voz.

—Esto no va a quedar así —aseguró mientras se levantaba—. Nos volveremos a ver. Todo lo

que he dicho es la verdad y tengo pruebas para demostrarlo.

Laura se levantó, porque de pronto sintió que al final no lograría contener las lágrimas. Se dirigió a la puerta y antes de abrir miró a la joven con semblante serio.

—Voy a pensar que nunca he tenido esta conversación con usted. Por favor, váyase.

Elsa salió y la miró de arriba abajo al tiempo que le repetía que eso no iba a acabar así.

Después de que se fuera se cubrió el rostro con las manos y se sintió temblar.

Tuvo que apoyarse en la pared para mantener el equilibrio y serenase. ¡Era ridículo! ¡Cómo iba a ser amante de Germán! Si era una niña, tendría veintitrés años como mucho. ¿Qué pretendía? ¿A qué vendría eso? ¡Cómo era posible! ¿Qué pruebas? Sintió que le faltaba el aire y se vio obligada ir al baño a remojarse la cara. ¿Amante de Germán? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? Y sobre todo ¿Cómo había podido dejarla embarazada? Era tan evidente que estaba segura de que no tardaría mucho en tener ese hijo que, por lo que había explicado, se suponía que era de Germán.

Cuando volvió al despacho estaba pálida. Miró el reloj. Aún le quedaban dos horas para salir. Esperaba no tener más visitas. No se sentía capaz de soportar a ningún cliente. Después de unos minutos meditando, negó con la cabeza. ¡No, no puede ser! Se dijo a sí misma.

Las dos horas le pasaron lentamente. No pudo concentrarse en nada y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no derrumbarse cada vez que Teresa entraba en el despacho con alguna excusa para charlar con ella. Laura alegó que tenía mucho trabajo y que no se podía parar a hablar de nada.

Se echaría a llorar de un momento a otro, porque aunque una parte de su mente decía que no era cierto, otra le confirmaba qué si podría ser porque le hacía entender muchas cosas de Germán, principalmente sobre las últimas semanas previas al accidente.

Elsa había meditado mucho si presentarse en el banco y decirle claramente a Laura lo que había sucedido entre Germán y ella. Estuvo dándole vueltas mucho tiempo hasta que comprendió que si quería lo mejor para su hijo, por mucho daño que le hiciera a la mujer de su amante y a su hija, no tenía por qué renunciar a que su bebé no llevara el apellido de Germán, y mucho menos a la parte de la herencia que le correspondiera. No quería ser la mala de la película destrozando la armonía de esa supuesta «idílica» familia, simplemente necesitaba dinero y después de todo había amado a Germán con toda su alma; el niño que llevaba en su vientre era el fruto de su amor.

Cuando Laura llegó a casa decidió llamar a Edward. Era la única persona a la que podía contárselo, porque si fuera verdad, incluso hasta podría saberlo. Lo llamó y pidió que pasara por su casa, ya que era algo muy importante y muy urgente. Edward se asustó pesando que la había ocurrido algo a su sobrina, aunque su cuñada le tranquilizó diciéndolo que no tenía nada que ver con Rebeca. Él le dijo que estaba con unos clientes, en una comida de negocios, y que no llegaría al menos en dos horas.

—Cuando puedas, Edward. Pero ven...

Tardó dos horas en llegar. Se dieron un par de besos en la mejilla cuando se vieron.

—¿Qué pasa, Laura? ¿Qué es tan urgente?

Cuando ella le relató lo sucedido con la joven. Edward fue incapaz de articular palabra. Ella inclinó la cabeza y empezó a temblar. Él la abrazó en un intento de consolarla. La tuvo abrazada el tiempo suficiente para que se serenara.

—¿Hasta qué punto puede ser cierto? —preguntó él—. ¿Tú lo crees?

—Una parte de mí quiere negarlo, pero otra hace que todo tenga sentido. Su distanciamiento en las últimas semanas, que no quisiera que lo acompañara a un congreso... estaba nervioso, tenso... muy raro. Pasaba muchas horas fuera de casa con excusas de trabajo... no sé, Edward. Estoy

completamente atónita. No doy crédito. ¿Cómo pudo ser? Él que era tan recto con todo, con su trabajo. ¿Con una alumna? Una chica que puede tener veintidós años... poco más que su propia hija. ¡Dios mío! ¡Aunque cuántos casos hay de alumnas que se lían con sus profesores, Edward! ¡Hay miles!

—Y en caso de que fuera cierto ¿Qué quiere? ¿Sincerarse? ¿Vengarse de ti?... —preguntó con rabia—. ¿Por qué te lo dice ahora?

Ella le miró con gesto compungido.

—Está embarazada, Edward. Se le nota bastante. No sé de cuánto, pero debe faltarle poco para tenerlo.

—¿Quééééé?

Ella asintió con la cabeza. Y él no supo qué decir. Le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—Tienes que hablar con un abogado, Laura. Casi seguro que lo quiere es que su futuro niño sea reconocido como hijo de Germán y tener derecho a parte de su herencia. Que si se demuestra que es suyo, lo tiene.

Laura lo miró pasmada. ¿Cómo iban a demostrarlo? Y, ¿qué pasaría con Rebeca cuándo se enterará? Le dio pánico pensarlo. ¡Otro golpe más! Nada menos que su idolatrado padre hubiera dejado a una alumna embarazada.

—Lo primero —prosiguió Edward sin soltarle la mano—, es hablar con la chica. Saber lo que quiere...

Laura negó con la cabeza.

—No, no puedo... no... No quiero ni verla —afirmó nerviosa.

—Vamos a esperar a ver si vuelve a llamarte. Entonces nos citaremos con... ¿Cómo se llama?

—Elsa, se llama Elsa.

—Estaré a tu lado. No te preocupes. No te dejaré sola. Recurriremos a abogados.

Ella asintió.

—No se lo digas a nadie, Edward —rogó suplicante.

—Por supuesto. De momento quedará entre tú y yo.

—Si es verdad. ¿Cómo va Rebeca a afrontar algo así? Su propia profesora liada con su padre.

—¿Cómo es posible que haya coincidido con ser su profesora? ¿Es una broma?

—Me dieron su tarjeta en el colegio, asegurando que era muy buena. ¿Cómo iba a imaginarme esta locura! El propio Germán la recomendó. ¿Ves? ¿Por qué iba a hacer él algo así? Nunca lo hizo con ningún otro alumno. Y será por algo... no puedo creerlo, no puedo...

Él se levantó y fue hasta ella. La sujetó por los brazos y la miró fijamente.

—Vamos a solucionar esto. Tranquilízate —dijo con calma tratando de convencerla.

Escucharon la llave de la puerta. Era Rebeca que regresaba del colegio. Se quedó pasmada cuando vio a su tío otra vez en su casa. Su madre le había explicado que habían decidido darse un tiempo mientras aclaraban sus sentimientos.

«¡Qué poco tiempo!», pensó la chica. Saludó con timidez. Y aseguró que iba con prisa, porque tenía que ir a clase particular y Paulo estaba esperando en el portal para acompañarla.

Ambos tuvieron que fingir que no pasaba nada. Edward y Laura se miraron cuando pensaron a la vez en la clase particular. Laura se apresuró a decir que Elsa había llamado para avisar de que esa tarde no podía dar clases.

—¿En serio? ¡Genial! ¿Me dejas ir a dar una vuelta entonces? —preguntó desde el pasillo.

—Sí, pero no tardes. Y merienda algo.

—Compraré algo en la tienda de Cloti. Adiós.

Se fue encantada ante la idea de pasar unas horas más con Paulo. De todos modos, estaban a

punto de terminar el curso y se podía decir que ya tenía aprobadas todas las asignaturas.

Paulo se mostró entusiasmado de que esa tarde no asistiera a clase. Entraron en la tienda, compraron unas chocolatinas, dos bolsas de patatas y botes de Coca-Cola.

—Adiós, Cloti.

—¿Ya habéis terminado las clases? —preguntó Cloti sonriendo.

—Casi, ya no falta nada. ¡Tenemos unas ganas! ¿A qué sí, Paulo? —preguntó al chico.

—Síiii... —contestó él—. Por cierto, Cloti, te vi el otro día paseando a tu perrita —dijo mirándola.

—Ah... ¿Dónde? ¡No te vi!

—Iba en bicicleta por eso no me viste.

—¡Con las ganas que tengo de tener un perro! —exclamó Rebeca.

—No te preocupes —dijo Paulo—. Algún día lo tendremos. Un pastor suizo, de esos que son como pastores alemanes, pero blancos —aclaró él—. O el que tú quieras, pero grande. No me gustan los perros pequeños.

Rebeca lo miraba embelesada mientras Cloti los observaba sonriente. Desde que entraban a comprar en su tienda casi todas las tardes, ella había cogido ya confianza con el muchacho. Opinaba que ambos hacían una preciosa pareja porque los dos eran encantadores. Siguieron hablando, ahora de perros, hasta que nuevos clientes entraron a comprar. Así que la pareja se despidió.

—Adiós, Cloti —dijeron casi a la vez.

—Hasta luego, guapos.

Mientras, Laura daba vueltas de un lado a otro del salón, no podía estarse quieta.

—¿No vas a dejar que vuelva a las clases? —preguntó Edward.

—Por supuesto que no. De todos modos faltan diez días para que acabe el curso. No lo necesita, si seguía era por acabar el mes. Nada más.

—Te ayudaré en esto, Laura. No te dejaré sola. Puedes estar segura. Y lo solucionaremos. Te lo prometo.

Ella lo miró. No fue capaz de sonreír. Se dejó abrazar por él, solo por el deseo de verse protegida, reconfortada.

Durante la cena le dijo a Rebeca que Elsa había llamado y qué no volvería a dar clases. Aunque la chica se quedó extrañada, supuso que sería cierto, y en su interior pensó que sería por el bebé que estaba esperando al que ya le faltaba poco para nacer.

Esa noche Laura casi no pudo conciliar el sueño. Recordó la desgana de su marido hacia ella. Pensó en la semana antes del accidente, una noche en que estaban solos, ya que Rebeca estaba con un viaje del colegio, él había rechazado tener un encuentro sexual alegando que estaba demasiado cansado. De nada le sirvió ponerse melosa, besarlo cálidamente y empezar a acariciarlo. Incluso se había vestido más provocativa que otras veces para excitarlo. Su negativa la desconcertó. Se sintió terriblemente mal y le costó aceptar que todo se debía al estrés que él decía tener. Lo cierto es que él no había respondido físicamente e incluso le había comentado que ya no tenía veinte años. Hacía semanas que no hacían el amor. No le estaba pidiendo nada fuera de lo normal.

En aquel momento, sí llegó a pensar que tenía otra mujer, pero luego rechazó la idea. No sabía si su matrimonio estaba fallando y así se lo contó a Teresa al día siguiente.

Habían comido juntas porque Germán ese día tampoco iba a comer en casa y decidió invitar a su

amiga a un restaurante cercano a la sucursal, donde iban a menudo.

—¿Y si está liado con otra? —preguntó después de que hubieran tomado el postre y el camarero acabara de ponerles unos chupitos de licor de manzana como detalle de la casa.

—¿Qué?

—Sí, con otra. Con otra mujer.

—Vamos, Laura. Eres diez años más joven que Germán. Y encima, aparentas menos edad. Estás estupenda. Mucho mejor que él, no te parezca mal, pero ha envejecido mucho últimamente, ¿por qué iba a querer liarse con otra mujer?

—¿Por qué no? No sería el primero ni el último.

—Estás hablando de Germán. Puede que sea meticuloso, que tenga muchas manías, pero es un buen hombre. No es de esos. No te subestimes tanto ¿Quieres? Eres guapa, tienes un buen cuerpo —dijo—, y tienes a nuestro director, Roberto, enamorado —añadió.

—Vale, vale... —la interrumpió Laura—, ya sé que eres mi mejor amiga. No sigas.

—Lo que quiero decir, Laura, es que el podrá ser todo un catedrático que quieras, pero físicamente, ahora mismo, tú le das mil vueltas. Él ha perdido mucho con los años, tú cada vez estás mejor, amiga. Eres como el vino. Por eso Roberto, babea cuando te ve entrar cada mañana.

—Si tú lo dices, será —comentó sin creerlo—. Y ¿si está con una alumna?

Teresa soltó una carcajada.

—¿Te ha sentado mal el vino o qué? ¿Ves a Germán liado con una niñata, alumna suya? Es demasiado recto para eso. ¿A dónde iría a parar su gran prestigio de profesor, con lo creído que se lo tiene? Y perdona que te lo diga, pero es la verdad.

—¿Crees que Simón lo sabría si fuera así? —preguntó dando vueltas al vaso sin decidirse a tomarlo.

—Simón aguanta a Germán porque tú y yo llevamos casi veinte años siendo amigas, no porque congenien mucho. Ya lo sabes. Se aguantan el uno al otro por nosotras. —Soltó una risa que contagió a Laura—. No le des más vueltas. Estará pasando una mala época. Igual está teniendo la menopausia masculina. Y eso sería grave, de verdad —bromeó.

—Creo que necesito beber para asimilarlo —contestó su amiga riéndose y bebiéndose el chupito de un solo trago.

—Mira, veo más a Simón poniéndome los cuernos que a Germán poniéndotelos a ti, para que veas.

—Genial, entonces, Teresa. Si Simón no es capaz de matar a una mosca, por favor.

—¿Y Germán sí?

—Ahora mismo ya no sé qué pensar sobre Germán.

—Inténtalo esta noche. Rebeca sigue fuera. Pues recíbele con el delantal puesto, solo con el delantal —dijo en voz baja.

—Ni hablar, no pienso humillarme más. Si quiere algo de mí, que me busque.

—Vamos, mujer, no te pongas tan seria. Solo bromeaba.

Laura sonrió. Pensó que Teresa era la mejor amiga que se podía tener. Siempre estaba ahí para escucharla, para hacer favores, para demostrarle su afecto, tanto a ella como a su familia. No tenía hijos. Lo había intentado, pero sus problemas de ovulación se lo impidieron. Consultó a varios médicos y se sometió a varios tratamientos hasta que desistió. Tanto ella como Simón pensaron en adoptar, pero eran tantos los impedimentos que ponían y tan numerosas las exigencias que también desistieron. No querían ser padres de un bebé a los cuarenta años. Se consoló con los sobrinos, y a sus dos perros de raza Husky siberiano que cuidaban y mimaban con verdadero esmero. Por eso decidieron dejar el piso de la ciudad e instalarse en un chalé a la afueras. Quería mucho a Rebeca,

y se lamentó porque su amiga no hubiera tenido más niños. Laura también se quedó con ganas de darle al menos un hermano a su hija, pero después de un aborto, la negativa de Germán a aumentar la familia y el miedo a que volviera a tener otra pérdida, le hizo tomar la decisión de ligarse las trompas. Algo que a su marido, le alegró. Él pensaba que trabajando los dos, criar a una niña, era suficiente. Después de todo, él había sido muy feliz mientras fue hijo único viviendo con sus padres. Y se sintió terriblemente desdichado cuando tuvo que tener un hermano. Quería que Rebeca fuera hija única porque así podrían los dos desvivirse por ella y no tendría competencia con ningún hermano.

Pensar en ello le hacía sentir náuseas. Tanto que ella hubiera querido tener otro hijo. El enfado de su marido al enterarse de su embarazo. Casi podía apostar que se había alegrado de su aborto. Y ahora, con cincuenta y un años, si estuviera vivo iba a tener un hijo con una jovencita que casi podría ser su hija. ¿Acaso pensaba abandonarla por ella? ¿Cómo había sido tan estúpida de no darse cuenta? Y no, no le echaba la culpa a Elsa solamente, porque Germán se había dejado enredar, seducir por su alumna si todo era cierto. Y ahora empezaba a dudar de que fuera una mentira.

32

La verdad era que días antes del accidente, Elsa había empezado a vomitar con regularidad y a notar algo distinto en su cuerpo. No sabía qué hacer, a quién decírselo ni a dónde dirigirse y no deseaba estar embarazada de Germán. Pero si lo estaba, más pronto que tarde tendría que comunicárselo. Compró un test de embarazo y con asombro descubrió que sus sospechas eran ciertas. Tenía que hablar con Germán cuanto antes. Estaba solo de quince días, pero tenía que decírselo.

¿Cuál sería su reacción? ¿Le pediría que abortara? Ella no estaba dispuesta a hacer algo así. Y si Germán no quería al niño, ella sí, aunque tuviera que encargarse sola del bebé. Planeó con cuidado, midiendo todas sus palabras, ensayando para sí misma cómo se lo diría. Se pondría dulce y cariñosa, le hablaría de un posible futuro, los tres juntos. Buscaría el momento más adecuado.

Él no estaba acostumbrado a usar preservativos porque con su mujer no le hacía falta, y no le gustaba tener que utilizarlos, aunque ella los compraba por si acaso. Pero más de una vez se encontraban sin ellos.

—No importa —dijo ella en más de una ocasión—. No pasará nada.

De un día para otro dejaron de usarlos. Él dedujo que estaba tomando la píldora, no le preguntó, pero ella tampoco se lo aclaró. Llevaban casi un año de relación y habían tenido suerte, no tenía por qué cambiar.

Dos días antes de la fatídica noche, decidió hablar con él. Confesó que estaba embarazada, esperando un hijo suyo, Germán se quedó totalmente bloqueado. No esperaba algo así, y aunque el temor de la joven era que entrara en cólera y dijera que no quería saber nada del asunto, su amante, su «profe» como ella lo llamaba, dijo: Y ¿Ahora qué?

Ella lo miró coqueta y acercándose a él, lo besó en los labios para luego susurrarle al oído: «Mi amor, te amo como nunca he amado a nadie en mi vida, y este bebé será el fruto de nuestro amor».

No mentía, lo amaba, era su Dios, lo idolatraba.

Que él falleciera dos días después fue lo peor que le pudo pasar a Elsa. Se pasó horas en la cama, llorando. Suspendió sus clases particulares. Su compañera de piso, Gabriela la encontró desconsolada y con un ataque de nervios. Estaba dispuesta a llamar a un médico, pero Elsa se lo impidió y terminó por contárselo todo para desahogarse.

La muchacha se quedó pasmada cuando, entre lágrimas, Elsa le comentó que el padre del niño no era otro que Germán Álvarez, el profesor de Física de la Facultad. Y no solo estaba casado cuando se enrolló con él, afirmó: Lo peor de todo es que ahora estaba muerto, enterrado en una tumba del cementerio.

—No sé si con el tiempo quisiera tener un hijo, pero ahora no es el momento más apropiado. Tendría que dejar los estudios... —dijo aturdida—, buscar un trabajo en condiciones.

—Y ¿No puedes deshacerte de él? —preguntó la joven.

No respondió nada. Se quedó mirando a la alfombra como ajena a la conversación. Gabriela entendió que no estaba por labor de hacer algo así.

—¿Darlo en adopción? —sugirió entonces.

La idea tampoco le gustó. Debía de ser durísimo tenerlo nueve meses dentro de su cuerpo para después, cederlo y olvidarse de él como si nunca hubiera existido.

—Yo quiero quedarme el niño —dijo con tristeza—, pero tengo veintidós años, no puedo ofrecerle nada. Y tampoco quiero renunciar a mi carrera después de lo que me ha costado llegar hasta aquí. ¡No sé qué voy a hacer! —dijo desconsolada.

—Pues tienes que buscar una solución. Y estar muy convencida de la decisión que vayas a tomar. ¿Lo sabe su mujer? Quiero decir si llegó a enterarse de vuestra relación.

Elsa negó con la cabeza. Realmente no tenía ni idea.

—¿Te dijo que se divorciaría, Elsa?

—Sí.

—Lo típico de todos. Luego al final, nunca lo hacen. ¿Por qué no tomaste precauciones, Elsa?

—Ahora está muerto, y eso sí que no tiene remedio. Y sí, pensaba divorciarse. Pensaba abandonar a su mujer. Queríamos formar nuestra propia familia. Estaba decidido. Iba a llevarme con él a un Congreso de Física en Madrid. Todos se iban a enterar y no le importaba. Me amaba... —dijo sollozando.

—Deberías de hacer una visita al ginecólogo.

Elsa asintió con la cabeza.

33

Elsa volvió a ponerse en contacto con Laura dos días después de su visita a la sucursal. Se citaron con ella en casa de Edward a petición de este porque era el único modo de que Rebeca no apareciera en ningún momento. La recibieron fríamente, tanto como la chica lo hizo con ellos. Cruzaron el hall y se dirigieron al salón.

Ya allí Edward la invitó a sentarse, algo que todos hicieron.

—¿Y, bien? —preguntó él, que se mostraba tranquilo, a diferencia de Laura que estaba hecha un manojo de nervios.

—Lamento si me presenté en su sitio de trabajo sin avisar —dijo excusándose—, pero no sabía cómo hacerlo. Me resulta incómodo estar aquí, porque todo lo que voy a explicarle, no será de su gusto. —Sonrió tensamente—. Usted y yo tenemos algo en común. Las dos hemos amado a Germán y las dos tenemos un hijo suyo. Bueno, yo lo tendré en breve.

Laura se irguió en la butaca mirándola con cara de pocos amigos.

—¿Cómo se atreve a realizar semejante afirmación? —preguntó Edward mirándola fijamente con sus ojos azules.

—Germán y yo tuvimos un romance y ahora voy a tener un hijo suyo.

—Eso es lo más ridículo que he oído en mi vida —exclamó Laura a la defensiva.

—Ya sé que no a usted no le gusta, pero las cosas son como son. Yo espero un hijo de Germán Álvarez Valle.

—Como comprenderá —habló Edward—, no podemos creerlo así sin más. De hecho, cualquier mujer puede presentarse aquí con la misma historia. ¿No cree? ¿Tiene alguna prueba que confirme lo que nos está diciendo?

—Tengo muchas... y si es preciso solicitaré legalmente la exhumación del cadáver, es decir, de su marido. Con el análisis de ADN saldremos de dudas —dijo amenazando.

—¡Basta! —dijo Laura poniéndose en pie—. ¡Me niego a seguir escuchando!

Elsa la fulminó con la mirada.

—¿Usted sabe lo que cuesta ese proceso? —preguntó Edward.

La chica se puso en pie y se enfrentó a ellos.

—Estoy dispuesta a llegar hasta el final. Le recomiendo que hablen con un abogado. Seguimos en contacto.

Dicho esto se dirigió a la puerta de salida dejando a Laura y a su cuñado paralizados.

—Laura, si está dispuesta a perder el tiempo y dinero en demostrar que es hijo de Germán, es que no miente. Dudo mucho que llegue a pedir algo así. Lo ha dicho para asustarnos, para que cedamos...

Ella se dejó caer otra vez en la butaca, desolada. Opinaba como su cuñado, la chica no mentía. Ese hijo que esperaba era de Germán.

—Hablaré con un abogado ¿Te parece? —preguntó él compasivo.

Ella asintió con la cabeza.

Tal y como Edward pensaba, la joven no pensaba llegar a ese extremo. No tenía medios para

hacerlo. Simplemente creyó que esa amenaza era lo suficiente fuerte como para que Laura aceptara la situación. Estaba segura de que al final, vencería.

34

Edward contactó con un amigo suyo abogado y le consultó la situación de Laura sin descubrir en ningún momento la identidad de esta ni de Elsa. Como él y Laura sospechaban si el futuro bebé era hijo de Germán tendría los mismos derechos que los hijos habidos en el matrimonio. Aunque ella había estudiado Derecho, nunca había ejercido como abogada y todo había cambiado mucho desde su licenciatura.

—Y si el niño no es de Germán... —dijo Laura a su cuñado.

—Hay que demostrar que lo es. Eso lo primero. Pero es un procedimiento largo y costoso. Tiene que aportar pruebas como fotografías, cartas, contratos de alquiler... cosas que demuestren que tuvieron una relación.

—Estoy segura de que tendrá fotos —dijo nerviosa—. Tal vez hasta tuvieran un nidito de amor. ¿Te imaginas? ¡Es que no puedo creerlo! —exclamó con desesperación llevándose las manos a la cabeza.

—Y en este caso como Germán no ha sido incinerado, el juez debería aprobar la exhumación del cadáver para las pruebas de ADN. Pero es algo muy lento y complejo, Laura. Y el juez tiene que tener muchas pruebas para autorizar la apertura de una tumba. Esto llevaría mucho tiempo y no creo que esa mujer tenga dinero para meterse en algo así.

—Sea como sea, esto es horrible. Por todo lo que significa, por Rebeca, por ese niño. Y no quiero que tengan que abrir la tumba. Yo siempre pensé en la incineración. Eso es lo que quiero para mí, pero las pocas veces que hablamos del tema, él dejó claro que no lo deseaba. Por eso respeté sus deseos. Jamás me hubiera imaginado que pasaría esto. De saberlo... ¡Cómo ha podido pasar! ¿Por qué no me di cuenta?

—Yo tampoco hubiera imaginado a Germán teniendo una aventura con una alumna —afirmó Edward abrumado.

—¡Tiene seis o siete años más que Rebeca! ¡Podría ser su hija!

—No ha vuelto a llamar, de todos modos.

—¿Crees que no lo hará? —negó con la cabeza—. Llamará, irá a la sucursal, o se presentará aquí. Estoy convencida de que no lo va a dejar pasar.

—No sé qué decirte, Laura. Me gustaría tener alguna prueba. ¿Has buscado en el despacho de Germán?

—No he sido capaz.

—Pues es hora de hacerlo.

Se dirigió al estudio de su difunto hermano seguido por Laura. Estuvieron buscando en los cajones, en las carpetas sin hallar nada. Encendieron el ordenador, y tampoco. Luego ella le comentó que había cambiado la contraseña del correo electrónico. Decidieron probar con fechas, nombres, números.

—Si la cambió es porque esconde algo y no quería que yo lo descubriera.

—Mmm... déjame que piense...

—Bueno, eres un experto en informática. Tienes que saber entrar en su cuenta.

—Espera voy a probar con... —escribió en el teclado y comprobó que el correo se abría —.
¡Lo tengo, Laura!

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

—Mira...

Recordó que cuando era adolescente, Germán era un apasionado de la música de *Elvis Presley*¹³ porque el cantante le entusiasmaba a su padre y este llamaba a su banda *Los Elvis*, esa era su contraseña.

—Nunca se me hubiera ocurrido —comentó Laura mirando la pantalla—. Ni lo sabía. Ya sabes lo poco que Germán hablaba de su padre. A mí, por lo menos.

Lo que más temían, lo encontraron. Diversos *emails* dirigidos a Elsa y respondidos por ella. Y no solo eso, recibos de pagos que su mujer desconocía y reservas de hoteles en los que ella nunca había estado.

—¿Pero qué es esto? ¿Le ha pagado hasta los gastos de un salón de belleza y de peluquería?! — exclamó Laura desolada—. Pero... ¿Le paga el gimnasio?

Edward también estaba perplejo. ¿Hasta qué punto estaba implicado con esa joven? Se preguntó. Era evidente que se había gastado bastante dinero en ella. No quiso leer los *emails* privados entre ambos. Pero Laura abrió uno.

—No, no lo has, Laura. Solo servirá para hacerte daño.

—Sí, Edward. Necesito saber lo que hubo entre ellos. Me niego a aceptar que fuera algo serio. Podría perdonar una infidelidad si fuera pasajera. Pero necesito saberlo —dijo al borde del llanto.

—Yo no quiero leerlos. Hazlo tú. Pero prométeme que no te vas a desmoronar. Leas lo que leas, ya no importa. Germán no está aquí.

—Sí, sí importa Edward. Me importa mucho. Quiero saber con quién he estado casada. Conocer la otra cara de tu hermano.

—¿Estás segura?

—Sí, necesito saberlo.

Él prefirió dejarla sola. Sabía que Laura pasaría un momento atroz con la lectura de los *emails*, pero también comprendía que quisiera descubrir los secretos que escondía el que había sido su marido. Le hizo prometer que lo llamaría si lo necesitaba. Solo había pasado dos días de su encuentro con la joven. Laura estuvo muy disgustada y muy nerviosa. Había recurrido a los ansiolíticos que el médico le recetó después de fallecimiento de Germán para poder dormir. Rebeca también notó el cambio de humor de su madre ese día, saltaba por todo y se enfadaba por cualquier cosa. Pensó que era por Edward y cuando le preguntó si había vuelto con él, Laura aseguró que no.

Rebeca le explicó a Paulo que estaba pasando algo que desconocía. El chico trató de animarla bromeando.

—Ya sabes cómo son las madres. Tendrá la regla.

Ella le miró con rabia.

—Eso es de lo más machista ¿sabes? Así que no seas idiota, Paulo.

Él sonrió y luego la besó en los labios. A ella le encantaban sus besos.

Una semana después, Rebeca se dio cuenta de que las cosas en casa no iban bien. Desconocía el motivo, pero veía a su madre bastante preocupada y nerviosa. Cuando quiso saber la razón, no obtuvo ninguna respuesta. Ahora Edward pasaba todos los días por allí, y muchas veces su madre

y él, se encerraban en el estudio de su padre a hablar, o si estaban en el salón o la cocina también cerraban la puerta. Intentó escuchar, pero solo oía susurros. No entendía que su madre dijera que no habían vuelto a salir, a ella le daba la impresión de que sí. Ante ella se mostraban correctos como si no hubiera nada entre ellos.

Estaba realmente intrigada. Tampoco entendía que Elsa no le respondiera a los wasaps que le enviaba, ni le diera una explicación del motivo de que dejara las clases.

De todos modos al día siguiente ya tenía vacaciones, pero le hubiera gustado despedirse de su profesora particular. Le preguntó a su madre sobre ella.

—Mamá, ¿por qué no me lo ha dicho personalmente o me ha enviado un wasap? ¡No lo entiendo! ¿Es por el bebé que está esperando? Y ¿Le has pagado las clases que hemos dado el último mes? Yo no llevé el dinero. ¿Cuándo la has visto? No me responde a los mensajes. Me está ignorando todo el tiempo.

—No quiero que la llames más. Ni WhatsApp ni nada. ¿Está claro? —preguntó su madre visiblemente enfadada.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa? Es que no entiendo nada —dijo asombrada.

—Porque no y punto. No quiero que hables con ella. ¡Prométemelo! —exigió.

Rebeca la miró pasmada. Si antes no entendía nada, la respuesta de su madre la dejó atónita.

—¿Es una mala persona o algo así, mamá? No lo entiendo. Si me explicaras... Elsa es muy guay, me encantan sus clases y además es tan guapa... —sonrió—. Seguro que el hijo que va a tener va a ser guapísimo, aunque no conozco a su novio. Nunca lo he visto... pero Elsa es... me cae genial. Estará bien ¿verdad? No lo habrá pasado nada...

Si Laura no soportaba escuchar hablar de la alumna de Germán, menos que su hija comentara maravillas de ella. Era lo único que le faltaba por oír.

—Rebeca, déjalo ya. Te pido por favor que no me sigas hablando de esa chica. Y mucho menos que te pongas en contacto con ella. Te lo pido por favor. Y no me preguntes más —volvió a exigir visiblemente enfadada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?... ¡Explícamelo!

—Solo una cosa. ¿Tienes idea de para cuando va a tener el bebé?

—Para julio, me dijo un día. A ella le gustaría que su signo zodiacal fuera Leo, dice que son personas muy seguras y fuertes. Le encantan esos temas esotéricos como a Paulo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

Se encerró en el baño para que Rebeca no viera sus lágrimas. Después de haber leído aquellos *emails*, ver los recibos, las fotos que más tarde descubrió en una capeta dentro de la misma cuenta de correo, estaba claro que la chica no se lo había inventado. Sintió asco al ver unas fotos, donde Elsa aparecía semidesnuda, con grandes escotes enseñando sus atributos, otras más subidas de tono, y otras cuantas en que estaban los dos, selfis que se habían hecho a sí mismos.

Estaba segura de que la joven las tendría también, y muchas más pruebas de las que ella había visto. Era inútil negarlo. La relación había existido.

No se lo había dicho a nadie. Solo Edward estaba al tanto y ambos estaban esperando a que Elsa diera el siguiente paso, si es que lo hacía. Laura entendía que el niño que iba a nacer no tenía culpa de nada, pero le dolía tanto pensar en la situación que le costaba mucho afrontarlo y aceptarlo.

Tanto su madre como Teresa la notaron cambiada, triste y cabizbaja como en las primeras semanas después del accidente.

Tal y como imaginó, Elsa llamó por teléfono para decirle que tenían que hablar. Aconsejada por

Edward, aceptó citarse con ella, pero lo hizo en el apartamento donde vivía la muchacha ya que no deseaba que apareciera Rebeca cuando estuviera hablando. Tampoco quiso que él la acompañara, quería enfrentarse a solas con la amante de su difunto marido.

Elsa le dio la dirección y se citaron al día siguiente a las cinco de la tarde.

Fue en coche porque estaba algo lejos de su casa. Puso música durante el trayecto para no tener que pensar en lo que iba a tener que hablar y escuchar. Llegó puntual y después de buscar aparcamiento, caminó fijándose en los números de los portales. Llamó al timbre y la puerta se abrió sin que preguntaran quién llamaba.

Una joven que no era Elsa estaba esperando en la puerta. La hizo pasar mientras la miraba de arriba abajo.

—Un momento, por favor —dijo mientras le indicaba un sofá para que se sentara.

Después desapareció de su vista. Miró alrededor nerviosa, le dio la impresión de que el piso era pequeño y no podría decir que estuviera especialmente cuidado.

Elsa apareció vestida con un vestido de color azul de premamá. Hizo una especie de mueca tratando de sonreír y le ofreció un café en un gesto de amabilidad. Laura aseguró que no deseaba tomar nada. Tenía que admitir que era una muchacha muy guapa. Llevaba el pelo recogido en una trenza. Los ojos oscuros, los labios carnosos que llevaba pintados de color rojo le hacían sumamente atractiva. Unos preciosos pendientes colgaban de sus orejas. Le parecieron caros ¿Sería un regalo de Germán? Podría ser... ya se esperaba cualquier cosa.

—No, gracias —respondió Laura—. No sabía que compartías piso.

—Es la única manera de poder pagarlo. Las clases particulares no dan para tanto.

La joven se sentó frente a ella. Volvió a repetirle que el hijo que esperaba era de Germán y no tuvo reparo en mostrarle diversas fotos que llevaba en el móvil, en las que ambos aparecían muy acaramelados.

Laura desvió la vista.

—¿Qué es lo que quieres?

—Supongo que sabe que tengo mis derechos.

—¿Tus derechos? —preguntó irónica.

—Este hijo es de Germán. Le guste oírlo o no, su marido iba a dejarla para formar una familia conmigo. Germán se iba a hacer cargo de todo y pensaba reconocerlo como hijo suyo. Lo que necesito por ahora es dinero.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Dinero? —preguntó Laura, sabiendo que eso era lo que le iba a pedir desde el principio.

—Mi hijo tiene los mismos derechos que tiene Rebeca. Debería saberlo.

Laura la miró fijamente.

—¿Sabes que es un largo y costoso proceso demostrar que tu hijo es de Germán como afirmas?

—No es tan largo si la familia de Germán declarara que realmente es hijo suyo. Y no me refiero a usted, me refiero a su madre, tal vez su hermano... Puedo pedir a un juez que ordene hacer una prueba de ADN a los familiares directos de Germán, sus padres y su hermanastro. Y si el resultado es positivo, como lo será sin duda, también que se modifique el reparto de la herencia. Por lo que mi hijo recibirá la misma parte que le corresponde a su otra hija.

Laura cerró los ojos y los abrió en un gesto de incredulidad.

—¿Has hablado con un abogado?

—Tengo una gran amiga abogada, sí. Como verá no pienso quedarme con los brazos cruzados sin hacer nada. Yo amaba a Germán. Y él a mí...

—¿Y por eso te quedaste embarazada?

—Esas cosas pasan. Muchas veces sin quererlo

—Ya... —afirmó Laura poniéndolo en duda.

—No se haga la lista conmigo. Sé que tengo unos derechos y voy a luchar por ellos. Me falta menos de un mes para dar a luz. Como ve no tengo nada. ¿Sabe lo que supone traer un niño al mundo? ¿Los gastos que voy a tener? Las clases particulares no dan para tanto, aparte que no sé si podré terminar las asignaturas que me faltan. No puedo pagar a una niñera para asistir a esas clases. ¿Es que no lo entiende? —preguntó con desesperación—. Tendré que recurrir a los servicios sociales.

En ese momento Laura sintió una pizca de lástima por su situación, pero al mismo tiempo tenía tanta rabia dentro que no fue capaz de mostrar compasión.

—¿No tienes familia que pueda echarte una mano?

Negó con la cabeza.

—Mis padres no viven en España. Necesito dinero. Y me debe el último mes de las clases de Rebeca.

Laura abrió el bolso para coger la cartera. Le dio los cien euros que le debía.

—¿Por qué dejaste que Rebeca viniera a tus clases? ¿Sabías que era hija de Germán? Supongo que sí... —dijo con retintín—. ¿Cómo has podido darle clase a la hija de tu amante con tanta tranquilidad?

—No me di cuenta hasta el último momento y no podía negarme. Necesitaba el dinero. Hasta que no la vi aquí y me comentó la muerte de Germán, no lo supe con seguridad. Y no, no podía perder otra fuente de ingreso, por muy hija de Germán que fuera —contestó sonriendo forzosamente.

—Me sorprendió que en su colegio me recomendaran a la alumna de Germán. Jamás había hecho nada parecido por ningún otro alumno. Has sabido embaucarlo hasta ese punto... —dijo punzante.

Elsa sonrió triunfante. Le sostuvo la mirada y no se acobardó. Todo lo contrario.

—Oiga, Germán no tenía diez años —dijo alterada, alzando la voz—. No era ningún niño. Sabía muy bien lo que hacía y venía a pedirme cada vez más. Se moría por follar conmigo. O ¿qué se cree? No era ningún tonto.

Laura negó con la cabeza. Se produjo un tenso silencio que duró una eternidad para ambas. Se miraron a los ojos.

—¿Qué piensa Rebeca ante la llegada de un hermanito? —preguntó de repente Elsa con malicia.

Laura la miró irritada.

—Rebeca de momento no sabe nada. Y espero por tu bien que no te atrevas a decírselo —dijo indignada.

La joven soltó una risa aguda.

—¿Ahora me amenaza? Ah... quiero que me devuelva el reloj que le regalé para su cumpleaños. Quiero conservarlo.

El reloj que él tuvo la desfachatez de afirmar que se lo había comprado a un nigeriano en la calle porque le dio lastima, pensó ella. Un reloj barato que se ponía todos los días ante su asombro por no elegir los otros dos muchos más caros y sofisticados.

—¿Qué patético! —exclamó sarcástica—. ¿Quieres un reloj de Germán?

—Quiero el que yo le regalé.

—¡Puedes quedarte con el reloj! —dijo furiosa—. Te lo enviaré por una agencia de transportes, si te parece bien. O ¿deseas ir a buscarlo en persona? No vaya a ser que me equivoque y te envíe uno de los buenos.

—¿Se cree muy graciosa, verdad? Usted no tiene ni idea de lo que había entre su marido y yo. Nos amábamos. Llevábamos juntos más de un año. Iba a abandonarla, señora. A ver si se entera

de una vez.

Laura se quedó atónita. ¿En realidad iba a abandonarla por una muchacha tan joven?

—Por favor, le pido que hagamos las cosas bien. Si le queda un poco de dignidad, acéptelo de una vez. ¡Germán iba a abandonarla! —repitió con cierto aire triunfante.

—¿Tú me hablas de dignidad? —preguntó levantando la voz—. ¡¿Cómo te atreves?! ¿Iba a abandonarme por una chica poco mayor que su propia hija? ¿En serio? ¡Por favor! No dudo de que se acostara contigo, una chica joven dispuesta a darle todo a un hombre de cincuenta años que tal vez quisiera demostrar su hombría ante una crisis de edad... pero de ahí, a dejar a su familia, a su hija... ¡Vamos! —Casi gritó.

—¿No quiere creerlo? —preguntó mientras se levantaba e iba hacia el mueble oscuro donde abrió un cajón y cogió unos papeles.

Volvió hasta donde estaba Laura y tendió la mano dándole una serie de *emails* impresos.

—Lea este —dijo—. El último que me escribió el mismo día del accidente.

Laura trago saliva y se dispuso a leerlo.

Para: ElsaPatricia P@gmail.com

Asunto: Mi amor.

Hola, mi amor.

He estado pensando mucho tiempo en lo nuestro. Hoy le diré a Laura que he anulado el viaje que teníamos planeado y cuando vuelva del congreso hablaré claramente con ella y comentaré lo del divorcio. Mi matrimonio ya no tiene sentido. No la amo ni tengo deseo alguno hacia ella. En cambio no puedo dejar de pensar en ti. ¡Te deseo tanto! Y tengo tanta ilusión con ese niño que vamos a tener. Seguro que será un varón y le llamaremos Germán. Hoy se me hará la noche eterna en esa maldita cena que los amigos de mi mujer han organizado. Hubiera preferido estar contigo, pero no podía negarme. Ya te lo expliqué. Pero mañana te compensaré gratamente.

Te quiere

Germán.

Ese no lo había leído porque Germán no tenía la copia en su ordenador. Había leído otros, pero ninguno que la nombrara directamente a ella. Se llenó de orgullo para no llorar, aunque le había partido el alma leerlo. La joven tenía varios más encima de la mesa. Laura no quiso ni mirarlos. Se puso en pie dispuesta a marcharse. No quería seguir allí ni un minuto más.

—Hablaré con mi abogado. Es lo único que puedo decirte de momento —dijo cabizbaja sin mirarla.

Abrió la puerta y se dirigió al ascensor.

—Nos volveremos a ver, señora. Espero noticias tuyas.

No dijo nada ni respondió. Salió a toda velocidad con la mente nublada de pensamientos.

Se dirigió a su automóvil y salió del aparcamiento. Quería concentrarse en la carretera y no pensar en otra cosa. El pie le tembló en el pedal del freno; sintió las manos agarrotadas sobre el volante. Se dio cuenta de que había acelerado y circulaba a demasiada velocidad. Sin querer se saltó un semáforo en rojo, justo cuando pasaba un coche de la guardia civil de tráfico. Le hicieron señales para que parara. Ella obedeció, nerviosa. Bajó la ventanilla viendo que el hombre se acercaba.

—Buenas tardes —dijo—. El carné de conducir y la documentación del coche.

Se lo dio mientras lo miraba inquieta.

—Tiene mucha prisa por lo que se ve, señora —comentó con voz seria.

Se excusó diciendo que no había visto el semáforo. El otro guardia se bajó del coche y se acercó a su compañero. Después de diez minutos en que estuvieron escribiendo, como si redactaran el testamento pensó Laura, le devolvieron la documentación acompañada de una multa que debería pagar en los días siguientes. Estuvo a punto de echarse a llorar, no por el dinero, sí por la situación. Nunca le habían puesto una multa, nunca se había excedido en la velocidad ni jamás se había saltado un semáforo. Todo era consecuencia de la tensión vivida poco antes en la conversación con Elsa.

Estaba nerviosa y sentía una intensa frustración. Tuvo que aminorar la marcha, y centrarse para llegar a casa sin más problemas. Cuando por fin aparcó el coche en la plaza de garaje sintió una gran angustia y una necesidad atroz de llorar. Estuvo largo tiempo dentro hasta que consiguió calmarse.

¿Cómo era posible que le estuviera pasando algo así? Como si hubiera sido poco perder a Germán, la relación tan terrible con su hija y ahora esto... tener que admitir que su marido la había engañado con una alumna durante un año y no había sido capaz de darse cuenta. ¡Qué estúpida he sido! Exclamó para sí. ¿Por qué no habría hecho caso a ese sexto sentido que le decía que había otra mujer? Porque en el fondo veía a Germán incapaz de hacer algo así. ¿Cómo decir ahora a todos que el recto, prestigioso, catedrático Germán Álvarez Valle se había liado con una chica tan joven e iba a ser padre a su edad? No se sentía capaz de asimilarlo y estaba realmente angustiada ante la situación.

¹³ - Elvis Presley: fue uno de los cantantes [estadounidenses](#) más populares del [siglo XX](#) considerado como un icono cultural y conocido ampliamente bajo su nombre de pila, Elvis. Se hace referencia a él frecuentemente como «*El Rey del rock and roll*» o simplemente «*El Rey*».

35

El resto del día y al siguiente, las imágenes de Germán aparecían en su cabeza y no deseaba que le asaltaran los recuerdos. Y tampoco quería pensar en ese maldito *email* que Elsa le había mostrado, pero no pudo evitarlo. No pudo hablar con Edward esa noche porque él estaba de viaje por trabajo, así que se lo guardó todo para ella sola. Teresa la encontró demasiado callada, con la mirada afligida y sonrisa perdida. Aunque le preguntó si le pasaba algo, Laura aseguró que estaba bien. Sin embargo mostraba signos evidentes de haber estado llorando.

Ya por la tarde se sentó en la silla del estudio de su marido y miró alrededor. Contempló su foto y en ese momento sintió tanta rabia que a punto estuvo de estrellarla contra el suelo. ¿Por qué me has hecho esto, Germán? Podía hasta perdonarle una infidelidad, pero tener que leer aquel *email* en que decía claramente que iba a abandonarla después de tantos años, tantos momentos, tanto vivido... le partía el corazón pensarlo. Si no hubiera ocurrido el accidente, se encontraría en una situación similar, sola con Rebeca, mientras su padre disfrutaba de una piel más joven y esperando un bebé. El hombre por el que había dado todo pensaba dejarla tirada sin pensar ni siquiera en el dolor que hubiera causado su abandono. Tanto como su muerte o peor, porque la muerte no tenía regreso y no quedaba más remedio que vivir con ello, pero tener que verlo con otra mujer, con otro hijo...

Estaba ensimismada en esos pensamientos cuando sintió los pasos de Rebeca que llegaba de la calle.

—Mamá...

Hizo un esfuerzo por salir al pasillo. Rebeca no venía sola. Paulo la acompañaba.

—Mamá, vamos a estar en la habitación con el ordenador un rato. Luego iremos al cine. A la sesión de las diez y media. ¿Me dejas, verdad?

—Vale. Hola, Paulo —dijo tratando de sonreír.

El chico saludó sonriente.

Laura no podía negarse. Rebeca había traído unas notas estupendas. Se había esforzado mucho y había superado las dificultades del primer trimestre de curso.

Los chicos entraron en la habitación y ella también en la suya. Cerró la puerta y se tumbó sobre la cama, rodeándose el cuerpo con los brazos, con la ropa puesta a excepción de los zapatos. Se quedó mirando al techo, preguntándose cómo iba a decirle a su hija que su padre la había engañado con Elsa y que para colmo, la joven iba a tener un niño que sería su hermano.

El sonido del timbre hizo que se pusiera en pie.

—¡Mamá! ¡Llaman! —escuchó decir a Rebeca desde la habitación.

Cuando abrió la puerta se encontró con su madre, que llegaba de visita. En ese momento era la persona que menos necesitaba ver.

—Hola, mamá —dijo desganada.

—No hay quién te vea el pelo, Laura. Parece que vives en otro mundo —protestó su madre tras darle un par de besos.

Después de que la mujer se quitara la chaqueta y dejara el bolso sobre la mesa del salón,

preguntó por su nieta.

—Está en su habitación —respondió—. Voy a poner la cafetera —añadió dirigiéndose a la cocina.

Leonor sonrió y fue al cuarto de su nieta para saludar. La expresión de Rebeca al ver a su abuela fue de auténtica alegría. Se puso en pie para darle un abrazo y le presentó a Paulo como un compañero de clase, explicando que estaban jugando con el ordenador.

—Bueno, pues entonces no os molesto.

—Abuela —dijo la muchacha en voz baja—, no sé qué le pasa a mamá, pero ayer estuvo llorando. Mira a ver qué le ocurre. Lleva mucho tiempo como muy rara... no quiere contarme nada.

—No te preocupes. Ya hablo yo con ella.

Laura estaba en la cocina preparando el café. Su madre entró sonriente.

—Tu hija está preocupada por ti.

Laura no contestó.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, mamá. No me ocurre nada.

—Rebeca me ha dicho que has estado llorando ¿Te pasa algo?

Por un lado deseaba contarle a su madre todo lo ocurrido, pero por otro sabía que se echaría a llorar como cuando era una niña pequeña buscando su consuelo, y seguro que Rebeca se acabaría enterando. Además, estaba Paulo. No era el momento.

—¿Tienes problemas? —preguntó su madre con gesto de preocupación.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Es el trabajo? ¿Rebeca? ¿Edward otra vez?

—No insistas, mamá. No te lo voy a decir.

—Me dejas mucho más preocupada diciéndome eso.

Laura sirvió el café y se sentó frente a ella. Sopló el contenido de la taza con los codos en la mesa y la espalda encorvada.

—¡Qué calor hace hoy! —dijo por decir algo.

—Sí, demasiado para estar en junio —afirmó su madre.

Laura se frotó la frente cansada. Leonor la observaba. Estaba pálida como si el sol de esa casi acabada primavera se negara a posarse en su piel.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Laura se levantó y fue a abrir. Leonor escuchó una voz masculina. Apurada tomó el último sorbo del café y salió de la cocina para dirigirse al salón con lentitud. Espió tras las esquinas y reconoció a Edward. No pudo apartar la vista de ellos. Él no la podía ver; tenía los ojos cerrados y la cara medio escondida en el pelo de Laura. Estaban en silencio, abrazados. Leonor dio la vuelta con sigilo y entró de nuevo en la cocina. Escuchó la voz nerviosa de su hija, aunque no podía distinguir sus palabras. Hablaba demasiado bajo. Después sintió unos pasos, los dos entraron. Edward saludó a Leonor con voz grave. Parecía preocupado.

—Hola. ¿Qué tal está, Leonor?

—Bien —respondió secamente—. Por un momento se ablandó y quiso sonreír, pero luego se acordó de su nieta, que lo había encontrado con su madre en la cama y no pudo evitar torcer el gesto. Luego miró a Laura que le sirvió una taza de café a él, y ella continuó con el suyo que había dejado a medias. Él no dejaba de observarla. Estaba deseando que le contara la conversación que había tenido con Elsa. Seguramente habría sido horrible la visita a la joven. La miró con auténtico amor. Solo le apetecía estrecharla entre sus brazos, consolarla con sus besos. Sentía un impulso de protegerla, pero la presencia de Leonor se lo impidió. Estuvieron bastantes callados los primeros

minutos, concentrados en la taza de café como si no hubiera nada que decir. El ambiente era tenso hasta que la mujer rompió el silencio preguntando por Adela.

Salvaron la situación hablando de cosas de familia, aunque Laura permanecía más callada que de costumbre. Leonor se dio cuenta de que sobraba. Era evidente que la pareja quería estar a solas, así que poco después, se despidió de ambos y fue a hacerlo también de su nieta. Cuando por fin se quedaron solos. Laura se abrazó a Edward.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo fue? ¿Qué te dijo?

Con la puerta cerrada y hablando en voz baja, Laura le relató a su cuñado todo lo ocurrido en el piso de Elsa, todo lo que habían hablado y que la joven estaba dispuesta a demostrar que el niño era de Germán.

Le dolía más el daño que podría hacerle a Rebeca cuando se enterara que otra cosa. Después de todo el bebé no tenía la culpa de nada. La única culpa era de su difunto marido y de la joven. Ambos habían sido unos inconscientes. ¿Acaso no sabía que existían métodos anticonceptivos?

—Tal vez buscó ese niño a propósito —susurró.

—Eso ya es lo de menos. Sea como sea, va a nacer un hijo de Germán. Yo te aconsejo que hables con un abogado y que lleguéis a un acuerdo entre las dos. Es una locura meterse en un contencioso cuando sabemos que la joven no está mintiendo, y con ese *email* que dices que has leído, está más que claro. Lo aceptarán como prueba, más todas las cosas que pueda tener que desconocemos, desde fotos hasta que sé yo...

—Y cuando inscriba al niño en el registro tendrá que hacerlo con el apellido de Germán...

—Así es...

—Si no me quería ¿por qué se casó conmigo? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy seguro de que te quería, Laura. No digas eso —dijo compasivo.

—Entonces se cansó de mí y buscó una piel más joven. Está claro —aseguró irritada.

—Tal vez se enredó sin querer con esta chica. ¡Quién sabe lo que pasó! O cómo fue. No lo sabemos, Laura. Pero no te mortifiques. Las cosas son como son y no podemos hacer nada, Laura —dijo compasivo.

—Ya. Una chica joven y guapa... para un hombre de cincuenta años... ¡Qué más podía pedir! Sois tan, tan... primitivos...

Edward la abrazó.

—No nos metas a todos en el mismo saco —bromeó—. No todos somos iguales.

—¿Por qué no me enamoré de ti, Edward? —preguntó mirándolo a los ojos—. Sois tan diferentes... Por qué no intentaste acercarte a mí si dices que te gusté desde el primer día que me conociste? Tal vez hubiera sido muy distinta mi vida.

—Porque eras la novia de mi hermano. Y eso era sagrado. Nunca me hubiera interpuesto entre vosotros por mucho que te amara. Y si Germán siguiera vivo tampoco lo habría hecho...

Ella asintió con la cabeza.

—Pero piensa en las cosas buenas que has tenido y vivido con él. Piensa en que tienes una hija preciosa que es de los dos —comentó él tratando de animarla.

Ella medio sonrió.

—No quiso tener más hijos, ¿Sabes? Cuando tuve aquel aborto, se enfureció al enterarse de mi embarazo. No deseaba más hijos. Decía que con una era suficiente... creo que en el fondo se alegró de que lo perdiera.

—No digas eso. Si hubiera nacido lo querría como a Rebeca.

—Y ahora estaba dispuesto a tener un bebé, con cincuenta y un años... ¡Es de locos! ¡Cómo no me di cuenta!... últimamente pasaba de mí en todos los sentidos, Edward. Pensé que estaba

pasando por una crisis. Él se justificaba con que estaba estresado. Llegué a mirarme desnuda ante el espejo preguntándome qué había cambiado. ¿Por qué no me deseaba? ¡Qué tonta fui! Me sentía tan mal... y luego anuló nuestro viaje para ir a esa conferencia. Iba a ir con ella, con Elsa. Todos se iban a enterar de que eran amantes, todos menos yo, porque como decía el *email*, cuando volviera me pensaba pedir el divorcio. ¿Cómo crees qué debo sentirme, Edward?

Él la abrazó de nuevo.

—Déjalo ya, no le des más vueltas.

—Antes de que nazca el niño, habrá que decírselo a tu madre, y a mis padres. También a Rebeca... y no sé cómo decírselo —dijo angustiada.

—Yo hablaré con mi madre. Y tú deberías hablar con los tuyos cuanto antes. Hay poco tiempo para solucionarlo todo. Puedo hablar con un notario muy amigo mío, e intentar que todo se haga con rapidez, Laura. Cuando primero terminemos con esto mejor.

—Sí, supongo que tendrá que ser así —afirmó con desgana.

Esa misma noche, Adela tuvo que sentarse para poder asimilar lo que Edward estaba relatándole. No daba crédito. Le preguntó mil veces si estaban seguros de que eso era cierto. Puede que la chica se lo estuviera inventando para obtener beneficios, dinero —llegó a decir—, pero Edward le aseguró que había pruebas suficientes para demostrarlo.

—Tu hermano no era de ese tipo de hombres. Era un hombre recto... ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Liarse con una alumna y luego dejarla embarazada? —dijo entre sollozos.

—No lo sé, mamá. Pero el caso es que ese hijo es de Germán. Ni Laura lo duda ya.

—¡Laura! Tiene que estar destrozada... —se lamentó—. ¿Y Rebeca?

—No lo sabe aún. Queríamos que lo supierais vosotros primero. Laura se lo explicará mañana a sus padres. Rebeca de momento es mejor que no se entere.

Los padres de Laura tampoco podían creérselo. Les parecía imposible de Germán. También se mostraron preocupados por Rebeca. Dos días después se reunieron todos los adultos para hablar en conjunto del tema. Ambas abuelas volvieron a mostrar una gran preocupación por la chiquilla.

—Se lo diremos, pero por ahora, no. Vamos a solucionarlo todo. Hemos hablado con la chica y llegaremos a un acuerdo con los abogados. Tenemos que citarnos con un notario para hacerlo todo legal —comentó Laura.

—Y tanto tú como yo, mamá, tendremos que decir que ese hijo es de Germán, para que pueda inscribirse en el registro con su apellido —prosiguió Edward dirigiéndose a su madre.

—Si no hay otro remedio... —murmuró mirando a su nuera con tristeza.

—Y ¿qué pasa con la herencia? —preguntó Leonor preocupada.

—Según establece el Código Civil —respondió Laura—: La herencia se paga con bienes de la herencia.

—Eso quiere decir que...

—Quiere decir que si en la herencia hay dinero suficiente para hacer frente a la cantidad que le corresponde hay que dárselo. Si en vez de dinero fueran inmuebles se le adjudicaría una participación en los mismos equivalente al valor que le corresponde. En todo caso se va a llevar un buen dinero —dijo con tristeza.

Todos se quedaron en silencio. Después de dividir lo que correspondía al nuevo hijo, Laura se iba a quedar con menos recursos económicos de los que contaba. Daba gracias al cielo de que al menos tuviera trabajo para poder afrontar todos los gastos y los dos años de hipoteca que le faltaban por pagar.

—Así es la ley —comentó Edward.

Todos se miraron con gesto preocupado. Se quedaron en silencio de nuevo. Cada uno pensando en todo lo que suponía la situación.

Edward y Adela se despidieron. Laura prefirió quedarse un poco más con sus padres a los que veía realmente disgustados.

—No puedo creer que Germán te haya hecho algo así —murmuró Leonor—. No parecía de esa clase de hombres. ¡Cómo nos ha engañado!

—Yo me he callado por respeto a Adela, que a pesar de todo es su madre, pero Germán ha sido un sinvergüenza y un cabrón, Laura. Dime, ¿Estáis seguros de que ese hijo es suyo? —preguntó mientras iba de un lado a otro del salón.

—Lo es, papá. No le deis más vueltas. La realidad es la que es y no se puede cambiar —afirmó Laura.

—Y que tengas que repartir la herencia de Rebeca con una desconocida... —dijo alterado Pelayo—. A saber si buscó ese hijo a propósito...

—Sea cómo sea. Ella tampoco podía saber que Germán se iba a morir al poco tiempo —comentó su mujer—. ¡Menuda zorra! Y ¡Menuda situación! Si estuviera vivo iba a estar casado contigo teniendo un hijo con otra —exclamó mirando a su hija.

—Mamá, Germán pretendía dejarme. Nos iba a dejar a mí y a Rebeca para irse con esa chica —dijo Laura con voz ahogada.

Sus padres se quedaron mudos. Pelayo se sentó en el sofá al lado de su mujer. No daban crédito.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso él te dijo algo? —preguntó Leonor angustiada.

Laura negó con la cabeza, pero les relató lo del *emails* encontrados en el ordenador y el que la misma Elsa le había dejado leer en su casa. También confesó que era a su alumna a quien iba a llevar a la conferencia de Física y hasta que había anulado su viaje de aniversario a París.

A Leonor se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, cariño! —exclamó angustiada.

Pelayo tardó en reaccionar. ¿Estaban hablando de la misma persona? ¿Del prestigioso Germán? Ahora le resultaba un auténtico desconocido. Se levantó airado del sofá.

—¡No quiero saber nada de esa mujer y de ese niño! Por muy hermano de Rebeca que sea, para mí no existe —dijo furioso—. Y tú, Laura, deberías de hacer lo mismo. No tienes que tener trato con esa joven. ¡Qué se vayan al infierno! Para mí están tan muertos como Germán. Haz lo que tengas que hacer, pero no me volváis a hablar de este asunto. Y Rebeca, mejor que no se entere de nada. ¿Para qué? Seguid con vuestra vida y olvidadlo todo —dijo saliendo del salón furioso.

Laura miró a su madre.

—Trata de apaciguarlo, mamá —dijo Laura—. Sabes que no le conviene disgustarse.

Su madre asintió. Su marido padecía del corazón y no era bueno que se alterara demasiado. Las dos se abrazaron. Leonor volvió a repetir lo mucho que sentía la situación.

—Tengo que irme. Es muy tarde. No os amarguéis porque no sirve de nada —dijo Laura tomando el bolso que había dejado colgado del perchero.

Ya en el ascensor Laura se sintió mejor. Por fin había podido decir a sus padres todo lo que estaba pasando. Había sido como una liberación para ella.

Por más que Leonor trató de sosegar a Pelayo, este estaba tan enfadado que insistió en que para él, esa mujer no existía, y no tenían por qué tener trato alguno con la joven. Le sugirió a su mujer

que hiciera lo mismo. También Laura y Rebeca deberían tomar la misma opción. Acabaron discutiendo entre los dos, porque aunque su mujer pudiera entender sus sentimientos, aclaró que lo que hicieran Laura y Rebeca era asunto de ellas. Ellos no podían entrometerse.

—Pues mi consejo es que no traten con esa joven. Y se lo diré a Laura las veces que haga falta. Ahora espero que no venga tu hijo con el cuento ese del perdón y esas tonterías. Porque es muy capaz. Y cuando se entere, seguro que se pondrá en plan «santón» a decir sandeces —afirmó convencido.

—Que yo sepa, Mateo también es hijo tuyo, Pelayo —respondió enfadada su mujer.

Aunque Pelayo era un hombre muy calmado, aquella situación le podía. Volvió a hablar con su hija varias veces para tratar de convencerla de que no tuviera trato con Elsa y que era mejor que Rebeca nunca llegara a enterarse de nada. Trataba de persuadirla para que siguieran con su vida y se olvidarán del asunto. Pero Laura no estaba de acuerdo, tarde o temprano se lo tenía que decir a Rebeca. Si lo descubriese después de pasar años, seguro que no se lo perdonaría. Leonor la comprendía, lo mismo que Mateo, pero su padre no entraba en razón.

Edward y Laura se reunieron con los abogados para dejar claro el asunto de cómo se tenía que proceder para solucionarlo. Elsa estaba radiante de felicidad, mientras que Laura se mostraba cabizbaja y Edward demasiado serio.

No tenía mucho tiempo, ya que el niño tardaría poco en nacer y querían acelerar y terminar cuanto antes todo el proceso, por eso Edward había recurrido a sus amistades para adelantar los trámites.

Elsa salió triunfante de los acuerdos tomados. El niño llevaría el apellido de Germán y tendría los mismos derechos que la hija habida en el matrimonio. Todo el acuerdo se hizo ante un notario como pedía la ley. En cuanto naciera el niño, Adela y Edward se encargarían de inscribirlo en el registro civil y recibiría su parte de la herencia.

Laura se dirigió a Elsa para decirle que cuando terminara todo no deseaba volver a verla.

—¿Va a privar a su hija de conocer a su hermano? Sería una lástima.

Laura se dio la vuelta y fue en busca de Edward que la esperaba junto al ascensor sin responder nada.

Esas últimas semanas habían sido una locura, un ajeteo constante de idas y venidas con citas de abogados, notario... Tuvieron que visitar varios despachos en un mismo día. Laura terminó agotada.

Él la miró compasivo.

—Lo peor ya ha pasado, Laura.

—¿Tú crees? —preguntó ella dudándolo—. Yo, a estas aturas ya me espero cualquier cosa. Además ten en cuenta que Rebeca no sabe nada aún.

—Ya...

—Mi padre insiste en que no le diga nada, pero no quiero más mentiras ni más secretos. Lo pasará mal me imagino, pero tiene que saberlo —aseguró.

—Y es mejor que lo sepa por ti. No por ningún otro.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias por todo, Edward. Sin ti no creo que hubiera podido manejar todo esto.

—Vayamos a tomar algo.

—No puedo —dijo sacando el móvil del bolso—. He quedado con Rebeca para ir de compras.

Edward la observó mientras hablaba con su hija. A pesar de que tenía un semblante triste, la encontró guapísima. Sonrió mientras la miraba. Después decidió acompañarla con el coche hasta el lugar donde había quedado con su sobrina. Se despidieron con dos besos afectuosos. Ella volvió a darle las gracias.

La siguió con la mirada hasta perderla de vista al dar la vuelta a la esquina. Todavía le costaba creer que su hermano estuviera dispuesto a dejarla para irse con Elsa. Sin duda estaba completamente loco, pensó mientras ponía el coche en marcha.

36

Ajena totalmente de todo Rebeca estaba disfrutando de las vacaciones, de la playa, del sol y sobre todo de Paulo.

Esa tarde al volver de la playa fueron a casa del chico. Estaba solo porque los padres se habían ido unos días de viaje.

Aunque en un principio no iban con la idea tener su primera experiencia sexual completa terminaron por sucumbir a la tentación.

Acostados en la estrecha cama de Paulo, se besaron y acariciaron sin pudor ni rubor alguno. El chico había comprado preservativos y por primera vez desearon llegar hasta el final. Él le preguntó si de verdad quería hacerlo y ella le dijo que sí.

Ambos estaban nerviosos. Fueron excesivamente torpes en un principio, pero poco a poco perdieron el miedo desprendiéndose de casi todo lo que les quedaba de inocencia. Ella casi no notó nada, pero se sintió feliz. Seguro que las siguientes veces, sería mejor.

—Te quiero tanto, Paulo —dijo al terminar.

—Yo también te quiero, Rebeca. Y quiero pasar contigo toda la vida.

Ella sonrió al escucharlo.

Ambos eran conscientes de que en el futuro podrían seguir juntos o con las vueltas que daba la vida, tal vez no saliera así. Pero mientras tanto se dedicarían a amarse y entregarse el uno al otro porque ante todo estaban seguros de su amor. Los dos tenían esperanza de que cuando terminaran la Universidad, con el tiempo podrían formar una familia.

—Quiero que nos hagamos el tatuaje —dijo ella.

—Pero tu madre...

Ella se encogió de hombros.

—Puede que se enfade, pero se le acabará pasando. No te preocupes.

Se quedaron acurrucados el uno junto al otro besándose y acariciándose hasta la hora en que Rebeca tenía que volver a casa.

Encontrarse a Edward no fue lo que más agradó a la chica. Seguía sin entender qué había entre ambos. Ese tiempo que se habían dado, según su madre, para aclarar sentimientos había sido excesivamente corto, y seguían sin mostrarse afectos que le pudieran hacer creer que eran pareja de nuevo, algo que no acababa de comprender.

Aun así sonrió al verlos. Volvía feliz y radiante por haber hecho el amor con Paulo. Y lo demás le importaba bien poco en ese momento. No podía decirle nada a su madre porque seguro que se lo tomaría muy mal, a pesar de todo lo liberal que se suponía que era, y mucho menos a sus abuelas que se escandalizarían. Como mucho se lo contaría a Bea, su amiga porque confiaba mucho en ella. Sabía que no lo iría comentando por ahí, y tanto Paulo como ella habían acordado que era algo íntimo que solo les importaba a ellos.

Eso le gustaba de Paulo. Que fuera reservado, que no se pavoneara con sus amigos de lo que hacía o dejaba de hacer con ella. Pues sabía de otros que hacían todo lo contrario hasta el punto

de hacerse fotos o grabarse con el móvil para pasarlo luego a los amigos.

Estaba en una nube hablando por el WhatsApp con Bea cuando su madre la llamó para cenar. Edward se había ido, así que cenaron solas en un profundo silencio. Notó una vez más que su madre estaba muy rara. ¿Acaso seguía enfadada con ella por todo lo ocurrido? Se sintió mal al pensar que fuera por eso.

—Mamá...

Laura la miró y trató de sonreír.

—¿Sí?

Le preguntó directamente si había vuelto a ser pareja de su tío.

—Solo somos amigos... cuñados para ser más exactos. Es mejor así.

Rebeca se preguntó si lo diría en serio o solo estaba fingiendo. Observó cómo su madre retiraba el plato sin terminar la cena. Últimamente parecía tener menos apetito, y se veía triste.

—Mamá.

—¿Qué? —preguntó con desgana.

—¿A dónde vamos a ir de vacaciones? ¿Has reservado algo?

Todos los años solían ir de vacaciones los tres. Una vez a alguna playa del Sur o al Mediterráneo, o un viaje a alguna ciudad europea. Rebeca estaba ilusionada con conocer Nueva York, y aunque ya no estaba su padre, pensó que era una buena oportunidad para ir las dos juntas.

—No, cariño. Este año no podemos ir a ningún sitio.

Su hija la miró con extrañeza.

—Aunque no sea a Nueva York, mamá.

Su madre negó con la cabeza.

—Este año no podemos permitirnoslo.

—Pero habías dicho...

—Sí, pero las cosas no han salido como yo esperaba. Y no puede ser.

Se levantó, recogió el plato y después de ordenarle que terminara de cenar, desapareció rumbo a la cocina. Rebeca se quedó en el comedor y lanzó un suspiro. Por un lado no le apetecía irse y estar sin ver a Paulo, pero por otro, le encantaba la idea de irse con su madre, las dos solas a algún sitio. No entendía por qué no podía ser, cuando ya habían hablado de ello hacía mucho tiempo.

Volvió a insistir preguntándole otra vez cuál era el motivo de ese cambio.

—¡No podemos, Rebeca! —respondió su madre irritada—. Tengo muchísimos gastos y no puedo.

—¿Qué gastos? —preguntó su hija con curiosidad.

—¡Por favor, déjalo ya! ¿Quieres? Iremos el año que viene, si todo va bien. ¿Vale? Pero este año, no. Y cállate ya.

«Pues sí que estaba de mal humor», pensó Rebeca.

A quien ya no pudo seguir ocultando lo ocurrido fue a Teresa. Días después su amiga le preguntó si le sucedía algo, ya que como Rebeca, la veía distinta, seria, triste, y muy rara. Parecía que no tenía tiempo ni para quedar a comer, ni para verse como antes. Teresa estaba realmente preocupada y se había presentado en su casa una tarde para tratar de conseguir que salieran a dar un paseo y a tomar algo, aprovechando el espléndido día de sol. Pero Laura insistió en que se quedaran en casa.

—Ya que estamos solas, tengo que contarte una serie de cosas que me han ocurrido, Teresa — dijo mientras sacaba unas latas de bebida de la nevera.

—Pues, sí. Ya va siendo hora de que me expliques qué es lo que ocurre, porque te he visto muy rara últimamente.

Laura puso unas aceitunas en un plato para acompañar las bebidas, Ya sentadas en el salón, Laura empezó a contarle todo lo ocurrido. Según escuchaba, Teresa iba cambiando de expresión.

—Una alumna enamorada de su profesor —dijo Teresa en un momento que Laura hizo una pausa para beber un trago de cerveza—, no sería el primer caso.

—No es una alumna enamorada de su profesor, es una alumna que espera un hijo de su profesor —contestó Laura irritada—. Es muy distinto, Teresa.

—¿Estás segura de eso?

—¡Y me ha pedido un reloj...! —exclamó—. ¡Un miserable reloj que le regaló en su cumpleaños! Cuando él tuvo la desfachatez de decirme que se lo había comprado a un nigeriano que lo paró en la calle, porque le dio lástima y por hacerle un favor! ¿No es patético?

—Pero ¿Qué pruebas tienes? ¿Solo la palabra de esa joven?

Laura negó con la cabeza.

—Hay fotos, reservas de hoteles, hasta recibos de peluquería... ¡Le pagaba la peluquería y tratamientos de belleza! Y también el gimnasio...

—¿El gimnasio? —preguntó incrédula.

—¡Me iba a dejar por una mujer a la que le pagaba el gimnasio siete años mayor que Rebeca! Cada vez que lo pienso...

—Eso es lo que ella dice... pero, ¿Estás segura de que es verdad?

—No miente —afirmó rotunda—. He leído los *emails* que se intercambiaban. Era a ella a quien pensaba llevar al congreso ese famoso por el que anuló nuestro viaje. En otro *email* que ella me mostró le escribía claramente que hablaría conmigo para poner en marcha el divorcio. Tiene decenas de fotos con Germán, y él en su ordenador también escondía otras cuantas. Fotos muy subidas de tono donde ella enseñaba bien sus atributos... —aclaró haciendo una mueca de hastío—. Ahora se entienden muchas cosas, Teresa. Por eso pasaba tanto de mí sexualmente, vendría agotado de estar con ella... el muy cabrón...

—Me dejas de piedra, Laura. Entonces tus sospechas eran ciertas.

Laura asintió con la cabeza.

—¿Quién lo sabe?

—Menos Rebeca, toda la familia. Ya hemos puesto todo en manos del notario. Y se va a hacer todo legalmente. El niño tendrá el apellido de Germán y cuando nazca se la hará la transferencia de la parte de la herencia que le corresponde. Con lo que me quedo, no en la miseria, pero bastante más ahogada —suspiró—. Todavía me quedan dos años para terminar la hipoteca, los gastos de estudios de Rebeca. Este año veo difícil las vacaciones.

—Me dejas atónita. No me podía esperar algo así...

—Pues imagínate cuando me enteré. No quería admitirlo de ningún modo. Y lo peor es que no sé cómo se lo voy a decir a mi hija, Teresa.

—Cuando termine esto vete a algún sitio con ella. Relájate y olvídate de todo. Te vendrá bien. Pero sí, tienes que salir de aquí, aunque sea una semana. Hazme caso. Se te ve cansada, Laura.

—No lo sé, Teresa. Ya veré... Pensábamos en ir a Nueva York, pero no va a poder ser. Es demasiado caro. Rebeca está loca por ir, pero tendremos que dejarlo para otra vez —dijo encogiendo los hombros.

—Puedes ir mucho más cerca, pero sal de aquí. Lo necesitas, Laura. Estás aquí enclaustrada

todo el día. Trabajo y casa, no haces otra cosa —aseguró su amiga—. Mira alguna oferta. Siempre hay... Te vendrá bien. Hazme caso.

—No tengo ánimos para nada. Me siento tan, no sé...tan desilusionada con todo.

—¿Y qué pasa con Edward?

—Me está ayudando mucho, pero no quiero más problemas. Ya tengo suficientes, Teresa. No quiero más disgustos con Rebeca ni con el resto de la familia. Y sobre Edward, ya no sé ni lo qué siento. Digamos que fue fantástico mientras duró, pero nada más.

—Mmm... deberías darte otra oportunidad. Os lo merecéis. Los dos, tanto él como tú.

—No lo sé. De momento estoy muy bien así.

—No lo creo, pero en fin... tú misma.

Elsa tuvo a su hijo dos semanas después de lo previsto. Tal y como tenían acordado el niño se inscribió en el Registro Civil con el apellido de Germán. Edward y Adela se encargaron del trámite. Adela tuvo que conocer a la joven, debido a las circunstancias, pero ambas se mostraron frías la una con la otra. Fue solo un instante y como el niño estaba en ese momento en el nido del hospital, la mujer no llegó a verlo, ni Edward tampoco. Días más tarde también se realizó la transferencia a la cuenta bancaria de la chica, la parte de la herencia correspondiente.

Aunque tanto la familia de Germán y de Adela entendían que el niño no tenía la culpa de nada, en un principio se mostraron reacios a conocerlo. Elsa tampoco intentó ponerse en contacto con ellos ni con Laura. Había conseguido su objetivo, no solo tenía un hijo de Germán también tenía una considerable suma de dinero. Lo demás le traía sin cuidado.

Siguió en el mismo piso que compartía con su amiga y no le comentó nada a su familia del nacimiento del bebé. Se matriculó de tres asignaturas para el curso siguiente que le habían quedado y seguiría con las clases particulares a las que cada vez se sumaban más alumnos.

El niño era una mezcla de Germán y ella. Con pelo oscuro y la piel canela. Pero de ojos color miel y de forma almendrada como los de Germán.

Laura seguía sin afrontar el tema de decírselo a Rebeca a pesar de que toda la familia, menos Pelayo, le sugería que lo hiciera. Ahora que las cosas estaban más suavizadas entre las dos, temía que confesarle que su padre había dejado embarazada nada menos que a su profesora particular, y que desatará una nueva tormenta.

Aunque Edward demostró su deseo de reiniciar la relación con ella. Laura no se mostró interesada en ese momento. Tenía tal grado de emociones contradictorias y confusas que ya no sabía distinguir lo que realmente sentía por él.

Rebeca seguía cada vez más enamorada de Paulo. Por fin se decidieron a hacer el tatuaje. Eligieron el signo del infinito como habían acordado al que añadieron un corazón. Era más bien pequeño. Los dos llegaron a casa de Paulo con la muñeca vendada. La madre del chico no mostró enfado alguno ni le molestó, pero Rebeca sabía que con su madre no iba a ser igual. Y no lo fue.

Cuando Laura la vio con la muñeca vendada se temió lo peor.

—Rebeca ¿Qué es eso? No me digas que te has hecho un tatuaje —dijo alterada.

—Sí —respondió sin inmutarse.

—¿Acaso te he dado permiso? ¿Has falsificado mi firma para poder hacerlo? —preguntó más que enfadada, golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Con dieciséis años no hace falta, mamá. Solo me pidieron el DNI para comprobar mi edad —respondió con chulería.

—¡No sé qué hacer contigo! Me desobedeces, haces lo que te da la gana... Tu padre tenía razón, he sido siempre muy blanda contigo...

—Seguro que a papá no le hubiera importado. No es para tanto, mamá. Él me hubiera dejado. Tú en cambio siempre estás en contra mía. Todo lo que hago te molesta. ¡Estoy harta de ti! —gritó.

Su madre la cogió de un brazo y tiró de ella con brusquedad forzando a que se sentara en el sofá.

La chiquilla se quejó de que le había hecho daño con las uñas.

—Ni se te ocurra moverte. Me vas a escuchar. Estoy cansada de que te creas que tu padre era un santo y yo lo peor que te ha pasado en la vida —dijo indignada—. Ya es hora de que conozcas la verdad. Si eres tan adulta como para hacerte un tatuaje sin mi autorización, también lo eres para saber algo de tu padre que ni siquiera te imaginas.

La chica la miró inquieta.

—¿De papá?

Su madre tomó aire, suavizó el tono de voz y se sentó a su lado. Le fue relatando cómo pudo, tratando de no que no le hiriese demasiado lo sucedido con Elsa. Rebeca la miraba boquiabierta con expresión de verdadero asombro. Al contrario de lo que su madre pensaba, no derramó ni una sola lágrima. Simplemente se quedó muda. Laura le pasó el brazo por los hombros en señal de apoyo.

—¡Es mentira, te lo estás inventando! —exclamó en el primer momento.

—¿Cómo me iba a inventar una cosa así, Rebeca?

Su hija la miraba.

—¿Elsa...? —preguntó inquieta.

—Por supuesto yo no sabía ni una palabra cuando te envié a sus clases.

—Pero, mamá... ¿Cómo pudo hacerlo?... No, no me lo puedo creer... —dijo aturdida.

—No lo sé cariño. Los hombres a veces se dejan llevar... ella es una chica joven, guapa...

Rebeca la miró a los ojos.

—No puede ser, mamá. Papá no era así... él no pudo... ¿Cómo lo supiste? Seguro que es todo una trampa. Alguien que odiaba a papá...

—No, cariño, no.

Laura le explicó cómo Elsa se había presentado en su trabajo para anunciarle que había tenido un idilio con Germán y que esperaba un hijo suyo.

—Al principio no quise creerlo... —dijo bajando los ojos—, pero había pruebas suficientes que demostraban que sí habían tenido una relación... es más, si tu padre no hubiera tenido el accidente, tal vez ahora estaría con ella, no con nosotras.

La chiquilla no era capaz de decir nada.

—No sabía cómo decírtelo, Rebeca. Imagínate lo duro que ha sido para mí.

Su hija la miraba atónita. De pronto empezó a llorar.

—¡Mamá, cómo pudo hacerte algo así!... —sollozó.

Laura la abrazó. Pero Rebeca no era capaz de asimilarlo. Las dos personas a las que quería y en las que confiaba la habían traicionado, mentido. Su madre con Edward, y su padre con Elsa. Estaba dolida y furiosa.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó nerviosa.

—No tenía ni idea de cómo hacerlo. Ni yo misma me he acostumbrado aún a la idea.

—Por eso estabas tan rara ¿Verdad?

—Sí. Lo he pasado muy mal estos dos últimos meses.

Rebeca se quedó en silencio. Había dejado de llorar, pero miraba al suelo compungida. Laura no quería hacerla sufrir más.

—Piensa en el lado bueno... —dijo su madre tratando de animarla—. Tienes un hermanito. Siempre has querido tener hermanos ¿no?

Rebeca miró horrorizada a su madre. ¿Cómo podía decirle que iba a tener un hermano? ¿Un hermano que era de otra mujer que no era su madre? Se levantó furiosa y se fue a la habitación. ¡No podía ser verdad! Miró las fotos que tenía en el corcho en la pared. Quitó las que estaba con

su padre y las rompió en pedazos, tirándolas al suelo, mientras lloraba desconsolada. Nunca podía haberse imaginado algo así, ni en el peor de sus sueños. ¿En quién iba a creer ahora si todos la habían traicionado? En ese momento sintió verdadero odio por su padre, por Elsa... tan falsa, tan hipócrita... que le diera clases sabiendo que era hija de su amante. Ahora comprendía muchas cosas. Siempre le había parecido que Elsa hablaba casi con admiración de su padre. Pero lo peor de todo es que si no hubiera tenido el accidente, ahora no estaría con ella y su madre, sino con Elsa. Eso le partió el corazón. Ella que tanto lo quería, que casi lo idolatraba.

Salió de la habitación y se dirigió al salón donde su madre permanecía de pie mirando por la ventana. Se giró ante los pasos de Rebeca y esta fue hacia ella para abrazarla con fuerza mientras continuaba llorando. Laura no había tratado de ir tras ella para dejar que se desahogara sola.

Estuvieron largo rato abrazadas hasta que la chiquilla se tranquilizó.

Al día siguiente la familia decidió reunirse en casa de Laura, todos menos Pelayo. Querían ver y saber cómo se lo había tomado la chica. Estaba tremendamente disgustada, pero le agradó ver que todos estaban interesados por ella. Aseguró a todos que estaba bien, aunque no era del todo cierto, que no se preocuparan tanto. También se enteraron que se había hecho el tatuaje, pero no le reprocharon nada, no era el momento.

Laura le explicó más tarde que el abuelo no quería saber nada del asunto y que hubiera preferido que no lo supiera nunca.

—¿No quería que me lo contaras? —preguntó la chica extrañada.

—Así, es.

—Pues yo prefiero saberlo, mamá. Gracias por contármelo —dijo abrazando a su madre—. Sería mucho peor que me enterara por ahí, o cuando fuera mayor. ¿No crees?

—Sí. Eso pensé yo, Rebeca. Tarde o temprano tenía que decírtelo.

Durante los días siguientes no dejó de pensar en ello. Cuando se lo contó a Paulo, el joven le dijo que era estupendo que tuviera un hermano pequeño. Rebeca habló con gran desprecio sobre su padre a pesar de las palabras de Paulo. Aseguró que nunca le podría perdonar porque lo que le partía el corazón ya no era el niño ni Elsa, era el hecho de que pensara abandonarla a ella y a su madre, y así se lo repitió a Paulo varias veces durante la larga charla que tuvieron sobre el tema. Pero como siempre Paulo había logrado suavizar su enfado haciendo que pensara en las cosas positivas que podría sacar de todo lo sucedido. Y le hizo ver lo injusta que había sido con su madre. Tanto culparla por su relación con su tío Edward, y su padre no solo la había engañado estando casado, también había dejado embarazada a una alumna. Eso sí que era despreciable. Pero aun así, no podía odiarlo. En algún momento quiso hacerlo, pero fue incapaz. De todos modos dejó de idolatrarlo. Ya no lo vio como el padre perfecto y estupendo que creía tener. A quien necesitaba de verdad era a su madre. Ella siempre había estado a su lado, incluso hasta el punto de romper con Edward por su culpa. ¡Qué mal se sintió entonces! A Edward también lo quería, siempre había tenido un cariño especial hacia él. ¡Cómo podía haber sido tan egoísta y tan estúpida!

—¿Te imaginas que ese niño sea la reencarnación de tu padre, Rebeca? —le preguntó Paulo. Unos días después, cuando Rebeca ya estaba más calmada y podía hablar del tema sin echarse a llorar.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—Recuerda lo que leíste en el libro de Weiss. Todo está conectado. Y todos volvemos a estar con las personas que hemos querido durante nuestra vida al nacer de nuevo.

—¿En serio lo crees?

—Podría ser.

—No, Paulo. Tendría que haber nacido mucho antes.

—Existe la teoría de que el alma no regresa a un cuerpo hasta justo el momento que va a nacer. Cuando asume su siguiente lección, la que va a tener en el terreno carnal.

—Mmm... prefiero no pensarlo. Me da grima —dijo ella sonriendo—. Cada vez te pareces más a mi tío Mateo. Deberías conocerlo.

Estaban en la playa y hacía un calor sofocante. Estaban tumbados en la arena sobre las toallas. Paulo la besó lentamente. Cuando separaron sus labios, ella le preguntó si deseaba conocer a Mateo.

—Me encantaría.

—Entonces, vamos. Te lo presentaré hoy mismo —dijo al tiempo que se ponía en pie.

A Paulo no solo le encantó el centro que regía Mateo, también se mostró interesado por los diversos cursos que se impartían. Los tres tuvieron una larga charla mientras tomaban un té con hielo. Paulo le habló de los libros que había leído sobre todos esos temas que le apasionaban, la mayoría también leídos por Rebeca.

—No sabía que te interesaba tanto el tema —comentó con curiosidad a su sobrina.

—Desde que Paulo me dejó los libros me he sentido atraída por todo esto.

Mateo sonrió ilusionado al pensar que al menos había alguien en la familia que parecía comprenderlo. Este le preguntó por Laura y de cómo estaba llevando lo del nuevo hijo de Germán.

—La verdad es que apenas habla del tema. Y ¿para cuándo va a nacer el vuestro? —preguntó con curiosidad.

—Para septiembre, si todo va bien.

Ya sabían que sería un varón. Y todos estaban muy ilusionados con su llegada.

Cuando volvieron a visitarlo dos días después, Mateo le preguntó a Rebeca si le gustaría conocer a su nuevo hermano.

—Me encantaría ir a verlo, pero no sé cómo se lo va a tomar mamá. No me atrevo a decírselo.

—Conociéndola, yo diría que bien. Aunque en principio no quiera reconocerlo, es decir, tardará en darte su aprobación. De todos modos, pregúntale. Seguro que no te lo va a prohibir. Es tu hermano, a pesar de todo y de las circunstancias.

En realidad lo deseaba, pero al mismo tiempo sentía cierto resentimiento al pensar en la joven. Claro que como habían dicho todos, el niño no tenía ninguna culpa. En el fondo, toda la familia, excepto el abuelo Pelayo, deseaba conocerlo, pero nadie se atrevía a dar el paso. Edward temía por Laura y el dolor que podría causarle, Leonor porque opinaba que Germán había sido un canalla y Adela porque pensaba que a saber con qué malas artes la joven había seducido a su hijo mayor.

Tal cómo predijo Mateo, su hermana no mostró ilusión alguna en que Rebeca fuera a conocer al niño.

—Mamá, tú misma habías dicho que el niño no tiene la culpa de nada.

—Lo sé, Rebeca. Pero comprende lo que supone para mí. Es muy duro. Sería muy incómodo.

—Puedo ir con Paulo. No hace falta que vengas tú. No tienes que ir conmigo —comentó sentándose a la mesa y mirando a su madre fijamente.

—No lo sé, Rebeca. De momento, espera un poco. Está todo demasiado reciente. Ni siquiera sabes si Elsa va a acceder a que lo conozcas —dijo dando vueltas con la cuchara en la taza de té que se había servido.

—Vamos, mamá. Estará encantada con la idea. No creo que le moleste.

—No te hagas ilusiones por si acaso. Buff... ¡Esto quema! —exclamó después de intentar dar un sorbo al té.

Laura se había inscrito a un curso de meditación y de nuevo había vuelto con el Yoga. Empezó a sentirse mejor consigo misma, a poder rechazar los pensamientos negativos, el enfado, todo lo que le hacía sentirse mal. Una noche hablando con su hija, le confesó que le entristecía pensar en todo lo negativo que habían vivido, por las veces que habían discutido y habían estado enfadadas.

—Me gustaría mucho estar como antes, cuando nos llevábamos bien y teníamos tanta confianza la una en la otra.

Su hija no respondió. Solo la miró.

—¿Puedo ir a conocer al niño de Elsa?

Laura asintió. De momento que fuera sola con Paulo. No se negaba a llegar a conocerlo, tal vez más adelante.

Ya habían pasado dos meses. Pronto empezarían de nuevo las clases y Rebeca había conseguido asimilar todo lo ocurrido en ese tiempo. Sobre todo, gracias a la ayuda de Paulo, que era al que le confiaba todos sus temores, sus sentimientos. Era su total apoyo.

La relación con su madre se había suavizado considerablemente. Ya no la veía como si fuera la culpable de todas sus angustias. Todo lo contrario. Su madre había sido una víctima, que no solo tuvo que aceptar el nacimiento de un niño fruto del adulterio de su marido, también ceder parte de la herencia de este a una mujer desconocida y amante de su esposo durante el último año de matrimonio. Y para colmo, había renunciado a Edward porque no se sentía con fuerzas de comenzar de nuevo una relación con él.

Rebeca había cambiado. A Laura le dolió verla tan adulta de repente, como si los acontecimientos hubiera acelerado su desarrollo emocional. Asimilar que su padre no habría dejado de quererla aunque hubiera hecho otra vida con Elsa, le ayudó a sobrellevarlo. Su madre le aseguró que el espíritu de Germán siempre estaría con ella.

—Cada día te pareces más a él —le comentó un día Laura. La chiquilla sonrió—. Nunca podrás dejar de amarlo, Rebeca. A pesar de todo, él te quería con locura.

—¿Crees que a Elsa también la amaba?

—No lo sé, cariño.

—Y ¿A ti?

—Nos quisimos mucho. Fuimos muy felices durante diecisiete años. Los últimos meses, antes de que falleciera, fueron muy difíciles. Supongo que porque ya estaba con Elsa. Pero prefiero quedarme con lo anterior. Y lo más importante, es que tú, Rebeca, fuiste el mejor regalo que la vida pudo darnos, a los dos. Con eso me quedo.

Rebeca sonrió y la abrazó.

—Iré a conocer al niño de Elsa, mamá. Tengo que hacerlo.

—Puedes llamarla y hablar con ella. A ver qué te dice...

Elsa se sorprendió muchísimo al oír su voz al otro lado del teléfono. Se temía que la chica hubiera reaccionado mal a la noticia y llamara con fin de atacarla verbalmente, pero se sintió aliviada cuando Rebeca le dijo que le gustaría conocer al bebé.

Fue sola, acompañada de Paulo.

Llamaron al timbre y la joven abrió la puerta sonriente. Los invitó a pasar y les ofreció un refresco, pero no quisieron tomar nada. Rebeca estaba seria, mirándola de arriba abajo pensando

que durante tantos meses había estado asistiendo a sus clases sin sospechar para nada que el niño que estaba esperando era nada menos que de su padre. Le presentó a Paulo como su chico, y Elsa le tendió la mano a modo de saludo.

—Voy a ver si está despierto. Pero por favor, no estéis de pie.

La pareja se sentó en el sofá al tiempo que Elsa desaparecía por el pasillo. No tardó en aparecer con el niño en brazos. Rebeca se levantó y se acercó apresurada para verlo ¡Cómo se parecía a su padre! Quitando el cabello oscuro y el color de la piel, se parecía a ella de bebé, según recordaba haberse visto en las fotos. Los mismos ojos tanto en el color como la forma almendrada.

No pudo evitar emocionarse. Tantos años deseando tener un hermano, y ahora estaba entre sus brazos. El niño era risueño y la miraba con los ojos expresivos y grandes.

—¡Qué guapo es! —exclamó—. ¿Pue... puedo cogerlo?

—Claro que sí —respondió la joven sonriente.

—¿Qué nombre le has puesto? —preguntó sin dejar de contemplar la dulce carita del chiquillo.

—Germán —respondió su madre nerviosa.

Temía que Rebeca se lo reprochara, pero no, sonrió. Paulo a su lado también sonreía y lo miraba sin atreverse a tocarlo. La chica estuvo con él en brazos hasta que el bebé empezó a llorar reclamando su comida. Elsa se apresuró a hacerle el biberón y dejó que su hermana se lo diera. Después decidieron despedirse, y prometió que volvería a visitarlo.

—Cuando quieras. Los dos podéis venir siempre que lo deseéis.

Ya en casa esperó a que su madre le preguntara para poder comentar lo del niño. Como se imaginó tardó bastante en hacerlo. Rebeca trató de disimular su entusiasmo, pues temía herirla, pero le aseguró que se parecía a ella de bebé, aunque tenía el pelo fuerte y negro de Elsa, y era mucho más moreno que ellos. Laura sonrió.

—¿Me dejarás que vaya a verlo de vez en cuando, verdad, mamá?

—Claro que sí. Al fin y al cabo es tu hermano. Si Elsa está de acuerdo, me parece bien.

—Gracias, mamá. Elsa está encantada. Nos dijo que podíamos ir siempre que quisiéramos, Paulo y yo —dijo achuchando a su madre.

—Me alegro.

—Eres muy comprensiva, mamá —dijo halagándola.

—¡Demasiado! —exclamó al tiempo que le cogía la mano para señalarle el tatuaje.

—No está tan mal, mamá. Es pequeño. Y es bonito. ¿A qué ya te gusta más?

Laura negó con la cabeza y aseguró que si a ella no le hacía gracia, a sus abuelas les horrorizaba.

—¡Sois unas antiguas! —exclamó su hija muerta de risa—. Es un tatuaje muy chulo y muy discreto. Si vieras otros...

—Espero que sea el único. No me vengas cualquier día diciendo que te has hecho otro porque te mato —advirtió bromeando.

—¡Qué no, mamá! Puedes estar tranquila. No voy a hacerme ninguno más. Ni Paulo tampoco. Te lo prometo.

—Eso espero.

—¿Por qué no te haces tú uno? —preguntó divertida.

Su madre puso cara de susto.

—Ni loca. Además debe doler muchísimo. Ni hablar...

La chiquilla soltó una risa.

—Ya lo sabía, mamá. Solo era una broma.

Laura también se rio. Pasaron un rato muy divertido cuando Rebeca le explicó que Paulo había

sido mucho más cobarde que ella a la hora de hacerlo, que se había puesto blanco y que por poco se desmaya. Y no estaba exagerando, afirmó. También le comentó que el chico que se los había hecho estaba tatuado hasta las cejas, lo que horrorizó a Laura. Y al final en un amago de sinceridad, le confesó que ya había hecho el amor con Paulo.

Agachó la cabeza temiendo que su madre le diera un grito. Laura tragó saliva. No le gustó escucharlo. Solo tenía dieciséis años, y él lo mismo. Al ver que no decía nada, Rebeca siguió hablando.

—Solo fue una vez, mamá —dijo sin atreverse a mirarla.

—¿Por qué queréis correr tanto? Solo tenéis dieciséis años. Supongo que tomaríais precauciones al menos.

La chica asintió con la cabeza. Laura pensó que casi hubiera preferido seguir en la ignorancia. Tal como vivían los chicos ahora era de imaginar que llegaran a ese grado de intimidad, pero no por eso le agradaba.

—Por favor, tened mucho cuidado —aconsejó—. No vayáis a estropear vuestro futuro.

—Tranquila, mamá. ¿Hubieras preferido no saberlo? —preguntó tímidamente.

Laura la miró.

—Las madres nunca queremos que nuestros hijos crezcan, Rebeca. Algún día lo entenderás cuando los tengan tú. Cuesta mucho veros crecer y aceptar que tarde o temprano dejaréis el nido para ir a hacer vuestra vida.

—Tú también lo hiciste, mamá.

—Sí, es ley de vida. Pero ¿Crees que la abuela no lo sintió? Y eso que tiene al abuelo junto a ella.

—Aunque no lo deje hablar —exclamó su hija divertida.

—Pues sí, eso es cierto, Pero aunque no hable mucho, le hace compañía.

Siguiendo los consejos de su amiga Teresa, decidió ir de vacaciones con Rebeca a la costa del Mediterráneo. Tuvo que reconocer que fue una gran idea. Las dos disfrutaron de la playa, donde pasaban casi toda la mañana turnándose entre tomar el sol y bañarse entre las olas más bien cálidas, y que no tenía nada que ver con las frías aguas del Cantábrico. Luego volvían al hotel donde nadaban en la piscina antes de ducharse para bajar al comedor.

Mientras Laura dormía un poco la siesta, Rebeca aprovechaba para ir a la sala de ordenadores para conectarse a Internet y de paso hablar con Paulo, con el que también se comunicaba por WhatsApp numerosas veces al día. Lo echaba mucho de menos y estaba deseando verlo, pero también tenía que reconocer que lo estaba pasando muy bien con su madre.

Laura había preferido desconectarse del mundo. Hablaba a diario con Leonor para asegurarse de que estuvieran bien tanto ella como su padre, y luego apagaba el móvil porque deseaba olvidarse de todo. Se dedicó a leer el libro de Rebeca sobre la reencarnación y le resultó muy interesante. Tal vez, como decía su hermano, era una posibilidad de que algo así existiera, pero ¿quién podría saberlo?

—¿Qué te parece el libro, mamá? —preguntó Rebeca mientras cenaban en el comedor del hotel.

—Es muy interesante, pero de que sea cierto...

—¿Por qué no? Tiene su lógica...

—No sé hasta qué punto, Rebeca. ¿Qué pasa con todas las millones de personas que mueren al cabo de un año? ¿Todas se reencarnan? —dijo mientras dejaba la copa de agua sobre la mesa.

—No sé, mamá. Todo tiene un ciclo de vida. Según Paulo, a veces se pasa a planes superiores, a otras dimensiones hasta que formemos parte de Dios mismo.

—Vaya, sí que estás puesta en el tema —respondió Laura asombrada.

La chiquilla se rio con gana.

—Lo estoy pasando muy bien, mamá. Pero tengo mucha gana de ver a Paulo —confesó.

—No me extraña, estáis siempre juntos —afirmó—. Pero déjame darte un consejo. No olvides a tus amigas. Lo de Paulo se puede romper, pero tus amigas de siempre estarán ahí. No lo olvides —sugirió.

—¿Qué dices, mamá? Paulo y yo no vamos a romper nunca. Lo tenemos muy claro. Hasta hemos hecho planes. Es el amor de mi vida. El otro día, Iris me lo dijo. Ya sabes que es medio bruja —dijo carcajeándose.

—Pues si lo dijo Iris, será cierto —contestó Laura divertida.

¡Cómo le gustaba estar así en plena armonía con su hija! Al menos eso lo había conseguido. La observó mientras Rebeca fue a buscar una copa de helado al mostrador. ¡Estaba tan guapa! Con la piel tostada por el sol, con esos ojos que con la luz tiraban a verdes, y esas las largas piernas delgadas como palillos, tan bronceadas bajo los pantalones cortos. Que su hija la quisiera de nuevo, que la tratara bien, y se divirtiera con ella era lo que más había anhelado en los últimos meses. Se sentía feliz por ello.

—Mamá —dijo risueña—. No mires —advirtió mientras posaba la copa de helado en la mesa—. Hay unos tíos ahí que no dejan de mirarte.

Laura giró la cabeza.

—No mires, mamá —susurró su hija, advirtiéndole.

Pero Laura ya los había visto. Dos hombres con pinta de extranjeros estaban mirando para su mesa y le sonrieron. Ella se volvió hacia Rebeca sin responder a la sonrisa.

—¡Te dije que no miraras! —exclamó Rebeca divertida—. ¿Qué te parecen?

—Mmmm... no merecen la pena —respondió su madre bajando la voz e inclinándose sobre la mesa como si le estuviera contando un gran secreto.

Rebeca no paró de reírse.

—¿Ves, mamá? Todavía ligas... —aseguró mientras subían en el ascensor para ir a la habitación.

Laura no respondió, le pasó el brazo por encima de los hombros y la acurrucó contra ella.

—Te quiero, cariño.

Al día siguiente cogerían el avión para volver a casa.

39

Hacía mucho tiempo que no soñaba con Germán, aparte de que pocas veces recordaba lo soñado al despertar. Pero esa noche lo había visto con claridad, lo había sentido tan real que por un momento pensó que lo estaba viviendo. Por primera vez no se sintió sobresaltada ni se convirtió en una pesadilla, todo lo contrario. Sintió una paz tan grande que cuando abrió los ojos fue como si hubiera entrado en otra dimensión. Ya no le dolía el alma ni sentía angustia, ni siquiera sentía rencor por lo todo lo que él había hecho. Simplemente pensó que todo había pasado hacía mil años, en otro universo, no en el que estaba en ese momento. Tal como Mateo le dijo, sentiría paz y se encontraría a sí misma cuando fuera capaz de perdonar a su difunto marido y Germán dejaría de estar en sus sueños como esa pesadilla que la ahogaba y no la dejaba respirar.

El sábado por la mañana hizo una visita a su hermano Mateo. Iris que estaba a punto de tener el bebé la recibió con una sonrisa. Vivían en un modesto apartamento, porque ambos eran de los que opinaban que no se era más rico por tener mucho, al contrario, se era por no necesitar más. Sus padres le comentaron que cambiaría de idea cuando tuviera un niño que criar y sacar adelante, pero tanto Mateo como Iris no pensaban igual. Tenían una pequeña habitación que estaban preparando para su futuro hijo aparte de la suya, una salita, la pequeña cocina y un cuarto de baño. Laura les había regalado ropa, el cochecito para pasearlo, y los abuelos, la cuna entre otras muchas cosas. Habían conocido a los padres de Iris ese verano. Una pareja muy conservadora y recta que no comulgaban nada con su hija, pero que ante la llegada de su primer y único nieto habían hecho el esfuerzo de romper con el distanciamiento que tenían con la joven. Nunca les había gustado su plan de vida y mucho menos Mateo. Además vivían a más de doscientos kilómetros, que no era mucho, pero sí la excusa perfecta para no visitar a su díscola hija y el loco de su novio, como solían definirlos cuando estaban a solas. Tampoco aprobaban que vivieran en pareja ni sus extravagancias, pero como Leonor y Pelayo comentaban, había que dejarlos hacer su vida y no entrometerse.

—Este apartamento se os quedará pequeño con el tiempo —afirmó Laura—, sobre todo si tenéis más familia —añadió acercándose a la ventana que daba al parque infantil.

—De momento, estamos bien así. No empieces como mamá —protestó Mateo.

Estuvieron hablando un buen rato los tres. Laura le comentó lo de los sueños con Germán y de lo bien que se sentía al despertar.

—Realmente me parecía que estaba ahí, mirándome. Es tan real... —afirmó.

—Ya te lo dije una vez, el mundo de los sueños actúa como una especie de puente entre los vivos y el mundo espiritual. Todas las noches, cuando nos acostamos a dormir, llega un momento en el que nuestro cuerpo astral sale del cuerpo físico y viaja por su plano, el astral. Estás en otro plano y es posible que veas a Germán. Si sientes tanta paz es porque seguramente te ha pedido perdón y tú ya lo has perdonado, quizás inconscientemente, Laura. Él ahora te está diciendo que sigas con tu vida sin él. Que ya habéis encontrado la paz que necesitabais para poder avanzar.

Laura lo miraba ilusionada queriendo creer que todo lo que su hermano estaba diciendo era

realmente cierto. Necesitaba creerlo para romper las ataduras emocionales que aún hilaban entre ella y su marido. El sentimiento de culpa por lo de Edward, las heridas que le había causado, todo lo de Elsa y el hijo de esta. La difícil relación que tuvo con Rebeca, los problemas entre ambas.

—Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo —comentó—. No sé cómo he sobrevivido sin darme al alcohol —añadió sonriendo.

—¿Cómo vas con Rebeca? ¿Mejor?

—Mucho mejor. Parece que va madurando...y las vacaciones nos han sentado fenomenal a los dos.

Iris sonrió. Era tan callada que a veces daba la impresión de que no sabía hablar.

—Y ese chico, Paulo, es una buena influencia para ella. Tengo que reconocerlo.

Mateo asintió.

—Son almas que tenían que encontrarse en el camino —aseguró Mateo—. Lo mismo que tú y Edward.

—¿Eso crees? —preguntó ella después de tomar un sorbo del té verde que la había servido Iris a su llegada.

—Estoy convencido. Y no sé qué esperas para volver con él —sugirió—. Lleva una eternidad esperándote. Su alma tiene sed de ti, Laura. Ya sé que me dirás que son tonterías mías, pero cuando hablo con él, y me habla de ti, está tan claro.

Ella lo miró sorprendida. Abrió los ojos asombrada.

—¿Hablas con él de mí?

—Hemos hablado muchas veces. No tiene nada que ver con Germán. Es una persona con inquietudes, no es tan científico como era tu marido. Le he dejado varios CDs de meditación. Lo mismo que a Paulo, el chico de Rebeca. Curiosamente se parecen mucho.

—¿Edward? ¿En serio? No me lo imagino meditando —comentó riéndose.

—Sí, soy testigo —afirmó Iris tímidamente, sonriendo—. Se llevó varios CDs.

—¡Pues sí que estoy sorprendida! —exclamó.

—Ahora tienes que dar el siguiente paso.

—¿A qué te refieres?

—La chica, Elsa se llama ¿no?

Laura negó con la cabeza.

—No, no puedo aún. Estoy demasiado dolida. Sé que el niño no tiene la culpa de nada, pero..., es mucho, Mateo. No puedo... no me pidas eso.

—Si perdonaste a Germán, tienes que conocer a su hijo. Es hermano de Rebeca, míralo así. Te sentirás mucho mejor y podrás dejar atrás el odio y amargura que puedas sentir hacia ella.

—Necesito tiempo. No es tan fácil —protestó.

—Es tan fácil como tú quieres que sea. Mira a Rebeca, tan preocupada estabas de cómo se lo iba a tomar y ya ves que bien lo lleva.

Laura suspiró.

—No odio a Elsa —afirmó—. Simplemente me sigue doliendo.

—Lecciones para el alma, ya te lo dije.

—Pues me parece que ya he pasado todos los exámenes, Mateo. Bueno, tengo que irme —dijo mirando el reloj.

—Hazme caso. No te arrepentirás, Laura.

—De momento, no puedo prometerte nada.

—Con el tiempo lo harás. Tienes una buena aura¹⁴. Lo has demostrado siempre.

Se levantó del sofá y Mateo se despidió con un fuerte abrazo. Se querían mucho y siempre

habían estado muy unidos. Luego, besó a Iris en la mejilla.

—Ya no te falta nada —comentó mirando su barriga—. Tengo ganas de conocer a mi sobrino.

Mientras caminaba en dirección a casa pensaba en Edward y lo que había conversado con Mateo. Sonrió, sabía que no veía la vida como Germán, pero no sospechaba que le interesara en serio el mundo de la meditación. Quizás era que su hermano tenía un poder de persuasión asombrosa. Tampoco entendía que hubieran cogido tanta familiaridad entre ambos como para hablar de ella. Claro que Mateo era un gran conversador y daba confianza a todo el mundo.

Apenas se habían visto en todo el verano, después de que se arregló lo de Elsa y su hijo, se mantuvieron a distancia aunque coincidieron varias veces y tenía que reconocer que lo había visto más triste, más callado que de costumbre. Él se fue de vacaciones una semana y cuando regresó no la llamó ni se puso en contacto. Fue cuando ella se fue con su hija al Mediterráneo y tampoco lo llamó a su vuelta.

Lo encontró una tarde paseando con Flavia, aunque se pararon a hablar los tres, no le pareció el mismo, y ella dedujo que estaba rehaciendo su relación con su ex mujer.

«Me alegra haberte visto» dijeron los dos, pero ninguno fue capaz de proponer una llamada para quedar o verse.

Tampoco intentaron averiguar cómo les iba. Laura no quería entrometerse por nada del mundo entre ellos, aunque no pudo evitar sentirse contrariada al verlos de nuevo juntos. Después de todo, como había dicho más de una vez, era muy fácil enamorarse de Edward Owen.

Lo que más le dolía ahora era haberlo hecho sufrir porque estaba convencida de que lo había herido. Le horrorizaba pensarlo y hasta sentía avergonzada por ello.

Adela se había vuelto a Galicia a pasar una temporada con su hermana y cuando esta llamaba para intensarse por Rebeca y por ella, jamás nombraban a Edward.

Rebeca estaba en su mundo, cada día más enamorada de Paulo. Echaba de menos a Edward y se sentía terriblemente culpable por su comportamiento con él y con su madre, pero fue incapaz de decírselo.

A finales de septiembre, el niño de Iris y Mateo vino al mundo. Decidieron llamarlo *Amay*, un nombre de origen hindú que significaba *Justo*, algo que el resto de la familia aceptó, pero que solo gustó a la pareja y a Rebeca.

La ilusión del abuelo Pelayo de tener un nieto que se llamara como él se quedó en eso, en una ilusión.

—El día que tengas un hijo —le dijo a Rebeca en voz baja—, espero que lo llames Pelayo.

Rebeca sonrió.

—No sé, abuelo. Pelayo es un nombre que ya no se lleva —afirmó rotunda.

—Pues más bonito que A... ¿Cómo es? Ni sé decirlo —protestó.

—*Amay*, abuelo. Es bien fácil —aclaró su nieta.

Pero aun así, Pelayo Galán no se quedó conforme con la nueva excentricidad de su hijo menor.

Esa misma noche, Laura y Rebeca hablaron sobre Edward. La chica reconoció que lo echaba de menos y que sentía mucho que se hubieran distanciado por su culpa. Laura no quería que su hija se sintiera culpable y le dijo que había sido todo un cúmulo de cosas, las circunstancias, o tal vez no era el momento.

—¿Te gustaría volver con él, mamá? —preguntó Rebeca.

—Si lo hiciera no significaría que no hubiera amado a tu padre.

La chica asintió con la cabeza.

—Lo sé. Y además él fue muy injusto contigo. Te fue infiel...

—Sí, pero eso ya no importa. No se puede volver atrás. Quizás cometí el error de casarme con

él y no con Edward. Quiero decir que...entonces no miraba a tu tío como ahora, solo era el hermano menor mi novio, encantador, guapo, pero yo solo tenía ojos para tu padre.

—¿Lo quieres, mamá?

—Sí —respondió—. No sé si es el hombre de mi vida ni lo que me deparará el futuro, pero sí me gustaría estar con él. Tú también estás feliz con Paulo, ¿no?

—¿Con Paulo? Sí, muy feliz, no sé qué haría si me dejara.

—Eso no tiene por qué pasar, Rebeca. Ni lo pienses.

—Siento mucho habértelo hecho pasar tan mal, mamá, sobre todo cuando estabas con Edward.

—Está bien. No importa.

Rebeca la abrazó. Decidieron que al día siguiente visitarían el cementerio para poner unas flores frescas a Germán. Los resentimientos ya habían empezado a desvanecerse y Laura no dudaba de que volviera a tener discusiones, malas caras, o problemas con su hija, pero en esa tregua de paz se sentía feliz. Rebeca había vuelto a ser la misma de antes de la muerte de Germán, no le respondía mal, le mostraba su cariño con un beso al despedirse cuando salía o la abrazaba solo porque le apetecía hacerlo. Eso la hacía feliz.

Salieron ya del cementerio y bajaron caminando por el parque aprovechando que hacía un tiempo apacible y con bastante sol para estar ya en otoño. De pronto Rebeca exclamó: ¡Elsa!

Frente a ellas llegaba la joven con el cochecito donde trasportaba a su bebé. Rebeca no dudó en acercarse con rapidez para ver a su hermano. Laura al no esperarlo, se quedó primero sin moverse, pero su hija insistió en llamarla. Tragó saliva y se acercó. Las dos mujeres se saludaron formalmente, aunque Elsa la recibió con una gran sonrisa.

—Mira, mamá. Mira qué guapo es...

Laura se inclinó para verlo mejor. No pudo evitar emocionarse, el bebé era precioso. Su cabello era oscuro y los ojos grandes, expresivos de color miel como los de Germán y Rebeca. Y tan moreno.

—Oh, es precioso —exclamó.

—Gracias, sí, es muy lindo —respondió Elsa, con una sonrisa.

Se miraron nerviosas, pero luego Laura recobró la compostura y mirando a su hija le dijo que tenían que irse. Se despidieron con un simple adiós.

Rebeca observaba a su madre de reojo mientras se dirigían en busca del coche. Iba tan seria que no se atrevió a decirle nada sobre el niño. Pensó que le había dolido verlo porque le haría pensar en su padre y su infidelidad. Estuvieron calladas hasta llegar a casa, cada una absorta en sus pensamientos. Durante el resto de día no mencionaron el tema. Cuando Rebeca salió porque había quedado con Paulo, Laura trató de poner en orden sus emociones. Le encantaban los bebés, y el de Elsa además de ser precioso era hijo de su difunto marido y hermano de Rebeca. Tenía que superar ese sentimiento que la hería aún. El chiquillo no tenía la culpa y como Mateo había dicho debería superarlo. Dejar de sufrir por ello y no buscar culpables. Tal vez había sido Germán quien buscó el amor de la joven o al revés. ¡Qué importaba ya! Y lo había perdonado. Se sentía en paz con él, ¿Por qué no perdonar a Elsa? Solo era una muchacha de veintitrés años, cumplidos el mismo día que su hijo nació, y que según había visto en aquellos horribles *emails* amaba de verdad a su marido. Puede que buscara a ese niño, pero el amor que sentía a su profesor parecía verdadero, en el fondo había sido una víctima más de las circunstancias.

Decidida buscó su número de teléfono y la llamó. La muchacha se sintió desconcertada al ver que era Laura Galán la que estaba al otro lado de la línea. Y más abrumada se quedó cuando amablemente le decía que si necesitaba algo para el niño, no dudara en avisarla. Solo fue eso, una conversación muy breve pero que le hizo sentirse mucho mejor.

—Muchas gracias, Laura. —Había dicho Elsa.

El primer paso estaba dado, ahora esperaba avanzar poco a poco, necesitaba que todo aquello dejara de dolerle.

Cuando a la semana siguiente, el sábado por la mañana Rebeca y Paulo se presentaron en casa con el niño, el cochecito y varios enseres del bebé sí se quedó atónita.

—Pero...

Rebeca, antes de que pusiera el grito en el cielo, pasó a explicarle que se había ofrecido a cuidarlo el fin de semana porque Elsa se encontraba enferma, con cuarenta de fiebre y había ido a urgencias. Su compañera de piso la había llamado para que se encargara del bebé porque ella no podía atenderlo ya que se iba de viaje, pues había puente el lunes y serían cuatro días de fiesta.

Rebeca traía todas las instrucciones necesarias para cuidarlo aseguró convencida.

—Pero, Rebeca. ¿Estás loca? ¿Cómo pretendes que nos hagamos cargo de él?

—Mamá, por favor.

—Ni siquiera tenemos una cuna donde acostarlo.

—No podemos dejarlo abandonado, mamá. ¡Es mi hermano! —aseguró orgullosa.

—No puedo creer que no tenga a nadie más a quién recurrir...

—No tiene, mamá.

Laura suspiró. Tal vez Iris podría dejarle la cuna plegable que le habían regalado y no había sido estrenada. No dudó en llamar a Mateo que enseguida se ofreció para ayudarla.

—En que líos me metes, Rebeca —protestó Laura al tiempo que contemplaba a la criatura embelesada.

Elsa enviaba wasaps a Rebeca para preguntar por el niño. Estaba preocupada por él, pero al mismo tiempo aliviada sabiendo que Laura lo cuidaría con esmero.

Leonor al enterarse de la novedad, no dudó en ir a visitar a su hija. Se ofreció a echarle una mano. Incluso se quedó a dormir por si el niño lloraba y tuvieran que turnarse para dormirlo. Esa decisión le costó una nueva discusión con su marido que insistía en que no quería saber nada y que las tres eran unas insensatas.

—Solo es un niño, Pelayo. No seas tan necio —le había dicho su mujer después de preparar las cosas para ir a casa de su hija—. No hace falta que me lleves. Llamaré a un taxi —añadió enfadada dando un portazo.

Pelayo se quedó maldiciendo pensando en que las tres estaban totalmente equivocadas por tener trato con la joven que había sabido enredar a su difunto yerno. Le echaba la culpa a Elsa por mucho que Laura y su madre insistieran en que los dos eran culpables, tanto Germán como ella.

—Tu padre no entra en razón —le dijo a Laura poco después.

—Dale tiempo, mamá —comentó su hija.

El chiquillo apenas dio guerra alguna, dormía bien y comía sin problemas. Los cuatro días pasaron volando, y el martes por la tarde cuando Elsa llamó para decirles que se encontraba mucho mejor, Rebeca y Paulo lo devolvieron a su madre.

Laura besó al niño en la frente al despedirse. Había sido una grata experiencia a pesar de que al principio no estaba nada contenta con la situación. Le había encantado darle el biberón, bañarlo, acunarlo en brazos, contemplarlo...

Elsa llamó por la noche para darle infinitas gracias por haber aceptado cuidarlo, hasta se emocionó agradeciéndoselo.

Cuando Teresa se enteró el miércoles en el trabajo, miró a Laura atónita.

—Creo que eres demasiado buena, Laura. Yo no sé si hubiera podido.

Laura sonrió.

—Sí, lo habrías hecho, Teresa. No te hagas la dura. Imagínate que fuera hijo de la vecina y no tuviera a nadie a quién recurrir. No es cuestión de dejarlo abandonado. ¿No te parece?

—Sí, lo sé —dijo—. Supongo que tienes razón, pero dime. ¿Qué vas a hacer con Edward? ¿Vas a dejar que pase el tren para perderlo? —exclamó casi alterada.

—Deberías de hacer un poco de meditación y relajarte un poco, Teresa. No veas lo bien que sienta —dijo divertida—. Así perderías esa obsesión que tienes con mi cuñado.

—Déjate de meditar y vete por él. Hazme caso por una vez. No dejes que esa loba de Flavia lo vuelva a enredar. Acabarás arrepintiéndote si lo dejas pasar.

Laura soltó una risa ante el comentario y dijo que le diera tiempo.

—Yo te digo lo que hay. Edward es atractivo, interesante, masculino, encantador, buen amante, y está loco por ti ¿Qué más quieres? Es el hombre perfecto.

—No existen los hombres perfectos, Teresa. Algo tendrá que desconozco —contestó riendo.

Hacia tiempo que Teresa no la encontraba de tan buen humor.

—Tal vez. Sería estupendo que pudieras averiguar cuál es su imperfección para que luego me lo cuentes. Me muero de curiosidad.

—Serás la primera en saberlo, no lo dudes —dijo entre risas.

—¿Vas a hacer algo o quedarte ahí de brazos cruzados?

—Sí, vale. Estoy enamorada de Edward si es lo que quieres saber ¿Contenta? No creí que volvería a enamorarme, pero no sé cómo pensara él ahora. Después de todo lo sucedido, sé que le he hecho daño, y por eso no me he decidido a hacer nada aún. Tal vez no quiera saber ya nada de mí, Teresa. Lo entendería si fuera así, de verdad.

—Laura, él está loco por ti desde hace siglos. No ha cambiado de idea, de eso puedes estar segura. Así, que muévete, por Dios, no dejes que se te escape. Estoy segura de que Rebeca no dirá nada, al contrario. Todo eso ya pasó, Laura. La niña ha madurado.

—Después de todo lo que ha tenido que pasar en estos últimos meses no ha tenido más remedio. Ha afrontado muchas cosas, quizás demasiadas para sus dieciséis años.

—Sí, sin duda. Y ¿sigue tan enamorada del novio ese que tiene? —preguntó con curiosidad.

—¿De Paulo? Sí, sí. Es un encanto, la verdad. No ha podido escoger mejor.

—Por lo que me has contado sí parece encantador, pero solo son unos chiquillos. Vete tú a saber con quién acabará...

—Pues ya me gustaría que fuera con él. Es difícil, pero no imposible.

—No hay nada imposible, Laura. Como no es imposible que vuelvas a tener una relación con Edward. Hazme caso por una vez.

—Lo meditaré con la almohada, Teresa. Pero no me atosigues...

¹⁴ - En el ámbito de la [parapsicología](#), el **aura** se concibe como un campo energético de radiación luminosa multicolor que rodearía a las personas o a los objetos como un [halo](#) y que sería invisible para la gran mayoría de los seres humanos.

40

Laura llegó antes que él y se apoyó en la pared del portal para esperarlo. Se habían citado en el apartamento de Edward para que nadie les importunara. Ella lo había llamado diciendo que necesitaba como nunca hablar con él. Casi deseó haber dicho por teléfono lo que pensaba explicarle ahora. Tenía miedo no le salieran las palabras y no podía evitar sentirse nerviosa. No dudaba de que Edward la amara, pero habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y eso había trastornado sus vidas. Ahora estaba aferrada a la esperanza de que resueltos los problemas con Rebeca, y haber perdonado a Germán, podría volver con Edward y amarlo.

Estaba pensando en ello cuando lo vio acercarse. Sonrieron y se saludaron con afecto con un beso en la mejilla. Mientras subían en el ascensor hablaron de cómo les había ido el verano y poco más.

Ya en casa entraron en el salón.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no quiero nada. Gracias —respondió.

Se sentó en la butaca mientras él lo hizo en el sofá.

—¿Cómo está Rebeca?

—Bien. Ha cambiado mucho. Ha madurado tanto que hasta me da lástima verla tan mayor de repente, y...

—Después de todo lo que ha pasado... —interrumpió él—, desde perder a su padre al trauma que le supuso encontrarnos juntos, su nuevo hermano, Elsa...

—Se ha dado de bruces con la realidad de la vida, Edward. Ha dejado de vivir en un mundo de adolescente consentida y egoísta. Hasta ha ido a conocer a su hermano, le ha visitado varias veces y se ha ofrecido de canguro para que Elsa pueda hacer otras cosas. Tienen una estupenda relación.

—Y ¿tú? ¿También la tienes?

—No cien por cien, pero he superado muchas cosas. Supongo que ese niño forma parte de la familia. Es sobrino tuyo también.

—Lo sé, no creas que no he pensado en ello. Mi madre también desearía conocerlo, pero no se ha atrevido por ti. No quiere hacerte daño.

Ella se encogió de hombros.

—Mi hermano me ha ayudado mucho. He perdonado a Germán. Necesitaba hacerlo —confesó—. Ahora tengo que seguir adelante y tomar las riendas de mi vida. Nunca voy a olvidarme de él, pero tengo que dejar todo atrás y seguir.

—Me alegro mucho de que pienses así —dijo él sonriendo.

—Y ¿tú? ¿Has vuelto con Flavia? —se atrevió a preguntar ella.

—No, claro que no. No puedo volver con Flavia porque no siento nada por ella. La única mujer que me interesa eres tú, Laura. Comprendo que si solo me quieres como cuñado, no puedo hacer otra cosa que aceptarlo, pero eso no significa que me olvide lo que siento por ti —dijo levantándose del sofá—. He pensado mucho en ti en estas últimas semanas.

—Yo también he pensado mucho en ti —dijo poniéndose en pie—. Lamento que todo se

complicara tanto. Quizás no era el momento, luego Rebeca... Creo que tuve mucho miedo y fui muy cobarde —admitió—. Te he echado de menos —murmuró—, mucho. Y perdóname, por favor.

Con toda la serenidad con la que pudo hablar le confesó lo que siempre había escondido para sí. No podía seguir ocultando lo que hasta ahora había tenido en secreto a todo el mundo. Siempre tuvo la certeza de que el amor de Edward era mucho más que el cariño de cuñado, pero se negó a aceptarlo, por Germán, por él y por ella misma, y necesitó creerse que no era verdad.

—Siempre he sabido que me amabas —afirmó—. Era un secreto que yo negaba continuamente y que rechacé una y mil veces. Ese sentimiento me ha estado conmigo durante todos estos años —dijo—. He empezado a comprenderlo ahora —añadió sin atreverse a mirarlo.

Temió que quizás le hubiera molestado su confesión. Afirmó también que sabía lo mal que se lo había hecho pasar y que no deseaba perderlo por nada del mundo. Lo miró por fin a los ojos y vio que estaba emocionado.

—No sabes lo mucho que te quiero —afirmó él—. Y lo mucho que te he echado de menos. No sabía que fuera tanto, pero ahora al verte aquí...

Le estaba afectando verla ahí frente a él mirándolo con tanta ternura que no dudó en ir hacia ella y abrazarla con fuerza. Con sus labios buscó su boca. Le sostuvo la cara con las manos y siguió besándola con intensidad. Cuando sus bocas se separaron, ella se echó hacia atrás y lo miró otra vez, sonrió. En ese mismo momento comprendió sin dudas que lo amaba.

41

El día que se cumplió un año de la muerte de Germán se hizo una ceremonia discreta en la iglesia para recordarlo. Solo asistió la familia, los amigos más íntimos y Elsa. La muchacha cohibida se quedó en los asientos de atrás ya que no sabía cómo lo tomaría la familia de Germán.

En un momento que Rebeca miró a los últimos asientos la vio. La saludó con la mano en el aire y sonrió.

Elsa hizo lo mismo.

Al terminar la ceremonia salieron de la iglesia. Elsa esperaba por su compañera de piso, que mientras estaban en el funeral, había ido a dar una vuelta con el niño. Rebeca se acercó a ella, mientras que el resto de la familia, amistades y conocidos de Germán hablaban en la explanada desde se contemplaba la playa a escasos metros.

Cuando por fin Gabriela apareció con el niño, Rebeca le dijo que esperara y fue en busca de su madre para que se acercara hasta donde estaba Elsa para ver al bebé. Como solo quedaba ya la familia, se fueron acercando todos, menos Pelayo que se mantenía a distancia con gesto serio.

Todos contemplaron al bebé y tuvieron que reconocer que se parecía a Germán. Ni Adela, ni Edward, y tampoco Iris y Mateo, lo habían visto aún. Todos le comentaban lo guapo que era y Adela no dudó en decirle a la chica que estaría encantada de verlo a menudo. Elsa se emocionó mucho al escucharlo, después de todo era la abuela de su hijo.

Rebeca que observaba a su abuelo Pelayo decidió acercarse a él.

—Abuelo —dijo suavemente—. Eres el único que no conoce a mi hermano.

El abuelo no dijo nada. Seguía con gesto serio contemplando cómo todos estaban alrededor de Elsa y cómo esta lo había cogido en brazos para pasárselo a Adela que lo miraba emocionada.

—Anda, abuelo. Me haría mucha ilusión que te acercaras a verlo.

Él negó con la cabeza, pero Rebeca insistió.

—Por favor, abuelo. Hazlo por mí —rogó.

Lo cogió de la mano y tiró de él. Pelayo cedió.

—Que conste que lo hago por ti, Rebeca —murmuró.

Al llegar a la altura de Elsa, Rebeca se lo presentó. Ella le saludó con una sonrisa, aunque no se atrevió a darle dos besos porque sabía por Rebeca que era el único de la familia que se mostraba reacio a conocer al chiquillo. Tanto su mujer como Laura se sorprendieron mucho de que hubiera cedido. Pelayo se mostró amable aunque apenas dijo una palabra, pero sonrió al acercarse a Adela y contemplar de cerca al niño.

Elsa se sintió agradecida por el trato que le brindaron. Sabía que lo hacían por su hijo.

La joven aseguró a la semana siguiente en casa de Adela, a la que había sido invitada a merendar una tarde, que había amado a Germán y que agradecía al cielo tener algo que le uniera a él por el resto de su vida: su hijo.

Edward y Laura habían anunciado también que se irían a vivir juntos ya que era lo que más

deseaban y les hacía muy felices. Pelayo le comentó a Leonor que esperaba que Edward no saliera como Germán.

—Nada que ver, Pelayo. No se parecen en nada. Además, Edward siempre ha amado a Laura. Lo sabes tan bien como yo. Recuerda que te lo comenté cuando Adela me lo confesó hace ya años. Rebeca era pequeña. O ¿No te acuerdas? Y apaga la luz, que ya es muy tarde.

Pelayo asintió con la cabeza. Lo recordaba, pero nunca le había dado importancia pensando que sería algo pasajero.

—Si Laura está feliz, es lo único que me importa, Leonor —dijo apagando la luz de la mesita.

—Pues claro, Pelayo. Lo demás no importa —murmuró su mujer ya en plena oscuridad.

Aunque Leonor se durmió enseguida, su marido se quedó pensando en su hija y cómo le había cambiado la vida en un solo año. Esperaba que al menos ya fuera para bien y no tuviera más infelicidades. Ya había sufrido bastante.

Rebeca se disculpó con su tío por cómo se había comportado con él y aseguró que les deseaba lo mejor y un futuro juntos. Ella seguía con Paulo y ambos estaban realmente enamorados. El chico también empezaba a integrarse en la familia. Le habían invitado en diversas ocasiones a celebraciones como el cumpleaños de la abuela Leonor, o del abuelo Pelayo que curiosamente habían nacido el mismo día de octubre con cinco años de diferencia.

A Laura le gustaba el chico y aseguraba que hacían muy buena pareja. Él estaba decidido a estudiar Ciencias Políticas en la Universidad y Rebeca se decantaba por los idiomas. Los dos pensaban en ir a Madrid en dos años para seguir estudiando si en verdad pensaban en cursar esas carreras universitarias. Ya habían hecho planes de compartir piso junto a otros compañeros que pensaban trasladarse a la capital.

Eso le comentó Laura a Cloti un día que fue a comprar un poco de fruta. La chica aseguró que siempre le había parecido también que Rebeca y Paulo hacían una bella pareja, y recordó cuando al principio de la relación se despedían frente a su tienda con aquellos besos tan castos al principio hasta que fueron perdiendo la timidez.

Cloti también se sorprendió cuando vio a Laura caminando de la mano de Edward, pero no se atrevió a preguntarle nada.

Fue Rebeca quien le aclaró pocos días después que su tío Edward era pareja de su madre, y que iban a vivir juntos.

Cloti se alegró mucho por Laura. Tenía que reconocer que últimamente la había encontrado mucho más alegre, y muy favorecida. Sin duda, le sentaba bien el amor.

Rebeca muchas veces, después de las clases, se acercaba a casa de Elsa para jugar con el bebé. De paso si tenía alguna duda en las asignaturas de Física o Matemáticas le preguntaba a Elsa que no dudaba en ayudarla. Y algún que otro sábado se ofrecía a llevar de paseo al niño junto a Paulo.

Cuando algún conocido los paraba en la calle para verlo, la chica no dudaba en afirmar que era su hermano, lo que no dejaba de sorprender a muchos, ya que sabían que no podía ser hijo de Laura, pues no la recordaban embarazada. A ninguno le importaba lo que pudieran pensar, ni las habladurías o comentarios.

Por su parte, Elsa confesó a su madre que estaba en Colombia, la existencia del niño. La mujer le rogó que regresara a su país, pero Elsa quería acabar la carrera y no tenía intención alguna de volver. Con las clases particulares y la herencia de Germán iba tirando. No tendría grandes lujos, pero tampoco los necesitaba. Con cubrir las necesidades básicas de la vida, le era suficiente.

Apenas salía, estaba volcada completamente al chiquillo, y eso llenaba su existencia. Laura le había dado el famoso reloj que ella había regalado a Germán. También tenía una foto enmarcada en su mesita al lado de la cama, a la que besaba cada noche antes de dormir y a la que rezaba pidiendo que la protegiera a ella y a su lindo bebé.

Laura retiró las fotos de Germán guardándolas en un cajón. Quería dejar el pasado atrás de una vez y empezar de nuevo junto a Edward. Deseaba que todo saliera bien. Pasaba todo tan deprisa que cuando se diera cuenta Rebeca ya estaría lejos de ella, haciendo su vida, ojalá que con Paulo, pero a saber... Era mejor no hacer planes porque todo podía cambiar en un instante. De momento, tenía un futuro con Edward con el que viviría el presente día a día sin preocuparse por el mañana. Estaba llena de esperanzas porque mientras se pudiera amar y perdonar siempre se podría empezar de nuevo sin rencores y sin reproches que enturbiaran la existencia.

Tal vez como había dicho Mateo, ella aceptó su vida antes de nacer, todos en realidad habían hecho ese pacto con Dios o con esa fuerza espiritual, tampoco le importaba con quién exactamente. Solo sabía que ahora se sentía en paz con el mundo y eso la reconfortaba tanto como convivir con Edward. Amarlo le había liberado del pasado para siempre.

—Solo tienes que relajarte y disfrutar para que me permitas hacerte feliz —dijo él cuando se instaló en su casa semanas después.

Ella sonrió. Ya no podía pedir más. Siempre había pensado que era muy fácil enamorarse de Edward y estaba más que dispuesta a darle todo su amor. Había superado los obstáculos y aprendido mucho de la felicidad de la vida gracias a Mateo que le había abierto los ojos.

Rebeca estuvo encantada con la presencia de su tío en casa.

—No quiero que tengáis problemas por mi culpa. Si me paso en algo, os doy permiso para que me echéis la bronca —dijo riéndose la primera noche que su tío se quedó a dormir en casa.

Laura la abrazó conmovida por sus palabras.

—Y otra cosa...

Ambos la miraron expectantes.

—Os quiero..., a los dos —dijo lanzando besos al aire mientras caminaba a su habitación.

Rebeca tumbada en la cama pensó en su padre. También lo había perdonado. Seguía echándolo de menos, pero como le había dicho su madre una vez, siempre lo llevaría en el corazón.

Epílogo

Dos años después.

Acababan de subir las últimas maletas al pequeño apartamento que habían alquilado entre las dos familias para sus hijos. Tanto Laura como Sofia revisaron los últimos detalles antes de despedirse y les dieron un montón de consejos y recomendaciones a la pareja, que los chicos estaban aturdidos.

—Sí. Ya me lo has dicho mil veces, mamá —exclamó Paulo.

—Ante cualquier cosa, llamáis al casero, o a la agencia. Tened mucho cuidado con el gas y acordaros de cerrar bien la puerta cuando salgáis —sugirió Laura.

—¡Qué sí, mamá! —asintió Rebeca.

—Y a ver cómo os alimentáis. No abuséis de las pizzas congeladas y toda esa basura —advirtió Laura.

—Mamá, ya sé cocinar.

Laura puso una mueca divertida.

—Si hacer macarrones, espaguetis o ensaladas, es cocinar... —comentó.

—Yo también sé algo —dijo Paulo.

—No nos vamos a morir de hambre. Tranquila —aclaró Rebeca—. Además con todo los *tuppers* que nos habéis dejado en el congelador tenemos para mucho tiempo.

—¡La verdad es que este pisito tan pequeño cueste tal dineral! —exclamó Sofia, mirando alrededor—. ¿Cuándo se va a instalar la otra pareja?

—Mañana, mamá —contestó Paulo.

—Bien —asintió la mujer.

El timbre de la puerta sonó. Rebeca fue abrir, eran Edward y Pablo que se habían quedado tomando un café mientras las mujeres se encargaban de los chicos.

A las dos madres les daba lástima dejar a sus hijos en Madrid aunque ellos estaban deseando vivir esa experiencia. Empezaban la carrera universitaria y tal como habían planeado dos años antes, él estaba matriculado en Ciencias Políticas y ella en Traducción e Interpretación.

Se despidieron de la pareja. Laura y Sofia no pudieron reprimir una lágrima.

—Vamos, mamá —dijo Rebeca abrazándola—. Nos vamos a ver muy a menudo.

—Sí —aclaró Paulo a su madre también—. Además hablaremos todos los días.

Rebeca se abrazó con fuerza a su tío.

—Cuida mucho de mamá —le dijo al oído.

Habían vivido los tres juntos esos dos últimos años. No fue todo color de rosa porque algún conflicto había surgido con Rebeca, pero nada que no pudieran solucionar. Edward y Laura sí se sentían muy felices juntos. No pensaban de momento pasar por el altar, preferían vivir en pareja. Tal vez con el tiempo darían ese paso, pero no era un tema que les preocupara.

Después de que los mayores se hubieran ido, Paulo y Rebeca se besaron. Estaban locos de

alegría. Vivirían juntos y podrían dormir todas las noches uno al lado del otro. No podían ser más felices.

Rebeca había puesto en su mesa de estudio la foto de su madre con Edward, otra de su padre y de su hermanito Germán, al que quería con locura.

—Algún día, tú y yo tendremos uno así —dijo Paulo mirando la foto.

—¿Uno? Yo quiero al menos tres.

—Mmmm... Son muchos, mejor dos.

Ella le tiró un cojín a la cara. Paulo la abrazó y cayeron juntos sobre la cama riéndose. Entrelazaron los dedos haciendo que los tatuajes chocaran entre ellos.

—Al infinito y para siempre —susurró él.

—Para siempre...

Mientras tanto, Laura iba sentada al lado de Edward en el coche que él conducía rumbo a casa. Sentía tristeza y alivio a la vez. Su hija se había convertido en una mujer que tenía planes y un futuro por delante y no estaría sola, tendría a Paulo a su lado, eso era una tranquilidad.

Y ella tampoco iba a estar sola porque tenía a Edward. Sonrió mientras lo miraba. Al final todas las piezas de rompecabezas habían encajado en su sitio. Toda la familia Galán estaba entusiasmada con *Amay*, y felices al saber que Iris traería a otro bebé al mundo en diciembre, esta vez una niña. Por otro lado, Elsa había sido contratada en el colegio de Rebeca como profesora de Física, al jubilarse Rosa, y su hijo Germán crecía sano. La relación de ambas mujeres era bastante cordial, no puede decirse que se adoraran, pero no se llevaban mal. Laura a veces se quedaba con el niño cuando a Elsa le surgía algún imprevisto y le había cogido mucho cariño. Al mirarlo pensaba en Germán, pero ya no le hacía daño recordarlo. El destino había querido poner a Edward a su lado y no podía pedir más. Había aprendido mucho después de la muerte de Germán. Cuando se lo comentó a su hermano él le dijo: Ya sabes, lecciones para el alma.

FIN

Agradecimientos

Muy agradecida a mi lectora Nerea Álvarez que como abogada me informó de todas las cuestiones legales necesarias para escribir esta historia como también a Gloria Losada por informarme sobre varias cuestiones burocráticas.

Helena Nieto

Sitios web:

hhelenanc.blogspot.com - (blog)

Helena Nieto Clemares - (Facebook)

Club de Helena Nieto - (Facebook)

@HelenaNC - (twitter)

Henicle313 - Instagram

noueditorial.com

y nuestra tienda online nowestore.com

¡VISÍTANOS!





Secretos de arena

Nieto, Helena

9788416936250

280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna es una mujer de cuarenta años que regresa a su casa familiar después de dos décadas de ausencia junto a sus dos hijos adolescentes. Un lugar donde había prometido no volver, y que le hará enfrentarse a los recuerdos, viejos fantasmas y a su pasado. Conoce en la playa, un apuesto odontólogo con el que inicia una relación de amistad, del que jura no enamorarse, ya que no desea darle una segunda oportunidad al amor. ¿Será capaz de resistirse al encanto de Albert? También nos habla del secreto no revelado entre un padre y una hija. Del dolor y las heridas causadas por el deterioro de las relaciones familiares, que envolverán a los protagonistas en una fascinante y emotiva historia llena de sentimientos. ¿Será capaz su corazón de amar de nuevo? ¿Resistirá a la pasión de Albert? La nueva versión de la novela de Helena Nieto que nos habla de las segundas oportunidades.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Confía en mí

Estríngana, Moruena

9788417268336

278 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay lazos que, por mucho que se estiren, no se pueden romper. Rodrigo y Aysel eran amigos desde niños. Inseparables y unidos como nadie, pero todo eso cambia cuando sus familias se enfrentan y pasan a odiarse. Desde entonces los jóvenes han permanecido alejados el uno del otro, y mientras que Aysel lleva una vida tranquila, Rodrigo se ha convertido en un joven inquieto y perseguido por la prensa del corazón a causa de sus conquistas y su tren de vida. Aunque todos piensan que es feliz y lo tiene todo, no es así, le falta lo más importante de su vida, Aysel, que no puede ni acercarse a ella para que la prensa no destruya su vida. Con lo que él no contaba, es que cuando Aysel empieza la universidad, acaba por vivir justo al lado del lugar donde más tiempo él pasa con su fingida vida. Haciendo imposible sus deseos de alejarse de la única mujer que ha querido. ¿Podrá mantenerse firme y estar lejos de ella? Lo ve complicado, porque cada vez que la mira, siente que todo su mundo tiene sentido y la tentación de perderse entre sus brazos y sentirse completo de nuevo, es demasiado grande.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



MORUENA
ESTRÍNGANA

*¿Te confieso
una cosa?*
Te amo

novelas de
Colibrí

¿Te confieso una cosa? Te amo

Estríngana, Moruena

9788416936069

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vuelven los hermanos O'Donnell, en este caso Jesse. Llega la historia de una pareja que eran amigos desde la infancia, y que descubrieron el amor juntos, pero ahora se odian. Llega lo nuevo de Moruena Estríngana. Jesse y Ariadne lo eran todo el uno para el otro. Su amistad infantil se tornó en amor con el paso del tiempo. Eran felices, estaban enamorados y creían que nada podría separarles hasta que alguien se inmiscuyó en su relación, separándolos de manera cruel y para siempre... O eso esperaba esa persona. Jesse y Ariadne han rehecho sus vidas, dejando en el olvido aquel primer y único amor. No se necesitan, no se aprecian... ¡SE ODIAN! Sin embargo, el destino tiene sus propias normas. Hay demasiadas cosas sin decir, muchos reproches que están a punto de estallar y un intento desesperado de ignorar lo que el otro les hace sentir, y así esconder cómo la pasión les quema en la piel cada vez que están cerca el uno del otro. Ceder a la pasión es fácil, aceptar que en realidad sus sentimientos van más allá, no. ¿Conseguirán encontrar el camino de vuelta hacia el corazón del otro y dejar de caminar en dirección contraria a sus deseos? ¿Será más fuerte el amor que el odio?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MORUENA
ESTRÍNGANA

¿Sabes una cosa? Te quiero



novela
de
amor

¿Sabes una cosa? Te quiero

Estríngana, Moruena

9788494435782

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Vuelve la escritora de novelas románticas más adictiva del 2015, sus historias tienen intrigas, pasión y no vas a dejar de leer cuando hayas comenzado." Hay que tener cuidado con los sueños, pues cuando llegan, te toca lidiar con ellos y no siempre son como esperabas... Bryan y Lusy tienen el mismo sueño, ambos desean ser chef y es por eso que ambos tratan de entrar en un concurso televisivo para lograr su meta. La mala suerte del destino hace que Bryan pase y Lusy se quede a las puertas del sueño. Las vidas de ambos van por caminos separados. Bryan se hace un cocinero famoso que vive por y para su trabajo. Lusy ha dejado de lado su sueño por falta de dinero, pues costearse buenos cursos no es tan fácil y menos cuando tus padres no te apoyan y piensan que ser chef no es tan bonito como parece. Pero lo que ambos no esperaban era que la vida los juntara de nuevo, que sus caminos una vez más tuvieran un punto de unión. Donde uno está quemado por la vida que lleva y ya no se reconoce a sí mismo, otra tiene toda la ilusión por la vida que espera llevar un día. Dos almas unidas por la pasión a la cocina y por ese deseo que les quema la piel cada vez que están juntas. Un amor que nacerá a fuego lento y una pasión que arderá entre fogones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Me enamoré mientras dormía

Estríngana, Moruena

9788494284823

500 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mi nombre es Haideé. Han pasado tres años desde que desperté del coma, pero aún siento como me estremezco cada noche cuando sucumbo al sueño. Y lo que es aun más intrigante, noto como mi subconsciente trata de decirme algo. ¿Qué? Eso sin olvidar que mi mundo es un caos: mi madrastra quiere destruir mi vida anónima, lejos de lujos y gente superficial. Mi hermana quiere hacerme la vida imposible a toda costa. El hijo rico de un amigo de mi padre no acepta un no por respuesta. Y lo que es peor de todo: me estoy enamorando de alguien que no solo me hará daño, si no que es un imposible, porque su pasado no gustará nada a mi padre y si este se entera de mi atracción por el chico malo de la clase, hará cualquier cosa por separarme de él. Incluso volver a meterlo en la cárcel. Mi vida no podría ser peor... ¿O sí? Pues cuando Ziel me mira con sus penetrantes y misteriosos ojos negros, siento que ya lo he visto en alguna parte. ¿Pero dónde?

[Cómpralo y empieza a leer](#)